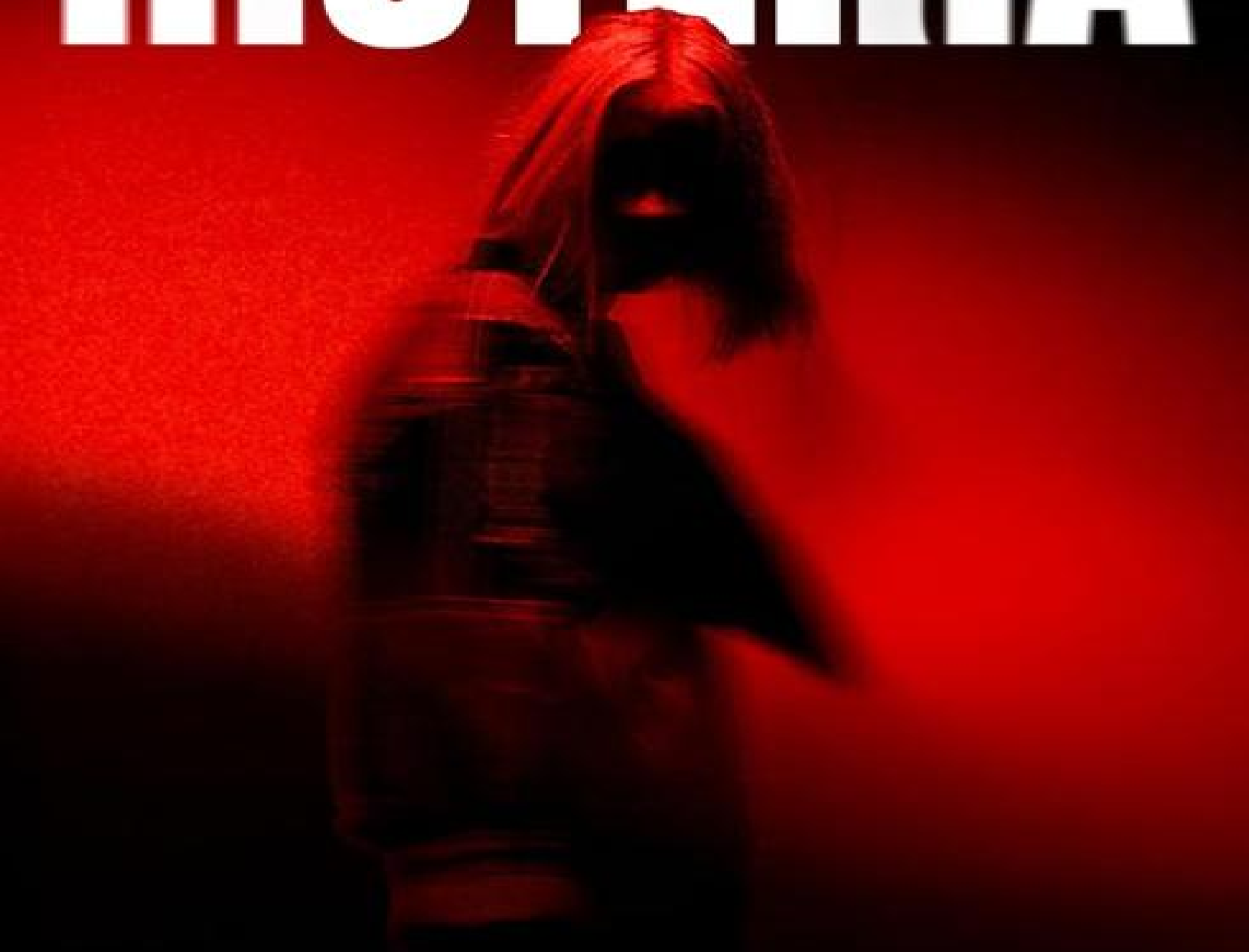
JOSÉ MANUEL DEL RÍO

HISTERIA



Histeria

José Manuel del Río

Antes que ayudarme de cualquier inteligencia artificial para la escritura de una novela, me corto los dedos

Quizá Madrid solo sea otra ciudad que no se conoce a sí misma.

Pero te han contado muchas veces su historia, te han dicho una cosa y la contraria, como si alguien pudiese caminar por ese pasado. Al menos, los historiadores nunca lograrán alterar el tiempo. Agárrate con fuerza a esta línea. Los acontecimientos que aquí nos conciernen se remontan a los primeros días de diciembre de 1978 y la cronología certifica que Franco ha muerto hace tres años, que su dictadura duró mucho más, casi cuarenta, aunque parece que todo lo que importa sucedió desde que desconectaron su cuerpo repleto de tubos y tuercas de aquella máquina. Y sin embargo, en una transición, en el salto de la ley a la ley a través de otra ley, como diseñan los arquitectos, hay algo traumático y por momentos decisivo: la memoria de una guerra civil. En estas calles, antes de llenarse de coches y anuncios luminosos, se alternaban el silencio de los refugios y el estruendo de las sirenas antiaéreas, las colas del pan y las ejecuciones delante de los paredones. Vecinos contra vecinos, ellos juran que no existe la paz, solo periodos de paz entre masacres. Pero las generaciones más jóvenes no los escuchan como antes. Nuevas palabras empiezan a pronunciarse en las nuevas periferias, aunque muchos supervivientes sigan gritando por qué los demás no pueden ver sus fantasmas.

Cabría impugnar cuáles eran los hechos trascendentales y cuáles no, como si este lugar ahora furioso hubiese sido, en realidad, algo más categórico que la primera extensión de tierra junto a un río al que luego llamaron Manzanares. Una meseta donde crecían encinas

torcidas y matojos, sin testigos para recordar sus días hasta que llegaron las primeras comunidades y las primeras armas, antes de la tinta y la pólvora, del ansia, ¿humana?, tal vez, por la inmortalidad que necesita matarlo todo.

Pero vuelve aquí.

Diciembre de 1978, Madrid está cambiando y por alguna razón las multitudes continúan siendo idénticas. Personas que se cruzan en las aceras, compartiendo un gesto, aquí un comentario, allá una broma o un desprecio, en el fondo conscientes de la imposibilidad de una resolución plena. A la procesión de cabezas que sube y baja por Gran Vía parece darle igual el ruido de sables, las intrigas políticas, la llegada de la heroína, los quinquis y sus atracos. Marta Beltrán sigue en el último bar que hace esquina con plaza España, coge el taco de billar tras pensar la carambola y mete las dos bolas restantes en las troneras. Su contrincante regurgita en una escupidera y le paga el billete que había apostado. Ella le guiña un ojo, le promete que la próxima vez sucederá exactamente lo mismo y guarda el dinero en el bolsillo de sus pantalones de cuero. Lo hace con esa naturalidad acostumbrada a desatar pequeñas tempestades. Después sale a la calle, esquiva a dos policías con pastores alemanes sujetos por correas, se cuela entre el gentío que no le aguanta la mirada y tampoco siente que aquello que la rodea sea gris, sino blanco y negro, a la vez. El mejor de los tiempos, el peor de los tiempos, el suyo.

Entonces quizá Madrid solo sea otra ciudad que no se conoce a sí misma porque nunca le ha interesado lo que aquellos historiadores dicen que ocurrió. Tampoco la forman los apellidos de los ministros, ni los números de los decretos, ni los discursos pronunciados desde

balcones oficiales. Son incontables vidas anónimas las que sostienen su historia, ahora con minúscula de relevancia. La verdad de una época siempre se esconde en el eco de las calles y en los pasos sin rumbo que las cruzaban, a los que otros intentarán otorgar un sentido tantos años después, como si alguien pudiera apurarlos, torcerlos, desandarlos; en definitiva, alterar su tiempo.

Por eso vuelve aquí, al lado de Marta.

1996

Su jefe siempre le decía que solo los imbéciles juegan a las tragaperras.

Al recordarlo, mete otra moneda en la ranura.

Una, dos, tres cerezas.

Durante esa noche la máquina también ha alineado campanas y limones, pero solo dos sietes rojos y el tercero ya es una obsesión. Más monedas tintinean en la bandeja, porque el hombre de la gabardina no se largará de allí hasta que junte los malditos sietes o, si no hay suerte, el alcohol junte su cuerpo con el suelo. Ahora dos veinteañeros con gesto torcido descienden las escaleras del bar, apenas maderos con catadióptricos. Observan a aquel tipo de mediana edad metiendo más dinero en la ranura, plantan los codos encima de la barra y ordenan tequila. El camarero les sirve con un ligero temblor en el brazo. Los conoce, los teme: delincuentes famosos en Usera, al sur de Madrid, que beben cuanto quieren, pagan cuando quieren, buscan bronca con quien quieren y hoy nadie les pedirá algo diferente.

—Deja aquí la botella —dice uno de ellos.

—Por supuesto. —El camarero abandona la botella sobre la barra y se retira a limpiar vasos—. Es vuestra hasta que os canséis.

—Limón.

A la orden, el camarero corta unas rodajas y coge un salero de metal, taponado en su dosificador. Coloca los gajos en un platillo y traza una extraña geometría con ellos. Detrás, la sal, que le tiran de

un manotazo y que se esparce sobre el suelo. Nadie cree en supersticiones, porque aquí hace tiempo que la única suerte es la mala, como si todo no se explicase mejor por la doctrina de causa y efecto. El hombre de la gabardina vuelve golpear la tragaperras y se rasca su barba digna de náufrago. Se acerca al camarero con un billete de mil pesetas hecho una bolita, rebusca en los bolsillos y encuentra otras tres bolitas verdes. Las coloca encima de la barra para rodarlas de un golpe de pulgar.

—Dame cambio otra vez.

Tiene un ligero acento sudamericano con el que nunca habla de su vida, ya en declive, ya más recuerdos que oportunidades.

—A ver qué me queda. —El camarero estira los billetes con un movimiento que sugiere su paciencia infinita—. Poca recaudación la de hoy, la de ayer… La de todo el año y aquí sigo.

Luego acciona el resorte de la caja registradora y recoge, con calma, las monedas equivalentes de veinticinco y cien pesetas. Ahí están perfilados los rostros de un rey, de un príncipe y los viejos escudos para las nuevas mañas. El camarero deja el dinero apilado en montoncitos sobre la barra de zinc y compone algo similar a una sonrisa, pero solo es ansiedad.

—Le doy las últimas —dice—. Si las termina, quizá el ultramarinos de la esquina pueda cambiarle los demás billetes. Tiene la verja echada, aunque el dueño me hace la competencia y vende alcohol por la trampilla durante toda la noche. Claro que así se ahorra muchos de mis problemas, ¿no cree?

El hombre de la gabardina lo cree y deposita, poco a poco, el dinero en los bolsillos. No se ha quitado aquella prenda llena de manchas desde que entró por la tarde en el bar. Dan las cuatro de la

madrugada, primer día de febrero, la temperatura en el tugurio no sube demasiado de los grados negativos del exterior. Huele a humedad y el tiempo ha ido decolorando las junturas de la barra y los taburetes. En ese instante baja las escaleras un grupo de hombres chinos, vestidos de forma sutilmente antigua. Ya son multitud en el barrio y este es su año del cerdo.

«¡Avances!, ¡avances!», grita la tragaperras.

—Voy al servicio —dice el hombre de la gabardina tras golpear la máquina—. Me cuidas los avances, ¿eh?

El camarero asiente cuando lo contempla haciendo eses hasta el baño y duda de si será capaz de acertar en el urinario. No piensa cuidar nada más que su propio pescuezo delante de aquella pareja de delincuentes y los clientes chinos, que se juntan en una mesa antes de pedir la ronda de cada viernes.

—Estos amarillos hoy llevan todo el sueldo del mes encima —dice uno de los dos macarras, sirviéndose más tequila—. Te lo juro.

Lo bebe de una tacada, sacude la cabeza y sirve un segundo chupito para su amigo. Este se arremanga su plumífero Pedro Gómez, el abrigo que pusieron de moda los pijos que esquían en Baqueira y ahora visten los maleantes.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunta el otro.

Mientras chupa el gajo de limón y afila la cara:

—Los chinos nunca usan bancos. Guardan los billetes en su casa, bajo el colchón, en la cisterna del váter…, sitios así del rollo de la vieja escuela. Y, de vez en cuando, envían los ahorros allá a través de otros chinos que viajan con maletas de doble fondo repletas de dinero. Hay una nueva mafia de Pekín en el barrio que financia sus karaokes, restaurantes y tiendas de baratijas y, luego, les cobra unos

intereses de la hostia. Si no pagan el préstamo, en ocasiones les cortan una mano. Mira con disimulo, ¿los de la mesa tienen las dos manos?

—Diría que sí… Espera. —Su amigo se fija en el más bajito, al que la luz de un neón verde le cae de perfil—. Ese también.

—A veces solo les cortan algunos dedos.

—Juraría que tienen todos los dedos.

—Si deben mucho, ya les sacan un riñón.

—A mi padre le quitaron el izquierdo en el hospital y los médicos dijeron que era el primer riñón naranja que veían. Lo tenía así por el licor que destilaba en el sótano de casa. Nunca cumplió lo de no colocarte con tu propia mercancía. Le metieron un tajo debajo de las costillas y otro debajo del ombligo. Le pregunté por qué lo abrieron por ahí en vez de por la espalda y no… ¿Para qué les sacan un riñón a estos?

—He escuchado que un cuerpo, vendido por órganos, vale un dineral.

—Creo que necesitas los dos riñones para ser cliente de este bar.

—Entonces no les van mal las cosas y estamos a uno de febrero. —El otro macarra acaricia la pistola que esconde en una funda sobaquera—. Acabarán de cerrar sus almacenes y quizá cargan entre todos medio millón de pesetas. Será un palo fácil y, además, es el año del cerdo.

—¿Cómo sabes tanto sobre ellos?

—Lo sé y punto —contesta, sonriendo y recordando por qué—. Les robamos cuando el de la gabardina se haya largado. ¿Has notado cómo huele a cerrado el cabrón?

Su amigo asiente, lo ha notado, y enfoca la tragaperras, ruidosa

como cualquier otra y con una tipografía que dice METRÓPOLIS en la parte superior. Se pasa dos monedas por los nudillos como si fueran fichas de póker y marcha hacia la máquina. El camarero refunfuña cuando aquel macarra introduce su calderilla por la ranura. Esa gentuza nunca respeta nada, ni siquiera los avances pendientes de darle al botón. Después, cuando es demasiado tarde, algún intelectual aparece en las noticias jurando que el neocapitalismo precisa del miedo a los demás, que el delito es una hipocresía de la estructura social y otras teorías del «En realidad, los culpables fuimos nosotros» que nadie comprende en su bar.

El hombre de la gabardina sale del baño.

—Llevas la bragueta bajada —le dice el macarra que continúa con la botella—. Y te has meado encima.

El hombre observa un resto de orín en el pantalón y se sube la cremallera. Se rasca la barba, bosteza alto y sostenido. Deja claro que no le importan sus manchas. Lo que le traicionan son esos ojos que parecen no fijarse en nada, pero se fijan en cada detalle. No casan con la imagen de persona acabada, de muerto de permiso. A su edad y después de lo que ha vivido, uno no se pone ropa de mercadillo, pide doce copas en un antro y se convierte en otro borracho al que patear a la calle.

«¡Avances!, ¡avances!», vuelve a gritar la tragaperras.

Busca al camarero con la mirada pidiendo una explicación, pero este le da la espalda, porque si explica algo en cierto modo se convierte en responsable y a veces disparan a los pianistas y a los camareros. A continuación, el hombre de la gabardina observa a aquel chico que pulsa el botón de la máquina contra la que lleva una noche de pelea. Seguro que la ha dejado caliente y a punto de algún

premio importante, tres sietes rojos, por ejemplo.

Parpadea varias veces.

No.

No consigue relajarse.

El único chino que habla castellano se aproxima a la barra. Pide su canción de siempre y el camarero, nervioso, intuyendo problemas que no arreglará mediante una ronda gratis, reproduce en la platina la cinta de éxitos orientales que le ha dado. Suenan los primeros compases por los altavoces y los demás chinos baten palmas. Su compatriota canta con ademanes versallescos, bailando de vuelta a la mesa. Se alinean tres berenjenas en la tragaperras y el macarra que está frente a ella carcajea. La música del premio se mezcla con la balada del chino, que se sube a una silla para teatralizar su voz grave, de *crooner*. Otra vuelta de la tragaperras: dos campanas y una naranja. El que juega sigue riéndose entre la psicopatía y la estupidez, y tiene la mala idea de celebrarlo con un grito.

—Apártate de ahí. —Escucha del hombre de la gabardina—. Estaba jugando yo.

—¿Cómo? —Una ceja alzada—. ¿Qué has dicho, viejo?

El hombre de la gabardina se le acerca a trompicones. Vigila de reojo al otro macarra, que continúa con los codos encima de la barra y una L marcada bajo la axila en la sudadera. Le sorprende más que pida limón con el tequila que esa pistola oculta en el sobaco. Sabe cuánto se ríen en México de lamer un pegote salado y chupar gajos agrios. Gente fresa, vale madres, parió chayotes, si molestas a quien no debes en bares como aquel, a veces cabezas cortadas con motosierras.

—Que te apartes de ahí —repite—. No vendrán más avisos.

Luego se encaran. Aquel macarra roza la nariz con la suya y duda frente al primer plano: los criminales suelen reconocer a los criminales, así que solo le escupe en la barba mientras su amigo coge un taburete para partírselo en la nuca. En ese momento, ya sufre un ligero remordimiento por tal decisión.

Y el hombre de la gabardina tira un codazo al que lo atacaba por la espalda.

—¿Qué cojo…?

El que le ha robado el juego no termina la pregunta porque un rodillazo explota, precisamente, en dos, su cojón izquierdo. Se retuerce en el suelo, lágrimas como puños, aquel plumífero Pedro Gómez muy manchado. El chino continúa cantando y lanza las manos al aire, arrebatado, en una actuación que no quiere detener por otra pelea. El que estaba en la barra se recompone del golpe, vuelve a alzar el taburete y el hombre de la gabardina se gira para golpearle el hígado.

Volea derecha, gancho izquierdo.

Luego, ¡más golpes!, ¡golpes!, ¡golpes!

Tras la combinación de puñetazos, el macarra se desploma junto a su amigo y se lleva las manos al costado. Un bufido abrasador le sube por las entrañas, algo nuevo, algo espantoso, que duele mucho, aunque no tanto como el testículo reventado del otro. Su hígado no está para semejantes hostias, pero logra desenfundar la pistola. Mientras tira del gatillo, el hombre de la gabardina le rompe el brazo de un pisotón y así pierde el contacto con el arma.

La bala revienta el fluorescente del techo.

Ruido de electricidad en cortocircuito.

Los chinos se esconden bajo la mesa cuando oyen el proyectil y

acarician los sobres con sus sueldos, aunque no suman doscientas mil pesetas entre todos. Al más alto le falta el meñique, al más bajo el riñón derecho. El cantante permanece sobre la silla, pero se calla. Por fin había dado con el tono y de qué le ha servido.

El hombre de la gabardina se desabrocha los botones superiores.

—Os había avisado —dice—. Con buenas palabras.

Casi ha entrado en calor tras la pelea y entonces considera cualquiera de sus palabras, por descarte, como buenas. Pulsa el botón con uno de los dos créditos que quedan y en la pantalla se alinea una pareja de campanas y un limón. Después se frota el antebrazo por la boca y, a través del reflejo de la tragaperras, observa que el del testículo reventado se pone en pie con algo metálico.

Detiene el navajazo agarrándolo de la muñeca y con su propia mano lo apuñala.

Una, dos, tres, cuatro veces en el muslo.

Los pies del hombre de la gabardina bailan, flotan, gravitan alrededor del acuchillado. Un movimiento que pertenece a otra persona y a otro tiempo. En la última puñalada, gira el filo dentro de la carne de ese macarra y resbala un montón de sangre caliente por el mango. De regalo, con lacito, la herida ya no se cierra. Entonces su amigo estira el brazo hacia la pistola del suelo cuando el hombre de la gabardina enseña la suya. Una Astra, calibre 37, oxidada, cañón corto y biselado, toda una antigualla de diciembre de 1978, ¡bang!, para volarle media oreja. El proyectil rebota en el taburete y rompe otra luz, esta vez de la pared.

Saltan chispazos del neón verde.

La cinta de éxitos orientales se queda enganchada al final de la

cara B y ya solo se oyen los lamentos acompasados de los dos macarras. El hombre de la gabardina coge la pistola con la que le dispararon, vacía su cargador y patea la munición. Se tambalea hacia la máquina, cansado de no poder terminar el juego con aquella tontería de querer matarlo, y aprieta el botón con el último crédito.

—Deseadme suerte —dice.

—¡Suerte! —grita el camarero, aún escondido.

—Sí, claro. —El chino que cantaba se cruza de brazos—. Mucha suerte.

7 7 7

Un torrente de monedas cae sobre la bandeja.

—Se había convertido en algo personal —dice el hombre de la gabardina cuando remonta las escaleras del bar y deja el premio intacto—. Y en realidad, como aprendí hace mucho tiempo, todo es personal.

El chino que cantaba abre los brazos y termina su balada.

—永远!

En el exterior, la lluvia abofetea al hombre de la gabardina. Su cerebro intenta asimilar el contexto y reconoce otra vez esas calles del sur de Madrid tantos años después. Era un fangal de bares con menú del día para obreros, clubes de mala reputación y tugurios como del que acaba de salir. Hoy, en horario diurno, se ha transformado en un eje comercial que, a pesar de los nuevos negocios y las luces movedizas, le sigue susurrando su secreto al oído. Y ya no lo soporta más. El hombre de la gabardina oye sirenas de policía, pega seis tiros al aire, rueda su pistola por la carretera y

alza las manos. El olor de los muertos lo envuelve desde el subsuelo y así asume lo que sucederá en las próximas cuarenta y ocho horas.

—¡Yo tuve de rodillas a esta ciudad! —grita después.

Los policías derrapan sus coches sobre el asfalto, dan el código de emergencia por radio y apuntan al loco, completamente empapado, que ahora parece aquel hombre de la gabardina.

Que por primera vez conecta con sus emociones y continúa gritando:

—¡Yo tuve de rodillas a esta ciudad!, ¡yo tuve de rodillas a esta ciudad!

1978

1/12 14:04

«Mis casos nunca aparecen en tu telediario».

Marta abandona los cubiertos a la derecha del plato.

—Te alimentas de sufrimiento, papá.

Su padre parpadea muy fuerte.

—¿Perdón?

—Su sufrimiento acaba en tus entrañas y por eso luego sufres tanto tú —contesta Marta—. Es de lógica.

—Pero ¿qué dice esta niña ahora?

—Alfonso, por favor —interviene la madre.

—¿No ves que se está volviendo loca? —El padre pega un puñetazo en la mesa—. Primero los pantalones rotos, luego cortarse el pelo, ahora teñírselo de blanco…

—Ese animal ha estado toda su vida encerrado en un matadero —sigue Marta—. Solo puede saber a miedo con ajo y cebolla.

—… los imperdibles en la oreja, la pintura del brazo…

—Seguro que se borra con el tiempo.

—No se borra, mamá. Para algo es un tatuaje.

—… las muñequeras con pinchos —el padre ya no pierde el ritmo —, el collar de perro ese, y entras en su habitación y la tiene llena de pasquines de las juventudes satánicas…

—Libertarias —dice Marta.

—… y la guitarra que no para de aporrear a todas horas. —Marta

está a punto de explicar por enésima vez que es un bajo, cuatro cuerdas, pero se contiene—. Hija, en esta mesa he aguantado tus locuras hasta hoy, cuando el hígado de ternera se convierte en una fuente de proteínas con mucho sufrimiento y debo alimentarme a base de brotes verdes. —Alfonso alza su filete con el cuchillo, lo estampa contra el plato y varias gotas de sangre manchan su cara—. Trabajé de sol a sol para darte una educación, techo y bistecs de hígado que devorabas con una sonrisa. ¿Y sabes por qué? Porque hubo un tiempo en el que me admirabas. Era el héroe de tu vida cuando te llevaba sobre los hombros. Ahora me he convertido en un paleto que solo calcula primas de riesgo en mi trabajo y come carne con patatas. Pues cambié la fábrica por la correduría de seguros para que nunca te faltara nada y así lo agradeces. Mira, sé que es… sé que es ese novio tuyo el que te mete semejantes ideas en la cabeza. No fingiremos que no reconocemos al culpable y vete pensando en dejarlo a él o a esta casa. Así de fácil lo pongo, Marta.

—¿A cuánto se paga la prima de riesgo para que me vaya de casa si hicieses uno de tus seguros?

—Todavía puedo meterte en la empresa siempre que cambies de pintas y de actitud. —Su padre toma aire e intenta calmarse—. Estoy bien valorado por los jefes.

—El otro día enchufó al sobrino del panadero y ese es un perla.

—No me interesa sentarme todo el día dentro de una oficina, mamá.

—Ni siquiera te tiene que interesar —dice el padre, ¿apretando la mandíbula?, quizá—. Y tampoco es algo tan negociable.

—Oh, basta. —Marta no quiere protegerse con más ironía y se levanta para marcharse a su habitación—. Nosotras ya no hacemos

lo que nos ordenan los hombres.

—Ni se te ocurra moverte hasta que terminemos de comer en familia, ¿has escuchado? En fa-mi-lia. —El padre persigue a su hija con el bistec ensartado en el cuchillo—. Marta, vuelve aquí y mira este filete a la cara.

—¡Si no tiene cara!

Se oye el ruido del pestillo y el padre sabe que no llegará a tiempo.

Lo intenta: gira el pomo de la puerta, pero ya no se abre.

—Alfonso, lo romperás otra vez —dice la madre.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer entonces?

—Romper otra cosa más barata.

El padre se queda mirando el barniz de la madera. Después, repite mentalmente la frase que ha escuchado en una serie de televisión: «Uno, dos y tres, yo me calmaré, todos lo veréis… Uno, dos y tres…».

—Vuelve a la mesa de una vez, Alfonso.

—Dame un momento, Consuelo.

«Uno, dos y tres…».

—Solo tiene diecinueve años. —La madre recoge el plato que ha dejado intacto Marta—. Estoy segura de que esta rebeldía, o como la llamen ahora, se le pasará pronto.

—A los diecinueve años yo me deslomaba en una cadena de montaje y trataba a su abuelo de usted.

—Hoy la juventud es distinta —sigue la madre—. Parece que el país por fin cambia, vienen cosas nuevas y ella tiene la suerte de poder estudiar. ¿Por qué no te quedas con lo bueno en vez de recordar siempre cómo tratabas a tu padre? Ese señor lleva diez

años dentro de un nicho.

—¿Estudiar Sociología? Ni sabíamos que era una carrera hasta que se matriculó.

—Derecho no le gustaba.

—Pero me gustaba a mí —dice Alfonso, observando las estrías del filete—. Marta, aquí queda tu comida entonces.

Clava el cuchillo con el bistec en la puerta de la habitación.

—¡Que te jodan, papá! —grita Marta al otro lado—. ¡Es la angustia de esa carne la que fluye por ti!

—Uf, la mato.

—¡Vas puestísimo de clembuterol con tanto hígado!

—Alfonso, el pomo de la puerta —dice Consuelo—. Son cien pesetas si lo quieres plateado.

Ahora se escucha la melodía de un bajo desde la habitación. Progresa del sexto al décimo traste y el pulgar baquetea la cuarta cuerda. Es un buen *riff* y está lleno de rabia, pero el mástil del instrumento se une por cinta aislante y las clavijas solo giran haciendo fuerza mediante unos alicates. Además, Marta toca sin amplificador, las pastillas y el selector tampoco funcionan. En esa casa nadie le comprará otro bajo, porque juran que ella cambió cuando aprendió a tocarlo o cuando empezó a salir con Pitu y su pandilla de colgados aquí y allá. Y ya no recuerdan qué desgracia ocurrió primero.

El padre regresa al comedor con el dedo índice sobre los labios. No quiere comentarios de texto sobre lo que acaba de suceder, ni del cacho de animal muerto que colgará un rato de la puerta. Se había contenido lo posible porque intuía que su hija buscaba sacarlo de sus casillas, ganar una discusión tras la que irse cuatro días de

casa y contarle cualquier excusa de sus ojeras al volver. Él pretendía vivir para siempre en un mundo diminuto, donde apostarlo todo al trabajo y a la familia, a la eficacia y a la tradición, pero Marta ni siquiera es de su mismo universo. Consuelo, que sí lo es, se levanta para subir el volumen del televisor. Después se sienta junto a su marido y le pellizca el muslo, apoya la espalda contra el respaldo de la silla y lo observa con un cabeceo. Hacerse vieja no le parece una lenta cuesta abajo, de poca pendiente, porque a veces hay baches que suman años de golpe. Y admite que su marido ha caído en uno desde que Marta no es la niña inocente, ovillada sobre el regazo, que criaron con el esmero de quienes solo tendrían una hija. Al padre le queda la voz grave, pero su mirada es cada vez más frágil.

Y ahora las lamentaciones habituales con el telediario.

Sintonizarlo se ha convertido en su acto de masoquismo. Tiene para elegir atentados en las calles, gritos y empujones en el Congreso, conspiraciones militares, bandas de delincuentes juveniles, drogadictos tirados por los portales y la sección internacional siempre abriendo con el precio del petróleo, mientras Estados Unidos y la Unión Soviética juguetean con el botón rojo cuando se libran guerras en países que le son imposibles de ubicar en los mapas.

—¿Otra más? —pregunta—. ¿Lo ha vuelto a hacer el desgraciado?

—Déjame escuchar, Alfonso.

En pantalla, un reportero con chaqueta afelpada y mostacho informa a pie de calle: «La policía no descarta ninguna hipótesis y el juzgado de guardia ha dictado el secreto sumarial, sin embargo, por los detalles que han trascendido del crimen parece que estamos ante otra víctima del Ángel Azul. Recordemos que en su última carta a un

conocido periódico anunciaba que antes de la siguiente cumpliría aquel "Volveré a limpiar Madrid de mentiras"».

—No me lo puedo creer —dice Alfonso—. ¿Cuándo van a coger a este? ¿Y por qué… por qué se habrá puesto semejante nombre?

Se suceden las imágenes de un cuerpo cubierto con una mortaja, una ambulancia destellando luces rojas y dos camilleros que se disponen a cargar el bulto. La cámara abre a un plano general donde los vecinos preguntan cómo ha sucedido. A continuación, primer plano de un policía uniformado de gris, que pide distancia para montar el perímetro de seguridad y acaba poniendo los brazos en jarra. Se diría que tiene ganas de rezar, nada relacionado con la religión, sino con alguna energía que cambie lo sucedido y por suceder. Cierra la secuencia informativa el regreso a la imagen de la acera.

—Esa calle es del barrio —dice Consuelo, endureciendo los párpados—. A pocas manzanas de aquí.

—Lo que nos faltaba en Malasaña —contesta Alfonso.

Chof.

El bistec ha caído de la puerta al suelo del pasillo.

A seis kilómetros de Malasaña, Alfredo Cañas también se encuentra frente al televisor cuando los informativos cortan la conexión a pie de calle. Ha colocado su nuevo aparato de veinte pulgadas sobre una consola de roble. El único mueble ornamentado de un comedor en el que apenas cuelgan una foto de su niñez y, desde ayer, una placa con el escudo del Real Madrid. Se la han regalado a todos los agentes que han cubierto la seguridad en algún partido de la última temporada. De vuelta al plató, la presentadora del telediario repasa

las víctimas del asesino más famoso de Madrid; del fenómeno pop que escribe cartas antes de cada crimen; del acaparador de titulares en una época en la que abrirían los telediarios con cualquier noticia política; del rumor en oficinas, bares y plazas, que siempre termina con un sospechoso en la boca; del psicópata sobre el que, además, algunos tarados no emiten juicios tan alarmantes. Al fin y al cabo, las chicas asesinadas eran prostitutas o lo parecían.

Cañas golpea su cajetilla de Ducados para sacar el último cigarro. Le queda un turno de diez horas por delante. Acaba de promocionar como investigador en la Brigada Central de Información, sucesora de la Político-Social, que perseguía opositores al franquismo. Los primeros años en el cuerpo fueron tranquilos, pero luego supo dónde encajar, mientras muchos de sus compañeros aún disuelven manifestaciones, y qué prácticas se aprobarían en el futuro, que, cada día, es un reto para los que quieren perdurar sin importarles el tipo de gobierno. Siempre harán falta policías que encierren a los asesinos, que detengan a personajes como el Ángel Azul, que vaya nombre se ha puesto, ¿ese color por qué?, y salgan en la foto con el malnacido luciendo un ojo tumefacto, porque las torturas aún no se censuran tanto y hay que alegar resistencia en la detención. Era su integridad física o la mía, señoría. Aunque jamás le asignarán una investigación así de importante a alguien tan joven como él.

Cañas mira su reloj de correa y entonces apura las caladas del cigarro. Recuerda otra vez que su novia aún no le ha contestado a lo de mudarse a aquel piso alquilado de Chamartín, paso anterior a letras de la hipoteca, anillo dorado, sí quiero, para toda la vida no se sabe si aprueban la controvertida Ley del Divorcio. Esa espera le genera ansiedad, imposible negarlo, pero ahora los nervios se deben

a que se ha despistado con las noticias y casi llegará tarde a su turno. Han surgido los horarios reglamentados en la policía junto con otra serie de obligaciones, informes y hasta inspecciones de Asuntos Internos. Dicen que el mundo observa a España en estos instantes de transición y donde hay ojos suele haber compostura o su apariencia.

Además, le toca trabajar con Germán.

Y si la democracia o sus apariencias se consolida, sospecha que no harán falta policías como Germán.

Alfredo Cañas se toquetea su incipiente bigote y se acerca al televisor. Le aguarda otra noche en Madrid con historias que hace poco solo veía en las películas que pasaban el tijeretazo. Queda poco de la ciudad beata y funcionarial en la que le dieron la placa, la pistola, la legitimidad en consecuencia. Aquella ingenuidad de otros tiempos también está acuchillada en un callejón.

—Mis casos nunca aparecen en tu telediario —dice Cañas a la presentadora.

Se fija en el reflejo de su imagen, que se superpone en la pantalla. Esa figura tan normal; ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo. Una cara que tampoco es fea ni guapa. Normalidad como cuestión estadística.

Y aprieta el botón del televisor.

Fundido a negro.

1/12 15:52

«Estos solo entienden el lenguaje de la cadena».

Marta pega su carpeta de apuntes contra el pecho.

Es viernes, el metro va todavía más lleno de lo habitual. Aquel vagón encendido por una luz escasa y parpadeante. En la última parada subió el melenudo de la guitarra que siempre pasa la boina tras cantar versiones de Pink Floyd. Marta lo suele ayudar con los coros y él le guiña un ojo en agradecimiento. Ella admira la pasión de esos músicos que comienzan a frecuentar el metro. Supone que solo los bohemios saben cómo conciliar el sueño a la noche, ya que no parece que sepan nada del resto; de parejas, hijos, oficinas, averías del coche o facturas de suministros. En realidad, de momento tampoco han aprendido mucho sobre cantar.

—*So you think you can tell…*

El músico pone el mástil de la guitarra en vertical y comienza un arpegio a tres dedos. Durante un instante parece que el vagón le atiende. El freno de la parada y el codazo de un señor con corbata le permiten comprender que no, que todos se han girado hacia él para ponerle cara de asco.

Baja con Marta al andén cuando las puertas se abren.

—Dales caña a esos pijos de Derecho.

—Jamás estudiaría eso —contesta Marta—. Qué horror.

—Entonces, ¿por qué llevas tantos papeles?

—Creo que porque pesan lo suficiente.

—Pues tengo el presentimiento de que serías una buena abogada.

—Presentimiento…

—Esos que salen de aquí. —Se toca la zona del corazón, tan afectado como un poeta—. ¿Tú no los tienes?

—Dime una cosa, ¿cuándo fue la última vez que los presentimientos nos sirvieron de algo?

El músico sonríe, reconociendo que es mejor fiarse de los retortijones del estómago. Después se cruza el instrumento a la espalda, salta a las vías y pasa al andén contrario. Se mete en el vagón que regresa al centro de Madrid para volver a tocar la misma canción. Allí, a través del cristal, Marta observa cómo desaparece en el túnel mientras hace el símbolo de la paz con los dedos. Piensa que es guapo, seguro que un buen tipo a pesar de tantas corazonadas, pero demasiado hippie para ella. Al final, le devuelve la sonrisa y el símbolo de la paz, por majo.

El sol invernal alumbra la Ciudad Universitaria y a sus estudiantes. De un vistazo, queda claro que en pocos años se han sacudido la estética del Movimiento Nacional y la ideología del Sindicato Español Universitario, aquella vieja organización católica, pero los nuevos ultras merodean por el campus con sus broncas y botas militares. Otro tanto puede decirse de algunos libertarios y psicodélicos, cuya única asignatura a aprobar es vender sellos con LSD.

Marta divisa a sus amigas sentadas en las escaleras de la facultad, fumando un cigarro tras otro, seguro que discutiendo alguna reivindicación contra la opresión del día. Su carrera de Sociología la frecuenta gente más o menos comprometida con la causa política y la causa porrera. El cambio de la marihuana al

hachís está evitando situaciones incómodas, las fichas marrones no huelen tanto y los profesores pueden ignorar que están ahí, en los bolsillos de los alumnos que no atienden a la pizarra y formulan preguntas circulares.

Un ultra se cuadra delante de Marta.

—¿Tienes un cigarro, nena?

Rapado al dos, lo que destaca sobre su camisa azulona es un brazalete rojigualdo. Se conocen desde el primer año de universidad. Marta cree que no ha aprobado ni un examen, aunque suele rondar la facultad con su pandilla. Para ellos es un enemigo de tantos: mujer con aspiraciones, por las pintas quizá anarquista y adscrita de alguna forma a la moda de los punkis. Aún no se encuentran demasiados por la ciudad, pero comienzan a llamar la atención con los pelos de colores y las chaquetas tachonadas de pinchos. Ninguna tribu urbana provoca las mismas reacciones en los madrileños, que asimilan el desmontaje de la dictadura y ya tienen personajes estrambóticos en la cola de la panadería. Se preguntan dónde estaban hace tres años, ¿tramando sus crestas en los sótanos o peinándose con raya a la derecha?

—No fumo —dice Marta tras colocar la carpeta como un escudo entre ambos—. Ahora se sabe que es malo para la salud.

—Esa no era mi duda —contesta el ultra.

—Pero a partir de hoy ya no volverás a perder el tiempo hablándome. ¿O sí?

Marta quiere esquivar el cuerpo atornillado del ultra, aunque él hace una monería para impedirle el paso. Su pandilla, dale, dale, lo vitorea desde el banco. En cambio, las amigas de Marta observan la situación con inquietud y más cuando Pitu detiene el Vespino al lado

de su novia. Él también es de mecha corta, muy corta, quizá ni siquiera tenga mecha. Falta la chispa y se lían a golpes, como siempre.

—¿Te llevo? —pregunta Pitu a Marta.

Ella mueve los labios para formar un sí y monta en la parte trasera del asiento, rajado y con vomitones de espuma. Pitu acelera y deja con expresión de furia al ultra, cuyos colegas se habían levantado por si aquello merecía una tunda cualquiera al chico con cresta roja, que esquiva a golpe de gas a los estudiantes del campus. Es un macarra genuino con acento de barrio y pupilas nerviosas. Si se piensa que esa clase de comportamiento solo es posible en la juventud, por aquello de que la culpa aparece con la responsabilidad y para responsables, los adultos, no hay mejor ejemplo que Nicanor García, al que nadie conoce por ese nombre y sí por Pitu.

Frena delante de las amigas de Marta y ella se baja de un saltito.

—¿Te estaba molestando? —pregunta Pitu.

—Solo me había pedido un cigarro. —Marta coge uno a sus amigas y se lo pone tras la oreja—. Todo bien.

—Ese imbécil cada día trae a más gente —dice Pitu—. Ya se creen que la zona de Goya y el Retiro es suya y ahora vienen a por Ciudad Universitaria. Pues no nos vamos a achantar. La próxima semana juntaré a los míos para ver los cojones que tienen cuando no son diez contra uno.

—El otro día reventó la clase de Pueyo —dice una amiga de Marta.

—Si sus clases son tan aburridas que no se pueden ni reventar —contesta otra.

—La lección sobre estructura social era un coñazo, pero Pueyo se metió con el poliedro sistémico y con que, desde el espacio intelectual, la próxima generación de izquierdas habría de llegar al poder político si el cambio de la dictadura a la democracia fuese completo. Que, en caso de un pacto promovido por las élites franquistas, deberían quedarse en la oposición, incluso clandestina.

—¡Epa! —Pitu se dobla de la risa—. No he entendido bien de qué va, pero suena a que ese profesor es todo un revolucionario en su salón.

—No parecía que Pueyo lo expusiera tomando partido por nadie.

—Cuida mucho eso —dice Marta—. Quiere que primero le den la cátedra.

—Más bien era un… ¿análisis? —sigue la amiga—. Pues ese ultra de ahí se puso a hacer el saludo romano, a gritar cosas estúpidas, España grande y libre y no sé cuántas tonterías de primero de fascismo. Pueyo le rogó que se marchase del aula, pero él ni se movió. Se pasó la media hora que quedaba haciendo comentarios igual de estúpidos. Al final, un barbudo de la última fila lo mandó a la mierda y este levantó una silla y le amenazó con que se la llevaría puesta en la cabeza. ¿Y sabéis lo peor? Que creo que no es tan tonto como parece. Eso lo hace más peligroso.

—Se están volviendo unos chicos malos. —Pitu escupe al suelo y les pone su peor cara—. Nos darán más problemas que interrumpir una clase.

—No los mires así, Pitu —dice Marta.

—Estos solo entienden el lenguaje de la cadena.

—Sí, de la cadena que hoy no llevas.

Los ultras devuelven la mirada caníbal a Pitu. Uno saca un puño

americano de su cazadora, se lo pasa entre las manos y castañetea los dientes. La pareja de Marta continúa con el Vespino encendido, pensando por dónde escapar si se tiran a por él. Entonces llega un hombre de unos treinta años a saludar a aquella banda. Nada que ver con la forzada pose de violencia de ellos. Los ultras se cuadran ante su presencia, el hombre les saluda y lanza una ojeada curiosa al entorno. Se detiene unos segundos en las figuras de Marta y Pitu, como extrañado de su aspecto, y vuelve a hablar a los ultras. Estos le ofrecen algunas explicaciones y un papel.

Marta se fija mucho en el nuevo. Viste cazadora de aviador con un parche de un águila, juraría que bicéfala, pantalones cargo repletos de bolsillos y botas negras con cordones blancos. El cabello corto, a cepillo. La mirada acostumbrada a intimidar. Hay algo categórico en sus gestos pausados. Si la generación de los padres de Marta se había convertido en poco auténtica, poco apasionada, poco alegre y, en general, llena de silencios por lo poco que contar, ella detecta que allí se esconde algo intenso y radical y tiene que ser la delincuencia como opción de vida.

—Ese no parece un cualquiera que pide cigarros por ahí —dice Marta a su gente—. Quizá haga de enlace con los de Puño Patriota.

—A mí que los demás no me hagan muecas —contesta una amiga —. Soy una mujer fría y calculadora que los llevará a la perdición.

—Chicas, llegaremos tarde a clase. —Otra amiga se cansa de que las observen así—. ¿Entramos ya?

Pitu sube el Vespino al caballete y las acompaña por el pasillo de la facultad.

—Será en un antro que acaban de abrir en Malasaña —dice a Marta sobre su concierto de la noche—. Se llama El Pirata. Tiene un

escenario en el que cabemos todos, así que no habrá que poner la batería abajo como el otro fin de semana. La entrada vale veinticinco pesetas y tocaremos antes de Atrofia Cerebral.

—Eso es fantástico, Pitu.

—Estoy muy contento.

—Y con Atrofia Cerebral —dice Marta—. La gran esperanza del rock madrileño.

—Ya sabes, grandes esperanzas, grandes decepciones.

—Seguro que el local se llenará para verlos.

—Cuentan que nos les gusta que los teloneros hagan más ruido que ellos.

—Pues fliparán con vosotros.

Marta, orgullosa, le hinca un morreo en los labios mientras gana puertas, pasillos, estancias con suelo de terrazo hacia el aula magna.

—Y he escuchado que irá Pedro Lafuente —dice Pitu.

—¿Ahí?, ¿en serio?

—Ha empezado a interesarse por grupos alternativos para su sello y, en fin, sabes que no tendremos una gran carrera con nuestra música, pero molaría grabar algunas canciones en su estudio. Dicen que es el único que saca un sonido sin enlatar en esta ciudad.

Durante unos segundos Marta fantasea con cambiar las aulas por camerinos, los apuntes por autógrafos, o al menos que lo haga Pitu y que ella lo vea en primera fila. No, luego vuelve a imaginarse encima del escenario. Mientras, el resto de los alumnos ya entra en clase con la llegada de la profesora de Sociología del Trabajo. Una sindicalista de pelo a la taza, diadema, falda y chaqueta entallada que ronda el metro y medio de altura y los ochenta decibelios de voz.

—¿Y tu bajista? —pregunta Marta—. ¿Puedes contar con él?

—A ver… —Pitu se rasca la cabeza—. Ha bebido poco en las últimas semanas, con que supongo que le dará para un conciertillo de treinta minutos. El otro día dijo que es la única forma que encuentra para superar los nervios del directo, que sus borracheras son una muestra de respeto hacia nosotros y hacia el proyecto.

—Vaya farsante este Manu.

—Un cabronazo, aunque lo quiero.

—Si os falla otra vez —dice Marta—, recuerda que yo clavo vuestras canciones con el bajo.

En realidad, Histeria, el grupo de Pitu, tiene tres canciones propias y el resto son versiones de otras bandas de Estados Unidos e Inglaterra. Además, la mayoría ni intuye que las canciones son prestadas con el inglés macarrónico de Pitu. Las canciones enérgicas, de menos de dos minutos y sin demasiado talento aparente, todavía no han sido descubiertas por el gran público madrileño. Y de momento los de su grupo piensan que deberían quedarse ahí por coherencia, en lo subterráneo.

—Sé que clavas nuestros temas, Marta. —Hay que atender a todo lo que no dice la frase de Pitu—. Te paso a buscar a las ocho por tu casa.

—No timbres, por favor. Bajaré a la hora.

—Ah, tu padre sigue enfadado.

—Soñaba con un yerno que fuese funcionario.

—¿Aún te dice que estudie las oposiciones a cartero?

—Ya no me dice eso precisamente.

—¿Y tú con qué sueñas?

—Siempre contigo, bicho. —Marta entra en la clase de Sociología

del Trabajo—. Menos las noches que fumo porros, entonces no sueño nada.

Al rato, fuera de la facultad.

Pitu, que es carpintero como su tío y no se ha acercado a un libro desde preescolar, tiene sus problemas habituales para arrancar el ciclomotor. Pulsa el gatillo del aire y empuja el Vespino a la carrera, pero se le apaga a la tercera vibración. El viejo carburador perla las bujías y encenderlo suele convertirse en una pesadilla para él y para su cresta, que se desarbola hacia delante.

Se le acerca el hombre con semblante peligroso que habían visto antes.

—Deja que te ayude, chaval.

Aquel rostro lleno de cicatrices, limaduras, un ojo pipa.

Nadie quiere una cara así tan cerca de la propia.

—Puedo solo, gracias —contesta Pitu.

Sin darle opción, el hombre se hace con el manillar del Vespino, pasa sus manos por el chasis y emite un ronroneo como si estuviera a punto de embargarle una locura transitoria. Coloca su bota de legionario sobre el pedal y de una patada el ciclomotor aguanta un ralentí perfecto.

—Ahí lo tienes, chaval —dice—. Entiendo estos trastos mejor que nadie.

—Vaya —Pitu asiente en reconocimiento—, habías dicho la verdad.

—Tal vez no toda la verdad, aunque la verdad a fin de cuentas. —Se queda mirando fijamente a Pitu—. ¿Eres un artista o algo?

—Bueno, podrías definirme así.

—He vuelto a Madrid hace pocas semanas y no me imaginaba que había gente… como tú. ¿Te pagan bien por tu arte?

Pitu siente dos pelotas de arena en la garganta. Ese tipo lo analiza igual de extrañado que cualquiera de sus vecinas con rulos, pero añade un destello violento. Su mandíbula cuadrada, orejas en forma de asa y nariz ganchuda tampoco componen la imagen del buen samaritano que arranca ciclomotores.

—De momento mi arte es gratis —contesta Pitu—. Con que me dejen cantar en los bares es suficiente.

—Lo único que nos hace mejorar en el trabajo es la necesidad de dinero. —El hombre palmea el asiento del Vespino—. Compórtate como un profesional, ponte reglas, horarios y de una manera u otra llegarán los resultados. Yo he regresado a la ciudad para recoger los míos.

Parece que allí existe una idea que subrayar, encuadrar con rotulador y abrir un globo de comentario al margen. Sin embargo, Pitu solo quiere acelerar a los cincuenta kilómetros por hora que le permite el ciclomotor en dirección a Malasaña.

—Voy al barrio de Salamanca —dice el hombre, esforzándose por seguir sonando amable—. ¿No te cogerá de camino y me llevas de paquete?

Pitu piensa que sí, pero contesta que no.

—Qué va. Tiro para Legazpi, al sur.

—Al sur como un fugitivo… Vale, cuida la cresta.

El hombre bromea pasándole los dedos por el extremo superior, tal que le peinase un penacho, y luego se los tiene que limpiar en el pantalón.

—Lo siento —dice Pitu—. La pringo con laca para que quede bien

tiesa.

—¿Laca de señora?

—De esa del bote grande y marrón.

El hombre se gira y se marcha, negando con la cabeza. ¿Laca del bote grande y marrón? Espera que sea verdad. Se le ocurren otros tantos productos para pringar una cresta y sus dedos. Piensa que será la última moda de niñatos obsesionados con esnifar basura por la nariz, de los que salen cada noche a pegarles fuego a las calles, que hablan demasiado alto y sin tratamientos de cortesía. Solo quieren más volumen, más tralla, más drogas. Su obsesión es pulsar el botón del más, como ratas de laboratorio, pero no siempre hay más. Y seguro que la banda de ultras de la que es enlace hace exactamente lo mismo, aunque con otra ropa y otros pelos.

Pitu le dice adiós cuando lo esquiva con el Vespino.

Tal vez desde el principio su vida haya sido una cuestión ínfima. Se resumirá en ciertas decisiones propias y a veces ni eso. Algo que constatará durante las noches de insomnio que le quedan por delante. Y desde aquel momento, cuando uno permite al otro arrancarle el ciclomotor, lo ínfimo, lo máximo, se empieza a torcer para todos.

1/12 17:48

«¿Y si Jairo se entera y te declara la guerra?».

El hombre que arrancó el ciclomotor a Pitu llega al barrio de Salamanca.

Avanza con un ligero contoneo, acuciado por dos viejas cuchilladas en el glúteo, una operación de cadera y fracturas mal curadas. Aquel cuerpo refugia muchos dolores; a veces continuados, a veces punzantes; y su caminar tiene algo extraño, la barbilla proyectada al pecho, los brazos rígidos y la espalda envarada.

Y caminará extraño, pero también rápido.

Es un legionario que acaba de regresar de Melilla. Tres años de servicio militar después de un asunto que se complicó en 1975, de dejar tetrapléjico a un sindicalista por encargo de la persona que ahora visitará. El castigo fue el breve destierro en la frontera con Marruecos. De la Torre aún sabe proteger a los suyos mediante un apretón de manos y Bam Bam será su mejor asesino, pero también el que cree que quizá no conseguirá adaptarse a los cambios, a la sutilidad en los nuevos corrillos de poder. Se movía mejor en el Madrid de los primeros años setenta. En criterio de su jefe, una ciudad entonces llena de personajes chanchulleros y con menos inteligencia que escrúpulos. Toda una recua de provincianos emigrados a la capital con una moralina que después debieron olvidar para subir cualquier peldaño. Vivieron tranquilos durante el franquismo y ahora se comportaban como matones de colegio,

porque el país también se había vuelto un adolescente pecoso. De ahí salían los más listos descubriendo los atajos y llegando a la meta sin la competencia de los demás.

Y en los atajos ya cobraba peajes De la Torre.

Porque antes de que aparecieran los mafiosos, sus sicarios y todos los que a partir de hoy encontrarán la criminalidad como seña de identidad, un gángster en la España de la dictadura era alguien como De la Torre, que no quitaba ni ponía rey, pero estaba allí, un pie en los despachos y otro en las esquinas, siempre con una moneda de dos caras, riendo las gracias al ministro y luego extorsionando al bandido del barrio; en realidad, cobrándose los favores de uno y de otro, mejor ser flexible que duro en los negocios, aunque alguno de sus esbirros te hundiera una bonita bala en la frente si no estabas del todo de acuerdo.

Bam Bam entra en la sede de Puño Patriota. La penúltima organización paramilitar del momento ha creado sus grupos de choque a imagen de los falangistas, de los primeros, de los de verdad, como les gusta decir. Así que, tres años más tarde, el legionario vuelve a contemplar las banderas que presiden un vestíbulo con pinturas de batallas medievales. Una secretaria le indica que suba a la segunda planta y él fantasea con cómo quedaría su cabeza clavada en una pica. Arriba, lo saludan brazos en alto, que Bam Bam no devuelve, aunque sí hace un movimiento de barbilla a otro legionario. Eligió bando hace mucho, o puede que se lo eligieran, pero la política no le interesa salvo cuando le extienden un cheque.

Y la reunión por su próximo cheque ha empezado sin él.

—Debo avisar de tu llegada. —El que custodia la puerta le impide el paso—. Nuestro jefe odia la impuntualidad, cree que es una manera de darse importancia.

—Seguro que a mí me perdonará —dice Bam Bam.

Luego alza la mano para el descuento y bosteza de tal forma que los del interior identifican quién ha llegado con retraso. De la Torre chasquea los dedos y uno de sus hombres sale y lo deja entrar antes de que el custodio acabe con la nariz rota.

—Bienvenido a tu casa tres años después —dice De la Torre, forzando una sonrisa condescendiente. La sonrisa que dirige a los que nunca están a su altura—. Me alegro de verte.

—Parece que he llegado unos minutos tarde —contesta Bam Bam.

—Más de una hora en concreto. Pero el de la puerta es nuevo, no se lo tengas en cuenta.

—Mira a este —murmura otro de los asistentes sobre las heridas en la cara de Bam Bam—. Cada vez se parece más a Millán-Astray.

Un repaso severo de Bam Bam, que no ha distinguido las palabras, pero sí el tono, le hace desviar la vista al suelo. Cuando a uno le mira un demonio, suele girar la cara. De la Torre se levanta, sale al pasillo para comprobar que allí no hay nadie, separa al custodio de la puerta y regresa al interior. Corre al milímetro unas cortinas que ya estaban corridas y ordena a los presentes que vacíen los bolsillos. Bam Bam es el único que no lleva nada y se saca las costuras por fuera. Toda precaución resulta poca cuando lo que se tratará es alto secreto en la organización. El resto del edificio cree que asignan funciones de intendencia para el próximo mitin.

—Siéntate en la silla que guardaba para ti. —De la Torre señala a Bam Bam un lugar a su izquierda—. Y comienzo la puesta en común

de lo que se os ha avanzado a cada uno en privado.

Bam Bam hace un molinillo con el dedo índice. Conoce de qué va la reunión y los detalles se los repetirán las veces que haga falta. Él es especial; sus méritos, también. Podría aparecer todavía más tarde, noquear al chismoso que hablaba de su cara y limpiarse la sangre de los nudillos con la bandera patria y, a cambio, solo recibiría una comedida amonestación de su jefe.

De la Torre, el jefe, viste un traje de sirsaca gris y un chaleco azul marino sobre camisa blanca. Sus rasgos finos, subrayados por el bigote aristocrático con las puntas a las diez y diez. Ancho de espaldas, manos grandes y de movimientos rotundos. No tiene que simular la hombría que es un valor añadido para sus oyentes. Viene de una familia importante de Toledo, antiguos señores feudales reconvertidos en caciques con la modernidad, y su padre hasta fue un héroe de la resistencia del Alcázar. Aquel linaje lo tenía todo para una carrera exitosa en las décadas anteriores. De la Torre creció como figura ubicua en el Madrid de los sesenta y se arrimó a los círculos monárquicos, pero muerto Franco prefirió los renovados ambientes fascistas, que le resultaban más atractivos. Sus contactos con militares, policías y curas fueron las credenciales para sentarse en la silla de mando que hoy ocupa. Quizá sea una persona de otro tiempo, y sin embargo continúa de rabiosa actualidad.

Ahora agita un papel en el aire.

—Y recordad que todo lo hacemos por esta razón.

Es una octavilla con la legalización del Partido Comunista. De la Torre todavía la muestra para asegurar que en aquella fecha se declaró la revancha de la Guerra Civil, que ese es el último movimiento de los viejos dirigentes marxistas del país, los que se

han pasado media vida de comité en comité por Europa, cenando perdices mientras sus compañeros en la clandestinidad caían alrededor de Madrid. Aunque, desde el crimen de los abogados en Atocha, De la Torre calla en público los discursos que suelta en privado. Piensa que esos asesinatos fueron un movimiento pésimo por parte de los ultras. Lo considera el problema consecuente de mandar gatilleros, siempre ansiosos de más pólvora, a resolver asuntos políticos que ahora, para él, tienen mejor perspectiva desde los despachos y desde los extractos bancarios.

Y entonces reserva a los gatilleros para operaciones como la que explica.

—Necesitamos más poder —dice De la Torre—. En vuestro lenguaje, más dinero. Financiar Puño Patriota no es la subasta de antes, cuando las familias importantes se peleaban para que aceptásemos sus aportaciones. Ahora ni me hablan en los cócteles, se limitan a darme la mano y a buscar charla con cualquier diputado que ronde el evento. Quieren subsistir en los nuevos tiempos y que no los relacionen con los viejos, pero aún no comprenden que para eso debemos mantener nuestra autoridad en las calles. ¿Y qué es lo que mueve más dinero hoy en estas calles? —De la Torre finge buscar una respuesta entre los que lo escuchan—. Me apena que los jóvenes anden con una aguja colgando del brazo, aunque si las drogas ya generan tanto dinero en las barriadas mejor que seamos nosotros los que aprovechemos parte de sus beneficios. Porque tenemos otras prioridades para gastarlos.

Bam Bam proyecta la cabeza hacia la derecha. Tiene claro que su jefe siempre irá por delante de los que lo rodean. Es muy inteligente, a veces demasiado, si es que eso puede ser un defecto.

—Sobra repetir que esta operación es secreta —sigue De la Torre —. Algunos cargos de la organización se posicionaron en contra de mi idea. Olvidan que sus padres iban de anfetaminas hasta las cejas en la Guerra Civil y aquello de que la moral cambia cuando la sabiduría permanece.

—Por eso nadie sabe qué tratamos en esta reunión —dice Eulogio, a su derecha.

A De la Torre no le gusta que le pise las frases.

Lo mira de perfil y cambia a las instrucciones prácticas.

—El plan se ha estudiado con cada uno de vosotros. —Se estira las puntas del bigote en vertical—. A modo de resumen, el grupo llega allí una hora antes y comprueba que todo coincide con la información del confidente. Luego Eulogio y Bam Bam se meten por la casita colindante y encañonan a los que guardan el material. El resto entra, los amordaza y ata, coge la carga, llena la furgoneta y acelera a toda hostia. No se dicen nombres y no se dispara salvo legítima defensa. Usáis la correlación de números para comunicaros y lleváis los pasamontañas y los guantes siempre puestos. Creo que será el trabajo más fácil del año. Después tengo un comprador, repartimos los dividendos y el resto para la causa, en especial para los compañeros exiliados en Sudamérica. Cualquier duda la comentáis con Eulogio. Como siempre, yo no contesto preguntas. — De la Torre apoya los antebrazos sobre la mesa—. Podéis retiraros y nos volveremos a ver en tres días.

Se propaga un murmullo admirativo con el que todos salen al pasillo. Atracar bancos, como hacían meses atrás, se ha convertido en algo suicida por las nuevas medidas de seguridad, propio de chusma barrial, de película de bajo presupuesto con quinquis

huyendo en un Supermirafiori e investigado de inmediato por la policía, que ya no respeta tanto a los patriotas. En cambio, ningún traficante se acercará a una comisaría cuando le levanten el material. Los vuelcos todavía no existen como tal en Madrid y De la Torre quiere ser, otra vez, siempre, es su naturaleza, el primero en llegar al negocio.

Bam Bam es el único de la reunión que se queda inmóvil.

—Yo tengo una pregunta para ti —dice—, aunque es confidencial.

Eulogio lo mira con mala baba, pero su jefe gesticula para que los dejen a solas.

—Como mínimo, nos debemos una charla —contesta De la Torre.

—Coordinaré los últimos detalles con los demás —dice Eulogio al marcharse, molesto con el trato de favor a aquel legionario por acumular más muertos que un cementerio indio—. La violencia está bien, aunque se necesita un método. ¿Comprendes, Bam Bam? Y tú no lo tienes.

Pega un portazo y se marcha airado por el pasillo.

—Sé lo que piensas de él —dice De la Torre, ya a solas—. Pero alguien así siempre nos será útil.

—Pienso que morirá pronto.

—Entonces nos será todavía más útil.

Bam Bam no ha emitido un juicio sobre la violencia en su vida. Prefiere ejecutarla y cobrarla sin opiniones. Supone que un panadero, un mecánico o cualquier otro trabajador manual tampoco deben preguntarse el porqué de ciertas cosas para ser efectivos. Ahora parpadea de cara a su jefe, con el ojo izquierdo hinchado.

—¿Qué te pasa en el ojo? —le pregunta De la Torre.

—Lleva dos meses algo infectado, desde que llegué de Melilla. Me

ponían mucho tiempo de centinela en la frontera y el viento, la arena del desierto, esa luz blanca… La llaman la enfermedad del vigía.

—Ese nombre te lo has inventado. Pero haré que uno de nuestros médicos te lo mire, de esos que no piden tu identidad ni rellenan informes, porque necesito que estés en forma para las semanas que vienen. —De la Torre percute las uñas duras, cortadas rectas, sobre la mesa—. ¿Qué tal las funciones de enlace que te asigné?

—Los ultras de Ciudad Universitaria me han dado otro papel con datos que no valen para nada. —Bam Bam hace una bolita con el folio y la encesta en una papelera de cocobolo—. Se aburren en el campus ese.

—Es una tapadera para que te muevas por nuestra sede sin suspicacias.

—Te aseguro que los chavales me toman en serio.

—No cejes en el empeño. Por lo demás, ¿cómo va tu adaptación a este Madrid? La ciudad ha cambiado mucho y ahora hay que pensar varias veces cualquier movimiento. Nada es como antes… Nada.

—Acabo de ver a un niñato con una cresta roja y su novia llevaba el pelo teñido de blanco. Ambos con las cazadoras repletas de pinchitos, palabras escritas a tiza y parches cosidos. Reconozco que en estos dos meses me he cruzado con bastantes personas a las que no entiendo.

—No has de entender a las personas para matarlas.

—Porque para entenderlas te tenemos a ti.

—Estuviste fuera más tiempo de lo que me gustaría. —De la Torre saca una caja de puritos de la chaqueta y se enciende uno. No ofrece otro a su subordinado—. Tres años en esta época son como tres décadas, pero no hubo otra opción que sacarte de aquí.

—En la frontera con Marruecos todo resulta más fácil —dice Bam Bam—. Conoces quién estaba de tu lado y quién del contrario, aunque tampoco nos dejan movernos como antes. El tercio que se llevaron a Fuerteventura se lo pasa mucho mejor.

—Recibí informaciones de que los legionarios dan problemas en la isla.

—Ayer colocaron una bomba en una discoteca de Jandía para ajustar cuentas con el dueño —dice Bam Bam—. Los echarán de allí como sigan a ese ritmo.

—A mí lo que realmente me interesa es cómo se están portando nuestros viejos amigos de la guardia mora. Esos hijos de puta serán un dolor de cabeza en el futuro.

—Los mandos de la frontera dicen que debemos llevarnos bien con los marroquís por si los árabes de más abajo enloquecen. Nos servirían de tapón a cambio de… Pues no sé de qué. Pero algo pedirán, ¿no?

—Hay que reconocerles algunos méritos a los Mohammed. —De la Torre mueve el purito entre aspavientos—. No se entretendrán viendo el culo de la mujer del vecino con semejantes chilabas, pero según la *sharia* pueden tener una de cuarenta años para el huerto, otra de treinta para las tareas domésticas y otra de veinte para la cama. Si las sacan del sistema productivo, las sacan de cualquier decisión importante en el futuro. Esa chica con el pelo blanco que viste en la universidad querrá opinar de muchas cosas cuando crezca. Seguramente estará opinando ahora.

—Cuchicheaba sobre mí sin disimular.

—Por eso nos convenía lo que había en España antes con algunos asuntos. Gracias al catolicismo beato, el adulterio era delito solo para

ellas. —De la Torre vuelve a besar el purito—. ¿Y quién puede rebatir un argumento divino? Cuantas más supersticiones conserváramos, más fácil manejaríamos a la gente. Ahora la palabra de moda en el país es «diplomacia». Suena europea y todo, suena…, no sé, a Barcelona.

—La tal diplomacia solo me ha dejado hacer prácticas de tiro durante estos tres años. —Bam Bam cambia al tema del que quería hablar—. Con que nos financiaremos robando a traficantes.

—Supongo que no te has vuelto un moralista —dice De la Torre—. Nuestra organización tiene muchos gastos y los de ETA hacen lo mismo y no les va mal.

—No disponemos de las armas ni de los soldados de ETA, si no hasta para ti hubiera sido imposible abrir este local en Madrid. ¿De quién es la mercancía?

De la Torre pone morritos.

—Puedo contestarte que es nuestra y que todavía no lo saben.

—No estás hablando con ninguno de tus niñatos.

—Es de uno de los esbirros de Jairo.

Hasta Bam Bam deja de pestañear cuando escucha ese nombre. Una expresión de sorpresa le corta el rostro y dobla la lengua contra el paladar. De alguna forma, siempre se encuentra tranquilo y nervioso a la vez. El purito de su jefe gira la punta sobre el cenicero.

—Mal enemigo.

—Ni sospechará quiénes somos, Bam Bam. Me he asegurado de que no haya cabos sueltos y en Madrid cualquier droga se relaciona con Jairo. Es como si un ladrón pensara que roba al Banco de España cuando se lleva una cartera en el metro.

—¿El infiltrado es de fiar?

—Prefiero llamarlo confidente. Nunca nos ha fallado.

—Esperemos que esta no sea la primera vez —dice Bam Bam—. ¿Y si Jairo se entera y te declara la guerra?

De la Torre muestra una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando el hombre que tiene enfrente no es digno de compartir sus puritos, cómo va a serlo de compartir sus temores.

—Eso no sucederá, Bam Bam.

Al final, una sonrisa débil.

1/12 21:56

«Beltrán… Demasiado eléctrica para ese apellido».

Noche del concierto.

El Pirata es un sótano escondido en Malasaña.

Dispone de ochenta metros cuadrados con varias barras de tablones aguantando botellas y vasos. Al fondo, un escenario de palés donde cabrán los cuatro miembros de Histeria y, a su izquierda, un baño repleto de pintadas. El público queda a la altura de la cintura de los grupos, aunque unas columnas de hormigón impiden una buena visión del recital desde cualquier ángulo. El aforo marca doscientas personas amontonadas unas encima de otras. Los que ahora adoran la música en directo suelen justificar las estrecheces en los locales. Allí gritan y botan bajo el ritmo sincopado, con las manos sujetando copas y cigarros mientras se manchan la ropa de chorretones y quemaduras. Y, en resumen, todo está bien así.

Marta y Pitu llegan cuando termina la actuación de la tercera banda de la noche. Ella negoció la hora de vuelta a casa con su padre y después, como siempre, el Vespino de él casi los deja tirados. Cuando Pitu iba a gastarse su poco dinero en un taxi, porque su pareja ya no le permite abrir un coche con una percha y puentearlo, Marta arrancó el ciclomotor en una carrerita por la calle Hernán Cortés.

—¡Esta es la última, Madrid!

Lo de Madrid, como tal, ha sido una exageración del vocalista de esa banda. Está compuesta por muchachos hieráticos con instrumentación clásica y melodías ramplonas, que apuestan su talento a las letras incomprensibles. Así quizá el público crea que son profundas. El cantante termina la actuación pegando un bote en el aire, gesto corajudo y rebelde, pero con aire póstumo, del que concibe la música como una aventurita e intenta quedarse en ella el mayor tiempo posible. Una seña de Pedro Lafuente al dueño del local significa que no seguirán en el circuito, que mejor opten por entrar en una oficina y envejecer recordando lo cerca que estuvieron de otra vida. Aquel cuarentón con sobrepeso, tupé, camisa de rayas y pantalones de tergal encarna la sensibilidad y el buen gusto en cualquier antro. Sobre todo cuando baja sus gafitas al final de la nariz: así calcula las cifras del producto. Para él, la sensibilidad y el buen gusto serán fotografías en sepia y acordes menores, aunque también un extracto bancario con nueve cifras. En los últimos años, Pedro Lafuente ha descubierto el suficiente talento para poder convertirse en un personaje cuya opinión cuenta y que bebe mucho y gratis. Y si la sociedad está cambiando, la música de su sello debe haber cambiado antes.

—Mira al gurú —dice Marta—. Tenías razón, el auténtico Pedro Lafuente.

—Creo que acaba de bajar el pulgar a este grupo —contesta Pitu, tratándole como lo que es allí: el emperador—. No le interesa.

—Solo lo he visto bajar sus gafitas al final de la nariz.

—Nunca tendremos otra oportunidad igual para sorprenderle. ¿Dónde andará mi bajista? —Pitu distingue al guitarra y al batería al lado del escenario. Se acerca a ellos con los brazos abiertos,

anticipando problemas—. Juradme que Manu ha ido al baño.

—Ha ido al baño —contesta el guitarrista—. Lo que no sabemos es si volverá.

Marta se mete en el segundo anillo de público apelotonado frente a la barra. Desde ahí, le queda una espera de quince minutos para volverse con un par de cervezas. El dueño del Pirata anuncia un receso y se forma un tercer anillo. El local reproduce el esquema habitual de los aforos completos, con una masa compacta en el centro, riadas de personas por los laterales y movimientos ondulares frente al mostrador. Entonces alguien tapa los ojos a Marta desde la espalda, ella se gira y encuentra a dos de sus amigas de la facultad. Se abrazan en forma de piña.

—Vaya sorpresa, chicas. Pensaba que al final no veníais.

—Que le den al examen del lunes, porque jamás me perdería a Atrofia Cerebral —contesta una de ellas—. Y bueno, tampoco a Pitu.

—Ya somos tres para aplaudirles —dice Marta—. Aunque los demás silben, nosotras batimos las palmas hasta que sangren.

—¿Siguen sonando… igual?

Marta pone los ojos en blanco. Aquello de sonar le parece un cumplido tras los últimos conciertos, en los que parecía que la Muerte debía medio gramo al bajista.

—Necesitarían un bajo que al menos cuadre el ritmo con la batería —dice.

—Pero, Marta, tú tocas mejor que cualquiera de estos gañanes.

—Lo sé y ellos también lo saben —contesta mientras enseña una púa enganchada al sujetador—. La llevo siempre encima por si acaso.

—Deberíamos montar nosotras un grupo y que les jodan. Me pido

cantar, como Debbie Harry.

—¿Y lo de tocar los demás instrumentos? —pregunta Marta.

Su amiga mira a la otra, como si no contara con eso.

—¿No puedes hacer tú de mujer orquesta mientras aprendemos?

Pitu entra en el baño, ceño fruncido, pulso taquicárdico. Ahí está Manu, el bajista, sí, doblándose como un junco frente a los urinarios. Su meada se proyecta a dos metros del objetivo y aguanta con los dientes un vaso lleno de líquido anaranjado. Cuando repara en la presencia de Pitu, consigue mover un hombro y lo que le quedaba de vodka se derrama encima del orín. Su pronóstico es de peor a peor.

—Ni siquiera hoy podías estar tranquilo, Manu.

—¿Que si tengo o que si quiero?

Pitu mira a los otros integrantes del grupo que han entrado tras él. Busca en los bolsillos el remedio mágico y maldice para sus adentros a su amigo. Saca unos comprimidos de Rubifen, separa una cápsula y la coloca frente a la boca de Manu. El bajista, en vez de tragársela, la coge, la abre y sopla el polvo, así que la anfetamina espolvorea su meada y el vodka.

—Te pedí que no bebieras hoy —dice Pitu a poco volumen y, sin embargo, furioso—. Eres un alcohólico, un payaso, un hijo de la grandísima puta —ahora ya maldice para afuera.

Manu se cae de espaldas sobre la meada, el vodka y las ascuas de anfetamina. Su mirada apenas puede leer una pintada en el techo que dice ABRÁZAME HASTA QUE VUELVAN LOS KINKS. En definitiva, no muestra un gran apego por su existencia. El grupo lo levanta del suelo y lo coloca frente al espejo del lavabo. Tal vez funcione el

cliché de reconocer ahí a su enemigo y vencerlo.

—¿Cuáles puedes tocar de nuestras canciones? —pregunta Pitu, que opta por comerse él mismo un comprimido de Rubifen para tranquilizarse—. ¡Cuáles, hostia!

De efecto inmediato.

—*Gallo de pelea* y… y… *Asfalto* —contesta Manu—. ¿Se llamaban así?

—Tenemos tres canciones propias para que no olvides ninguna —dice Pitu—. Es todo nuestro repertorio.

—La tercera me la puedo inventar, como siempre.

—No cubriremos ni la mitad del concierto —dice el guitarrista—. Estoy nervioso, también necesito un Rubifen.

Pitu le tira la anfetamina y el guitarrista se la traga al vuelo.

—He visto cómo Pedro Lafuente espera ahí fuera por nosotros. —Pitu inspira profundamente e intenta otra vez que Manu se centre—. Es el concierto de nuestras vidas, amigo mío.

—Esas dos canciones que tenemos… —Manu se mira en el espejo como si no lograse identificarse— las tocaría en… en bucle. Traedme un cubata de ron para bajar el vodka y seguro que las clavo. ¿Qué?, ¿qué, imbéciles? Yo también necesito mis musas. —Mueve el cuello y dice—: El del espejo se parece a Iggy Pop un lunes por la mañana.

Pitu le pega una colleja que hace rebotar su cabeza contra el lavabo. Ahora Manu tiene un tajo en la frente y devuelve un puñetazo que falla, como la meada, por dos metros de distancia. A continuación lanza una patada al aire. El batería resopla ante esa demostración de kárate y saca su propio blíster de anfetaminas. Por algo el grupo se llama Histeria.

—Te voy a dar una golpiza —dice Manu, logrando no caer al suelo

—. Prepara el lomo.

—¿Golpiza? —Pitu vuelve a por él—. Me lo cargo ahora mismo.

Manu agita los puños como un dibujo animado.

—¡Prueba mi sacapulmón de derechas!

—¡Esta es tu última noche en el grupo! —grita Pitu cuando los demás se meten a separarlos—. ¡Venderás castañas con el carrito de tu viejo para los restos!

Más puñetazos al aire, patadas y resbalones sobre los azulejos.

El guitarrista y el batería consiguen detener esa pelea pésima.

—Si me está gritando la gran estrella del rock de Malasaña —dice Manu, ya sin nadie encima—. Pitu, baja esos humos porque a ti… a ti no te conoce ni el perro.

—¿Qué perro? —pregunta el batería—. ¿De qué perro habla?

—¿No querías actitud? —Manu consigue abrocharse el pantalón—. Aquí la traigo. Quien… quien se acuerde de este concierto es que no lo vivió.

Escuchan cómo el dueño de la sala anuncia su actuación: «¡Y ahora tocarán para vosotros cuatro patanes que se hacen llamar Histeria!».

—Pásame unas dexedrinas —dice el guitarrista.

—Si vas hasta el culo —contesta el batería.

—Necesito más, tío.

El batería desorbita sus ojos y pregunta:

—¿Por?

—Porque de todo el rollo de la guitarra lo que se me da mal es tocarla.

—Y todavía tenemos que afinar —murmura Pitu.

Recibidos por abucheos y vasos voladores, Histeria sube al escenario para afinar sus instrumentos. Solo Marta aplaude la mano derecha contra el muslo. En la izquierda tiene los dos botellines de cerveza que ha pedido en la barra, uno casi vacío. El técnico de sonido apremia a la banda bajo sus greñas llenas de abalorios.

Quedan veinte minutos de actuación y les grita:

—¡Os quedan quince!

Pedro Lafuente mira con desdén al grupo, cigarro en boca y copita de pacharán que aguanta con dos dedos, luego quiere comprobar cómo de buenos son Atrofia Cerebral y largarse con un camarero a su ático en Gran Vía. La juventud, tal cual es, ya solo le despierta una apagada curiosidad. Le confirma el asco que le producen los conciertos madrileños. Él, que ha estado en Brooklyn botando con los New York Dolls o en Manchester flipando con Joy Division, tiene que apretujarse en antros así para quizá encontrar un grupo digno de punk en España. Una cuestión más comercial que de imagen en su empresa. Nadie le dirá que no toca todos los estilos para el día que, aunque sea de casualidad, alguno ponga a bailar al país, que lleva cuarenta años con música de verbena. De ahí es complicado evolucionar a una canción que hable de incendiar el sistema y de paso arder tú mismo. Tal vez el gran público nunca querrá escuchar eso. Pedro Lafuente anticipa que vendrá algo más empalagoso, falso a fin de cuentas, comprometido con no comprometerse y que permita a los políticos sonreír por las ocurrencias artísticas de sus nuevos y jóvenes votantes. Algo que, en resumen, lo haga rico. Pero, pensando en su trabajo, tiene en cuenta lo que está sucediendo en Inglaterra con aquello del punk.

Histeria arranca con *Gallo de pelea* tras los chequeos de micro e

instrumentos. A Pitu le sobra carisma: su voz desgarrada y los bailes pendulares gustan entre el auditorio, que comienza a moverse. La guitarra suena fuerte con las quintas, la batería alcanza una velocidad de crucero y el bajo no es el desastre esperado viendo la cara del que lo aguanta.

Dos minutos de canción.

El público aplaude con algo de entusiasmo.

—¡Sí, Pitu! —grita Marta, dando un codazo a sus amigas para que la ayuden—. ¡Los tienes en el bolsillo, animal!

El concierto continúa con *Asfalto.* Entonces, en las primeras notas, el bajo se desacompasa sin remedio. Para desviar la atención, Pitu escupe media cerveza como un aspersor. Su cresta roja flamea cuando un escupitajo planea de vuelta hasta su cuello. Se lo limpia con el dorso de la mano y continúa la estrofa de «Asfalto humeante y piedras volando»*.* Las primeras filas lo aprueban con un cabeceo. Manu, el bajista, aúlla y pone el pie encima de un altavoz, lo vuelca y cae con su instrumento encima de la gente. Lo mantienen en el aire durante una coreografía que al fin llama la atención de Pedro Lafuente. Vio algo semejante las ocasiones que estuvo en el CBGB, en Manhattan.

Un acople del bajo y después el silencio.

Se ha desconectado su amplificador.

Han llevado en volandas a Manu hasta la barra y ya no puede levantarse. Repta por ella como un gusano mientras los camareros intentan que no chupe las copas vacías. Pitu piensa cómo solucionarlo, el batería chuta el pedal del bombo en un compás lento y el público aún no reconoce si el desastre forma parte del espectáculo. Tímidas palmas continúan el ritmo y Marta cruza

miradas con su pareja. Sí, está sucediendo. Él le indica que vaya como sea al escenario, ella se tira sobre los mismos que mantearon a Manu y rueda hasta que Pitu puede subirla a su lado. Después llega el bajo igual que si lo acabase de traer la marea.

Pedro Lafuente se fija en la chica: buena planta, cara linda, melena corta y teñida de blanco, top malva, cinturón de argollas, leotardos negros y botas de caña alta. Si sabe tocar el instrumento, ese grupo puede tener algo. Marta siempre ha creído que la hora de la verdad es la hora de cualquier cosa menos de la verdad, pero ahí está sobre el escenario y ya siente que es su casa. Agarra el bajo y marca el final de *Asfalto.* Pitu grita y el público, otra vez conectado, sube los brazos. Botan con el nuevo ritmo, porque claro que la chica sabe tocar el instrumento. Las evoluciones entre trastes son precisas y la cuarta cuerda suena igual que un muelle, al estilo funk, con el golpe del pulgar. Terminan con *Blitzkrieg Bop* de los Ramones. «Oh, oh, oh», grita el auditorio. Marta pega su espalda a la de Pitu durante los coros. Él se da la vuelta, la mira y le encuentra esa expresión gamberra en los ojos.

Entonces comprenden que continuarán juntos en aquello.

Es la misma expresión que tienen cuando hacen el amor y otras veces follan.

Se produce la comunión con el público, que a duras penas corea la última canción. Pitu tira un par de exabruptos al micro, tan harto de conciertos inofensivos que lo que no incluya cagarse en diputados, funcionarios de ventanilla y policías con uniforme gris no le interesa. Tal vez tampoco le paguen, como le dijo aquel ultra del campus, aunque no es otro paria de una ciudad que huele a lentejas, aislado en un cuchitril de un edificio igual de gris que el

resto. Es un artista nacido para traer el caos.

—A la mierda Madrid —dice como final de concierto—. ¡Viva el *kaos* con K!

—*¡Kaos!, ¡kaos!* —grita el público.

Manu surge en la despedida para recuperar su bajo y partirlo contra el escenario. Un buen remate en cualquier concierto, aunque, cuando también rompe el amplificador de la sala, los trabajadores lo echan a patadas.

—¡Me están dando una golpiza! —grita.

—*¡Kaos!, ¡kaos!, ¡kaos!* —sigue el público.

Pedro Lafuente se conmueve sinceramente con aquello. Él sí cree que Pitu es otro paria, pero lleno de actitud, persuadido de ser el centro de un nuevo movimiento y de todas sus poses rebeldes. Por eso el chico no había detectado que el talento lo tiene Marta y solo una curda obró el milagro. El grupo desciende del escenario entre felicitaciones y el dueño del local coge el micro para anunciar a Atrofia Cerebral. Luego le dice a Pitu que Pedro Lafuente quiere hablar con ellos. El productor los aguarda al final de la barra, afectado por una sorpresa o, quizá, por nuevos bríos ante una futura prueba en su estudio o, en todo caso, por el instante en que comprende que no es tan embustero y que no tiene que fingir demasiado para pedir copas gratis.

Le estrecha la mano a Pitu.

Después, baja sus gafitas hasta el final de la nariz.

—Quiero verte el lunes a las cinco en mi estudio —dice.

—De puta madre, ahí estaremos. —Pitu se gira hacia el resto del grupo—. ¿Lo habéis escuchado? ¡Su estudio!

—No, no. —Pedro Lafuente también niega con la cabeza—. Ven

solo con ella.

—Somos un grupo y… —Pitu se queda con los puntos suspensivos en la boca—. Supongo que podemos hablarlo.

—¿Cómo te llamas, chica? —pregunta Pedro Lafuente.

—Marta. —Sonriendo mucho.

—¿Qué más? El apellido es importante en el negocio de la música.

—Marta Beltrán, encantada de conocerte.

También se dan la mano, pero con un contacto más prolongado.

—Has estado muy bien ahí arriba.

—Ha sido una pasada —contesta Marta—. La noche más feliz que recuerdo.

—Disfrútala, porque no vivimos para ser felices.

—¿Soy tan afortunada?

—Hoy sí.

—No sé. —Marta, algo extrañada, mira al resto del grupo—. ¿Para qué vivimos entonces?

Comienza la última prueba de sonido de la noche.

—Para hacer cosas que tengan significado —contesta Pedro Lafuente.

—Y tú nos ayudarás con eso —dice Marta.

Pedro Lafuente vuelve a estrecharle la mano solo a ella.

—Beltrán… Demasiado eléctrica para ese apellido. —Luego, atendiendo al escenario que ya truena con Atrofia Cerebral—: ¡Habrá que cambiarlo! ¡Es mi primera ayuda, Marta!

2/12 1:26

«Palabra de un Vargas».

—Todo en orden —dice Bam Bam a Eulogio.

La ronda por el entorno corrobora la información del confidente: casuchas al final de una riera sin asfaltar, todas vacías, cayéndose a trozos. Esta zona de Malasaña no tiene nada que ver con el hervidero de Galería de Robles, indicativa de que tal vez el barrio se convertirá en algún tipo de referente en la capital. Aquí las callejuelas dibujan otro abandono, otra discreción, nadie busca donde nada aparenta haber. En concreto, la casa que asaltarán se sitúa entre ruinas.

Jairo escoge bien donde almacena su mercancía.

Y por decisiones así el nombre del capo retumba en Madrid. Se aprovecha de los que salen cada día a buscarse la vida y, como no la encuentran, matan el tiempo con heroína. Además, ahora llegan a la ciudad iranís que escapan de la próxima revolución islámica en su país y que mejoran la calidad de la droga turca. El hachís ha dejado de dar el dinero de antes e incluso algún partido político habla de su legalización. Jairo traficaría con aire si lo declarasen ilegal, porque eso, la ilegalidad, es lo único que le reporta beneficios. Los quinquis siempre hablan de sus éxitos en los bajos fondos y ellos podrán trapichear y gastar lo suyo, pero nada en comparación con las historias que cuentan de él.

De la Torre le tiene respeto.

Eulogio, mucho miedo.

A Bam Bam le resulta indiferente.

Puede que convertirse en un asesino profesional vaya de eso, de emociones diferidas, ningún rencor y ninguna alegría. No debería preocuparse por nada que no sea cobrar la cifra que le permita seguir matando. Y el talento, como en todos los trabajos, debe ser proporcional a tal cifra. De la Torre regatea a Bam Bam más dinero del que le gustaría con chanchullos, pagos a fugados y mítines de salón. Aquí el legionario ha aceptado una cuota pequeña, porque, se lo dijo el jefe, será el encargo más fácil del mes. Bam Bam cree que lo que ahora proponen los ultras resultaría fantástico si todos pensasen igual, pero el sueldo no se adecúa a la realidad de 1978. Madrid ya no es su patio de recreo. ¿Y cualquiera de las nuevas bandas tendría una oportunidad contra Jairo? Bam Bam sabe que no, que hay niveles en eso del crimen.

—Nos saldrá bien —dice Eulogio—. El almacén lo guardan unos muertos de hambre y Jairo ni se enterará de que ha perdido tres kilos en uno de sus puntos. Saldrá bien… ¿A que sí?

Bam Bam no lo tranquiliza con una respuesta. Del mamporrero de su jefe opina que, si no lo matan pronto en plena acción, lo atropellará un autobús o algo semejante, que su inteligencia le llega justa para pasar el día y ponerse de pie al siguiente. Hace años se esforzó en dar mucha coba a personas importantes y ese es su único mérito.

Eulogio tiene el rostro punteado de barba, con una expresividad exagerada, de cine mudo, aunque no para de hablar.

—¿Escuchaste las cosas que cuentan de él? —sigue preguntando, nervioso—. Al último que lo traicionó le arrancaron la piel y lo

metieron vivo en un cubo de sal.

—Lo he escuchado —contesta Bam Bam—. No es la mejor manera de morir.

—¿Lo de su puma gigantesco que se come de un bocado a los chivatos?

Bam Bam cabecea en dirección a la casucha.

—También lo he escuchado —contesta después—. A partir de ahora solo hablamos de este trabajo, ¿vale?

Eulogio ubica la furgoneta negra de los suyos, al ralentí y con las luces apagadas en una senda de tierra. Luego enfila con Bam Bam el empedrado de la construcción contigua, caminando junto a una tapia. Es el momento de enfundarse los guantes y los pasamontañas. Aquellos agujeros en boca y ojos les dan aspecto de guiñapos siniestros.

La casucha que asaltarán muestra una luz a través de la ventana.

—Es una lámpara de aceite —dice Bam Bam—. Mira cómo oscila el reflejo.

Ambos corren hasta el patio trasero. Apenas se aguanta su puerta carcomida, como también dijo el confidente. Queda claro que esas edificaciones abandonadas no le importan a nadie. No están registradas en el catastro, no disponen ni de cañerías y solo sirven de refugio ocasional a algún vagabundo. Dentro, la roña remonta techos y paredes. Los dos suben a la planta superior por una escalerita sin pasamanos. Hay varias habitaciones con aperos, botellas rotas y excrementos de gato. Uno atigrado, famélico, maúlla en la oscuridad y Eulogio lo caza al vuelo y le rompe el cuello. Bam Bam tuerce el gesto y continúan el itinerario. Separado por un murito de adobe, el terrado se comunica con el del objetivo, donde

ven la luz oscilante por el par de sombras que deben de ser sus vigilantes.

—Llevamos las pistolas con silenciador por delante —dice Bam Bam, casi susurrando—. Dispondremos de unos segundos antes de que reaccionen, para entonces tienen que estar rendidos o muertos. Abajo, como sabemos, no hay machacas.

—De acuerdo, número cuatro —contesta Eulogio.

Bam Bam suspira: le partiría el cuello todavía más rápido que a ese gato.

—Ajá.

—Es para acostumbrarme ahí dentro —dice Eulogio—. Número cuatro.

Bam Bam patea la puerta, pero le han colocado una trabe de hierro en perpendicular y resiste las embestidas. Ahora hay más cuidados que los que contó el confidente. Después rompe el cristal de la ventana y logra subirla desde la parte interior, con el riesgo de rajarse los guantes. El contratiempo supone que los hombres de Jairo se pongan en guardia y los asaltantes corren hasta encontrar al primero a punto de coger una recortada de debajo del sofá.

—Como te muevas, te vuelo los sesos —dice Bam Bam—. ¿Dónde está el otro?

El encañonado duda un momento.

—Estoy solo —contesta—. ¿No lo ves?

Un disparo con silenciador de Bam Bam le revienta la pierna izquierda.

—Número cuatro…

—¡Cállate de una vez! —grita después a Eulogio.

El segundo hombre que buscaban sale del baño con una pistola

en cada mano, aprieta los gatillos y sus balas atraviesan la frente de Eulogio. Bam Bam rueda por el suelo y le dispara cuatro proyectiles de vuelta. Impactan en la pierna de aquel tipo y lo hacen caer detonando sus armas, esta vez contra el techo, de nuevo a todo volumen. Un quinto tiro de Bam Bam le alcanza la tráquea. El humo de la pólvora asciende por la pared en espirales. Ahora apenas se oyen el aliento frenético del de la pierna reventada y los borboteos de sangre en la garganta del otro, que ya ha dejado de respirar.

—¿Sabes a quién estás robando? —pregunta entre gruñidos el que queda herido—. ¿Lo sabes, cabrón?

—Fiambre número tres y yo no sabemos casi nada —contesta Bam Bam—. Solo que lo que queremos lo escondéis en la cocina.

Bam Bam ancla el herido al sofá con unas esposas y requisa su escopeta recortada. Después baja a la cocina, la registra a fondo, pero no encuentra más que garrafas de agua, cuchillos oxidados y moscas desquiciadas. Vuelve a la planta superior y contempla al esposado a punto de arrancarse la muñeca para liberarse.

—¿Dónde está la mercancía?

—No voy a decirte nada.

—Si no te pego un tiro en la otra pierna, aún podrás andar con bastón.

—Tú a mí me comes los cojones.

Bam Bam le dispara a la otra pierna.

—¡Hijo de perra! —grita el herido, su cara desfigurada de dolor—. ¡Juro que os torturarán a ti y a toda tu familia durante meses!

Bam Bam se acuclilla y apoya el cañón de su pistola sobre los testículos del herido, simula amartillarla y la presiona contra el pantalón vaquero.

—Aún hay varias balas en el cargador para hacerte sufrir —dice—. Y luego, cuando todavía respires, rebanaré tu cuerpo en seis trozos con uno de esos cuchillos de cocina que hay abajo y que, perdona, pero no tienen pinta de cortar muy bien. La gente siempre habla de cinco porque se olvida de contar el tronco. Así que son seis, y la cabeza, desde donde lo verás todo, es lo último que te arrancaré.

—Bajo el fregadero —dice el herido—, tras una tabla de madera.

—Buen chico.

Bam Bam regresa a la cocina, jurando que esta vez le ha dicho la verdad. Se agacha bajo el fregadero y encuentra una tabla atornillada a la que antes no dio importancia. La parte de un puñetazo, arranca los añicos y descubre muchos más fardos de heroína que los que le habían encargado robar.

Quizá diez veces más.

Algo no encaja.

Duda si contar a los que esperan en la furgoneta que hay esa cantidad, pero antes hablará con el de las piernas agujereadas para corroborar un pronóstico, una de esas intuiciones tras su larga experiencia de asesino a sueldo.

Algo no encaja.

Arriba, el herido sangra por la muñeca mientras tira y tira del grillete. Bam Bam admite que tiene más arrojo que cualquier otro al que haya robado. Le sorprende por una mercancía de la que será un simple custodio o, quizá, sea cierto que Jairo no permite un error sin pasar luego por el tormento. Se diría que aquel hombre anclado al sofá aún no cree que dos balas le han destrozado las piernas, que el dolor atroz que le sube desde las rodillas es suyo y que, incluso, el cuerpo que intenta liberarse de las esposas le pertenece desde que

tiene consciencia. Bam Bam vuelve a acuclillarse delante de él, se fija en el aro dorado que lleva en la oreja izquierda y del que cuelga una V con brillantes. Le da un toquecito y la joya oscila de un lado a otro.

—¿Quién eres? —pregunta.

—Empiezas a entenderlo, ¿verdad?

—Ayúdame a entenderlo más y yo te ayudaré a salir de aquí.

—¿Te envían los turcos?

—Haciendo tú las preguntas no funciona.

—Los putos turcos. Cuánto me avisaron.

—Te repito que así no funciona.

—¿No sabías que soy el hermano pequeño de Jairo?

Claro que Bam Bam no lo sabía. Enfunda la pistola, esa pregunta sí ha funcionado, y se quita el pasamontañas. Ya comprende la letra cara colgando de la oreja, tanta cantidad de heroína almacenada y las prisas que le han entrado, porque allí o se acaba de recibir la mercancía o dentro de poco se entrega. En ese negocio todo es más fácil cuanto menos tiempo se ronde cerca de la droga y lo de los turcos no le suena demasiado bien.

—Qué sorpresa —dice el hermano de Jairo entre resoplidos de dolor—. No lo sabías y ahora estás en el peor lío de tu vida.

—He estado en unos cuantos.

—Este es el último, porque soy… soy la única familia que le queda a Jairo. —Sufrimiento extremo en su rostro—. Libérame de una vez y prometo que te matará con un disparo en la nuca, algo rápido y sin represalias para los tuyos. Palabra de un Vargas.

—¿Me matará rápido?

—Palabra de un Vargas.

—¿Qué validez tiene?

—No es una promesa, es una garantía.

Bam Bam ladea la cabeza y replica con sus términos:

—En mi opinión eres una zorra por llevar eso colgando de la oreja.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Y cualquiera sabría que cuando me quité el pasamontañas ya habías muerto.

Le arranca de un tirón el pendiente con la V.

Dispara, dispara, dispara.

En la furgoneta, los dos ultras continúan en guardia ante la tardanza de Eulogio y Bam Bam. Concretamente, el número dos lleva un rato con la marcha embragada y el pie rozando el acelerador. Se tranquilizan cuando el legionario se les acerca, aunque no demasiado al ver aquella cara descubierta y moteada de sangre.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el conductor—. Parecían las Fallas.

—Tuvimos que improvisar —contesta Bam Bam—. Conduce el coche hasta allí para cargar la mercancía.

—¿Y Eulogio?

—Está dentro.

—¿Los disparos?

—Tres cadáveres.

—Si nos dijeron que…

—Mira, chaval. —Bam Bam mete la mano por la ventanilla y lo agarra del cuello—. Sé que estás asustado, pero nada puede cambiar lo que ha pasado.

El conductor, aún más asustado, acata las órdenes. Bam Bam le

indica la maniobra para que el portón de la furgoneta quede de cara a la casucha. A la izquierda hay un corral con el techo derruido y tablones de madera desbastada recubiertos con juncos; a la derecha, una porqueriza en la que tampoco vive ningún animal desde hace muchos años. Imposible que alguien haya escuchado el ruido de las pistolas o, si lo ha hecho, no le ha dado importancia en aquella zona. Los ultras siguen a Bam Bam hasta la cocina. Este les enseña los fardos bajo el fregadero y es el único que repara en que tienen una V impresa, como la del pendiente.

—Hay mucha más droga de la que pensábamos —dice el conductor.

—Por eso debemos ser rápidos —contesta Bam Bam mientras comienza a mover los fardos al vehículo—. Alguien vendrá pronto a por ella.

—Eulogio podría ayudar —dice el otro ultra.

—Está vigilando la segunda planta. Acabamos y vamos a por él, chicos.

En pocos minutos la furgoneta queda cargada y, ahora sí, Bam Bam ordena que avisen a Eulogio para largarse. Aquellos ultras suben las escaleras delante del legionario, maldiciendo al que no ha aguantado un solo kilo y que encuentran estallado en el suelo. A su lado, los otros cuerpos. Uno de los ultras se lleva la mano a la boca para controlar una arcada.

—Oye —dice Bam Bam—, si vomitas, lo limpias.

—Pero…

—Os dije que había tres cadáveres y que Eulogio estaba arriba.

El ultra se va a dar la vuelta.

—No, por Dios. Tengo una hija y…

Otros dos disparos con silenciador.

—Tal vez no toda la verdad —dice Bam Bam después de ejecutar a los ultras por la espalda—, pero la verdad a fin de cuentas.

Observa esos cadáveres entendiendo que, si murieron llenos de sueños, no les dio tiempo a perder ninguno. A continuación cambia de manos algunas pistolas, prepara nuevos ángulos de disparo con los brazos inertes, deja allí los casquillos y reconstruye la escena de un fuego cruzado para los investigadores que, dentro de poco, aparecerán con sus resabios. Les dicta la conclusión más sencilla del atestado: ajuste de cuentas sin supervivientes y con Franco esto no pasaba. Comprueba una última vez lo bonito que le ha quedado el salón, se lamenta por las huellas de sus botas, apaga la lámpara de aceite y se dirige a la furgoneta. Únicamente hay diez mil legionarios en activo y al menos otras tantas personas tienen su calzado, pero ninguna de ellas soñaría con llevarse un cargamento que valdrá unos sesenta millones de pesetas.

2/12 2:09

«Perdona, te debo un orgasmo de los rápidos».

Marta y Pitu se besan a un kilómetro del tiroteo.

Compartiendo el porro que les ha puesto aún más cariñosos, Pitu también sufre un ataque de euforia. Ya se imagina grabando el primer disco y tocando en todos los platós que ha visto a través de su tele mal sintonizada. En ese instante representa a otro chico demente y acelerado que nunca ha considerado el canon del drama juvenil. Al principio ocurre todo lo bueno; las pandillas de amigos se meten en un montón de cosas que no dejan de llevar a otras; después se suman los inconvenientes, los suspensos, los desamores y el horizonte del mundo adulto que odian; de repente, la magia de la juventud se rompe con la primera víctima y nadie espera que esa sea uno mismo; a partir de ahí, quedan arrasadas muchas de las ilusiones que antes parecían certezas.

—Histeria es un buen nombre —dice Pitu, con certeza—. Seguro que Pedro Lafuente no lo tocará.

—¿Y el resto del grupo? —pregunta Marta—. Se llevaron un chasco con que no quiera hablar con ellos.

—Manu se puede ir a la mierda y pediré contar con los otros dos cuando tenga fuerza en la negociación.

—Pitu, lo del lunes no será una negociación.

—Tal vez no lo sea. —Una gran calada a la pipa de la paz—. Aunque da igual mientras el gordo nos ponga en antena.

—No hay dinero para comprar otro bajo —dice Marta.

—Manu se comportó como un zumbado al romperlo.

—El mío se cae a pedazos, el selector no gira y ni puedo conectarlo a un altavoz.

—¿Si vendo el ciclomotor para sacarnos ese dinero?

—Te darán cuatro pesetas por él —contesta Marta—. Está todavía más estropeado que mi bajo.

—Se acabaría lo de ir a verte al campus, lo de recogerte en casa…

—Y lo de llegar casi puntual a la carpintería. —Marta deja de abrazarlo y coloca los brazos en jarra—. Olvídalo, a la semana tu tío te ha echado del trabajo y de momento es quien te da de comer.

—Volveré a robar tubos de escape con la pandilla.

—Me prometiste que eso se había terminado.

—Resulta que no se ha terminado.

Marta levanta un dedo admonitorio.

—Tienes veinte años y acabarás encerrado en una celda si te cogen.

—El perista de Comillas siempre nos compró los tubos de escape sin preguntas.

—El lío lo puedes tener cuando estés desatornillando el tubo y no vendiéndoselo. —Los morritos de Marta son todavía más grandes—. Ahora hay mucha policía en las calles. ¿O es que no lo ves? En cada esquina del centro ponen un coche patrulla y en cada edificio importante un camión militar. Todos esos uniformados esperando… No sé qué, porque el peligro son ellos.

—De algún lado sacaré el dinero para tu bajo. Si no, juro que venderé el Vespino, aunque sea a piezas. —Pitu vuelve a agarrar a Marta de la cintura—. Nena, te pido perdón porque no fui consciente

de lo que podías mejorar el grupo. A partir de hoy este sueño nos pertenece a los dos y vamos… vamos a hacerlo realidad.

Se enciende la bombilla de la habitación de Marta. El código de la madre para advertirle de que no puede calmar más al padre, que ha de terminar la negociación entre lo divertido y lo permitido, si no la perderá de inmediato y volverán los gritos y los bistecs colgados de la puerta.

—Debo subir a mi casa. —Marta pasa los brazos por el cuello de Pitu y se queda colgada—. ¿Me quieres tanto como a ese sueño?

—*A lot of*.

—Vaya mejora en tu inglés.

—Espera que empiece a tomar clases y juntaré más de tres palabras.

—Pero nunca olvides que, a pesar de que en el futuro seamos estrellas del rock and roll, la felicidad seguirá escondiéndose en las pequeñas cosas. —Marta le conduce la mano—. Como en mi clítoris.

Pitu sonríe y le aprieta el botón sobre los leotardos. Ese día no le es posible negar una relativa belleza a Madrid. Puede vivir en el sistema sin entenderlo, sin siquiera ordenar la habitación, basta con que le proporcione algo de amor y una firma con una discográfica. Un bajo Fender también sería lo propio. Ahora la bombilla de la casa de Marta parpadea muy rápido. El padre debe de volverse loco en el comedor, calculando la prima de riesgo en el seguro de cualquier incidente con su hija. Dan las dos de la madrugada y sospecha que a esa hora no queda nadie decente en las calles. Por no hablar del Ángel Azul, al que le han publicado otra carta en el periódico. Si Marta vistiese con náuticos, jersey de punto y pendientes de perlas, nunca se fijaría en ella, según los reporteros.

—Me tengo que marchar —dice Marta—. O habrá problemas ahí arriba.

A Pitu lo tiene embobado desde hace cuatro años. Es más inteligente, más reflexiva y, a la vista está, mucho más talentosa que él. La mira sinceramente arrebatado, se cuela tras ella cuando abre el portal, la pone contra la pared, le baja las medias y le sube la falda, pidiéndole permiso con los ojos. Marta se deja llevar y tampoco parece importarle que cualquier vecino pueda verla. Pitu esquiva su ropa interior con un dedo que le acaricia el vello y luego se lo introduce en su sexo, aumenta la presión y un segundo dedo acude en auxilio del primero. Marta se pega a su cuerpo, pero él la separa para contemplarle la cara. Ella se corre enseguida y lo empuja con un gruñido.

—Perdona, te debo un orgasmo de los rápidos.

—El lunes lo cobro —contesta Pitu tras un último beso.

Luego sale del portal y arranca el ciclomotor a la primera. Sí, a la primera. Eufórico, se pone de pie sobre los pedales y consigue doblar la esquina a una sola rueda. Marta recompone su ropa, se palpa los bolsillos antes de subirse al ascensor y busca el chicle que disimulará el aliento a cerveza. Desenvuelve una pastilla de Boomer con el logo del hombre elástico, la mueve por el paladar y después la coloca bajo la lengua para hacer un globito.

Lo estalla a la vez que oye como un reventón en la calle.

Se gira, asustada, por si Pitu acaba de pegársela contra el asfalto.

A través del vidrio del portal, contempla que una furgoneta negra ha perdido una rueda. Del interior surge un hombre con un gato hidráulico en la mano, corre hacia la goma trasera y levanta el vehículo. La furgoneta pesa dos toneladas y sus esfuerzos parecen

heroicos. Marta sale a la calle mientras el hombre coloca la rueda de repuesto. Lo ve apurado, quizá pueda ayudarlo. Se acerca cuando él encaja el tapacubos a puñetazos.

—¿Llamo a una grúa desde mi casa o lo ha arregla…?

A Bam Bam le pilla desprevenido esa voz a la espalda, se levanta a punto de desenfundar la pistola y su sien choca contra el pómulo de Marta. Ella se había inclinado para comprobar la dimensión del problema y, a cambio, ahora le palpita la cara de dolor. Marta cae al suelo y recuerda ese rostro anguloso que la mira. Bam Bam guarda el arma y también la recuerda a ella. La vio con el de la cresta en el campus, el que no quiso llevarlo en ciclomotor contándole que iba en otra dirección. Duda qué hacer cuando un taxi se detiene a unos metros, aunque está seguro de que nadie ha visto su arma. El taxista discute con el pasajero y comienzan a insultarse, así que Bam Bam decide correr de nuevo hasta la cabina del conductor. No quiere amenazar a una universitaria que ni se acordará de él y mucho menos lo relacionará con los muertos y sus sesos esparcidos. Se sube al asiento de un salto y acelera con la misma velocidad absurda que conseguía antes de pinchar.

Marta acaricia su pómulo hinchado, pensando cómo es posible que se haya cruzado con aquel personaje otra vez y qué va a contarle a su padre sobre el morado que le saldrá. Luego encuentra un objeto reluciente en el suelo. El cerebro de Marta no logra conectar nada que parezca importante ni perverso. Solo constata que semejante imbécil debe de llevar mucha prisa como para dejarse una joya así tirada. Acepta encantada aquel regalo, porque comprarse un bajo Fender ella misma sería la mejor solución para quedarse en Histeria.

Y recoge el pendiente con la V de brillantes.

Odiado Madrid:

Como toda la ciudad, sé que los lectores de este periódico continúan preguntándose cada mañana quién es el Ángel Azul, por qué mata mediante esa precisión de cirujano y si alguien conseguirá detenerlo con su estilete aún manchado. Entonces me veo obligado a escribirles esta carta, ya que tales cuestiones deberían resultarles irrelevantes.

¿Quién soy?

¿Quién no soy?

Ahora soy el viento entre las avenidas, las partículas en suspensión y la aguja del reloj que no paran de mirar.

No. Soy. Nadie.

Cambien el sentido de las preguntas y formúlense la única importante. ¿Por qué Madrid necesita estas muertes? Miren hacia arriba, luego aún más arriba, al sol enfermo, y reflexionen desde su condición de marionetas, pues aquí se escenifica la comedia de la modernidad y el guion lo escriben los que cambiaron de chaqueta sobre sus camisas manchadas de sangre.

¿Igualdad? Háblenles de ella a las mujeres que asesiné.

¿Libertad? Mi locura es lo único que me ha hecho libre.

Y si a alguien le parezco cínico, es porque vivimos tiempos aún más cínicos.

Cada día los observo cruzándose conmigo con su insignificancia a cuestas, culpables de tantos cargos a cada paso que dan, creyendo que el mal se esconde en el Ángel Azul y no entre los suyos. Han preferido quedarse con los recuerdos que mezclan lo vivido y lo inventado, todos insoportables. Y por eso precisan de mí para ver el presente, pasado y futuro de forma simultánea, con sus infinitas ramificaciones a través del espacio y tiempo, perpendiculares cósmicas y al fin un único camino sin salida, la oscuridad.

Demasiado; insuficiente.

Volveré a limpiar Madrid de mentiras.

A A

2/12 5:30

«¿Por una barra de pan? Claro que no».

Brigada General de Información.

Germán resopla tras leer la última carta del Ángel Azul. Menudo loco: le resultan insoportables sus delirios cuando solo es un asesino cobarde, pero con voluntad de trascender, con voluntad histórica, lo cual le convierte en alguien todavía más perturbado. Así que Germán descarta ese periódico sobre la mesa y puntea a Cañas la columna de otro diario sobre el presidente del país. Adolfo Suárez parece avejentar años por días en la foto, aunque mantiene un porte atractivo y orgulloso, la imagen de ejecutivo que le ha ayudado a escalar en esa estructura tambaleante del gobierno.

—Nadie quiere a semejante traidor —dice Germán.

—¿Y qué pasa con los que lo han puesto ahí? —pregunta Cañas, recostado en una silla y siempre paciente con los enfados de su compañero—. Esos son los que quieres tú.

—No saben cómo sacárselo de encima —contesta Germán—. El vendedor de neveras este liquida cuarenta años de tranquilidad y después hemos de salir nosotros a la calle a poner orden. Pero lo peor es que ni siquiera les gusta a los rojos. Todos están acuerdo con que ha sido un inútil y un hipócrita.

—El Congreso tampoco se lo pone fácil.

—Porque es un inútil y un…

—Un hipócrita, vale. Vota a otro para las elecciones.

—¿Elegir entre civilización o barbarie?

—Cuánta pereza te da lo de los partidos políticos.

—Pereza no, asco.

—¿Y nunca querrás escuchar las dos versiones de una misma historia?

—Si escuchase la otra versión, esa historia sería mucho más complicada.

La columna periodística es demoledora. Según el rotativo, la entrega de la presidencia a Suárez por parte del rey fue un movimiento pésimo. El subtexto parece decir que antes Europa pegaba a España las palmaditas de hermano mayor, pronosticando una monarquía parlamentaria de segunda categoría que se integrase en la OTAN y mantuviera al margen a los comunistas, que pudiese ser el país de sol y paellas que gusta a los turistas; pero sin cargos de conciencia por un dictador que no moría, agarrado al cargo mediante respiradores y catéteres. Entonces, sin previo aviso, el nuevo presidente legaliza al Partido Comunista por aquello de yo tengo el poder y vosotros la legitimidad y solo queda el desastre por delante. En cierta manera, el periódico reconoce que la democracia era una aspiración algo complicada y quizá estaba bien ahí, en el mundo de las tertulias, de los pasquines clandestinos, en definitiva, de las ideas. Cuando va en serio, muchos piensan corromperla y lograr que meter un sobre en una urna sea algo litúrgico, como tragar la oblea y hablar de la carne de Cristo.

—¿Qué pensarán los norteamericanos de que pretenda recibir a Yassir Arafat? —Germán vuelve a la carga—. Estados Unidos admitía que Franco era el último bastión ante los comunistas y ojo con que ahora no nos jodan en una de sus artimañas. En su día traté con los

de la CIA, ya sabes, porque vigilaba que algunos periodistas no persiguieran a Ava Gardner.

—¿También vigilabas a los del *ABC*? —pregunta Cañas.

—Distingo el olor a periodista, es así como a almizcle.

—Te he escuchado tus primeros trabajos como policía muchas veces.

—Y después —sigue Germán a lo suyo—, a finales de los sesenta, limpiaba la ciudad de timadores para que los europeos se paseasen tranquilos y nos diesen buena propaganda. Ahora nuestro amado presidente estropeará todo ese trabajo por una foto.

—Lo importante es lo que haga en movimiento.

—Llevo veinte años en el cuerpo y por eso anticipo problemas con los militares. Y si hay problemas con los militares…

—Lo sé, Germán.

—… luego vamos nosotros.

—En tal caso, preferiría irme a mi casa.

—Ah, serás el único al que le darán a elegir.

Cañas quiere cortar la conversación. Nunca le importará mucho que un guerrillero con palestina entre en la Moncloa. Su bandera son los suyos, apenas la familia, un par de amigos y su novia, y todos esos opinan que cuanta menos importancia se dé al país, más se dará a las personas que lo habitan. Aunque él también piensa que continuar con el franquismo traerá problemas y si aquel presidente, quizá un arribista de provincias, pretende desmontarlo definitivamente, mejor que sea rápido y no juegue a ser un trilero con los militares, porque el día menos esperado le quitarán el cubilete y las bolitas. Pero Cañas se lo calla y se pone a ordenar fichas de criminales en sus cajetines hasta que llegue el inspector

jefe, que volverá a enviarlos al sindicato de zapateros de Lavapiés como no surja algo apremiante.

A l f r e d o C a ñ a s

Diligente, eficaz, métodos novedosos, un poco flojo en opinión de sus superiores, pero joven, con lógica deductiva y mucho margen de mejora.

G e r m á n M o r e d a

Un bala perdida con instinto policial, dotes físicas, expeditivo y problemático que cuenta sus ocho años para jubilarse y matarse a beber por los viejos tiempos.

Los han juntado hace un semestre y ya son ese matrimonio que discute entre el amor y el odio. El novato acaba de llegar a la división de investigadores y el veterano tiene un largo recorrido en la antigua Brigada Político-Social.

—Vale, no te interesan los líos en el Congreso. —Germán percibe la apatía de Cañas sobre el tema—. ¿Y qué te ha contestado la gallina? —Así se refiere a su novia y sus rodeos para irse a vivir con él—. ¿Se muda o no se muda?

—De momento se lo piensa. —Cañas tampoco quiere hablar de eso y separa una de las fichas del cajetín—. ¿Al Muñón no lo encerramos hace meses?

Después muestra los apuntes sobre José García, alias Muñón, por perder un brazo en un accidente con un torno industrial. La ficha es una descripción anatómico-forense con valoraciones de la escuela de

vagos y maleantes. Desde la amputación se convirtió en otro timador del Rastro, aunque en la última época había degenerado y se metía en asuntos mayores. Servía de ejemplo el atraco a un banco que hizo que lo detuvieran.

—Déjame ver. —Germán le arranca la ficha de las manos—. ¿Está libre desde hace tres semanas? Bueno, la pistola era falsa.

—Eso no lo sabía nadie hasta que lo cogimos. —Cañas recupera la ficha para no desordenar el cajetín—. El imbécil provocó un gran lío y ni tenía con qué defenderse.

—Además, solo podía engañarnos con una mano. —Germán simula un arma con el pulgar y el índice—. En este trabajo, antes era suficiente con dispararles por la espalda cuando huían y decir que no habían obedecido el alto. El alto que gritaste varias veces, pero el delincuente continuaba corriendo y ponía en peligro tu vida, aunque solo hubiese robado una barra de pan.

—Nunca has hecho eso, ¿verdad?

—¿Con quién crees que hablas? —Germán lo mira de hito en hito —. ¿Por una barra de pan? Claro que no.

Cañas otea la entrada de la sala de investigadores.

—Ahí se acerca el gran hombre —dice después—. Si quieres mantener tu sueldo, que no note lo nostálgico que te encuentras hoy.

El inspector jefe Jiménez entra en la sala mirando al frente. Nunca perfila un gesto que permita que sus subordinados puedan dirigirse a él fuera de su despacho. Solo lo hacen allí y cuando son llamados a filas. Suele aparecer a las ocho de la mañana, con una vestimenta sutilmente antigua y el escudo policial sujeto a la corbata, para leer los informes de las últimas horas que se apilan sobre la mesa. Los

estudia, café doble mediante, y luego los asigna según la carga de trabajo a los investigadores disponibles. Salvo en asuntos como el del Ángel Azul, todos creen que su habilidad en el reparto resulta tan fiable como apostar en las carreras de caballos. Cualquiera de sus agentes acaba decepcionándole y él devora volúmenes de criminalística en inglés, pero no consigue que nadie más se interese por la teoría de la anomia o cómo realizar una *cross examination* a un testigo. A excepción de los chispazos de Cañas, ninguno de los seis hombres que le quedan libres mantiene la corriente de un buen investigador.

Jiménez entra en su despacho y cierra la puerta. Los policías de la sala se miran entre sí, cómplices, ojeras tatuadas, esperando un caso sencillo para dormir cuanto antes a turno cambiado. Desearían que no hubiese nada que investigar, que la ciudad fuese el lugar pacífico y a ritmo de chotis de hace una década. A ellos les pagan igual por merodear la comisaría soltando chascarrillos y fingiendo atender a los del resto, menos cuando se desata el pique entre madridistas y atléticos. Con sus broncas admiten que el fútbol aún no es el deporte que se llena de adjetivos, épica de baratillo y pizarras con flechas a ninguna parte. En cuanto a la política, otro tema candente, la mayoría de los investigadores está de acuerdo con la columna del *ABC* y Cañas solo representa a un oyente algo delicado.

El inspector Jiménez se atusa el pelo en el despacho.

—No soporto más esta ciudad —dice.

Lee en un informe lo que le han adelantado por teléfono y repite el mismo salmo que ha orado al pie de su cama matrimonial. Le perturba el relato que no se puede permitir con el Ángel Azul aún

libre por Madrid: un vagabundo se refugia en una casa abandonada de Malasaña y encuentra un gato con el cuello partido, sigue unas pisadas en la planta superior y llega a la construcción colindante, se cuela por una ventana para ver si hay algo de valor y tropieza con un cadáver, enciende una lámpara de aceite sobre una mesa y se iluminan otros cuatro cuerpos. Los policías del distrito lo han confirmado y su diagnóstico inicial es un tiroteo entre bandas sin supervivientes.

Jiménez enviará a Cañas y a Germán para un primer reconocimiento, después dejará las pesquisas a algunos de los viejos investigadores que pasaron la noche emboscando al Ángel Azul. A una prostituta de confianza la pintarrajearon, le cardaron el pelo y la vistieron con una licra blanca; sin embargo, aquel carnicero que vigilaban solo era eso, un carnicero, con gustos quizá sádicos y conocimientos sobre mutilar carne, pero sus desviaciones quedaban lejos de siete chicas asesinadas.

No son las mejores fechas para un inspector de policía en Madrid.

Jiménez ya sale del despacho con dolor de cabeza.

Se conformaría con que ningún reportero publicase nada de los muertos. Imagina esas letras grandes en la portada de cualquier periódico y le dan ganas de volver a acostarse. Nadie necesita otra noticia así durante la tormenta de mierda que cubre la ciudad.

—Cañas y Germán —dice—, a mi oficina.

—¿Solo nosotros? —pregunta Germán.

—Cañas y Germán —repite Jiménez.

—Vale, vale.

Los otros investigadores aprietan los puños en señal de victoria y Germán les dedica una peineta.

—Veréis como es el caso más sencillo del mes —dice, dirigiéndose al despacho.

Cañas y Germán asimilan como pueden lo que han escuchado de Jiménez. No será el sindicato de zapateros y tampoco el caso más sencillo del mes. Los investigadores como ellos nunca han impedido que nadie caiga al suelo, es más, su trabajo parte de que ya hay alguien en el suelo. Se podría decir también que sus indagaciones rara vez cierran heridas, pero quedan crímenes que suelen provocar un horror compasivo y ese, cinco muertos, sería uno de ellos si su inspector jefe no pronunciase las palabras:

—Dicen que es un ajuste de cuentas entre bandas.

—¿Bandas tan violentas? —pregunta Cañas—. ¿Qué nos estamos perdiendo?

—Todo lo que hay detrás de los quinquis desde hace años —contesta Jiménez—. Las drogas pondrán del revés al país, aunque no es el mejor momento para sacarlo a la luz con la investigación. Gracias al cine social ese ahora algunos delincuentes caen más simpáticos que nosotros. —Jiménez se toquetea el escudo policial—. Cada película de atracadores nos hace el mismo daño que una bomba lapa.

—Inspector —dice Germán—, no creo que pueda compararse con asesinar policías y guardias civiles de forma tan cobarde.

—Yo lo acabo de hacer.

—El inspector habla de reputación —dice Cañas—. No de muertes.

—¿No es sorprendente que un recién llegado sepa cómo se legitima nuestra función mejor que tú? —pregunta Jiménez a Germán—. Las bombas lapa son terribles, pero con ellas los

ciudadanos nos quieren un poco más. Y, de repente, sus opiniones han ganado importancia y quizá un día nos manden a la reserva para siempre si no olvidamos los métodos de antaño. Así que mejor dejar las palizas con toallas mojadas y los electrodos en los huevos. ¿Entendido ahora?

Germán se muerde la lengua.

Él solo hacía lo que le requerían sus superiores.

Obediencia debida / Cadena de mando.

Si bien aquel inspector nunca promovió esas prácticas, sabía que se daban a diario y miraba para otro lado en vez de tirar pullas a un funcionario con carrera de más de dos décadas. Hasta su superior jerárquico, el actual comisario, aprobaba entonces los interrogatorios en los sótanos y hoy no reniega de ello. ¿Cuál será el Jiménez de verdad?, ¿el de antes o el de ahora? Probablemente los dos. Germán piensa que siempre fue un flojo, un enamorado de las ficciones victorianas y sus educados detectives, alguien que leía tomos en inglés sobre criminalística mientras sus hombres se partían la cara en las esquinas y así, con los brazos abiertos, esperaba a los reformistas, que ya se cuelan en todas las instituciones.

—Lo que requiero de vosotros es la investigación preliminar —dice Jiménez—. Activar los protocolos con el juzgado que llevará el caso, coordinar la recogida de muestras y formular algunas preguntas sin hacer mucho ruido. Si descubrís cualquier chanchullo político, me lo comentáis a mí antes que nadie.

—Apostaría mi placa a que no es político —dice Cañas—. Ni siquiera de ultras.

Germán se tensa con la frase de su compañero.

—¿Alguna consideración más que quieras compartir, Germán? —

pregunta Jiménez—. No te la guardes.

—Haremos lo que nos ordene.

—¿Te has imaginado por un instante lo contrario?

Lo que el inspector sí imagina es que nunca hay noticias sueltas. Está seguro de que varias zonas de Madrid se complicarán para las labores policiales durante los próximos años. Al sur, siempre al sur, se extienden comunidades donde nada funciona en medio de chabolas y fango, y entonces no quedan noticias sueltas o hechos aislados. Jiménez sabe que en ciertos lugares una muerte violenta siempre lleva a otra.

Y aquí son cinco.

Cochera de la comisaría.

—Mejor conduzco yo —dice Germán.

—¿Y eso? —pregunta Cañas—. ¿Qué te ha picado?

Germán no le contesta mientras agarra la llave del coche colgada en una alcayata. Una iniciativa, la de conducir, que sorprende a su compañero. Cañas suele llevar el vehículo de la unidad para que él pueda maldecir lo que contempla desde la ventanilla. Aquel bullicio del nuevo Madrid que merece sus insultos. La ciudad apesta y el inspector ha confirmado que no hay ni buenos recuerdos bajo esa luz de invierno, solo cadáveres hinchados.

—¿Sindicato de zapateros? —pregunta el administrativo de la cochera cuando los ve firmando el cuadrante—. Otro apasionante caso de Alfredo Cañas y Germán Moreda, pero esta vez no devolváis el vehículo sin el recibo de la gasolina para la contabilidad. Las cuentas se descuadran por olvidos como esos.

Germán se voltea y estampa al administrativo contra la pared.

—No podrías hablar así de bien sin dientes, ¿a que no?

—Suéltame, hostia.

—¿Tienes idea de cuántas personas me han mirado como tú ahora en Madrid? Si digo que unas mil, me quedo corto.

Otros policías median en la trifulca, pero Germán se revuelve contra ellos y después levanta las manos, tranquilizándose. Cañas no sabe cómo intervenir, detesta la violencia y la de su compañero solía reservarse para situaciones más comprometidas.

—Aún te crees el sheriff —dice el administrativo, volviendo a ajustarse la camisa—. Y ya no resuelves ni un crucigrama.

Germán intenta ignorar el comentario y se dirige al Seat 131.

—Dame otra oportunidad.

—No durarás mucho cuando vuelvan los de Asuntos Internos a revisar tantas confesiones en tus casos —sigue el administrativo—. Aunque seguro que les cuentas una de aquellas historias con Ava Gardner. La que…

—Por ahí no paso. —Germán hace ademán de volver a por él—. Como se te ocurra burlarte de esa señora, te arranco las entrañas y te cuelgo de un árbol con ellas.

Y al administrativo, tragando saliva, no se le ocurre.

Cañas elige subirse al coche antes que meterse en la discusión. Es cierto que los de Asuntos Internos aparecen cada mes para molestarlos con preguntas confusas, que abarcan desde los casos en los que trabajan hasta su opinión sobre los homosexuales o el último gol de otro vasco del Athletic. Rellenan casillas en formularios y ponen la mejor expresión de cortesía cuando se despiden. Todos intuyen que atarán en corto a personajes como Germán, aunque de corporativismo deberían ir sobrados en su grupo de investigadores.

Lo primero que aprenden en la calle es a cubrirse las espaldas cuando hay desmanes, a ganarse un sobresueldo cuando vuelve a haberlos, a brindar por ello en el bar de la esquina y a criticar a los mandos que no recuerdan qué significa patrullar aceras. Ingresar en el cuerpo les supone ingresar en una especie de secta, pero sin poner demasiada fe en lo que hacen.

—¿Qué te sucede hoy? —pregunta Cañas a Germán, dentro del coche—. Él es un bocazas, aunque nada nuevo para que le atices de buena mañana.

—Le tenía que haber atizado de buena noche y así nadie se habría metido.

Germán se pasa la mano por su afeitado rasposo. La piel seca y con rosáceas en el cuello. Aquellos pelos ralos cayendo sobre la frente. Una gabardina cubre sus pantalones de pinzas y su jersey de lana. Calado hasta los tuétanos de fracasos personales, de la habilidad innata para valorar solo la oportunidad más complicada y por supuesto perderla.

—No me sucede nada —contesta luego—. Absolutamente nada y no me lo vuelvas a preguntar. ¿Estamos?

Germán arranca el Seat 131 blanco, carente de logotipos policiales. En la comisaria todos están contentos con el modelo, pero se quejan de que el capó vibra cuando lo ponen a más de cien kilómetros por hora.

Es el coche que arrasa entre la clase media madrileña.

—Estamos, compañero.

2/12 7:45

«¿Nunca has sentido que el futuro quedó detrás de ti?».

Gran Vía de Madrid.

Nubes arreboladas y rayos filtrados por su contorno.

Se iluminan algunas ventanas de los edificios en una secuencia entrañable. En la calle, una hilera de coches colapsa el asfalto, bocinazos, ruedas rechinando. Indicaciones del agente de tráfico cuando, sobre el paso de cebra, los madrugadores se cruzan con los trasnochadores. Titilan las farolas antes del fundido a negro y dos gaviotas destrozan a un gorrión sobre una cornisa.

No lejos de allí, ese mismo amanecer gris, más metálico, se derrama por las casas abandonadas del oeste de Malasaña. Solo se oye a un gallo anunciar el día y sus dolores. Varios coches de policía en un solar tampoco llaman la atención de nadie. Dentro de la casucha, el vagabundo que dio el aviso continúa retenido en la planta baja. Cuando descubrió los cadáveres, caminó hasta la comisaría más cercana y allí habló de sangre y pólvora y de que él no tenía nada que ver. Los agentes no lo tomaron en serio, pero el cabo sugirió que lo acompañasen al lugar por si confundían esa insistencia con un delirio. No lo creen sospechoso, aunque los policías del barrio no lo dejarán marchar hasta que los investigadores del caso se lo permitan. Y estos, Cañas y Germán, tampoco lo harán sin la aprobación del juzgado de guardia.

Germán le ha formulado las preguntas habituales sobre el

hallazgo. El vagabundo las contestó de forma precisa, dando detalles verosímiles sobre distancia o tiempo. Parece haberse desarrollado tal como cuenta, pero el investigador tampoco le permite teorías sobre lo que sucedió antes de su llegada. Cualquier testigo ha de limitarse a la percepción directa. Acotar el delito es cuestión de personas como él, Germán Moreda, número 2.487 del Cuerpo Nacional de Policía, que en su día trabajó para la dictadura y hoy se convierte en uno de esos agentes modernos y carne de series de televisión. ¿Qué estúpido argumento presentarían si todavía fuese un funcionario que traumatizaba a estudiantes y cuyas investigaciones se reducían a quién traía libros de Francia? Sobre todo los de aquel Sartre, que tanto se había puesto de moda.

—Por cien pesetas te cuento quién es el que está esposado al sofá —dice el vagabundo—. En exclusiva, así entre tú y yo.

—No tengo suelto. —Germán palpa una moneda dentro de su bolsillo y continúa con el protocolo—: ¿Tocaste alguno de los cuerpos cuando llegaste?

En la planta superior, Cañas se acuclilla delante de ese cadáver anclado al sofá. Intenta comprender qué técnica usó el verdugo en el cuerpo que más información ofrece sobre el crimen. Sendos disparos en las piernas y la cabeza volada de varios impactos frontales, aquel lóbulo de la oreja izquierda desgarrado. Existe un proceso que no encaja con el tiroteo de western crepuscular. Vuelve a analizar el resto de los cadáveres y nota la diferencia del que empuñaba las dos pistolas, un merchero desaliñado, respecto a los dos jóvenes que ejecutaron por la espalda. Más dudas le genera el aspecto militar del que tiene la frente doblemente agujereada.

Flashes sobre los cuerpos.

—Necesito fotos desde todos los ángulos.

—Estoy en ello, Cañas. El del cerebro hecho puré es la estrella de la sesión. —El policía del reportaje coloca folios con números sobre los cadáveres—. Hacía tiempo que no veía algo parecido durante mi turno. La última carnicería que me tocó fue en el verano del 73, en una casa al lado de Ciudad Real y con un calor de la hostia. Unos cuantos primos discutieron por unas tierras y acabaron por ponerse de acuerdo.

—¿Cómo?

—Matándose muchas veces con sus bieldos. El forense cogía los miembros desperdigados por el huerto y los encajaba como un puzle. Decía que tenía que asegurarse de que las partes coincidían.

—¿Hubo supervivientes?

—Uno de ellos salió andando de allí.

—Siempre suele haber un superviviente. ¿Cuándo tendremos tu carrete?

El fotógrafo mete la Kodak E300 en la mochila, donde también carga los objetivos de aumento y las correas.

—La semana que viene si Germán no se pasa por el laboratorio de revelado.

—Entonces lo tendrías en dos días.

—No mandes a ese perro de presa a por mí —dice el fotógrafo—. Me han contado que hoy hizo uno de sus numeritos en la cochera.

—El administrativo tampoco debería hablarnos así.

—Cuidado, que ahora las diferencias en la policía se resuelven con una instancia al superior o, si es algo más grave, a Asuntos Internos. ¿Nunca has sentido que el futuro quedó detrás de ti?

—Aún no, joder —contesta Cañas—. He cumplido veintiocho años.

—Por eso me daría pena que quisieses cubrir a tu compañero a cualquier precio. Él sí tiene esa sensación y todos lo vemos. Es la clase de policía que solo conoce verdades demasiado simples. Tú… tú acabas de llegar.

—Las cosas no cambiarán tan rápido.

—Ya han cambiado —dice el fotógrafo—. Piénsalo, Germán es una antigualla.

Se despide, dando por hecho que Cañas entiende que a las antiguallas, llegado el momento, se las aparta a un lugar donde nunca molestan. Justo donde ahora no se encuentra Germán. Mientras, el muerto esposado al sofá, oficialmente con el uno al lado de la cabeza, sigue comunicándose con Cañas. El investigador saca su libreta de 105×148 milímetros para bosquejar un croquis. Cuanto más inconcebibles sean las atrocidades, más clínicas y precisas deben ser sus descripciones. Anota los ángulos de los brazos de los jóvenes, poco compatibles con un disparo a bocajarro en la nuca, poco compatibles con las armas que quizá les han puesto en sus manos y que apuntan en dirección opuesta. Luego esboza las huellas de botas que vienen desde la construcción contigua. Tal vez haya mucho calzado con esas suelas, pero alguna acotación sacará, al contrario que de los casquillos genéricos que han recogido.

—¿Nos podemos retirar, Cañas? —pregunta uno de los policías que acompañaban al vagabundo—. Llevamos aquí seis horas y tampoco parece que nos necesitéis.

Cañas fija su mirada en los sesos esparcidos sobre el sofá.

—¿Y si te necesitase? ¿Cuál es tu conclusión sobre el crimen tras tantas horas?

El policía hace una mueca a su compañero, que ayer batió el

récord de multas a coches mal aparcados.

—La explicamos antes a la central. —Ese policía extiende los brazos para abarcar el salón—. El merchero de las dos pistolas entró por la casa de al lado, mató al gato y la emprendió a tiros con todo lo que se movía. Pilló por la espalda a los dos más jóvenes y ancló a ese a la pata del sofá para… no sé. A continuación, se lo cargó o quizá él mismo se suicidó. Y en algún momento subió el otro y se mataron mutuamente. Caso resuelto, Cañas.

—Suicidio…

—Le superaría cualquier asunto turbio en el que estuviera metido —sigue el policía—. Deudas de juego, furcias, robos… No será por falta de asuntos turbios en algunas zonas del barrio.

—No parece la mejor explicación.

—Depende de las ganas que le pongas.

—¿Y qué hacían todos reunidos aquí?

El policía coloca los brazos en jarra.

—Mira, Cañas, eres muy joven para dártelas de mentalista con nosotros. Si quieres saber más del muerto del sofá, yo investigaría quién pudo hacerle ese tatuaje tan bonito. —Señala una V dibujada en la mano del cadáver—. En Madrid no creo que haya muchos que pinten así de bien. Este quinqui no era un cualquiera.

Cañas se dice que a veces no debería ser prejuicioso con los demás policías. No había reparado en la calidad de esa letra, sombreada y con brillos blancos en su contorno. Aquel policía de barrio ha visto doscientos dibujos a punzón en los maleantes que persigue mientras él apenas los estudia en fichas de cartón. Es cierto que la V tiene un aspecto diferente a la mayoría de los tatuajes, a pesar de que el muerto no muestre más signos de distinción. Ni

esclava ni anillo ni reloj; quizá algo colgase del lóbulo partido. Y eso también lo anota Cañas en su libreta.

—Nos vamos a casa, mentalista —dice el policía—. Te guste o no.

Cañas asiente, qué remedio, y se acaricia su incipiente mostacho. Dentro de unas semanas, con pelos largos cayendo sobre el labio superior, tampoco debería aguantar más desplantes a su juventud, a esa apariencia aniñada que invita a la descortesía entre los veteranos.

—Lo de mentalista ha estado bien —dice Germán, ya en la planta de arriba, cuando los dos policías se marchan—. Usaré el mote si te pasas de listillo. ¿Todo claro por aquí?

—Tan claro que por eso sigue oscuro.

Cañas le enseña varios apuntes, un croquis y una conclusión en su libreta.

—«La escena está preparada» —lee en alto Germán—. Jiménez nos advirtió de que apenas quería que hiciéramos algunos trámites, ¿eh, mentalista?

—Y ocurrió al contrario de como contaron esos policías.

—Cualquiera entiende que no sucedió todo a la vez, que el cabeza cuadrada pudo matar primero a los más jóvenes y luego, con tiempo, torturó al otro y se le complicó cuando apareció el de las dos pistolas.

—Sabes que el que hizo esto se marchó vivo de aquí.

Germán suspira, molesto con una hipótesis trabajosa.

—Solo sé que es posible.

—También que debía de buscar una recompensa y que quizá la encontró después de esos disparos en las rodillas. Habrá que poner patas arriba la casa.

—¿Para qué quieres trabajar tanto por esta gentuza? Lo mejor que podría ocurrirnos es que hubiese cincuenta cuerpos y no solo cinco.

—Jiménez dice que hay que llegar hasta los que mueven las bandas desde arriba.

—Te repito que en este caso nos pidió que volemos bajo.

—¿Ahora te gusta la discreción, Germán?

—Lo que me gusta es que el inspector no esté encima de mí.

Cañas cambia, a su conveniencia, el sentido del diálogo.

—¿Qué tal el vagabundo?

—He recogido su declaración mientras hacías dibujitos —contesta Germán—. Nada importante.

—¡Le he dicho que a uno lo conozco! —grita el vagabundo desde el piso de abajo, vigilado por otros policías.

—Ah, sí. —Germán arruga la nariz—. Quiere pedirnos unas pesetas a cambio de cualquier patraña.

Cañas guarda la libreta y baja a la planta inferior.

Germán detrás, volviendo a suspirar.

—¿A cuál conoces? —pregunta Cañas al vagabundo.

—Al que está atado al sofá —contesta—. Me extraña que no lo conozcáis vosotros, porque han matado a uno de los delincuentes más famosos de Madrid.

—Si han matado a alguien famoso, nos lo dirán enseguida las huellas dactilares.

—¿Le han arrancado las falanges de los dedos para que no lo identifiquen?

Cañas echa la cabeza hacia atrás.

—¿De dónde sacas semejante cosa?

—De su gente cuentan muchas historias —contesta el vagabundo —. Esa es una de las más conocidas… No hay huellas, no hay identidad.

—Soy un investigador y todo oídos —dice Cañas.

—Y yo un vagabundo y todo manos. Te cuento quién es por veinticinco pesetas y dejas que me largue ya, ¿trato hecho?

—Antes me pidió cien —interviene Germán—. En nada, nos contará que el cielo es azul por un chato de vino.

Aquel vagabundo está vivo a medias. Su sistema inmunológico es un montón de cables pelados. Solo suele hablar con moribundos, camina como un moribundo y viste como un moribundo, con lo que ha logrado convertirse en alguien que sobra como el mejor de los moribundos. Gasta las fuerzas que le quedan en buscar dónde dormir cada noche y muestra una total apatía por la existencia, salvo cuando pide una moneda.

—Mi profesión es pedir —dice—. ¿Lo recordáis?

Cañas rebusca en sus bolsillos.

Trato hecho.

El vagabundo estira la mano hacia las veinticinco pesetas.

—¿Jairo Vargas? —pregunta tras cogerlas.

—Devuélveme la moneda ahora mismo —contesta Cañas, enfadado—. Y vas a estar aquí hasta que acaben los de la limpieza municipal.

—Te avisé —dice Germán—. Patrañas.

—Espera. —El vagabundo se echa hacia un lado, mordiendo la moneda—. Te suena Jairo Vargas, ¿a que sí?

—Ese chico de arriba tendrá diez años menos que Jairo.

—Mala suerte para vosotros. —El vagabundo escupe la moneda y

se la guarda en el bolsillo con un truco circense—. Es Toni Vargas, su hermano pequeño.

Cañas enarca las cejas y, dentro de su sorpresa, reconoce que en Germán no hay tanta. Su compañero genera un cabeceo ambiguo que igual puede darle la razón como quitársela. Luego los dos investigadores sacan maquinalmente sus cajetillas de tabaco, sin decirse nada más. Ahora sí tendrán que poner patas arriba la casa. Sus carreras de policía, que apenas podrían haber sido una sucesión de desengaños, los convierten en protagonistas no del caso más sencillo del mes, sino del más difícil del año. Y en 1978 eso significa mucha dificultad y que Cañas sonría cuando recuerda lo que le dijo a la presentadora del telediario. Esa investigación abriría cualquiera de sus programas.

2/12 23:17

«La clase social es algo genético».

La luna ilumina un descampado en Coslada.

De la Torre se encuentra con Bam Bam en aquel páramo de tierra y cascotes. Acaba de llegar en su Saab 900 verde con su guardaespaldas, conductor y hombre para casi todo que enciende la reunión con los focos del coche. Muchos trabajos en uno, muchas nóminas en una. Los conos de luz proyectan los cincuenta metros por los que su jefe se mueve en círculos, lleno de gestos, dudas y poca confianza en Bam Bam y en el confidente que lo ha llevado a esa situación. Consiguió olvidar enseguida cientos de líos durante los últimos años, pero aún no encuentra la manera de apartar este un segundo de la cabeza.

—No es que hubiera un tiroteo —repite De la Torre a Bam Bam—, es que hay cinco muertos y uno es mi mano derecha y otro el hermano de Jairo. La única familia que le quedaba al desgraciado. ¿Supones por un momento que…? No, no lo supongas, porque eso no ocurrirá, pero sigo sin explicarme cómo ha salido todo tan mal cuando tú eres mi mejor soldado.

—Te lo vuelvo a contar entonces. —Bam Bam mide las palabras, lentas, bien pronunciadas para su dicción de arrastre—. El confidente no era de fiar. La casa tenía asegurado el acceso trasero, tardamos en entrar más de lo que deberíamos y allí estaban el hermanísimo y el otro tipo recibiéndonos a tiros. Eulogio cayó, los

chicos vinieron a ayudarme y conoces lo demás con el fuego cruzado.

—Esos muchachos de la furgoneta apenas sabían disparar.

—Le echaron cojones. Si no, yo también estaría dentro de una bolsa de plástico.

—Sigue sin quedarme claro por qué esposaste luego a Toni Vargas.

—También te lo vuelvo a contar —dice Bam Bam, fingiendo algo similar a la paciencia—. Lo esposé para preguntarle dónde estaba la mercancía, pero resulta que todavía no había llegado, que esperaba esa misma noche el cargamento y no serían los tres kilos que nos dijiste. Jairo no enviaría a su propia sangre para una minucia así.

—¡No haberlo matado después, Bam Bam! ¡Para algo ibais con pasamontañas!

—Al principio no sabía quién era. Juraste que allí solo habría personajes de poca categoría y de repente tenía la habitación llena de cadáveres. —Bam Bam se acerca a De la Torre—. ¿Preferías que Toni pudiese contarle todo a la policía que no te metes en el bolsillo como antes?

De la Torre lo separa de un empujón.

—Prefería que su hermano no fuese contra quien crea que es el responsable.

—¿Tú también le tienes miedo? Todos deliráis con Jairo.

—Es el único que puede convertir Madrid en Vietnam. ¿No veías las noticias del culo del mundo cuando eras legionario? ¿A esos chinos quemados y a esos americanos mutilados? ¡Lo mismo hará semejante maniaco!, ¡liarla como si cayeran bombas de napalm por el Retiro!

—Nada de eso es asunto mío.

—Oh, yo lo haré asunto tuyo.

Bam Bam observa cómo el guardaespaldas avanza unos metros con el Saab. Las ruedas progresan en la arena y el motor ronronea: no vendrán más avisos si el legionario no se relaja, aunque solo esté gritando su jefe. Esa persona que antes jamás levantaba la voz, porque no le hacía falta.

—Nunca sabrá quiénes fuimos —dice Bam Bam, más relajado entonces—. A Jairo lo quieren muerto demasiadas personas como para sospechar de un comando secreto en Puño Patriota. No creo ni que sepa qué significa eso. En vez de tocarme los cojones, ¿por qué no hablas con el del chivatazo? Es el principal culpable del desastre.

—Lo haré, sin duda. —De la Torre se pellizca la cutícula de las uñas y luego mira al horizonte—. Mañana habrá notas de prensa sobre esto, aunque sabrán tan poco de lo ocurrido como la propia policía. El tamaño de las noticias dependerá de lo que hagan en los próximos días el payaso del Ángel Azul y el otro que tenemos como presidente del Gobierno. Quédate en la pensión de San Blas hasta que reciba información de cómo avanza la investigación. Puedes usar la tarjeta bancaria que te di para gastos básicos y sal a la calle lo menos posible.

—¿Qué tipo de gastos básicos incluye?

—¿Atún en lata?, ¿pegamento para esnifar? No quiero facturas que llamen la atención de mi bolsillo y punto. —De la Torre comienza a hablar para sí mismo—: Jairo pronto estará en guerra con demasiada gente y no sospechará de nosotros. Solo perdimos el dinero que nunca tuvimos… Nada más.

—¿Y si identifican a esos dos chicos que jugaban a ser ultras?

—Paletos que no podrán relacionar oficialmente conmigo.

—¿Y Eulogio?

—Me encargo de que borren los antecedentes de todos mis hombres, así que imagínate las precauciones que tomaba con él.

—Pueden llevar la foto del cuerpo a la sede de la organización.

—Existe el mismo protocolo para sacar del país a los nuestros que para olvidar sus muertes y sus caras.

—Lo de meterse en drogas tampoco tenía la aprobación de nadie ahí dentro.

—¿De los que aún asaltan cajas de ahorros con medias de señora en la cabeza? Sus aprobaciones y sus mordidas siempre me las he pasado por el forro. ¿Alguna pregunta más, legía*?*

Bam Bam comprende que ese hombre ya no se fía de él.

Y no esperaba menos.

En su opinión, De la Torre es el depredador perfecto por aquello de que no sobrevive el más fuerte y sí el que mejor se adapta al medio, aunque ignora que a su jefe le han entrado titubeos hasta sobre eso. Para los insignes del régimen, la idea de la cárcel no era más que un rumor de fondo si se venían abajo intrigas y prebendas. Desde la Ley para la Reforma Política, el rumor había aumentado hasta convertirse en el molesto zumbido de esa noche de sábado, donde no tratan con sobornos y palizas a cualquiera, sino con duelos entre personas que no tienen bandera.

—Necesito cobrar más que los gastos básicos de esa tarjeta —dice Bam Bam—. Diez mil pesetas es lo justo cuando la información no era correcta y casi me matan.

Y De la Torre también comprende que en realidad Bam Bam no tiene bandera, que es otro de los escondidos a conveniencia bajo el

perfil de patriota. Piensa que los pobres, como ese legionario, han de engatusar a los ricos, como él, para progresar. No les queda otra opción con su rutina de pedigüeños y por eso deben distanciarse ante la que se les viene encima.

Ahora, día tras día, quizá solo quedarán unidos por su propia supervivencia.

De la Torre se consideraría muerto si no pudiese frecuentar los cócteles de la Moraleja, comentar cuánto subirá en bolsa un valor refugio o la geopolítica balcánica, que, en definitiva, los círculos del poder no lo viesen como un sabio con pipa y las pandillas de ultras como un Cid remendado. Bam Bam otro tanto si no siguiese con una existencia furtiva, de carretera y manta, de imponer el miedo con su simple presencia y que nadie en San Blas, Melilla o cualquier coordenada del planeta se dirija a él sin tartamudear, porque rompe con la misma facilidad a un guerrero del Rif que a un pijo de Chamberí.

Ambos renunciarían a todo menos a su reputación.

—Cobrarás tus diez mil pesetas después del próximo golpe, Bam Bam.

—¿Y hasta entonces qué hago? ¿Leer libros en la pensión?

De la Torre divisa a un perro con mal aspecto, que ronda la escena para ver si le cae algo, y le tira una piedra que casi le acierta en el lomo.

—Da igual lo injusto que te parezca —dice De la Torre después de limpiarse las manos—. Y tampoco nos volveremos a ver en este sitio. Cómo huele a miseria… ¿Distingues ese olor? —Se dirige al coche, encajándose uno de sus puritos entre los dientes—. La clase social es algo genético, se lleva dentro o no se lleva y uno no la pierde

porque acabe pegando gritos aquí. A mí lo caro me cae encima sin querer y no me queda más remedio que usarlo, pero para eso hay que crecer en una casa con sirvientes, biblioteca de tomos encolados, música clásica y buenos cuadros. En cambio, tú no distingues el olor a miseria porque es contagioso desde el nacimiento. Y no hay nada que puedas hacer al respecto, ni siquiera joderme con alguna patraña para sacar dinero a mis espaldas. ¿He sido claro?

Bam Bam se muerde un pellejo del pulgar.

—Muy claro.

Lo escupe al suelo.

—Hasta pronto, legía.

El Saab acelera y deja una estela de polvo que llega hasta Bam Bam. Hoy no recibe una de las comedidas amonestaciones del jefe, sino el discurso que los diferencia en caso de que vengan más problemas. Y por supuesto que el descampado no le huele a nada en especial al legionario. Al final, a De la Torre le queda un paseo en coche hasta su ático en Velázquez y a él una caminata de horas hasta su habitación en San Blas, que iniciará junto a aquel perro de mal aspecto.

Pero Bam Bam ha resuelto cobrarse antes del próximo golpe.

Una millonada y al fin por su cuenta.

3/12 10:20

«Ha empezado la cacería».

Mansión de Jairo.

Levantada en un erial de Fuenlabrada, al sur de Madrid, surge en el paisaje asolado como un milagro de cartón piedra. Cuatrocientos metros cuadrados en tres plantas con casita auxiliar, piscina y un jardín de hierba y piedras que frecuenta su puma, enjaulado cuando vienen visitas. La casa también dispone de un gran recibidor, donde ahora dos mafiosos se refugian de la llovizna invernal. Hay láminas de escarcha en el suelo y la temperatura ronda grados negativos. Tío Luis lleva un abrigo de ante color crema y un revólver del 38 en la cintura. Javi el Rojo se acaba de bajar de un Chrysler con sombrero de ala y gabán de cuero; en la pistolera, bajo el sobaco, una enorme 45.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunta Javi el Rojo.

—Unos minutos —contesta Tío Luis.

—Nos vamos a congelar. ¿Llamamos otra vez?

—Ahórrate cualquier cosa que pueda molestar hoy a Jairo, como volver a avisar de una llegada que ya tendrá en cuenta. Vendrán a abrirnos enseguida y, si no, me quedaré aquí el tiempo que haga falta. —Tío Luis se retuerce dentro de su abrigo—. ¿Has olvidado qué te da de comer? El respeto a ese hombre.

—Con este frío he olvidado hasta por qué me llaman el Rojo.

—No te comportes como un imbécil en su casa.

—En su casa siempre he sido bien recibido.

—Lo que digo, más bien, es que no te comportes como siempre.

—¿Que disimule que soy imbécil?

—Un rato al menos.

—Si no puedes divertirte en este trabajo, mejor que te dediques a otra cosa.

—Entonces solo te voy a advertir de algo —dice Tío Luis, oscilando el dedo índice—. No te diviertas con los muertos, menos aún con los que conoces.

—¿Y quiénes matarían a Toni? —pregunta Javi el Rojo—. Sospecho de los turcos, porque hay que estar muy loco para pelarte al hermano de Jairo antes de una venta tan grande y que, perdona que te lo recuerde, ni tú ni yo ni seguro que ninguno de los de ahí dentro conocía. Secretitos… Secretitos en la banda a estas alturas, cuando nos hemos comido medio Madrid. —Eructa—. Me han hablado de muchos kilos de heroína.

—¿Unos cien, Javi?

—¿Cien te dijeron a ti?

—Sí —contesta Tío Luis—, que el hermano de Jairo se los compraba a los turcos y luego se los vendía ya cortados a los moros, porque todos andan locos con la nueva competencia de los iranís.

—Vaya zoológico de ciudad.

—También que Metralla estaría presente y no llegó a tiempo por una cagalera.

Javi el Rojo baila las cejas.

—Metralla nunca traicionaría a Jairo.

—Por eso me pregunto si él mismo ha tirado esa información a sabiendas.

—A mí me aseguraron que había el triple de kilos y que, cuando aparecieron los moros para recogerlos, ya estaban los coches de policía aparcados. Pero qué dineral nos pasa por delante de los ojos sin darnos cuenta. Insisto, hay que estar muy loco…

—Muy loco o muy mal informado, Javi. —Tío Luis lo interrumpe cuando oye unos pasos aproximándose a la puerta—. En estos días Madrid colecciona a puñados esas dos clases de personas. Ahora nos abren, así que compostura.

El asistente de Jairo empuja el portalón de la casa y sale con un traje de lana fría, camisa blanca y pajarita negra. Mira a ambos lados y pulsa el intercomunicador de los vigilantes del exterior. Se dicen un par de palabras a poco volumen, cortan, cambio. Las precauciones han subido al máximo nivel por si ha empezado una guerra y todavía no saben quién es el enemigo.

—Venimos a presentar nuestros respetos a Jairo —dice Tío Luis—. Nos han llamado para unirnos al velatorio.

—Depositad vuestras pistolas en la pecera de la entrada —contesta el asistente—. El capo no permite que vengáis armados aquí.

—A ver —dice Javi el Rojo, sacando su enorme pistola—. ¿Cabe esto?

Dejan las armas en una gran pecera vacía que contiene otras parecidas. No son los únicos que vienen a mostrar sus respetos y, de paso, su sorpresa por la noticia. Nadie concreta aún quién delató a Jairo con la primera filtración tras cinco años mandando en el negocio. Entonces asumió el tráfico de drogas en el sur de Madrid, ahora en toda la ciudad. Los grandes traficantes todavía presumen de una relativa impunidad y de la falta de interés de la policía,

acostumbrada a las caras viejas que mueven posturas de hachís al límite de la supervivencia. Acercarse a un tipo en un bar y pedirle una papelina de *brown sugar* de momento solo suena a la penúltima bohemia de unos años frenéticos.

—Seguidme —dice el asistente—. Jairo agradecerá vuestra compañía.

Los conduce por un espacio donde ancianas vestidas de negro lloran, desconsoladas y teatrales, delante de un ataúd vacío. Aquel forro interior encarnado a dos tonos. No hay cadáver que velar mientras le hagan la autopsia y Jairo tampoco lo reclamará después a la policía. Su hermano está muerto y todos saben que él piensa cobrarse la venganza por su cuenta, sin agentes intercambiando favores.

El asistente llama a una puerta al final de la habitación.

—Han llegado Tío Luis y Javi el Rojo —dice cuando se entreabre y asoma otra cara torcida—. Desarmados, como los demás.

Un hombre de pelo largo los deja pasar con una caída de cejas. Su apodo es Metralla y a partir de ahí no suelen hacerse más preguntas. La nueva sala muestra una hilera de sillas tapizadas y una mesa con botellas de champán y copas. Al lado, una bombilla azul ilumina el altar rodeado de flores con la foto de Toni Vargas.

—Me parece que ya estamos todos —dice Jairo.

Es una figura que les ofrece la espalda. Sentado en un sillón aparte, con las piernas abiertas y la cabeza recostada, como cansado de sí mismo. Tío Luis y Javi el Rojo se acercan al retablo del hermano y hacen una venia a su imagen, con un cigarro en la boca y apuntando su escopeta recortada a la cámara. Después, se inclinan de cara a Jairo, que les estrecha la mano. A distancia, como

si estuvieran secuestrados, se encuentran otra decena de criminales. No falta ni uno de los amigos que se entendieron con el asesinado desde que era el ojito derecho del capo. Las ausencias solo se deben al siempre incómodo tema de la muerte. Ahí posan, malos, feos, ridículos y temibles, con heridas de guerra, ropas y alhajas extravagantes que se copian unos a otros y, sin excepción, las pistolas rendidas en la entrada.

—Mis condolencias, Jaime Rodrigo —dice Tío Luis a Jairo—. Que caiga sobre mí la maldición gitana del burro amarillo si no encontramos a quien hizo esto.

Y se retira con los demás.

Jairo se queda observando aquel enorme tupé levantado con gomina de Tío Luis, a juego con una blusa naranja almidonada y el cuello tan de punta que le llega hasta los lóbulos de las orejas, repletos de pendientes dorados. Luego, cabecea de manera casi imperceptible.

Entran varias mujeres con bandejas, sirven el champán en las copas y rondan por los invitados que se animan a beber. Surgen las primeras conversaciones en honor del fallecido, tal y como es costumbre en sus velatorios. Javi el Rojo se viene arriba y cuenta que a Toni le encantaba pasearse por los bares de Carabanchel y gritar que todos estaban invitados durante lo que quedaba de noche. Cuando los presentes se lo iban a reconocer, los puteaba y los mandaba sentarse de vuelta. Después escogía al más duro entre la clientela para dejarle una deuda de miles de pesetas.

—«¡Agradecédselo a Paco!», chillaba en medio del bar —sigue Javi el Rojo—. Y aquellos muertos de hambre, que nunca se llamaban Paco, muchas veces se ponían a trabajar gratis en el

menudeo para la banda. Toni era un fenómeno.

—Eso hizo conmigo —dice Tomate, otro conocido delincuente que viste una camisa de chorreras—. Nunca podré devolverle el favor que me hizo cuando me obligó a dejar de robar los bolsos a las viejas.

—Una vez hubo un Paco —contesta Tío Luis al otro lado del corro.

—Ya empezamos con las casualidades que solo le ocurren a Tío Luis —dice Javi el Rojo, en bajo, a Tomate—. Le encanta ser el centro de atención. —Y subiendo el volumen—: Bueno, ¿qué pasó con él?

—Le perdonó la cuenta —contesta Tío Luis—. A ver, tampoco es raro. No chillaba «dadle las gracias a Silvio».

—¿Silvio es un nombre?

—Uno de mis primos se llama así. —Tío Luis tuerce la boca—. La madre es una hippie y el chaval va con el pelo largo y descalzo… No sé.

—Vaya ganas de protagonismo —dice Tomate, también en bajo, a Javi el Rojo—. A mí nunca me ha hablado de un primo marica.

—Esto, ¿me permites probar de lo tuyo, Tío Luis? —pregunta Javi el Rojo, frotándose las manos—. El champán siempre me da dolor de cabeza.

Tío Luis lleva una cuchara de oro colgando de una cadena al cuello. La toquetea, considerando esa petición. Luego asiente, abre un frasquito lleno de cocaína y con la cuchara recoge el polvo que pone bajo la nariz de Javi el Rojo. Entonces Jairo se levanta del sillón y la tensión crece varios mundos. Es un mito y cada segundo los demás sienten que hay que situarse lo más cerca a su altura, hablar lo justo, pactar lo máximo y sonreír: aquello que se suele resumir en

saber estar. Avanza hacia los presentes con el taconeo de sus suelas. Un físico rotundo que consigue que las mujeres se marchen con las bandejas. Conjunta un traje gris con camisa granate y botines de doble hebilla. Su cara fatigada a los treinta y dos años, cabello alborotado, patillas en forma de hacha, pero aún con la expresión del niño criado en un andurrial de Carabanchel. Sus primeros enemigos, como dijo ese, el hambre y la Guardia Civil.

Jairo señala las puertas de cristal que dan a la finca.

—Salgamos al terreno.

Sus hombres se miran entre sí, aunque salen, órdenes son órdenes, al espacio pedregoso y serpenteado de hierba. Un frío que pela. Mientras que el capo no se cubre de la llovizna ni con un abrigo, los demás se amontonan bajo el toldo del porche.

Javi el Rojo continúa con las historietas de Toni.

—No había puta del paseo de las Delicias que se dejase sin follar. —Se rasca el puente de la nariz, por el que le baja una gota con sabor a gasolina—. A veces las recogía, piso por piso, del portal 127 al 133, las amontonaba en una cama y hasta el mismo Braulio se le quejaba por el resto de sus clientes. En plan, tengo una cola que da la vuelta a la manzana y tú sigues ahí empujando. ¿Verdad, Braulio?

Braulio, el proxeneta, mira hacia el suelo.

—Lo de la vuelta a la manzana era tal cual —sigue Javi el Rojo—. Como las que hacen los señores para comprar lotería de Navidad.

Jairo lo coge del brazo y su anecdotario termina de golpe.

—Sabes el cariño que te tenía Toni —dice.

—Y yo a él —contesta Javi con la boca seca—. Un muchacho excelente.

—Excelente —repite Jairo—. Eso te ha quedado de canción de

cumpleaños.

Ahora rondan la jaula del famoso puma. El animal bosteza, aburrido bajo el cobertizo de madera. En aquel espacio cuentan que solo permite entrar a su dueño y que es al único que luego ronronea igual que cualquier otra mascota.

—Antes contabas cómo mi hermano reclutaba a hombres que luego fueron de su confianza —dice Jairo—. Los ponía contra la pared y les ofrecía una salida que pudiese servir para los dos.

—Era muy hábil con eso. —Javi el Rojo se siente cada vez más nervioso por ese diálogo que no querría mantener y por, maldita sea, otra gota con sabor a gasolina que le baja por la nariz—. No les daba opción en realidad, pero después le estaban agradecidos. Los que no, a saldar copas con el bar para el resto del año.

—¿Has contado que a ti te reclutó así?

—En verdad, fuimos uña y carne desde chavales. Y no… no lo he contado… Tío Luis tiene un primo que se llama Silvio, ¿sabes?

—Que te measte encima cuando luego partió una botella contra esta cabeza —Jairo le da un manotazo en la frente— que solo sirve para separar tus orejas de soplillo.

Javi el Rojo mira hacia atrás y encuentra al resto de la banda aún más alejado.

—Hay una operación que pega las orejas al cráneo —dice después, preguntándose qué demonios está pasando—. Hablé con un cirujano de la Moraleja, no es barata, aunque aquí todos manejamos millones gracias a ti.

—¿Tuviste algo que ver con que lo mataran?

—¡No! —A Javi el Rojo parece que le da un infarto—. ¡Ruina!, ¡ruina! ¡Ni se te ocurra decirlo! ¿Por qué…? No, no, no. Dime que ni

siquiera pensaste esto. Antes mi vida y la de mi familia que la suya. Todos lo sabéis, ¿a que sí?

Vuelve a mirar atrás y los demás no pestañean.

—Claro que no has tenido nada que ver —contesta Jairo, recogiendo el farol—. Si no, morirías de otra forma.

—¿Cómo morir? Es fin de semana.

Metralla le coloca el cañón de un revólver en la frente a la vez que Jairo no le explica el cómo y sí el porqué.

—Mi hermano te iba a echar del negocio por los cortes que metes a la mercancía sin nuestro consentimiento. En los bloques de Carabanchel se quejan de la calidad del material y los fardos llevan el sello de la familia. Javi, tú nos haces quedar mal echándoles basura. —Jairo se dirige a Metralla—: ¿Cómo lo llamaron aquellos muchachos la última vez?

—Aspirina machacada —contesta Metralla.

—¿De esa forma se lo agradecías a mi hermano? ¿O de esa forma vienes a reírte de su recuerdo?

—No, no es así. —Javi el Rojo abre mucho los ojos—. Rebajé la calidad para cuadrar cuentas, ¿vale? Nadie más vende en esos bloques y siguen obligados a comprarnos a nosotros. Un negocio redondo. Lo leí en aquel libro de universitarios… *La riqueza de las naciones* o algo así con riqueza. Si no subes los precios, mejor bajas la calidad. Es como cobrar más haciendo lo mismo… Magia negra.

—¿El libro trataba sobre cortar heroína?

—No lo he terminado, Jairo.

—Tus clientes van a Móstoles con la aguja colgando si les cuentan que allí tienen algo mejor al mismo precio.

—Fueron solo diez kilos en los que intenté esa táctica.

—¿Tenían el sello de la V?

—Diez kilos, joder. Seguro que podemos arreglarlo.

—¿Y dónde está mi parte de los beneficios?

—En una hora tienes aquí el triple de tu comisión.

—Pero las salidas que te quedan para el próximo minuto son estas: o entras en esa jaula a pegarte de hostias con mi puma o Metralla te vuela la cabeza.

Javi el Rojo levanta las manos, haciéndose el indignado.

—¡Jamás cortaría nada si pensase que perderíamos dinero! —grita para convencer al resto, que también conocía cómo adulteraba el material—. ¡Jamás cortaría nada si…! De acuerdo, me puedo haber equivocado. Ese libro no hay quien lo entienda y el lenguaje es como antiguo. Letra… Letra pequeña y, además, lo de leer tampoco nunca fue lo mío. —Desiste ante la evidencia de quién le ha vendido—. A Tío Luis le encanta hablar de más, ¿verdad? Pero ¡su cocaína también es una mierda! ¡Le echan gasolina esas zorras que trabajan para él en pelotas!, ¡que dice que si no le roban gramos en las bragas!

—Mi producto no será malo cuando lo compran los de…

—Tienes los cojones de volver a contarnos que vendes a los políticos de la ciudad —lo interrumpe Javi el Rojo—. Un payo que lleva una cuchara colgada del cuello.

Tío Luis se encoge de hombros.

—Te avisé, Javi. Compostura… Compostura.

—¡Usas esa misma cuchara para comerte los yogures!

Javi el Rojo se quita el sombrero, la gabardina y sacude los puños. Palpa su pistolera vacía y maldice a la estirpe de los Vargas. No hay otra salida para él que unos colmillos sarrosos. Bien, por lo

menos irá a pelear dopado hasta las cejas. A Jairo le gustan los traficantes que no cortan el material, que llegan puntuales, discretos, protocolarios como corredores de apuestas, y que nunca buscan hacerse amigos del comprador, porque su verborrea siempre es insufrible. A Jairo, desde luego, nunca le gustó él. Sabe que muchas veces lo peor de comprar droga es aguantar al que la vende. Por eso lo manda al rincón de pensar, a la jaula.

Aunque Javi el Rojo no renuncia a su oportunidad.

—¿Si tumbo al gato, me voy con los míos a casa?

—Te vas —contesta Jairo—. Sin deudas y sin vergüenza.

—¿Quedamos en paz para siempre?, ¿me retiro tranquilo en Benidorm?

—Palabra de un Vargas.

—Bien, que no me dispare. Estoy listo.

—Está listo, Metralla.

Metralla baja su arma y abre la cancela de la jaula. El puma comienza a andar en semicírculos mientras Javi el Rojo chilla en su territorio para intentar asustarlo, se pega de cabezazos contra la verja y después imita ¿a un gorila?, tal vez.

—¡Mira lo loco que estoy, bicho! —Luego le dice—: Minino, minino…

La cancela se cierra con un giro de llave y a su nariz llega un olor a carroña y excremento. Todavía no ha soltado un puñetazo cuando el puma ladea la cabeza. A continuación, el animal estira las patas delanteras.

—Es que es manso —dice Metralla.

—Con la de cosas que cuentan de él. —Jairo enarca los hombros —. ¿Hoy tampoco morderá a nadie?

El puma se tumba de lado, pidiendo que le rasquen la barriga.

—Dame el revólver —dice Jairo a Metralla, que se lo da—. Lo siento, el puma se ha tumbado solo, Javi.

—Ha sido cosa mía, lo he acojonado.

—Este animal cada día es más vago —contesta Jairo.

Le vacía el tambor del arma en el pecho. Entonces sí, tras seis disparos, el puma gruñe, se pone en pie y raja los intestinos del cadáver de Javi el Rojo con los espolones. Todo lo que viene a continuación es horrible de ver y de escribir.

—¡Para los demás! —grita Jairo por encima del ruido del desmembramiento—. ¡Os recompensaré con una de mis plazas si traéis el nombre de cualquiera relacionado con el asesinato de Toni! ¡Y si traéis al que lo mató, os daré todo su territorio!

Se retira al interior de la casa, todavía más cansado de sí mismo y preguntándose cuál será esa maldición del burro amarillo.

Incluso el grupo de criminales se queda boquiabierto ante aquel sacrificio. La contemplación de ese cuerpo triturado es una forma absoluta de conocer por dónde se pierde la sangre en su negocio, sin perdones y sin segundas oportunidades.

—Ha empezado la cacería —dice Braulio, el proxeneta, el más listo de ellos.

4/12 9:19

«Hoy no».

A la mañana siguiente ya salen los detalles del tiroteo en los periódicos.

—Cinco muertos en una casucha cerca de aquí, Consuelo. —El padre de Marta repasa el titular con el dedo—. El barrio está podrido.

—Y esos no son del Ángel Azul. —Ella le hace un arrumaco y recoge el periódico de la mesa—. Quizá la ciudad entera se haya vuelto loca.

—La probabilidad de que ocurra una cosa así —sigue Alfonso— no se contempla en los formularios de nuestra compañía. Nunca hay un seguro de vida con una cobertura por algo semejante. Ni los americanos, que sabes que las primas de riesgo vienen de ahí…

—Lo sé —dice Consuelo—. Me lo cuentas cada noche.

—Ni ellos podrían ponerle cifra a esto. Hace tres años en Madrid se calculaba que tenías una posibilidad entre cuatro mil de ser asaltado en tu casa, ahora es una entre novecientas y, claro, la prima se encarece de dos a cinco mil pesetas al año. Igualmente incluye accidentes domésticos y…

—Alfonso…

—¿Sí?

—Tienes que parar.

El padre de Marta asiente: mínimo gesto, máxima rendición.

—Juro que no dejaré que ni a ti ni a Marta os pase nada —contesta.

Consuelo le vuelve a hacer un arrumaco, ahora más sentido. No ha visto a su marido ni levantarle la voz a alguien durante los treinta años que llevan juntos, ni en defensa de ella, ni de su hija, ni propia. Tampoco ha hecho falta con sus existencias hasta entonces aburridas, pero al menos se esfuerza en mostrar coraje y deja de calcular la probabilidad de un determinado suceso. Su transición de una cadena de montaje a una compañía de seguros lo ha trastornado. En el último mes, Consuelo conoce el porcentaje de veces que se puede quedar atrapada en un ascensor, aplastada bajo un corrimiento de tierras o electrocutada por un enchufe. Nada de eso ayuda a la vida familiar al lado del hombre que no admira como antes y que Marta admira todavía menos. De adolescente, Consuelo había leído mucho sobre el amor, toda una desesperación de sentimiento; pero tal vez luego, a efectos prácticos, solo le importó para elegir cena y dormir acompañada. Es lo que en cierta manera hacen los dos: preguntarse cuánto peor podría ser un matrimonio y aguantar, de momento por ley.

El periódico detalla el descubrimiento de los cadáveres, el ajuste de cuentas entre bandas dentro de la casa y que la mejor pista es una furgoneta oscura saliendo de allí. Tras la ronda con los vecinos, Cañas y Germán ubicaron un vehículo con mucha prisa en las inmediaciones. Esos mismos testigos lo confirmaron después a preguntas de los reporteros. Como suele suceder en cada crimen mediático, hablan de más con la prensa y de menos con algunos policías.

Suena el bajo desde la habitación de Marta.

—¿Y hoy la niña se dignará a comer con nosotros? —pregunta Alfonso.

—A veces los lunes está un poco rara —contesta Consuelo.

—Por lo que hace el fin de semana. Se levanta con unas ojeras enormes y luego sigue de mal humor hasta el miércoles, el jueves se tranquiliza y el viernes vuelta a empezar. ¿Andará en trapicheos con el novio? Ya viste lo de la prima del frutero. Vendiendo papelinas en el metro.

—Conozco a mi hija, Alfonso. Simplemente está un poco rara. Se ha despertado, ha leído el periódico y ha dejado el desayuno enterito. Ni las naranjas que tanto le gustan. Se ha encerrado en su cuarto a tocar, pero tampoco suena igual.

—Siempre suena igual de mal. —El padre se levanta—. Y en esta casa se respeta la hora de la comida.

Consuelo lo agarra de la mano.

—Hoy no.

Alfonso entiende aquellos ojos suplicantes y se sienta. Hoy no. Quiere pensar que su hija aún podría estar destinada al triunfo, a dejarse el pelo largo, recogérselo en una horquilla y echar números como administrativa en una oficina. Al menos esas son sus actuales ideas sobre el triunfo mientras oye el dum-dum-dum del bajo. Para él, Marta era una muñequita que podía sostener con una sola mano y hoy…

Hoy no.

Alfonso, con cincuenta años y tres úlceras nerviosas, no comprende la degradación del barrio ni que en tan poco tiempo los chavales que saludaba hayan cambiado las piruletas por drogas. Los vecinos sitúan los problemas en la plaza Dos de Mayo y en la calle

San Vicente Ferrer, próximas, pero controladas por diferentes grupos. Los de la plaza son españoles y los de la calle casi todos extranjeros, los de la plaza se dedican al cannabis y los de la calle a la heroína. Llevan tiempo atacándose en la frontera de la calle San Andrés y por eso nadie se explica cómo terminarían a tiros en una casa abandonada al oeste. Una asociación vecinal quiere manifestarse por la seguridad de la zona y preparan una pancarta con el lema MALASAÑA LIBRE DE PORROS Y JERINGUILLAS. Alfonso ha rechazado unirse, pero a Consuelo le gustaría participar. Aunque ni ella, toda intuición, sospecha que dentro de pocos años esa misma heroína hará que las cercanas calles de la Ballesta, Valverde y Barco reciban el nombre del Triángulo de la Muerte.

Marta continúa aporreando el bajo en la habitación. Efectivamente, hoy suena fatal; a estropeado, a torpeza, a *no future*. Su mirada fija en el pendiente que recogió cuando una furgoneta, idéntica a la de la noticia que ha leído, pinchó enfrente del portal. Lo tiene sobre la mesita de noche, cubierto con un pañuelo que ha revelado una estría de sangre en el enganche.

La llamada de su madre a la puerta la sobresalta.

—¿No vas a la universidad? —pregunta Consuelo al otro lado.

—Me han cancelado las clases, mamá. Una amenaza de bomba.

—¿Otra? No han dicho nada en las noticias.

—Por favor, no seas pesada. Tú no, mamá… Tú no.

—¿Y la reunión que tenías con Pitu y un productor de música?

Marta toca una melodía terrible y apoya el bajo contra la pared.

—Tampoco voy a eso —contesta—. Me quedo en casa.

Vuelve a mirar el pendiente y siente miedo y asco. Miedo, porque aquello no puede ser la casualidad que parece, y asco, porque lo

último que querría es acudir a la policía. ¿Dijo algo de su casa al hombre que cambiaba la rueda? ¿Era el mismo que vio en el campus? Se lo ha preguntado cientos de veces y siempre se responde con síes, también con que alguien que mata a cinco tipejos debería buscar a la chica que quizá guarda una prueba relacionada con el crimen y, seguro, lo sitúa en una furgoneta no lejos de allí. ¿O fantasea una trama de la nada? Será por coches negros en Madrid. Le encantaría preguntar a su padre el porcentaje de vehículos de ese color en la ciudad y alrededores, pero Alfonso es uno de esos padres al cual contarle un problema supone un segundo problema.

Marta se tumba sobre la cama para consultar las opciones con el techo. Duda si llevar el pendiente a cualquier tienda de empeño, pondría su cara a disposición del compraventa, que hablará mucho de ella en cuanto le pregunten. Desde luego, no acudirá a una comisaría con una historia tan extraña y una joyita ensangrentada. Se fía todavía menos de cualquier policía y lo último que pretende es firmar una declaración judicial y todo lo que viene después. Tirarlo a la basura es otra opción ahora que lo reflexiona, aunque, si el ultra la ha fichado, pierde el único objeto que podría protegerla, y a Pitu no le piensa contar nada, porque se volvería aún más loco de lo que está. Y algo importante para ella: el pendiente costará más dinero que el mejor bajo Fender, quién sabe si incluso que una instrumentación completa para el grupo. Marta recuerda al perista de Comillas, más allá del Manzanares, del que hablaba Pitu. Él le vendió tubos de escape robados durante años y el hombrecillo nunca preguntó nada. Pagaba en mano, se quedaba la mercancía, le decía que muchas gracias, que cómo está la juventud de alborotada y hasta la próxima.

Al fin y al cabo, Marta sabe que lo que justifica el primer cuarto de una novela, de una película y hasta de una vida suele venir de las casualidades y no del trabajo duro que la generación anterior vende a la siguiente.

Y por eso en una misma noche se cruzan con ella Pedro Lafuente y un asesino.

4/12 11:24

«Déjenos continuar con la investigación».

Brigada Central de Información.

Germán fuma el enésimo cigarro del día en la sala común de investigadores. Parece tranquilo, aunque el último se lo ha encendido con la colilla humeante del anterior. Cañas está al lado, repasando la multitud de notas apuntadas en su libreta, pendiente junto a su compañero de que el inspector Jiménez los haga pasar al despacho para que le den el parte.

—Nunca ha tardado tanto en recibirnos —dice Cañas.

—Porque no teníamos nada importante que explicarle —contesta Germán.

—¿Repasamos las evidencias que recogimos?

—No jodas, Cañas. Me has hecho repetirlas veinte veces, como un salmo.

—Si sonamos convincentes, no puede quitarnos la investigación.

Germán se recuesta en la silla y contempla dos manchas de humedad en el techo, apuntándole como dos ojos que no paran de observarlo.

—¿Conoces el chiste de la rata y el camarero?

—No. —Cañas sacude la cabeza—. Creo que no, aunque tampoco es el momento de contármelo.

—Esto era un camarero —dice Germán— que cada noche, cuando salía con las bolsas de basura al cerrar su bar, veía una rata entre los

contenedores. Tenía un penacho negro y siempre estaba allí, rodeada de restos de comida y cartones, mirándolo con una calma que no era normal. Al principio el camarero pensó que sería casualidad, que las ratas van y vienen, ¿no?, pero luego se dio cuenta de que esta aparecía cuando él llegaba, como si supiera la hora exacta. Con el paso de los días, la presencia de la rata comenzó a molestarle. Daba golpes al contenedor para espantarla, pero la rata se apartaba lo justo y volvía a quedarse quieta. Después de unas semanas el camarero perdió la paciencia. Cogió la fregona, le pegó una hostia a la rata y empujó su cuerpo al contenedor que los basureros vaciaban de madrugada. Cerró la tapa y se olvidó del asunto. Pasaron tres años…

—¿Tres años? —pregunta Cañas.

—Tres años, ¿por qué no? —contesta Germán—. El camarero seguía sacando la basura a la hora del cierre. Una noche levanta la tapa del contenedor y la cabeza de una rata se asoma entre los restos. Se fija en ella y entonces observa el penacho negro. Era la misma rata, que lo mira y le dice: «No me he olvidado de ti, hijo de puta».

Cañas arquea las cejas.

—¿Eso es un chiste?

Germán comienza a carcajear y a golpear la mesa de la risa.

—La rata aquella… El penacho saliendo de la basura. Oh, qué bueno…

—No lo entiendo.

Germán para súbitamente de reír.

—¿Que no lo entiendes?

Dos horas después, Jiménez escucha las explicaciones de Cañas y Germán mientras clava su mirada en un diploma colgado de la pared. *Chain of custody and its proof problems*, todo lo que en ese congreso de Londres se habló sobre transporte y conservación de pruebas del delito aún es ciencia ficción en España, pero aquí, en el país que oposita a Europa, su pareja de investigadores ha hecho un buen trabajo. Acotaron testigos, coordinaron la recogida de muestras y trajeron una hipótesis a comisaría. En la libreta de Cañas, el inspector reconoce el mismo empuje que lo llevó a él a asumir aquel cargo en esa época de cambios. Oficialmente la Brigada Político-Social se desmanteló la semana pasada y parte de sus integrantes no saben cómo reconducir sus carreras. Hubo renuncias y salidas pactadas, pero los que no tienen las manos muy sucias se encuentran en aquel edificio junto a jóvenes promesas a subinspectores. Desde ahora es como él definirá a Cañas, una promesa que apunta ángulos de brazos y trayectorias de bala para escribir «la escena está preparada». Un trabajo borroneado por la noticia del periódico, que les molesta en cuanto a la información de la furgoneta.

—Es triste que los testigos cuenten casi más detalles a un reportero que a un policía —dice Jiménez—. Cuántas ganas de hablar con los periódicos.

El inspector lo refiere convencido de que la mayoría de la gente quiere colaborar con ellos. Al menos, la gente normal. Nadie aguanta en su vecindario una casa que se dedique al trapicheo. Hay peleas a cualquier hora, un trajín de desquiciados y la posibilidad de que se convierta en la escena de un crimen durante una mala noche. Sin embargo, un reportero resulta un oyente que exige menos a los interrogados y que no los llamará a testificar dentro de unos meses.

—El butanero no ha sido —dice Germán—. Ese currela temblaba cuando lo interrogamos.

—Y fuiste claro con que, si abría la boca, tendría problemas en la ruta de reparto. —Cañas matiza la amenaza de que quemaría su camioneta—. ¿El del quiosco?

—Imposible —contesta Germán—. Su negocio queda demasiado lejos como para que los reporteros lo aborden, aunque solo tenemos que reunirnos de nuevo con ellos y salimos de dudas.

—La información del hallazgo la dio el vagabundo —dice Jiménez —. ¿Qué tal vuestra relación con él?

—Bastante buena —contesta Cañas—. Se llevó veinticinco merecidas pesetas. Él no vio la furgoneta… No la vio, ¿verdad?

Germán mueve la cabeza.

—O no nos lo dijo.

—No podéis ser tacaños en amabilidad con los testigos —dice Jiménez—. Esos de *El País* le pagarían bastante más. Y si le dejaron una tarjetita de contacto, ofrecerán su información por fascículos. Para la policía es la imprenta de un grupo maoísta y para ellos no sé qué somos, aunque seguro que es peor. En fin, la prensa no habrá podido verificar la identidad de ninguna víctima, pero nosotros sí. Los compañeros del reportaje fotográfico aseguran que han matado a Toni Vargas y que la V es el tatuaje de la familia, incluso parece que esa letra sella su mercancía.

El inspector saca tres fotos de un dosier y enseña las mejores poses de Toni. En la última sale encima de una moto de carreras, con chupa de borreguillo y algo colgándole de la oreja izquierda. Cañas se acerca la fotografía y distingue un pendiente con lo que semeja una V como abalorio.

—Queda claro lo del lóbulo partido —dice después.

—¿El asesino le arrancó ese pendiente? —pregunta Jiménez.

—Es la explicación a la herida en la oreja —contesta Cañas—. El asesino…

—O asesinos —dice Germán.

—… o asesinos, supo distinguir que semejante pendiente valdría un buen dinero y que con él sería más sencillo identificar el cadáver.

Jiménez hace la misma deducción, aunque de improviso cambia a su tono de los pésames oficiales.

—Habéis realizado un buen trabajo —dice—. Lo tendré en cuenta para próximas investigaciones, pero debo pasar el caso a policías más compenetrados. Se trata de la cadena de mando… Nada personal.

A Cañas eso le duele como una puñalada en el estómago.

Es su caso, su reto y desde ya su obsesión.

—¿Podríamos quedarnos al menos de apoyo, inspector?

—No es buena idea —contesta Jiménez—. Necesito discreción con tantos periodistas intentando confirmar el rumor de un Vargas asesinado.

Germán tiene un tembleque en la pierna izquierda, luego en la derecha. Se diría que enseguida también le saldrá humo por las orejas. Después le vibra toda la cara y se cuadra al frente para mirar fijamente a su inspector.

—¿Te está dando un ictus? —pregunta Jiménez.

—Lo hemos hecho bien. —Germán repite sus palabras—. Déjenos continuar con la investigación.

Cañas lo escucha tan sorprendido como Jiménez. ¿Su compañero, renegado de las investigaciones complejas y que no impliquen

tiroteos ni carreras por la azotea, acaba de pedir al inspector jefe, al que odia, que le permita seguir en un caso gigantesco y quizá irresoluble? Las sorpresas, para llevártelas.

—Cañas interpreta como nadie las escenas del crimen y yo me siento mejor policía a su lado —sigue Germán—. No pierde nada por darnos unos días. Ni siquiera podemos asegurar si Jairo estaba al tanto y la vigilancia de sus hombres funcionó el fin de semana. Sabemos que se reunieron algunos mafiosos en su casa.

—Jairo lleva años comportándose como un personaje público —dice Jiménez—. Hasta viste igual que un abogado, con traje y botines. Le falta salir en el papel cuché con su asistente y tendríamos otro famoso al que las revistas le preguntarían por el menú de Navidad. Nunca lo vamos a encontrar sentado encima de un cargamento, no se acerca a las drogas y le trae sin cuidado que vigilemos quién entra y sale de su casa. De hecho, se cree intocable.

—Ahora no lo tendrá tan claro —dice Cañas, casi cantando.

—Intocable por la policía —contesta Jiménez—. Y lo será mientras no investiguemos dónde lava su dinero. Sigues el rastro de la droga, llegas a un adicto. Sigues el rastro del dinero…, ya sabéis.

—Sus mejores policías están tras el Ángel Azul y la gente pronto olvidará nuestro asunto —dice Germán, triscando los dedos—, porque se trata de criminales matando a otros criminales. De acuerdo, la prensa nos perjudica y detalla el tiroteo, pero no deja de ser una noticia más en un año en el que han pasado demasiadas cosas. Si le hemos traído esto en un fin de semana y mi compañero concluye que alguien preparó la escena, traeremos mucho más cuando sepamos los resultados de las muestras recogidas y recibamos la siguiente información de los que vigilan a Jairo.

—No te quito razón en que…

—Inspector —Germán está resuelto a convencerle—, conoce cómo funciona esta ciudad. Desde que publicaron la noticia hay unas cuantas personas dudando de si deben hablar con nosotros. Y alguna lo hará, alguna tendrá una pista mejor que una furgoneta quemando rueda y saldremos otra vez en el periódico, pero con un engrilletado para la foto.

Jiménez admite que eso es cierto. La prensa puede inmiscuirse en investigaciones, aunque también logra que progresen. Igual que poner un cartel de recompensa en el viejo Oeste. Pero él detesta los periódicos, siempre los periódicos, alimentando odio, recogiendo suscripciones y el cuarto poder tras la cortina. No cambiará de opinión por la insistencia de Germán; sin embargo, como le ha enseñado el cargo, aparentará reflexionar sobre lo escuchado.

—Prometo una cosa —dice Jiménez—: pensarlo.

Suena el teléfono de su despacho. El inspector había dado orden de que no le pasaran llamadas, salvo emergencias, y por eso cierra los ojos mientras descuelga el auricular. Ese cacharro es una fábrica de ansiedad. Algo que le susurra «Puedes controlar lo que te propongas como inspector jefe». Y el reverso es que, si no lo hace, será porque no se esfuerza lo suficiente. Casi todos los policías a su alrededor están hechos polvo y algún día tendrá que reconocérselo. Jiménez solo entendió el calado de sus preocupaciones con los años y que las grandes órdenes debían aterrizar en las pequeñas cosas, en los protocolos llenos de detalles. Apenas escucha tres palabras por el auricular para llevárselo al pecho. Suspira y tapa el micrófono inferior con la mano.

—Ya lo he pensado —dice—. De momento el caso seguirá siendo

vuestro.

A Cañas se le ilumina la cara y zarandea a Germán, que siempre le ha mostrado lealtad a pesar de su fama, aunque tal vez, por un segundo, en el rostro del joven investigador se intuya cómo después le remorderá en la conciencia el perseguir a hombres tan malos. Y dará igual que a esos la antigua Brigada Político-Social los metiera en un calabozo, sin iluminación y un plato sopero por váter, que allí se volteasen los calendarios con un bocadillo al día y privación del sueño. Porque en el momento que los condujesen a la sala de interrogatorios, seguros de que firmarían una confesión, no harían más que reírse de los policías por pensar que esa estrategia funcionaría con ellos.

Este lunes, en cambio, Alfredo Cañas jura que existe un tiempo para admirar las investigaciones de los demás y otro tiempo para que admiren las suyas.

—Abandonad mi despacho —dice Jiménez, todavía con el auricular en el pecho—. Esta llamada es importante.

Aunque Cañas también lamenta que todo eso se deba a que el Ángel Azul haya matado a su siguiente víctima.

4/12 13:07

«De oído solo le salían bien las cosas a un tal Jimi Hendrix».

Calle Princesa, en el centro de Madrid.

Pitu apura una colilla de hachís antes de entrar en un gran edificio de oficinas. Frente a ese mastodonte de acero, vidrios y directorios, los visitantes emplean el paso ligero y la pose formal; en cambio, él pisotea la colilla contra la acera. El portero, con frac y sombrero de copa, lo observa de brazos cruzados. O viene a ver a Pedro Lafuente o aquella cresta roja se ha desubicado, seguramente por la resaca de alguna sustancia extraña. Así que el portero se acerca para comprobar si la conversación terminará con una llamada a la policía. Hay tantos agentes en las calles del centro que, en verdad, solo tendría que chasquear los dedos. Tal vez esos dos uniformes sean cara y cruz de la misma moneda y, ahora, el único que tiene oportunidad de progresar en lo suyo es aquel al que le preguntan de usted.

—¿En qué le puedo ayudar, joven? Parece perdido.

—Vengo a reunirme con Pedro Lafuente —contesta Pitu con la misma expresión sorprendida—. Es aquí, ¿verdad?

—¿Con quién si no? —El portero se gira hacia el cuadro de telefonillos—. No le importará que lo llame para comprobarlo. Hay una serie de formalidades en este edificio y la primera, la más lógica, es solo dejar entrar a las personas que son esperadas.

Pitu falsea una sonrisa.

—Llama tranquilo.

—¿Quién le digo que sube?

—Pitu.

—Pitu… ¿Apellido?

—De Pitufo, un apodo de cuando era niño. ¿Recuerdas que había uno de esos bichos azules que andaba siempre colgado en los tebeos, con una manta o algo así, durmiéndose encima de las setas? Vaya paranoia, ¿no? Pues tenía cuatro años y…

El portero sacude las manos.

—No serán necesarias más explicaciones, Pitu de Pitufo.

—Mi patria es mi cama.

—Póngase a la izquierda del portal.

El portero se aproxima al interfono, pulsa el botón de Lafuente Recording y ahí tarda un rato en contestar el socio de Pedro. Pregunta algo ininteligible y el portero cabecea, como si alguna idea se le hubiera atrancado en una esquina del cerebro. Pitu lo observa, pensando lo incómodo que debe de estar vestido con aquel frac. Le distingue hasta un reloj de correa cayendo por el chaqué a cuadros Oxford. El portero hace una mímica extraña con las manos, teniendo en cuenta que su interlocutor del primero no puede verle, y después silba como un pajarillo. La comunicación termina, crepita la línea y el portero se saca el sombrero de copa en señal de aprobación.

—Es el primero, letra B —dice—. Puede ir por las escaleras de la derecha.

Pitu hace un paso de baile y se mete en el ascensor, oliéndose el sobaco. Se ha duchado esa misma mañana como para no usar el elevador de doble puerta. Entra un ejecutivo tras él, barba recortada y conjunto de tweed, que marca la décima planta y carraspea sobre

el nudo de su corbata.

—Tranquilo, pincel —dice Pitu—. Me bajo enseguida.

En el primero B, a Pitu lo espera el socio de Pedro.

—¿Eres Pitu de Pitufo? —le pregunta.

—El mismo.

—Venía una chica contigo. Eso me han dicho, una chica que toca el bajo.

—Marta está enferma. —Pitu esperaba contarlo un poco más tarde—. Tiene cuarenta y tantos de fiebre y os pide disculpas. Acudirá para la próxima, seguro.

—La próxima…

El socio de Pedro le deja pasar y le señala un sofá en el recibidor con forma de L. Pitu jamás ha visto algo así. Se rasca la cabeza, duda si el apéndice es para subir las piernas, aunque no quiere pasarse de actitud sin su pareja presente. Ella sabe medir mejor lo que los demás esperan. Entonces se tira sobre un puf en el que queda engullido por sus bolitas de poliuretano. Pitu se levanta a duras penas, enfadado, porque parece que no sabe cómo sentarse ante la vida y porque Marta le contestó con monosílabos a su insistencia para que acudiese a la reunión. No hay fiebre que valga cuando un productor de música te cita personalmente, así que volvió a intentarlo desde una cabina de teléfono y Marta le avisó de que no iba a ponerse más al auricular. Se sentía enferma, muy enferma, enfermísima, un virus de los jodidos. Imposible peor presentación que pasarle un gripazo a Pedro Lafuente y a su sobrepeso de ochenta kilos, cada día al borde de una angina.

Pitu se entretiene mirando los discos enmarcados en la sala de espera. Cuelga el vinilo de un cantautor catalán sobre el de ese trío

femenino que hace pop en playback. Más abajo, encuentra el de Javier Krahe con un garabato. Ese sí le gusta, no subirá los decibelios como su grupo, aunque dice, más o menos, las mismas cosas con otras palabras. Lo que toca Pedro Lafuente suele convertirse en objeto de culto y entonces vende los derechos a una multinacional. Histeria juró en sueños que jamás firmaría con un gran sello, pero en la realidad ya se pelearán entre ellos si llega el momento. Todos están de acuerdo en que Lafuente Recording mantiene un nivel de independencia aceptable para el punk. No quieren que les digan que desde el principio se han vendido al sistema contra el que cantan. Quizá se lo puedan echar en cara más tarde, con cuatro discos de oro ya publicados. Quizá, sí. Y que sequen sus lágrimas la brisa sobre un descapotable.

El socio de Pedro vuelve a la sala de espera.

—Pitu de Pitufo, te esperan en la segunda habitación del pasillo.

Pitu se levanta de un salto, atraviesa el corredor donde hay otros discos enmarcados, toca los nudillos en una puerta, ya abierta, y entra con cara de chulo.

—Me esperabas, Pedro.

Con pose de número uno.

El productor baja sus gafitas al final de la nariz y otea por encima de las lentes. Después continúa liándose el cigarro, que le requiere toda la concentración con sus dedos rechonchos. Perderá el tiempo indispensable frente a aquel muchacho.

—Y eso que el médico me ha pedido que deje de fumar.

—Entonces no se lo diremos —contesta Pitu.

—¿Por qué no ha venido Marta Beltrán?

—Gastroenteritis de las chungas, pero en un par de días estará

recuperada. Creo que, llegado el momento, la podríamos avisar por teléfono si quieres tratar algo con ella.

Pedro Lafuente pone los ojos en blanco.

—En particular quiero tratar solo con ella. ¿No te habías dado cuenta?

—Yo soy el cantante, el fundador…

—¿El novio?

—Prefiere llamarme «compañero».

—Un término más preciso. Eso de ennoviarse quedará para las señoritas del tardofranquismo y Marta es otra cosa. —Pedro Lafuente deja el cigarro liado sobre un cenicero de latón—. Me recuerda a Debbie Harry. ¿La conoces?

Pitu maldice para sus adentros no conocerla.

—Por el nombre no.

—Cantante de Blondie. La nueva musa de Nueva York que se junta con chicos con cresta como tú, pero es tan sofisticada como para meter sintetizadores a sus canciones y buscarse un novio… compañero… andrógino.

—Ya. —Pitu no sabe qué es andrógino, tampoco mucho sobre sofisticación, señala la silla que hay enfrente del productor y se sienta—. ¿Podía, verdad? Bien, has escuchado cómo tronamos en directo. Somos capaces de grabar un sencillo de forma inmediata y un disco en unos meses. Yo hago las letras, yo compongo la música…

—Yo, yo, yo. ¿Estudiaste solfeo?

—De oído.

—El solfeo se estudia con los ojos.

—Yo, de oído.

—De oído solo le salían bien las cosas a un tal Jimi Hendrix.

—Aunque en verdad, qué mejor momento para reivindicarlo, somos los cuatro igual de importantes en el grupo. —Pitu entrecruza las manos y forma un puño—. Histeria es indivisible. —Hace fuerza con las manos—. Así… Así.

Pedro Lafuente extiende los dedos a una caja de dónuts.

—Estás haciendo mucha fuerza, chico.

—Así de indivisibles somos.

—Lo veo.

El puño comienza a temblar.

—Así de indivi…

—Y lo he entendido, pero a mí me interesa ella.

Pitu deshace el puño y se cruza de brazos.

—Es la bajista de Histeria, con que tienes un problema.

—¿Lo era antes del concierto del viernes?

—Eh, quizá siempre lo fue.

—Primero había un borracho liándola en el escenario.

—Manu no está muy interesado en vivir, ni siquiera como una estrella del rock. Su ritmo de…, me entiendes…, es demasiado hasta para eso.

—¿Y por qué crees que yo apostaría por un grupo como el tuyo?

—Te gusta nuestra música.

—Qué niñato engreído. —Pedro Lafuente se traga la mitad del dónut y se limpia la boca con el dorso de la mano—. Música es sacar una pentatónica de la guitarra donde vosotros solo sacáis distorsiones sin mucho criterio. Tú, amigo, vendes actitud.

—Juraría que no vendo nada, Pedro.

—Buena corrección. Aún no vendes nada y el problema es que a

mí como productor no me interesa algo que no se venda. Aquí es donde surge la oportunidad de Marta. Intuyo que alguien semejante a ella abanderará la escena musical española de los próximos años. —Pedro Lafuente traga la otra mitad del dónut y vuelve a limpiarse, esta vez con una servilleta de papel—. Hace poco ni encontrabas a chicos parecidos a ti por la calle. La policía te dejaba sin ese peinado a palos y te metía en un calabozo de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, hasta que recitases treinta plegarias al día. ¿Cuánto llevas con semejantes pintas?

Pitu se muerde el labio superior.

A él le encanta su aspecto y no consideraba posible otro.

—Un par de años —contesta.

—Ya habían desconectado a la momia de Franco. Antes de su muerte solo surgían personajes así de variopintos por algunos lugares de Barcelona: Ramblas, Sala Celeste, incluso en Bocaccio. Descarriados de la Gauche Divine, más interesados en las orgías que en la música, pero atrapados con su folk catalán cuando luego, a escondidas, solo escuchaban a Led Zeppelin y a Grateful Dead. Por Madrid no teníamos ni eso. En el fondo, nuestro primer *rocker* pudo ser Camilo Sesto y él no era consciente. ¿Recuerdas su actuación del año pasado en el programa de José María Íñigo?

—¿El del bigote? Nunca lo veo, salvo cuando viene el tipo que dobla cucharillas con la mente. Flipante eso… Flipante.

—Camilo cantó un *Getsemaní* increíble —dice Pedro Lafuente—. Ni el vocalista de Deep Purple logró hacer algo parecido en la versión original, pero su mánager le ha convencido de que el futuro es actuar para las señoras. Le tiran flores, besos y oles señoras que no suelen tener tocadiscos y que morirán demasiado pronto… Vaya

futuro. Y Camilo vino aquí a pedirme consejo la semana pasada. Estaba sentado en esa misma silla.

—¿Donde mi culo?

—Aunque no es una persona fuerte, porque entonces hubiera firmado conmigo. Le di la idea de adaptar *Jesucristo Superstar* con sus falsetes y desgarros, pero se toma tres copas y vuelve a pensar en platós cutres de Televisión Española en vez de en estadios en Londres. Permití que me lo quitara ese mánager mexicano delante de mis narices. —Pedro Lafuente se frena cuando consigue escucharse—. En fin, busco un rollo para los jóvenes que sí se dejarán el dinero de sus padres en vinilos. Siento decírtelo, el punk no es. Aquí no puede venderse a ese nivel.

—Mira lo que sucede con los Sex Pistols en Inglaterra.

—Somos unos trogloditas para cualquier inglés. En nuestras radios independientes suenan cantautores con libertad, libertad, sin ira y toda esa mierda. A mi productora le trae sin cuidado que unos cuantos rebeldes se tiñan el pelo para gritar al micro. Metéis vuestros grupos en una caja muy pequeña y al sector oficial de la cultura le interesan las canciones para el gran público, aunque a veces tenga que negarlo. Quiero una chica con buena presencia y talento como Marta y que, además, diga cosas interesantes en las entrevistas. ¿Estudia?

—Sociología.

—Es que es perfecta.

Pitu se mueve en la silla como si lo cociesen a fuego lento.

—Trabajo de carpintero. No entiendo el lío ese de la cultura.

—Perdón, subvenciones —dice Pedro Lafuente—. ¿A quiénes han dado dinero para contar nuestros relatos durante las décadas

anteriores? A señores heterosexuales y con apellidos compuestos para filmar, escribir, cantar y, sobre todo, mantenerse ahí callando al resto. En cambio, el Partido Socialista arrasará en las elecciones de los próximos años y buscará algo a medio camino entre Los Pecos y tú. Necesitamos canciones previsibles, de mensajes simplones, hasta infantiles, pero modernas y que quieran distinguirse. Aceptaremos pelos cardados y maquillajes estrambóticos, no aceptaremos letras de asfalto humeante y piedras volando.

—Pero es mi mejor letra.

—No nos sirve de mucho, Pitu. De alguna forma, la música que viene trabajará para el Estado. Así que la cultura no se meterá demasiado en los temas políticos y los temas políticos no se meterán demasiado en la cultura, excepto para subvencionarla y darle algún premio. Si no, se encargarán de descatalogarla como cultura y no venderemos discos. —Pedro Lafuente se quita las gafas y descubre unos bonitos ojos verdes—. Llevaba años jugándome el pescuezo por mi homosexualidad cada vez que volvía a este país. Yo sí pasé por los calabozos de la Dirección General de Seguridad y juré morir antes que volver a pisarlos. Estoy engordando, envejeciendo y mis analíticas se llenan de asteriscos. Solo quiero comprarme una casa en la sierra para disfrutar de mis nuevas libertades, pero respeto que tú no lo veas del mismo modo. A cambio de esa integridad, tocarás en antros donde te pagarán con las gracias mientras seguirás fichando en la carpintería a la mañana siguiente. Eso no es una carrera profesional y no te hará falta un productor. —Pedro Lafuente señala la puerta como indicación de que la reunión ha terminado—. Trae a Marta la próxima vez, quizá ella lo entienda y te arregle el futuro.

Pitu se retuerce un poco más en la silla.
—Qué movida.
Pedro Lafuente levanta la mirada hacia el techo.
—Movida…

4/12 12:23

«Lo siento, no deberías haber estado aquí».

Ese mismo lunes.

Jairo ha confirmado que los turcos vendieron la droga a su hermano.

Apretó a unos cuantos intermediarios y se dio cuenta de que no era el primer movimiento parecido de Toni y que tampoco le prestaba la atención necesaria. Hoy, por la noche, Jairo observa el local del clan turco desde la ventanilla trasera de un BMW 2002, blanco, alerón y vinilos azules. Con esa bestia ha ganado el rally del Guadarrama en cinco ediciones. Lo lleva a un taller del barrio de Legazpi donde hay dos primos que lo aligeran de carrocería cuando se aproxima una carrera. A él le encanta la pericia del menor y por eso nunca acepta los ruegos del mayor para meterse en su banda. Les dice que la recompensa de una vida honrada es saber que llevas una vida honrada y que eso debería resultarles suficiente.

Había advertido a Toni, alguien menos honrado, sobre no tomar precauciones con los mafiosos venidos de Estambul, acostumbrados a vender y luego robar su misma mercancía, a tratar a los criminales madrileños como paletos y a escupir en las manos, siempre escupiendo, con cada negocio acordado. Después estrechar las palmas salivadas como garantía. Y ahora, cuando lo consideraban un igual, se habían aprovechado de las ansias del hermano pequeño, que se cansaba de estar a su sombra, de ser «la familia de», el niño

travieso al que le perdonaban sus locuras y relaciones adventicias. Para Jairo, era difícil asumir cómo Toni usaba el apellido con orgullo mientras quería que el Vargas importante fuese otro. La grandeza de su hermano solo crecía en lo diminuto de su mundo, en cruzar la frontera que separa a otro perturbado de una leyenda urbana.

Aunque eso ya no importa.

Importa que tal vez la ciudad entera conspira contra Jairo. Madrid se ha convertido en un decorado de papel maché a punto de venirse abajo, donde todas las canciones hablan del asesinato que debe resolver para ganarse el respeto definitivo, el que ya tenía, pero ahora han puesto en un brete.

Un toldo verde cubre las escaleras al sótano que vigilan desde el coche. Dentro, tableros forrados con mantel de hule y un montón de sillas desportilladas. La trastienda, sin embargo, llena de mesas de cocobolo con contadores mecánicos de billetes. En el local solo sirven anís de Anatolia y bocadillos enrollados de carne a los que ahora se refiere Metralla, el lugarteniente, fuera del coche.

—Lo llaman kebab.

—*¿Quivas?* —pregunta Tomate, apoyado en el capó con otra camisa de chorreras—. *¿Quevas?*

—Con una B al final.

—¿Y estaba bueno el *quivab?*

Metralla no quiere entrar en un bucle de correcciones a Tomate.

—No era un bocata de jamón serrano —contesta—. Y el pan… un poco chicle, aunque la salsa le quedaba bien. Repite, eso sí. Es como si te lo volvieras a comer varias veces después. Me llevé otro para mi señora y a ella le gustó de chuparse los dedos.

—¿Lo sacan de dos metros de carne enrollada, dices?

—Por otro de ancho.

—¿Sin huesos ni nada?

—Solo carne.

—No hay corderos tan grandes, Metralla.

—Es carne de muchos animales metidos en una picadora, luego la apelmazan y la ponen a dar vueltas en un pincho enorme.

—Igual prefiero comerme un zapato al horno.

—Emre me contó que sus antepasados, allá por las montañas de Turquía, se dieron cuenta de que la carne colgada en horizontal goteaba tanta grasa que las llamas crecían y les chamuscaban la cena. —Metralla endereza las manos como un robot—. Entonces la pusieron en vertical. Ahora presume de que come tres bocadillos de estos al día, todos antes de las doce de la mañana.

—Eso solo lo puede hacer un verdadero gángster. ¿Y qué opinas de atacarlo justo hoy, con la poca información que tenemos de lo de Toni? No sé, amigo… Me da miedo a quién puedan mandar para sustituirlo.

—Opino que Emre me trataba bien en los últimos tiempos.

—Yo tampoco tenía queja. —Tomate cabecea en dirección a Jairo —. ¿Se lo has comentado al capo?

—Siempre le comento mi opinión. —Metralla observa cómo una parte del clan entra en el local—. Pero haré lo que me pida, ¿me entiendes? Haré lo que Jairo me pida. Subimos juntos…

—Caemos juntos —dice Tomate—. Eso lo tengo claro.

Metralla le guiña el ojo derecho.

—Lo que el capo quiere es que no se atrevan a mandar a sustitutos.

—Ah, con que hemos venido para quedarnos.

Jairo pega dos toquecitos a la ventanilla cuando comprueba que los turcos bajan las escaleras. Después sale una pareja de aquel tugurio; ella rezagada y él delante. La mujer camina haciendo eses, como una cervatilla, y en un arrebato se descalza para pegar al hombre con sus tacones. Tiene el cabello pinzado en un remolino y un vestido plateado, que luego esconde bajo su abrigo de armiño. Desaparecen del plano en mitad de la discusión.

—Acércate, Metralla —dice Jairo cuando se marchan.

Metralla se inclina, al lado de la ventanilla.

—Te escucho.

—Lo hacemos ahora que han salido esos dos de ahí —dice Jairo —. No quiero llevarme por delante a nadie que no esté implicado.

—¿Y si los turcos tampoco lo estuvieran? —pregunta Metralla como anunció antes—. Piensa bien este movimiento una última vez.

—Te repito que así cortaremos a los intermediarios. —Jairo marca sus hoyuelos en las mejillas—. Para eso nos reunimos con el enlace que los suministra. Tampoco estaba contento con los pagos que recibía y, al menos, él no escupe en su mano y luego estrecha la tuya.

—¿Con las demás bandas de Madrid seguimos el rollo de justicieros?

—La gran venganza del capo y ninguna traición sin cobrar —contesta Jairo—. Aunque durante esta semana me estoy hartando de mi papel.

—Es lo que hace que te admiren y es lo que nos llena los bolsillos.

—Ayer vino mi asistente con una decena de historias nuevas que cuentan sobre el puma. —Jairo niega con la cabeza—. Cada cual más estúpida.

—Si continuamos así, en poco tiempo podremos retirarnos como pensábamos.

—¿Lograremos ser los primeros que se retiran de esta profesión?

Metralla pierde la mirada por la acera.

—Pon tu mejor cara de enfado y aviso a Tomate—contesta.

—No, tú tampoco lo crees —dice Jairo, subiendo la ventanilla.

Con la venganza, Jairo pretende mejorar aún más su posición en Madrid, pero lo que de verdad preocupa a su segundo es si detrás de la masacre, de aquella concatenación de hechos excepcionales, se esconde una sombra que unos criminales de barrio no puedan cubrir. La historia de que la calle es suya y el miedo que les tiene la policía ha funcionado mientras no se toque a alguien con linaje, cargo político o muchas acciones en bolsas extranjeras. Cotizan en los mismos lugares donde fabrican las armas que ahora Metralla repasa en el maletero: varias MAC-10, como las de las películas de Hollywood, y un par de Steyr AUG, más caras y de manufacturación austriaca. Al lado, un estuche con bombas de humo.

Metralla ordena a Tomate que suba al coche con él.

—De los otros muertos de la casa sigo sin saber nada —vuelve a hablar a Jairo desde la posición del conductor—. He preguntado en todos los lugares que frecuentaba Toni.

—Tuve el mismo resultado —dice Tomate, comprobando el resorte de su navaja automática—. Los turcos contratarían a asesinos que no son de la ciudad.

—Y mientras sucedía todo eso, mi hermano cometió el error de confiar su protección solo a aquel merchero —contesta Jairo—. Era imprudente hasta cuando se ataba los cordones de los zapatos.

—Pero estos turcos acostumbran a encargarse de sus cosas por sí

mismos —dice Metralla—. No le tienen miedo a nadie.

—Emre se come tres *quivabs* al día —dice Tomate, que lleva haciendo cálculos un rato—. Mil al año.

Jairo mete la cara entre los asientos delanteros.

—Los desgraciados de los turcos dejaron unos treinta kilos de heroína con mi V falsificada en aquella casucha y me enteré cuando Toni estaba dentro de una bolsa de plástico. Cruza los dedos, Tomate.

Tomate los cruza.

—Aquí los enseño.

—De no ser ellos los culpables, la próxima muerte te la encargo a ti.

Una bocanada de aire: dentro, fuera.

Tomate continúa con los dedos cruzados.

Y el BMW tira cinco ráfagas de luces y enciende el motor.

Dos de los hombres de Jairo se aproximan al acceso trasero del local. Con gorros de lana hasta las orejas, se pasan cartones de vino tinto y fingen la gran curda. Un mastodonte de seguridad los empuja para que se larguen de allí y ventilen la borrachera frente al bingo que queda a quinientos metros. Es de esas personas que añaden una fuerza impensable de kilopondios a cada contacto. Rima una frase turca que no suena amistosa cuando, desde un ángulo ciego, uno de ellos le pincha el cuello con un punzón. El otro le tapa la boca para que no grite y le clava su propio punzón en el estómago, poniéndose perdido de sangre al girar el filo. Acuestan el cuerpo inerte junto a un contenedor. Oyen un ruido proveniente del interior y se pegan a ambos lados de la puerta. Un turco la empuja mientras

prende un cigarro. Los hombres de Jairo le rebanan el cuello con el mismo movimiento de antes y ponen un pie como tope, a continuación descienden las escaleras hasta la cocina.

Metralla aparca en la esquina más oscura de la manzana. Sale del coche y se acerca al que vigila la entrada principal. Aquel turco, sentado sobre un taburete, se sorprende al ver al melenudo que cae tan bien entre los suyos, aunque juraría que no han organizado reuniones con Emre. Un apretón de manos y una anécdota del último negocio, que Metralla interrumpe dándole una patada en los testículos. El turco se precipita por los escalones y enseguida tiene un puñal atravesándole el pecho. Detrás, Tomate ofrece una máscara de gas a Metralla. Él lleva otra puesta. Los respiradores y la escafandra le dan un aspecto de científico loco con su habitual camisa de chorreras. A la vez, los que acceden por la cocina ruedan varias granadas de humo por el local y ya no se puede respirar en el interior.

Los turcos corren hacia la salida principal, donde Tomate los espera con una semiautomática bajo el brazo.

—*Siktir* y *quivabs* para vuestra puta madre.

Vacía el cargador sobre ellos.

Algo golpea el techo del local.

Primero se oye y luego se ve, un objeto alargado y redondeado. Los turcos se quedan aturdidos durante unos segundos, hasta que la bomba de mano explota con un estallido tan fuerte que salen despedidos contra las paredes. Los que sobreviven van hacia el despacho donde contaban billetes y chistes malos. Ahí los esperan los que entraron por la puerta trasera, también con máscaras de gas y los subfusiles MAC-10.

Disparan, disparan, disparan.

Al final, solo Emre y el mozo que atendía los rollos de carne son capaces de levantar las manos. Proponen a gritos una clemencia a la que nadie responde, porque Jairo accede al local y todo se detiene. El capo se ajusta su máscara de gas y avanza entre el humo. Huele a disolvente, a especias y a metal. Llega frente a Emre, que lo reconoce por sus andares y el cabello alborotado.

—Creí que tu hermano cumplía tus órdenes —dice.

Jairo se acuclilla para mirarle a los ojos a través de la escafandra.

—¿Cumplía mis órdenes de pegar una V falsa en fardos que yo no vendía? —Voz de ultratumba a través del filtro—. ¿Fuiste tú?

—Siempre hemos hecho buenos negocios —contesta Emre, pronunciando lo mejor que puede en español—. Nunca mataría a Toni. ¿Para qué?

Jairo aparenta considerar la respuesta mientras empuña la pistola de su padre. Una Glock con el cañón biselado. Entre todas aquellas armas de última generación, se diría que ese cacharro no percute ni un miligramo de pólvora y que su único valor es sentimental. La apoya en la sien de Emre y este la observa como si no se hubiera hecho para matar. El turco susurra algo, pero Jairo le rompe el cráneo de un balazo. Emre parece desinflarse poco a poco y el capo le dispara la segunda bala en el pecho. Aquella Glock salta todo el rato hacia la derecha y le quema los dedos, aunque fue la herencia que tuvo de su padre.

—Prepara el cuerpo como te pedí —dice después a Metralla, soplándose el pulgar—. Debemos largarnos cuanto antes.

—¿Qué te susurraba?

—Ellos no mataron a mi hermano —contesta Jairo—. Solo hemos

cortado al intermediario.

Jairo observa entonces al mozo que atendía los rollos de carne. Unos dieciséis años, piel morena, cabello petrificado de gomina y bigote presumido. Se enrosca sobre el suelo para que no se fijen demasiado en él, para convertirse en transparente si lo desea con tantas ganas, inocente de todos los cargos. Su jefe tendía a volverse chiflado, a golpear a la gente con martillos, bates de béisbol, porras extensibles. Era alguien que se colocaba en la boca un cigarro y le acercaban cuatro mecheros encendidos. Y había cumplido esa edad en la que te dan los infartos, las anginas de pecho, los ictus, en la que cualquier día descubren un tumor como una pelota de tenis y no llegas a viejo ni lo necesitas con lo que has dejado atrás. Pero ¿ese muchacho? Aún no ha hecho otra cosa que servir chupitos de anís y bocadillos.

El adolescente toca algo parecido a una fibra sensible en Jairo. Le alivia que quien, como él, es capaz de no tener misericordia, un día puede verse sometido a la misma situación.

—Lo siento —dice Jairo—, no deberías haber estado aquí.

Al rato, la policía encuentra todos los cadáveres.

El del adolescente recostado contra la pared.

Y el de Emre dando vueltas en un rodillo de carne.

5/12 9:04

«Entretén a la chica como sea».

Este es el cuerpo de Marta sumergido en la bañera.

No ha conseguido dormir en toda la noche. Se le ha metido dentro el frío del día de ayer, hasta los huesos. Toma aire, también sumerge la cabeza en el agua caliente, cierra los ojos y ve una especie de auditorio en la penumbra, con un punto brillante al fondo. Vuelve a emerger la cabeza del agua, abre los ojos y ahora solo encuentra el alicatado verde del baño. Roza una rodilla con la otra y gira el grifo hasta el máximo que le permite la bombona de butano.

Después, vestida con chándal, gorra y gafas de sol, camina por el pasillo de su casa hasta la puerta del recibidor. Consuelo, aún en camisón, quiere preguntarle qué le sucede esos días. Pero quiere hacerlo de verdad, con una pregunta y una respuesta de verdad. Su hija corta cualquier amago de conversación, marcándole el adiós con la mano como una cupletista, abandonando al alba una cama de tronío y una exclusiva.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Marta escucha la frase de su madre cuando abre la puerta.

Por un segundo duda si debe contarle algo. Le hace sentir mal no encararla, tener que renunciar a su historia, pero se produciría la situación en la que cada una manipularía a la otra para que tomase su decisión.

Y Consuelo es muy lista en eso.

—Hija…

Marta cierra la puerta y sale de casa.

—Tu hija te quiere mucho —dice en el descansillo.

Se pasa los dedos por sus ojeras, agrietadas y azulinas, al borde del colapso cuando son las nueve de la mañana. Las manos temblorosas como si llevara muchas más noches sin dormir. Marta intuye que los verdaderos artistas suelen ser vulnerables, algo hipocondriacos, refractores de las emociones de los demás, aunque de momento es una estudiante de Sociología y nunca se había sentido así.

Malos pálpitos.

Pitu la ha vuelto a llamar para contarle cómo fue la reunión con Pedro Lafuente y ella ha respondido de nuevo con monosílabos. No, no, sí, sí, tal, vez. Y Pitu se ha enfadado más que ayer, ya que o se presentan cuanto antes en las oficinas del productor o no grabarán una sola canción con él. En cuanto pueda descansar, Marta se promete que les mostrará a todos de lo que es capaz, que aquel concierto que los impresionó será el primero de muchos. Regresará al punto de partida de su carrera musical, cuando Pitu se despedía de ella poniendo el ciclomotor a una rueda. Y además lo hará sin la prueba de cinco asesinatos y con un bajo Fender.

Marta espera debajo de la marquesina de la parada del bus. Frenazo, rechinar de ruedas, se abren las puertas abatibles y sube al autobús número 14. Pone una moneda en la mesita del conductor, que le da un tique y le indica que al fondo siempre hay sitio. Esquiva a los ocupantes del pasillo, se agarra a la última asa de metal y varios gamberros saltan por la puerta trasera, arremolinándose junto

a tres curas con sotana que comen higos secos. En la siguiente parada sube un gitano con un acordeón, una escalerita y una cabra moteada. La discusión sobre si el animal debe abonar o no el viaje consigue entretener al resto de los ocupantes. Marta apoya la cabeza en el cristal. La humedad borronea el reflejo y exhala sobre él para abrir la perspectiva. Todo lo que hay al otro lado le parece una película de bajo presupuesto y con un final incierto, mucho más incierto que cuando salió de casa.

El bus arranca de nuevo, en dirección a Comillas.

El río Manzanares discurre lento, agonizante, siempre enfangado por el puente de Praga. Sisea en las raíces de los árboles podridos, en las escombreras y amarres que aguantan botes con remos. Cruza su perfil una embarcación de troncos y con una vela tirada por unos muchachos que celebran algo, rodeados de vino de pitarra y orujo. La ciudad se divide en dos mitades a partir de puentes como aquel. Algunas zonas de la periferia aún se asemejan a los viejos barrizales que escondían huesos, medallas, obuses, la guerra librada hace cuarenta años. Sus luces alumbran barrios que representan una especie de campamentos provisionales, los que no cayeron en la ordenación urbanística de los sesenta, cuando el delirio quiso regresar al Madrid de los Austrias con chanchullos más contemporáneos.

Marta se baja del bus en la siguiente parada y recorre la ribera. La cabra del gitano la mira fijamente, tal que entendiese que algo no va bien. El autobús pega un volantazo para continuar hasta Móstoles. Aquel tubo de escape expulsa un humo negro que se suspende en el cielo como un augurio. Marta se detiene frente al escaparate de una

mercería y un rayo solar le aguijonea los ojos. Observa piernas postizas con medias, globos tapados con sombreros y guantes rellenos de calcetines, pero su paranoia vigila el reflejo. «Contravigilancia», le diría Pitu sobre los ultras cuando salen de noche por ciertos barrios. Detrás, pega bocinazos un camión con fruta. Varios carros labriegos no le dejan avanzar por la carretera. Al final, un labrador consigue arrimar las mulas y el del camión lo insulta al sobrepasarlo. El hombre devuelve las mismas palabras, añadiendo una doble peineta.

—Disculpe, ¿voy bien a la calle de las Calesas por aquí? —pregunta Marta al labrador—. No conozco mucho la zona.

—Vas bien. —El labrador regurgita una flema y escupe al suelo—. Gira a la izquierda cuando llegues al mercadillo y es ahí, en la siguiente avenida, pasados los últimos puestos de frutas.

—Gracias, señor.

—Las tuyas.

Ella mira a ese hombre como si le tomara las medidas, buscando cómo responder, hasta que encuentra las palabras.

—Las mías —dice Marta.

Luego atraviesa el lateral del mercadillo. Hileras de cargadores pasan a su lado con cajas vacías. Gritos de rebajas, golpes en las básculas, el suelo con hojas de lechuga pisoteadas. Aquí huele a cuero, sudor y cítricos. Los compradores se juntan en una taberna al final de la plaza, donde sortean un jamón pata negra, en realidad untado con betún la noche anterior. De inmediato viene un policía a avisarlos de que, a la próxima rifa sin permiso, el que gane el jamón pasará una semana en el calabozo.

Marta sale del tumulto y encara la calle de las Calesas. Lo

comprueba en la placa esquinera y ubica el local del perista. Continúa con el mismo aspecto de cochambre y sus cuatro chapas pintadas de un color azul que estaría de rebajas. No es un local bonito; ese techo de uralita, ese baño exterior en un cubil de plástico.

—¿Hola? —dice Marta en el mostrador.

Espera un rato al encargado, que aparece con un mandilón gris y un lápiz acomodado tras la oreja. Viene de recorrer las estanterías, que tienen una fecha rotulada para identificar los objetos del día. El 16 de octubre es la estrella del año: mochilas, relojes, alhajas, postalillas, transistores y hasta zapatos de claqué. Una parte de aquel material viene de hurtos en la calle, otra de robos en casas y la última, más pequeña, de la casualidad, como la que trae la chica que lo observa tras sus gafas de sol. Marta deja el pendiente sobre el mostrador. El rostro alucinado del perista le hace tapar la joya con un acto reflejo y preguntarse por qué tanta ilusión.

—Quiero venderlo —dice Marta.

—Pensaba que venías a comprar algo —contesta el perista, recomponiendo su imagen apática en aquella cara descolorida—. Ayer trajeron varias cosas que podrían gustarte.

—No llevo mucho dinero.

—También lo puedes cambiar.

—Dudo que haya algo que me interese aquí. ¿Tienes instrumentos de música?

—Hay unas cajas con castañuelas flamencas. —El perista se dirige al interior de la tienda—. Permíteme enseñártelas.

—De verdad que no será…

El perista extiende los brazos, rogándole un instante a media voz.

Después parpadea con esos ojillos, tan heridos por la realidad, y se pierde entre las estanterías. Marta distingue un traje sucio de torero colgando de la más cercana, una urna con carteras de piel y otra con bisutería. Al final del local, el perista entra en su pequeña oficina. Marta se voltea hacia la calle, luego gira otra vez ciento ochenta grados, se cala la gorra y respira hondo.

Malos pálpitos.

Como muchos compraventas en Madrid, el perista recibió una copia con los objetos que llevaba Toni el día de su muerte. Tiraron bajo la puerta un papel que detallaba la ropa, la recortada, la munición, la cartera y el pendiente con la V de brillantes. Todo resumido con marcas de fábrica y precisiones técnicas igual que en un albarán de empresa. La recompensa por delatar al que empeñe algo de eso son cincuenta mil pesetas. Entre líneas, la amenaza de que quemarán el local si se avisa a la policía. Aquel perista, qué remedio, marca el número reseñado en el papel. Es de una cabina de teléfono no demasiado lejos de su ubicación, donde los hombres de Jairo montan guardia y se relevan para ir a por café y bocatas. Entretanto, no dejan acercarse a nadie a la caja transparente, de puertas abatibles y logo verde de Telefónica.

Descuelgan sin contestarle.

—Llamo desde un local de compraventa en Comillas —dice el perista—. Tengo a una chica con un pendiente como el descrito en vuestra hoja, con la V de brillantes.

Al otro lado:

—¿Dónde estás exactamente?

—En la calle de las Calesas.

—¿Hay más negocios de compraventa por la zona?

—No, no. La calle es muy pequeña y el local de chapa azul. ¿Cincuenta mil pesetas pagabais por el aviso?

—Entretén a la chica como sea.

—Imagino que luego a ella tampoco le pasará nada.

Le cuelgan.

El perista mira el auricular como si hubiese olvidado su función. No tiene ni idea de a quién ha llamado. A saber de qué golpe sale la joya y qué personaje la recuperará, pero cincuenta mil pesetas es una buena cifra por, en verdad, no querer saber nada. El local es lo único que posee desde que cerró su anterior tienda, una de las muchas ortopedias que iban bien en los años cuarenta. El perista necesita ganar tiempo y vuelve al mostrador con las cajas de castañuelas. Marta las aparta con la mano, molesta por la tardanza. Después escucha una anécdota de cinco minutos sobre esos instrumentos, aunque resulta tan estúpida que no es digna de réplica ni aquí de contarse.

—Solo venía a vender este pendiente —dice Marta en cuanto el perista toma aire—. Ofréceme una cantidad de una vez y veré si lo dejo en la competencia.

—Permíteme encontrar mi monóculo para hacer la oferta.

El perista revuelve las baldas inferiores y Marta comprende que las cosas no marchan según el protocolo que nunca había.

—Disculpa, no encuentro la lente de aumento. —Moviendo trastos bajo el mostrador—. ¿Por qué cantidad habías pensado venderlo?

El perista no se acuerda de Marta, a veces acompañante de un chico con cresta, pero ella es la que se acuerda de que jamás preguntaba nada. Ni siquiera la vez que la pandilla de Pitu arrastraba cuarenta tubos de escape dentro de sábanas anudadas. Se los

habían robado a las Mobylettes de los pijos aparcadas en Argüelles.

—Es igual, olvídalo.

—Apareció mi monóculo. —Convenientemente, el perista coge una lente cualquiera y se la encaja en el ojo—. Déjame analizar bien ese objeto y hablamos de números.

Marta le enseña el pendiente desde su mano.

—¿Me lo acercas?

Se lo acerca.

El perista calcula que valdrá bastante dinero. Por un momento, quiere quedarse la joya y la recompensa, luego reflexiona que para eso no debería tener tanto que perder.

—El aro y la letra son de oro —dice—. Los brillantes… aún no tengo claro a partir de qué piedra los han hecho. ¿Puedo pesarlo? —Señala una balanza de precisión—. ¿Ahí?

—Tráela —contesta Marta—. Yo lo pongo encima del plato.

—Este es un negocio honrado, muchacha.

—Justo por eso he venido.

El perista lleva la balanza al mostrador y Marta coloca el pendiente encima del plato izquierdo. Se cambian los plomos y se iguala el derecho. Después, ella bizquea para descifrar lo que marca la barra métrica, rayada en algunos números. No adivina cuál será la conversión en billetes verdes.

—El gramo de oro se paga a cien pesetas —dice el perista, que continúa mirando a Marta como si fuera a pedirle un autógrafo—, aunque te daré más atendiendo al diseño de la pieza. Alguien la encargó así bajo pedido y debía de tener su significado. ¿Ves el enganche? Cierre artesanal de orfebre y… Vaya, perdona, te estoy hablando como si fuese de otra persona. No lo es, ¿verdad?

El perista observa el reloj de la pared y Marta recibe el gesto como una epifanía.

—¿Por qué te tiembla la mano? —pregunta después.

—¿Cómo dices?

—La mano, que te tiembla.

—Estoy mayor.

—No lo estás, lo eres. Pero al llegar no te temblaba.

Marta coge el pendiente, escapa del local.

—Mierda —dice el perista, que la persigue por la calle—. Puedo pagarte hasta nueve mil pesetas.

Oyen el sonido bronco de un coche. Sube y baja de revoluciones como si exprimiese la caja de cambios, a punto de transcurrir quince minutos desde la llamada del perista a aquella cabina. Marta divisa un vehículo blanco cruzando la perpendicular a toda velocidad. Hoy no lleva vinilos de competición y le han cambiado la matrícula como cada semana. Lo pierde de vista en un parpadeo, pero siente que avanza por la calle paralela.

—No, no, no. —Marta comienza a correr.

El coche conducido por Metralla entra en su calle al derrape. Un trompo con el freno de mano deja las marcas de goma quemada en el pavimento. Acto seguido se queda inmóvil, enfoca el objetivo con los faros redondos y acelera cuando la chica escapa en dirección al mercado.

Primera, segunda, tercera.

Cuarta marcha.

Metralla acelera de cero a cien en cinco segundos.

A Marta le quedan pocos metros para llegar a la taberna donde sorteaban el jamón. El BMW ruge cada vez más cerca a su espalda.

Metralla quiere embestirla y meter lo que quede de ella en el maletero, a continuación interrogarla, despejar todas las incógnitas con Jairo y abandonar el cadáver en su descampado preferido. Entonces aparece el policía que amenazaba con multar a los de la rifa. Marta choca contra su pecho, porque continúa mirando atrás, al coche que ahora frena en seco y juguetea con el embrague.

—¿Qué sucede, señorita? —El policía la sujeta de los hombros—. ¿Se encuentra bien? ¿Le han robado?

—Ese coche… ese coche… —repite Marta.

—Primeramente, ¿cuál?

—El blanco.

—Segundamente, está quieto.

—¡Nos va a pasar por encima!

—Terceramente, no diga tonterías.

Metralla mide cómo de fácil será llevarse por delante a un policía, incluso a uno corpulento como aquel. Cuando vuelve a embragar la primera marcha, aparecen tres Seat 131 logotipados con otros agentes que vigilan el cierre del mercadillo, igual que todos los martes por la mañana. Metralla pega un bufido sobre el volante.

El BMW da marcha atrás y desaparece.

5/12 16:40

«Marta Beltrán pidió un abogado del sindicato estudiantil».

Cañas teclea a máquina como si estuviera poseído.

Llega al final de la línea y acciona la palanca de retorno a la izquierda. Detrás, Germán tiene la atención clavada en un pisapapeles de un insecto atrapado en ámbar. No entiende por qué a su compañero le gusta tanto escribir con aquella Olivetti que se atasca a cada renglón. Siempre parece conectar sus ansias a los informes a través de las letras que machaca. Esta vez el atestado del crimen de Malasaña comienza a modo de recopilatorio, sin nada concluyente para el juzgado, apenas la disposición de los cuerpos, de los casquillos, la recogida de testimonios y las muestras, pero eso les permite olvidarse del tiroteo de los turcos en el que ya trabajan varios investigadores de la brigada. Cañas se iba a ofrecer para labores de apoyo por si todo estaba relacionado y Germán le convenció de que bastante tenían con lo suyo.

Ahora aparece un policía del turno de noche. La sala común de investigadores a veces se llena de personajes como él, que se creen los mejores y luego señalan las palabras con el dedo cuando leen. Conjunta chaqueta de pana, pantalones acampanados y unas gafas psicodélicas con cristales rojos. Queda claro que viene de la zona de Malasaña y que hoy tampoco han cogido al Ángel Azul.

—Apestas a secreta —dice Cañas.

—Me he embadurnado con la fragancia que anuncian a todas

horas en la tele —contesta el policía—. La del que está cargando muebles y por eso llega tarde a una cita.

—¿El que no para de sudar?

—Y lo arregla echándose unas gotitas en el cuello.

—Da igual la colonia, apestas a secreta —dice Cañas—. Ese pedazo de anillo solo lo confirma.

El policía sube el dedo enjoyado a contraluz.

—En la cárcel no le iba a servir para nada.

—¿Algo de lo que llevas no se lo has robado a un detenido?

—¿Entiendes cuál es el problema de tu compañero? —pregunta el policía a Germán, que hasta entonces ni les atendía—. Es una buena persona y hay muchas cosas que las buenas personas no pueden hacer aquí.

—Pues tienes razón —dice Germán—. Cuando os aviso de que todo era mejor antes, es por algo.

—Cuidado con empezar con tu matraca favorita —contesta el policía—. Lo de tus tiempos.

—Mis tiempos también son estos —dice Germán—. ¿O he palmado, estoy en el infierno de los polis que no resolvemos casos y aún no me lo has contado?

A Cañas le gusta cómo ha sonado esa pregunta en boca de su compañero. A ver si con aquella actitud deja de parecer una antigualla, tal y como piensan muchos. Luego pulsa la palanca de retorno de la máquina y el otro policía detiene el rodillo con la mano, muerde la patilla de sus gafas rojas y le baila las cejas.

—Suelta el rodillo —dice Cañas—. No estoy para tonterías.

—Enseguida querréis besar estos mocasines con borla a turnos. —El policía alza la pierna derecha y la borla oscila de un lado a otro

—. Porque en los calabozos encontraron algo que buscabais.

Germán carcajea: los de los calabozos nunca han encontrado nada importante.

—Cuéntanos más, hombre.

—Habréis escuchado que ahora Jiménez coordina el área de custodia.

Germán entrecierra los ojos para mostrar interés.

—¿De qué hablas?

—De que al fin hay un inspector jefe que cruza información y documentos con los de abajo. Así que entre otras cosas buscabais…

—¿Un pendiente con una V? —pregunta Cañas—. ¿A que sí?

Los tres descienden hasta el área de custodia. La pareja de investigadores salta las escaleras mientras el otro policía se deja llevar, apoyado sobre el pasamanos. En la planta baja, observan a un grupo de prostitutas esposadas a una barra de metal y a una chica con pelo blanco. Lleva un sencillo chándal de poliéster en contraste con las minifaldas y licras de colorines de las demás. Juguetea con los grilletes en una pose algo soberbia, algo miedosa.

—Esa cosita —dice Germán—. ¿De verdad?

—Marta Beltrán pidió un abogado del sindicato estudiantil —contesta el policía.

—¿Solicitó que avisen a alguien más? —pregunta Cañas.

—Al principio no se quería identificar y los del calabozo pensaron que les estaba haciendo el lío con el carné y que era menor. Ahora llevan más cuidado y llamaron a su madre. Supongo que estará de camino.

—Fantástico —dice Cañas.

—Por lo que cuentan, conoce mejor sus derechos que los que la detuvieron.

Cañas guiña el ojo a Germán.

—Quizá no sea una cosita.

—Toda vuestra para que la apretéis mientras llega el picapleitos. —El otro policía se marcha a dormir—. Bajadla a las salitas de al lado de las celdas. Confiesan mejor allí, imagino que por la energía del lugar.

Entran en escena otros tres policías arrastrando a un barbudo. Como les resulta casi imposible moverlo, uno de ellos saca la porra y azota las piernas del detenido, obligándole a saltar como un muelle hasta los calabozos.

—¿Avisamos ya a Jiménez? —pregunta Cañas.

—Todavía no —contesta Germán.

—Vale, haré de poli bueno.

—Como si yo supiese hacer de otro que no sea el malo.

A Cañas le gusta la forma de moverse de Marta. Cómo arrastra las zapatillas sobre el suelo de terrazo, su modo de atusarse el pelo, su curiosidad que analiza cada detalle y la ceja izquierda alzada en consecuencia. De momento, no encuentra nada falso en ella. Incluso el chándal le cae con un punto de distinción. Parece de otro planeta al del joven investigador y al de su novia, que todavía no responde a lo de mudarse al piso de Chamartín sin pasar por la vicaría. Se pregunta si estudia la propuesta tantas veces como él y por qué su cabeza se llena con tales pensamientos justo en ese momento, cuando acaba de leer el informe del policía del mercadillo. Una situación extraña: Marta a la carrera, un coche dando marcha atrás y

aquel agente que tuvo la buena idea de apretar, entre otros buscavidas, al perista de la calle. El informe lleva la copia con los objetos de Toni Vargas. Comprobaron el número de teléfono y los ha llevado a una cabina telefónica, ya desierta, que hace esquina en Usera.

Germán empuja a Marta para que entre en una salita contigua a los calabozos. El mobiliario de la sala se resume en una mesa y tres sillas, aunque en ese momento su disposición aún puede parecer singular. Aquel taburete del sospechoso en medio de la estancia, la mesa contra la pared y las dos sillas de los policías en un lateral. La geometría revela que antes las preguntas no se formulaban con luz y taquígrafos y que, según la ocasión, lo primero que se hacía era encapuchar al interrogado.

—Siéntate —dice Germán a Marta.

—¿Dónde está mi abogado?

—¿El que llevo aquí colga…? Que te sientes.

Cañas gesticula a Marta para que comprenda que, llegado el momento, frenará los malos modos de su compañero. La chica le devuelve una sutil forma de odio en sus ojos. Lo último que quería era contar su historia en una comisaría y tal vez todavía tenga opción de no hacerlo.

—Déjame adivinar —dice Marta a Cañas—. Tú harás de poli bueno, aunque estés dejándote bigote, y él hará de poli malo.

—Aquí se trata del papel que interpretarás tú —contesta Cañas.

—No te compliques —dice Germán—. Seguro que tienes una buena explicación para que te encuentren gritando y perseguida por un coche cuando, sorpresa, llevabas un objeto que te sitúa en un lugar en el que dudamos que hayas estado.

Cañas admite que no se podría introducir aquello mejor.

—Vamos, Marta —sigue Germán con su nombre para fingir cercanía—. Aquí hemos interrogado a personas malas de verdad, como la que iría detrás de ti. Compórtate y dentro de unas horas quizá no acabes en prisión. Dentro de la cárcel las incomodidades no están tan calculadas como en esta salita. No te voy a contar nada que no sepas, una chiquilla guapa, llevando esas pintas, sin los tres puntos tatuados en la mano… Te rifarán entre las viejas cuando asomes por la galería. Y, a punta de navaja, esas te obligan a lamerles…

—¿El coño?

—Oh, sí.

—Quizá me haya comido unos cuantos, pero no hablaré hasta que llegue mi abogado. —Marta saborea las siguientes palabras—: Artículo 24 de la nueva Constitución Española.

—¿Constitución de qué?, ¿ahora con esas?

—¿Habéis escuchado hablar de ella en comisaría?

Germán contrae la boca y susurra:

—La otra opción es que mi compañero salga de la sala y yo cambie el protocolo.

Cañas piensa que lo de malo lo borda y que todavía no sabe si está actuando.

—¿Vosotros los fascistas sois fascistas todo el rato? —pregunta Marta, cruzando una pierna sobre otra—. Es decir, dentro de unas horas llegas a casa y te espera un estofado. Mientras masticas, ¿continúas siendo un fascista o no? Artículo 24 de la…

Germán la interrumpe arremangándole los brazos a la fuerza.

—Ni una picadura —dice después—. Así que no eres una yonqui,

solo una listilla con chándal de yonqui y de esas que cree que las calles le pertenecen. A tus diecinueve años te juntas con otros jovencitos y cantáis contra nosotros, contra los militares, contra la bandera y el país, y al final los más valientes tiran piedras. Entonces veis la realidad, que, cuando cargamos, las calles aún nos pertenecen.

Marta traga saliva.

Ahora parece asustada.

—¿Qué quieres que firme? —pregunta.

Germán se gira hacia Cañas. ¿Ya está? Les extraña lo fácil que ha resultado, aún no saben qué quieren que firme. Se supone que eso se iría definiendo entre la amenaza y la resistencia. De primeras apostarían a que ella no anduvo pegando balazos por la casa, aunque de segundas quizá merodeara por ahí, momento equivocado, lugar equivocado, o tal vez hiciese de gancho para que los asesinados abriesen la puerta. Y solicitará abogados del sindicato estudiantil, pero puede ser una cualquiera que ha aprendido una cantinela legal.

Cañas coge uno de los folios con el membrete de la policía. Está en blanco. El blanco que molesta a cualquier investigador. Cuando median ofrecimientos así, se dibuja la firma y luego se redactan los hechos. A Cañas no le gusta esa práctica, pero Jiménez la aprobará en semejante investigación y es ella la que se presta a colaborar. Se la da a Germán para que Marta la rubrique cuanto antes. Su compañero coloca el folio sobre una tablilla de madera, luego la deja en las manos de la chica con un bolígrafo forrado de cinta adhesiva para que no se convierta en un arma.

—Adelante —dice Germán—. Después tenemos toda la mañana

para redactar lo que nos expliques.

Marta coge el folio, el bolígrafo, comienza a garabatear.

—¿Qué te parece? —pregunta Germán a Cañas—. Lo de pedir un abogado del sindicato ya es un farol de cualquiera.

—Reparten sus tarjetas profesionales antes de cada manifestación —contesta Cañas—. Deberían darnos una comisión por cada detenido.

—Hecho —dice Marta.

Germán le arranca de las manos la tabilla con la hoja. Al mirarla, poco a poco, su sonrisa se convierte en un arco inverso. Se muerde el carrillo derecho y se hace sangre. Cañas se acerca y observa cómo la chica no ha firmado nada. A pie de página, ha dibujado un cerdito con una larga cola en espirales.

Germán va a abofetearla y Cañas lo sujeta del brazo.

—Las calles ya no son vuestras —dice Marta—. Oink, cerdo.

Germán intenta librarse de su compañero.

—Espera. —Cañas tiene problemas para controlarlo, aunque consigue que se siente en una de las banquetas—. Déjamela a mí.

—Su puta madre.

—Esto también se lo explicaré a mi abogado —dice Marta.

Cañas se arrima a la chica y la percibe más nerviosa de lo que quiere aparentar. Eso es que, por mucho que lo disimule, reconoce que no le quedan salidas fáciles.

—El pendiente era de un criminal y de los jodidos —dice Cañas—. Estaba acribillado en una casa abandonada de Malasaña donde encontramos cuatro muertos más. Te habrás enterado de esa noticia porque no vives lejos. Pero tu problema no es tanto el cadáver como que su hermano es el tipo más peligroso de la ciudad, con un

ejército a sus órdenes que os rebanarán la cabeza a ti y a todas las generaciones vivas de tu familia para que les cuentes qué hacías vendiendo esa joya a un perista que, como otros chanchulleros, recibió esta copia. —Cañas agita el inventario de los objetos de Toni Vargas—. Y un policía, al que odiarás tanto como a mí, te salvó antes de que un coche te llevara por delante a plena luz del día. Imagínate lo que podrán hacerte si te enviamos a la cárcel o te dejamos libre sin protección. Cuando eso ocurra y estés sentada en otra silla delante de ellos, cuéntales que quieres un abogado conforme al artículo 24 de la nueva Constitución Española.

Marta proyecta el cuello hacia atrás.

Intenta asimilar que aquello, sí, todo aquello, está sucediendo de verdad.

—Puedes ser sincera —sigue Cañas—, decirnos quién te dio el pendiente y para qué, tratarnos como merecemos en este caso y continuar tu vida con nuestra ayuda. Sin policía, nadie te garantiza que no estés muerta quince minutos después de darnos un nombre. O puedes convertirte en la nueva víctima de algo que, creo, te ha traído hasta aquí por mala suerte. Como suceden casi todas las desgracias… Mala suerte. Reflexiónalo hasta que aparezca el abogado ese.

Al despedirse, le apoya una mano en el hombro. Un gesto que muestra que no es nada personal, solo hace su trabajo. Quiere pensar que no son tan diferentes y que unos años atrás podría haberse sentado ahí si hubiese tenido un mal día, una mala elección o, como dijo antes, mala suerte.

—¿Te sabes el artículo 24? —le pregunta Marta.

—Lo he memorizado por si alguna vez me detienen a mí.

Cañas abandona la sala y se lleva a Germán. Este se toca con el dedo índice varias veces la muñeca, dejando claro que, tic tac, el tiempo se acaba para la chica. Es necesario que Marta reflexione sobre su desesperada situación hasta que lleguen la madre y el abogado, que estudie los poros de la pared y oiga los suficientes gritos de los calabozos para intuir cómo será estar encerrada durante años. El cargo de receptación lo tiene asegurado y de ahí todo lo que el juzgado pueda imputarle. Si fue mala suerte, para los policías se trata de la peor.

—Eres bueno, mentalista —dice Germán, ya en el pasillo.

—Hay que hablar con Jiménez —contesta Cañas.

—Espera un rato a ver si podemos doblarla.

—Solo es una chiquilla que tiene tanto miedo de nosotros como de los matones de Jairo. Por eso gasta semejantes humos, por miedo.

—¿Me estás recriminando algo, Cañas?

—No te estoy recriminando nada.

—A veces tus ideas se parecen más a las de estas chiquillas que a las nuestras.

—Dime cuáles son las nuestras y te respondo.

Germán se queda haciendo guardia frente a la puerta.

—Yo no subo a ver al traidor de Jiménez. —Chasquea la lengua—. En el fondo, ambos me detestáis.

5/12 17:20

«Asuntos Internos acaba de remitir informes preocupantes sobre él».

Jiménez escucha a Cañas con toda la atención.

Lo que le relata su subordinado sobre la escena de los calabozos y la posterior pregunta de cómo proceder, es una cuestión que considera irresuelta. Desde la Grecia antigua existe ese debate en las lecturas del inspector jefe, aunque a nadie le gusta que la sabiduría estropee un poco de movimiento.

Ahí seguirá por siempre la tensión entre el mal medio y el buen fin.

Jiménez asume que el orden necesita de personajes tras la cortina, pero no quiere repetir los errores que llevan a una chica a ridiculizar el uniforme de policía. Por eso pidió que subiesen a la madre a su despacho. Una persona educada en el anterior sistema será condescendiente con ellos. Y allí, junto a Cañas, observa entre las lamas de la persiana metálica cómo Consuelo espera al otro lado. La mujer se pellizca la cutícula de las uñas, cambia el bolso de mano y mueve esos zapatos con poco tacón. Su figura se recalienta bajo el abrigo de paño.

—No intervengas en mis interrogatorios a no ser que te lo pida —dice Jiménez a Cañas—. Y en tal caso lo pediré expresamente, nada de sobreentendidos.

Cañas asiente, entusiasmado con el avance en la investigación.

—¿Quién pensaría que Marta Beltrán es hija de esta señora?

—Hazla pasar y lo comprobamos.

Cañas sale a buscarla. Su cadencia de manos es suave y echa el tronco hacia delante. Consuelo duda de si hay policías tan jóvenes y bigotes tan rácanos. Parece más reconfortada cuando pasa al despacho para encontrar el perfil de Jiménez. Se sienta donde le indica el inspector, coloca el bolso de mano sobre el regazo. De cerca, se aprecia su maquillaje azul circundando los ojos y su permanente de peluquería. Una luz cóncava le apunta al rostro.

—Le pueden traer un café, un té —dice Jiménez—, cualquier cosa mediante la que le podamos hacer sentir más cómoda.

Consuelo se abruma con la colección de volúmenes en inglés tras la figura del inspector. Intenta leer alguna palabra de los lomos y después fija la mirada en Jiménez, como si tampoco acabara de entenderle a él.

—Estoy bien, gracias.

—Si durante nuestra entrevista se le ocurre algo…

—Estoy bien.

Cañas la observa desde una esquina del despacho, listo para concretar los detalles que requiera su inspector y darle la razón o, quizá, disfrazar las decisiones de preguntas. Aquella señora le parece un caramelo en comparación con Marta.

—Sé que una madre nunca espera una llamada de la policía —dice Jiménez—, pero el asunto que tiene a su hija bajo custodia es muy serio.

Consuelo percute los dedos sobre el bolso.

—¿De verdad? ¿En qué lío…? Dios mío.

—Tranquilícese —dice Jiménez.

—¿Es algo sobre el Ángel Azul?

A Jiménez le duele la cabeza cada vez que escucha aquel nombre.

—No, eso no.

—¿Y por qué se pondría semejante nombre este asesino? —Consuelo saca un pañuelo del bolso—. El Ángel Azul…

Recoge las lágrimas que le asoman en la línea de los ojos, parpadea para controlar el lloro y que el maquillaje no se le corra como a un payaso triste. Lo consigue y hace la seña de que se encuentra preparada.

—Primero querría saber a qué se dedican usted y su marido.

—Yo me dedico a la casa y Alfonso trabaja en una compañía de seguros. Somos una familia normal, de clase trabajadora. Nada interesante para la policía. Él emigró desde Badajoz y yo desde un pueblito de León, Boñar.

—Boñar…

—¿Lo conoce, inspector?

—No tengo el gusto.

—Rodeado de montañas, muy diferente a esto. Fuimos vecinos en las colmenas de la Concepción al llegar a Madrid con nuestras familias. Luego comenzamos a salir, él consiguió trabajo en una fábrica, nos casamos y compramos un pisito con hipoteca en Malasaña. Marta es mi única hija. —Los ojos de Consuelo adquieren profundidad—. Mi única hija, ¿entiende?

—Entiendo —dice Jiménez—. ¿Y cómo es ella?

—Una buena chica. —Consuelo toma aire—. Con sus ideas.

—¿Cuáles en concreto?

—¿Es algún lío de esos de política?

—El interrogatorio lo hago yo, Consuelo.

—Sí, perdón… No está contenta con lo que teníamos antes, como todos los jóvenes que no quieren parecerse a sus padres ni tampoco pasarse el día hablando de que se ha estropeado la caldera o de recetas de croquetas. Una soñadora, pero no se mete en nada problemático. Estudia Sociología con buenas notas y ahora manifestarse es un derecho, ¿no?

Jiménez cruza una mirada rápida con Cañas. Encuentra las dudas colgando de las cejas de su investigador. Lo que escucha encaja en el perfil de lo que sucedió en la detención y en el calabozo, no encaja colocando una joya de Toni Vargas en un perista de extrarradio. Aunque hoy el puzle madrileño es difícil de resolver, como si viniese con piezas equivocadas o, tal vez, piezas de más.

—No estaríamos en este despacho de ser un tema de estudiantes. —Jiménez se levanta de la silla, mide tres pasos y se apoya en el escritorio—. ¿Su hija anda con malas compañías? Por muy buena que sea ella.

—Mi marido no traga a su novio, pero él tampoco es un mal chico.

—¿Cuál es el trabajo de su novio?

—Carpintero y… cantante.

—¿De orquesta?

—No exactamente.

—Pues Marta debe dar una explicación de qué hacía con algo perteneciente a la escena de un crimen —dice Jiménez, algo confundido por lo del cante—. Un asunto con personas peligrosas implicadas.

—¿El Ángel Azul?

—¿Otra vez tengo que contestarle que no?

—Disculpe, estoy muy nerviosa.

—Pero en nuestro caso, si ella y su novio son inocentes, necesitarán protección para seguir con su vida en libertad. Y solo se la ofreceremos si colabora. De no hacerlo, irá a prisión preventiva tras pasar mañana por el juzgado. Mire, le voy a hablar claro, porque creo que usted lo entenderá mejor… Las ideas de Marta la están perjudicando. No ha querido ayudar a mi investigador aquí presente, pidió un abogado sindicalista y su actitud resulta hostil. Por eso le doy la oportunidad de que charle con ella y cambie de postura. Que no nos vea como el enemigo, al contrario, somos la única salida que le queda.

Entonces Consuelo agarra con fuerza el asa del bolso.

—Mi hija es una persona que merece la pena, lista e independiente —dice, retorciendo el asa—. Nada que ver con la tonta que tienen aquí delante. Los adultos la suelen juzgar por sus pintas y sus ganas de que las cosas sean diferentes. Y yo también lo hago, aunque para admirarla. —No pierde el ritmo—: A las mujeres nos prohibieron meternos en todo lo que importaba en este país… El gobierno, la Iglesia, el ejército… eso solo nos dejaban verlo en el NO-DO, en la misa de doce y en los desfiles. En las colmenas de la Concepción también había muchas queridas de hombres importantes. Les ponían un pisito en el bloque y las visitaban de vez en cuando durante el horario de trabajo. ¿Sabe qué recibían ellas por eso? Que las tratasen de solteronas y que nadie las tomase en serio hasta que envejecían, solas y pobres. En cambio, ellos resultaban envidiables con sus líos de faldas.

—Tener un pie fuera del matrimonio para que funcione es hipócrita —dice Jiménez—, pero lo que necesito que comprenda es que aquí…

—A mí me educaron para ser «la señora de» —lo interrumpe Consuelo—. Veo que usted también lleva anillo, así que como nosotros habrá pasado por notarías para los pactos matrimoniales, las hipotecas y todo eso que nos convierte en una empresa. Soy la «señora de» y admiro que Marta no vaya a serlo. Ningún malentendido con la policía se lo impedirá.

—No pretendía incomodarla.

—Lo sé, inspector. —Consuelo se levanta de la silla—. Quiero ver a mi hija ahora mismo y les aseguro que hará lo correcto.

—Podemos avisar a su marido si quiere.

—Mi marido está vendiendo seguros de hogar con una calculadora. —Consuelo adelanta un par de pasos—. Me encargaré de que Marta haga lo que sea mejor para ella.

Jiménez se toma un momento para recapacitar. Lo de avisar a su marido ha sido una torpeza que espera que no le tenga en cuenta. Acto seguido, indica a Cañas que bajen a esa mujer y su ímpetu a los calabozos. Consuelo se despide con una venia, como si acabase de despertarse de un trance.

—Encantada de conocerle, inspector.

—Creo que el placer ha sido mío. —Y para Cañas—: Tú, espera un momento.

El investigador abre la puerta a Consuelo y la deja con los compañeros, que la acercan hasta la planta baja. Después se queda a solas con su superior. Una mueca burlona le achina el rostro.

—¿Qué le ha parecido eso?

—Sin duda tienen los mismos genes. ¿Has visto cómo me ha dado la vuelta? También debería hacerlo con su hija, así que al menos le dejaremos intentarlo.

—Si no requiere nada más, me gustaría rondar la sala donde tenemos a Marta para comprobarlo.

—Lo requiero. —Jiménez frunce el ceño—. Hay un tema que me inquieta. ¿Germán Moreda conoce todos los datos de esta investigación?

—Por supuesto, hemos trabajado codo con codo.

—A partir de hoy ciertas comunicaciones solo las mantendremos tú y yo.

—No le sigo, inspector.

—Asuntos Internos acaba de remitir informes preocupantes sobre él.

—Sospecho que los mismos que aún tiene la mayoría del cuerpo de policía.

—No voy por ahí, Cañas. —Jiménez le dirige una mirada fulminante—. ¿Cuánta lealtad crees que le debes?

—Depende de qué hablemos.

—De que son preocupantes en otro sentido.

Cañas llega al exterior de la salita junto a los calabozos, donde Marta ya se reúne con su madre y el abogado. Las voces resuenan en el pasillo, pero el diálogo pierde claridad al atravesar las paredes. Fuera, se distingue un murmullo puntuado por las instrucciones de Consuelo mientras aquel picapleitos del sindicato queda relegado a simple espectador. Desde comisaría habrá dos salidas para Marta: prisión en Carabanchel o libertad provisional con una discreta escolta.

Germán espera a Cañas al fondo del pasillo, que levanta olor a amoniaco.

—¿Cómo te fue con el inspector?
—Bien —contesta Cañas—. Muy bien.
La primera vez que le miente y no será la última.

5/12 18:29

«No soy el carpintero. Soy el cantante de Histeria».

Pitu lija unas maderas con el torno del taller.

Las astillas rebotan sobre sus gafas de protección. Una lente rota, la otra enganchada a la patilla por un cordel. Debe terminar la base de la estantería que encargaron ayer a su tío. Un comerciante de Malasaña ha pedido un mueble esquinero, con perfil al bies y tallado floral. Pitu solo prepara tres tablones, aunque aquella geometría tiene cierta dificultad, demasiada como para no estar atento. Piensa en el grupo, en Marta, en Pedro Lafuente y en que por fin conseguirá un bajo nuevo por la tarde. Piensa, en definitiva, sobre ese futuro que sus canciones dicen que no existe. Casi lo habían convencido y ahora surge la oportunidad de grabar en un estudio, con micrófonos de condensador y mesas de seis canales.

Pero necesita a Marta a su lado.

Pitu no es una persona intuitiva, aunque sospecha que quizá se pierde algo, que nunca pareció que el éxito fuese su destino y entonces la música representaría una ilusión no correspondida. Claro que lo último que imagina es que, en ese instante, Marta negocia su libertad a cambio de colaborar con la policía. En mitad de los grandes planes, Pitu se engancha un pulgar con el torno. Se raja la falange en dos tajos perpendiculares. Vuelve a los pequeños planes y chupa la sangre maquinalmente, como si perteneciera a otro.

—Un poco más a la izquierda y te quedas sin él —dice su tío

desde el segundo torno—. Y ni para carpintero.

Pitu siempre logra que aquel derrotismo le entre por un oído y le salga por el otro. Solo tiene que desconectar el cerebro, fácil para él, en cuanto oye esa voz de cazalla. Su tío, cuarenta años de pena entre albaranes, deudas y serrín. Trabaja de sol a sol para volver a un piso raquítico donde no sucede nada, echando en falta a la familia que no tuvo y, bueno, Pitu tampoco es lo que esperaba. Pero ¿qué hacer cuando tu sobrino se llena de pendientes, tachuelas, cuero roído y su mayor preocupación aparenta ser de qué color se tiñe la cresta? Por no hablar de su obsesión con el grupo de música. Una vez trató de escucharlo y aguantó medio minuto. A veces recuerda al padre de Pitu, muerto de cirrosis, y tampoco adivina cómo reaccionaría si se levantase de la tumba y viese al querubín que quería ser delantero centro del Atlético. Seguramente volvería a acostarse, como cuando la madre dejó una nota de despedida tres meses después de dar a luz.

Para su tío, aquel solo es un muchacho que grita su decadencia por un micrófono. Una consecuencia de los nuevos tiempos, de la generación de chavales que nunca quiere cortar el cordón con el mundo de fantasía en el que trabajan los mayores. No obstante, comprende algo: su sobrino tampoco se conforma con envejecer en la carpintería cuando aún tiene veinte años. Ya no es el negocio que construía armarios flamígeros, mesillas de palo de rosa o bonitos palomares de azotea. Ahora se pasan la jornada lijando conglomerado a cambio de unas pocas pesetas.

—¿Habrá que poner puntos? Tenemos hilo, aguja y yodo en el botiquín.

—Apenas es un rasguño, tío.

Pitu coloca el dedo rajado bajo la luz de la entrada. Le mete otro chupetón, cata el sabor metálico y se quita las gafas de protección. Así confirma que su trabajo se termina dos horas antes de lo debido. Ni remata los tablones del mueble.

—¿Te vas ya, Pitu?

—Tengo un asunto importante que resolver.

Su tío le acerca el botiquín con gasas.

—Al menos, véndate eso antes de ocuparte de él.

Pitu sale de la carpintería con el dedo envuelto en muselina. Una llovizna norteña barre la ciudad. Coloca la enésima colilla de hachís en la boca cuando unos chavales casi lo arrollan con sus bicicletas. Una de las características de Pitu es permanecer ajeno al movimiento de los demás, capaz de cruzar todos los carriles de la Castellana mirando el alquitrán del asfalto. Luego se abrocha su cazadora, se ajusta los cordones rojos de las botas y pega una palmada de motivación. Le pregunta la hora a un señor que camina a su izquierda y este se aleja, escondiendo el reloj. Prueba con una mujer, que reacciona igual bajo su paraguas.

—Yo no soy el Ángel Azul —dice.

Las palomas picotean alrededor y él duda si se quejarán de lo mismo.

Calles.

Siempre calles.

Y más calles.

Pitu debe dar el paso adelante o tal vez a un lado; en todo caso un paso; con el grupo, con Marta, con su día a día. Puede que haya vivido muchas aventuras en las aceras de Madrid, pero existe otro mundo mucho más grande ahí fuera. Y ya no tiene paciencia para

abrir un libro, estudiar, ser un carpintero competente, nada de lo que cabría esperar de su edad. Siente que la única salida es la música, porque pateando las aceras parece que todo le pertenece, que está al alcance en las tiendas, en los bares, en las plazas, que apenas tiene que estirar la mano y cogerlo. Pero es mentira. Los que mandan en Madrid solo frecuentan las últimas plantas de edificios como el de Lafuente Recording. Llegó el momento de cambiar su destino y lo confirma cuando Manu, el antiguo bajista del grupo, entra en la carpintería. El tío de Pitu lo echa de allí a escobazos, creyendo que es otro de los chicos que piden limosna por el barrio.

Manu encuentra a Pitu sobre el ciclomotor, riéndose como una mula.

—Hasta hoy creía que el chungo de la familia eras tú —dice.

—Temía que no vinieses —contesta Pitu, chocándole el puño.

—Estás ante un hombre de palabra durante el día. —Manu se ajusta los tirantes de la mochila que lleva a la espalda—. Y traigo lo importante conmigo.

—Larguémonos antes de que mi tío se arrepienta de dejarme ir. Estaba haciendo una estantería. Bueno, la base… Y ha quedado a la mitad.

—Vaya con el carpintero.

Ambos se suben al Vespino, en dirección a la plaza de Olavide.

—No soy el carpintero —dice Pitu—. Soy el cantante de Histeria.

En la glorieta octogonal de la plaza.

—Aquí —dice Manu.

—Es un bareto de mala muerte —contesta Pitu.

Manu asiente, lo es, y entra en el bar con su amigo. Suena el

cascabeleo de un cascabel metálico sobre la puerta. Por lo demás, un lugar castizo con fotos de toreros con orejas y rabos colgantes, botellas de Soberano en los aparadores, raciones de hígado encebollado bajo un cristal y el suelo lleno de arena y bolitas de papel. Hay varias pandillas de jóvenes sentadas a las mesas y señores con mono azul en la barra. El más viejo se queja de que la cucharilla del café está taladrada. El camarero responde con un movimiento de mentón hacia las pandillas. Chicos como esos serán el motivo de que pronto todos los bares de algunas zonas de Madrid agujereen sus cucharas.

—¿Y esta es tu solución? —pregunta el señor de mono azul—. ¿Con la broca de tres milímetros?

—Loquean en cuanto se les cae la droga y se largan a otro sitio. Esto se nos va de las manos. Ayer encontré a un niñato chupando los azulejos del baño y no están precisamente limpios.

—Juro que no lo están.

—Pero mi método solo sirve con los clientes ocasionales. Los de siempre traen su cucharilla de casa. Si te soy sincero, me molestaba más cualquier borracho que uno de estos chavales, aunque ahora se ponen nerviosos entre los pinchazos. Algo malo pasará con esta moda… Algo muy malo.

El señor levanta la cucharilla y estudia a contraluz sus perforaciones. Una obra meticulosa, llena de geometría. Remueve el café y vuelve a levantarla, goteando un reguero marrón por la barra. En su opinión, una obra también ridícula.

—El problema es que estos piensan que antes de 1975 éramos tontos —dice en alto—. Y a semejante ritmo los tontos que no llegarán a viejos serán ellos.

Un chico agarra su siete muelles bajo el pantalón, pero el señor se marcha del bar sin probar el café, reacio a una bronca y a una puñalada.

Manu pide un chato de vino. Aquel camarero se lo sirve a distancia, como si tuviese la peste. Él se lo bebe de un trago, deja una moneda sobre la barra de zinc y conduce a Pitu hasta la zona trasera. Manu golpea una puerta corredera en tres compases diferentes. Al cabo, un hombre gordo con una camiseta imperio la empuja hacia la derecha. Sienten una poderosa bocanada de calor que sale de la estancia. El hombre se aparta para que pasen y Pitu no puede evitar mirar sus brazos fofos, blanquecinos, con pelo revirado, y la barriga de embarazada que luce bajo la tela.

Recorren un pasillo iluminado por neones amarillos.

Empieza a tronar una batería a toda velocidad.

Para Pitu, aquel ruido es algo explicable por las leyes naturales, como si su realidad siempre avanzase a golpe de bombo. Entran en el almacén, que parece una sauna con palés de refrescos. Cuatro músicos ensayan un complejo rock progresivo hasta que el bajista hace la seña de tiempo muerto. Descuelga su instrumento y lo apoya en un pie de plástico. Sus facciones se relajan hasta componer media sonrisa, mueve las cejas a Manu y este le guiña el ojo.

—Llegaron las vitaminas —dice el bajista al resto.

Pitu permanece atento a los movimientos del batería. Parece el líder por cómo se comporta y él necesita aprender de los líderes de los grupos. Lleva unas zapatillas Nike Cortez cada una de un color, la derecha blanca, la izquierda azul. Así demuestra cuánto dinero puede gastarse en el calzado, que se compra a pares. Un símbolo de

estatus y también un desafío a los que intentan atracarle en la caminata desde la Prosperidad hasta el local de ensayo.

—¿Cuarenta cajas? —pregunta el bajista, acercándose a Manu—. Ni una menos para el trato, que nos conocemos.

Manu abre la mochila, separa unas bolsas de supermercado y muestra un montón de cajas de dexedrina. Ojos como platos en los espectadores. El batería las cuenta y después el hombre de la camiseta imperio las apila al fondo del almacén. Allí cuelgan carteles de la COPEL para la amnistía de los presos.

—Cuarenta —dice Manu al terminar el recuento—. No vais a poder dormir en años.

—¿Seguro que no quieres el dinero? —pregunta el bajista.

—Lo que hemos hablado me va bien.

—Como digas, Manu. —El chico señala el bajo Fender apoyado en el pie de plástico—. Es tuyo.

Pitu pide permiso con la mirada. Se lo dan y coge el instrumento, lee la palabra Fender dibujada sobre el mástil y pasa el dedo rajado en la carpintería por las letras. Ahora sí le duele el pulgar, sí le parece su sangre, sí le marca un futuro poético y rojo. Podía ser una señal o una de esas coincidencias que trastornan la vida. El bajo tiene un roce en la madera superior, pero por lo demás está impecable, negro, brillante, de puente dorado y las cuerdas sin cortar sobre las clavijas.

—Probemos…

Pitu gira el selector y toca dos notas al aire que retumban por el amplificador.

—Mañana conseguimos otro —dice el bajista—. Este no suena bien.

—Suena muy bien, tú eres el malo —interviene el batería—. Lo sospecho viendo esa cresta que tienes, pero ¿para qué estilo de música lo queréis?

—Punk —contesta Pitu—. ¿Has confirmado tus sospechas?

—Del todo. ¿Y para semejante ruido se necesita un bajo?

—Se necesita. —Manu frena la burla—. Y él tiene a una bajista increíble.

En la calle, Pitu encaja el instrumento entre su cuerpo y el de Manu, que monta de paquete en el ciclomotor. Por primera vez en mucho tiempo algo les sale tal y como planearon, hay que celebrarlo, la penúltima, pero entonces Manu se baja de un salto y hace un gesto ambiguo con la mano.

—¿Qué pasa? —pregunta Pitu—. ¿No te acerco al barrio y tomamos una?

—Beberé otro chato de vino aquí. —Manu se rasca las comisuras de los labios—. Tengo la boca como un mazapán.

—¿Tratas con esos personajes de las mesas?

—Un poco navajeros para mi gusto, pero se enrollan.

—Son la misma chusma que los ultras, aunque con otras pintas.

—Me sentaré, tomaré mi copa y reiré sus chistes. Nada puede salir mal.

Pitu detecta algo raro en su amigo.

—¿Seguro que quieres quedarte con ellos?

—Hoy sí. —Manu cruza el bajo a la espalda de Pitu—. El instrumento es lo último que te debía y sabes que en la rebotica de Lavapiés consigo cualquier anfetamina al fiado. Antes de una semana pago la deuda. Y si sigo vendiendo, ahorraré lo suficiente

para irme a Ibiza en verano. Mi primo se ha metido en una comuna de hippies donde andan todo el día en pelotas, entripados y montando bacanales en la playa.

—Suena bien.

—No es un charlatán como yo. —Manu saca su carterita del bolsillo—. Me mandó una foto con tres alemanas que solo llevan puestos unos collares de conchas.

La encuentra y le planta a Pitu la imagen en los morros.

Su primo es un treintañero de pelo engominado, barriga prominente y mucho bello corporal que apenas tiene una tela cubriendo los genitales. La persona más feliz del mundo agarrado a tres rubias que, efectivamente, solo llevan collares de conchas y no aparentan demasiado interés en su nuevo amigo español. Detrás, un acantilado con jeroglíficos pintados a tiza sobre las rocas. El sol incide en la foto hasta deslumbrar su esquina izquierda.

—Pero, Manu, tal vez prefieras que…

Su amigo no lo escucha más y Pitu se da cuenta de todo.

Manu se gira con actitud derrotada hacia el bar. Una obsesión borra su aire animado de la tarde. Pálido, respira por la boca, como si le faltara valor para aceptar lo que ocurrirá o como si sintiera vergüenza por no impedirlo. Al final, su elección será por qué lado del precipicio caer, e Ibiza una foto de colores gastados.

—Nada puede salir mal —repite.

6/12 1:51

«Es el establo de una bestia».

Cae la noche.

De la Torre se cuadra frente a una puerta de conglomerado, sexto izquierda, dentro de un edificio al final de la calle Arturo Soria. Hoy viste traje beis, chaleco marrón, camisa blanca sin corbata y las puntas del bigote caídas respecto a las diez y diez. Su ropa le continúa ofreciendo ese aspecto de aristócrata que acude al gimnasio cinco veces por semana. Pone un dedo enguantado sobre la cerradura, luego se aparta para que su guardaespaldas aplique el tensor y trabaje la ganzúa. Oyen un clic y abren la puerta con tiento. Entran por un pasillo con suelo cerámico y dejan a la derecha una minúscula cocina que no tiene puerta. De la Torre se detiene con la peste que allí atufa y pulsa el interruptor de la luz, iluminando un hornillo entre restos de comida. Al lado, plásticos con fiambre rancio. Cuelga un reloj de la pared detenido para siempre en las seis menos cuarto.

De la Torre apaga la luz.

Presiona las sienes otra vez para intentar relativizar aquel asunto.

Sigue con su guardaespaldas por el corredor hasta la salita. El resol de una farola enciende las cortinas, dejando entrever una televisión con mantilla, un sofá de escay y una banqueta donde se amontonan copas vacías. A la izquierda, sillas en las que nunca se sienta nadie y el cuadro de un paisaje en el que, por supuesto,

tampoco ocurre nada. Aquel escenario habla de un inquilino poco pendiente de sí mismo. El guardaespaldas mueve la cortina para vigilar el portal. Le toca esperar y en eso es un experto. Una década de servicio en la que ha aprendido a esperar a gente atemorizada por su jefe, que no paga, que no cobra y que siempre maldice no haber volado lejos cuando empiezan a crujirle los huesos. El guardaespaldas abandona la ventana, se adentra en la única habitación del piso y comprueba que apenas tiene un colchón y ropa tirada por el suelo. Ni armarios ni cajoneras. Vuelve con los dedos sobre la nariz a modo de pinza.

—¿Tardará mucho en venir? —pregunta después.

—Ojalá cumpla su cuadrante —contesta De la Torre—. Ni te quiero preguntar por la habitación.

—Su ropa tirada por el suelo y sin un mueble. ¿Cómo podrá vivir así?

—Es el establo de una bestia. En cuanto te descuidas cuatro días sin hacer limpieza, el lado animal empieza a comerte y mira a dónde ha llegado este.

—Con lo que habrá sacado en sobornos.

—Quien fracasa en España, fracasa para siempre. —De la Torre coge una revista del suelo—. ¿Y esto? *Armas de Hoy* —lee en alto su título—. ¿Con qué basura se hace pajas? Toma, tú seguro que sabes de qué va.

El guardaespaldas coge la revista y pone una linterna sobre la portada. Una mueca de satisfacción le cruza el rostro porque sí, lo suyo son las armas. Cortas, largas, morteros, lanzallamas, animales adiestrados, todo pasó por sus manos durante la instrucción militar que le permitió quedarse en el Magreb como mercenario; pero De la

Torre le paga más que cualquier ejército y solo le concede una pistolita en la guantera del coche. Algo que considera ridículo en aquel momento de España, algo que es lo único que le permiten tener para proteger a un personaje con aspiraciones políticas.

—Qué buenos recuerdos. —El guardaespaldas deja la revista donde estaba, en el suelo—. La Smith & Wesson 460 de la portada siempre fue mi preferida. Con una de esas, atravesé un Renault 4 durante mi época en Argel. La bala perforó la chapa, el asiento trasero, el delantero, reventó los intestinos al conductor y estalló el velocímetro para incrustarse en el motor y salir por el romboide del parachoques.

Luego se cruza de brazos y vuelve a esperar. Es cuando su jefe comprende que ha encontrado un subordinado valioso; al menos, capaz de compartir un momento de reflexión viendo las humedades de aquel cuchitril y las páginas sucias de *Armas de Hoy.*

Pero llega la peste desde la cocina y ya no hay reflexión que le valga.

—¿Esa revista se compra en los quioscos? —pregunta De la Torre.

—Hay que suscribirse —contesta el guardaespaldas.

—¿Cualquiera puede hacerlo?

—Sí, ¿por qué no?

La pregunta revela a De la Torre que su interlocutor puede entender sus palabras una a una, pero no alcanza el significado de la duda. Supone que hasta uno de los guineanos que traía a Madrid para limpiar letrinas puede mandar un formulario a la editorial, ingresar las veinticinco pesetas mensuales y aprender todo sobre las armas de hoy. Aunque no verbaliza la suposición, suena demasiado racista incluso para él. Como buen prejuicioso, no odia tanto a los de

otro color como a los mestizos. Esos sí le dan pavor, porque teme que a continuación venga el *ius sanguinis* y los nuevos españoles, al fin, no quieran saber nada de letrinas y quizá voten a los socialistas.

A De la Torre se le tuerce aún más el gesto.

También piensa que hoy cualquier macarra tiene pistola y munición por cosas así de democráticas. Y no una pistola de baja estofa, sino de las potentes, número de serie limado, como las que usan sus ultras. Entonces Bam Bam y Eulogio entran a dar un palo cualquiera en una casa de Malasaña y aquello, cómo anticiparlo, acaba con cinco muertos y ha de trasnochar en ese apartamento lleno de roña para solucionarlo.

—Mi cometido siempre fue evitar el desorden —dice De la Torre—. Elaborar métodos que permitieran colocar cada cosa en su sitio, sin posibilidad de que alguien las cambiase y tuviésemos que volver a empezar. ¿Por qué no suscribirse a una revista? Porque no podían. Así de simple.

El guardaespaldas anticipa que escuchará el gran discurso sobre el orden natural, pero su jefe se muerde la lengua, tal que le diese pereza ser siempre el adoctrinador o que la polémica estuviese aclarada.

—Y si tarda demasiado, le pegas un tiro en cuanto hable con él —dice después—. A mí nadie me hace pasar por esta peste dos veces.

Oyen un ruido de llaves en la entrada según el cuadrante previsto. El inquilino abre su apartamento y recorre el pasillo. Rumia todo lo sucedido durante la tarde y enciende la luz de la salita para encontrar las peores noticias del día que, sin duda, ya era pésimo para él.

—No me jodas —dice—. Justo hoy tú no.

—Sabía que te alegrarías de verme, Germán.

6/12 7:57

«Intento aprender de los que mandan en el sur de Madrid».

Bam Bam se despierta con un gruñido.

Palpa sus piernas y comprueba que sí, están ahí, al contrario que en el sueño que acaba de tener, cuando un obús enterrado las partía mientras corría por un descampado. A continuación abre los ojos, porque lo importante es lo que hace despierto y sin piernas ni podría subir a un zulo como aquel, en la tercera planta de una pensión al este de San Blas. La zona tiende al brutalismo arquitectónico en contraste con las chabolas al oeste del barrio. El límite al norte, con Ciudad Lineal, lo marca la calle Alcalá. Al sur, la avenida Guadalajara separa el bullicio de las Ventas junto a los neones de los primeros pubs de la capital. Donde los norteamericanos montaban algunos conciertos clandestinos de soul y boogaloo en los sesenta, ahora Burning canta *Jim Dinamita*.

«¡En la Elipa nací y Ventas es mi reino!».

La canción suena desde la habitación de al lado y habla de cárcel, malas compañías y un nombre que se escucha en todas partes. Bam Bam se pregunta si sentiría algo diferente de ser el suyo el que retumbase en Madrid y no el de Jairo, cuando le gana la partida con su propio juego. Cartas marcadas, ¿qué más da? Por no recordar el suplicio que debe de estar pasando De la Torre, sobornando a toda clase de funcionarios para entender cómo ocurrió en verdad el tiroteo.

Aunque a Bam Bam no se le da bien preguntarse sobre sentimientos.

Lo que sí se contestaría es que parte del país siempre vitorea a los legionarios como él, pero los que regresan a la Península deambulan sin más ayuda que la que se procuran ellos mismos. Personas como De la Torre han viajado por medio mundo y Bam Bam apenas conoce las paredes de habitaciones como aquella y el desierto. Quería tomar alguna elección importante en su vida y no pudo hacerlo hasta que robó la droga a Toni Vargas. Ayer devolvió la furgoneta a los de Puño Patriota. Y a estas horas la organización paramilitar habrá desguazado el vehículo, pero la carga que solo él conoce sigue oculta en un chamizo del paseo de las Yeserías, lindando con el río Manzanares. No dudó más de su plan cuando De la Torre volvió a insistirle en que no recibiría nada hasta el próximo golpe y que aguardaba conclusiones de la investigación policial.

A Bam Bam no le queda tiempo: vender la mercancía y desaparecer.

Y en Madrid piensa en un solo personaje con tan pocos escrúpulos como para comprarla sin importar de quién sea.

—¡Un pringado este Jim Dinamita de la canción! —grita Bam Bam al de la habitación de al lado—. ¡Suena a que no ha pegado un palo de verdad en su vida!

Se levanta del catre, pliega la cortinilla que separa el lavabo de la cama, mea en un orinal y coge una navaja de afeitar. Acaricia el metal en seco por la piel. Una nítida sucesión de cicatrices. Se echa agua en el ojo, que continúa infectado, y lo guiña delante del espejo. Después se viste, abre la puerta del pasillo y encuentra a un veinteañero con tupé despeinado, pantalones pitillo y chupa

vaquera. Es el que cantaba la canción de Jim, otro *rocker* de mecha corta como los que abundan en Madrid, pero enfrente no tiene a otro chaval con parca y la diana mod cosida. Tiene a, en resumen, otro tipo de persona.

—Jim Dinamita no es tan pringado —dice al iniciar la marcha atrás.

Luego cierra la puerta de su habitación con doble vuelta de llave. Bam Bam cruje los nudillos, decepcionado. Al bajar las escaleras, la señora de recepción le pregunta si aquel chico lo ha molestado y él responde que no.

—Me ha llenado la habitación de pósters del tal Elvis —dice la señora—, figuras de plástico del tal Elvis, cojines con la cara del tal Elvis y ahora quiere traer a dos gatos que, por alguna razón, ambos se llaman como el tal Elvis.

Bam Bam la mira de hito en hito y contesta:

—Todos tienen sus ideas hasta que les rompen la cara.

Después se dirige al barrio de Legazpi.

Braulio fue el testigo más atento del descuartizamiento de Javi el Rojo. No quitó ojo al cuerpo mientras el puma lo mascaba, intuyendo que a la venganza del hermano mayor le faltaba temple y le sobraba espectáculo para el qué dirán. Por eso, la reunión que le ha pedido Bam Bam será confidencial, en el reservado de la sala de juegos que tiene en la zona de las Delicias. La ciudad no es tan grande como para que un importante proxeneta y un reconocido asesino no hayan tratado antes, pero Braulio quiere alrededor hombres más manejables y Bam Bam precisa de insignes como De la Torre. Su jefe era capaz de sacarlo de la cárcel con tramas que

aquel chulo nunca podría imaginar.

Bam Bam aparece en la sala de juegos, escoltado por más matones, por el paisaje de cabezas cuadradas que sostiene a las pensantes. El negocio todavía no ha abierto al público y le han hecho cruzar un hall con un bingo electrónico, tres ruletas trucadas y más de veinte tragaperras. Una que dice METRÓPOLIS en la parte superior está subida a una carretilla, pendiente de que le arreglen el contador de la ranura. El reservado de Braulio es una sala con sofás horteras, muebles de caña filipinos, un acuario todavía vacío y una mesa de nogal, detrás de la que el proxeneta, en un sillón naranja, aparenta presidir una pequeña y ostentosa corporación. Enfrente, dos sillas donde rara vez permite sentarse a sus invitados. A la izquierda, un carro con alcohol y vasos anchos de cristal tallado.

—Pensé que la próxima vez que te viese sería en el telediario —dice Braulio—. ¿Es necesario que nos demos la mano?

—Está bien así.

—Te escucho fuertemente, Bam Bam.

—A solas.

Braulio indica a los suyos que salgan del reservado. Han requisado la pistola de Bam Bam y también el puñal escondido en la bota. Si quisiera hacerle daño, no se presentaría pidiendo intimidad. Además, ¿qué motivos tendría? De nuevo, no cree en la casualidad de su llamada con la que está cayendo alrededor.

—Te escucho fuertemente —repite Braulio, a solas.

Bam Bam saca el fardo de droga que no se dejó requisar, cerrado por las vueltas de cinta americana que borran la V sellada sobre el polvo. Ha logrado difuminar la letra tras romper el embalaje y volver a embalarlo. Una operación digna de farmacia, en la que ha perdido

unos cuantos gramos y que repetirá durante la tarde con otros treinta fardos. Lo pone encima del escritorio de Braulio. El proxeneta lo coge, pesándolo con la mano, mete un cuchillo por la parte superior, rasga el plástico y se lleva a la boca una mínima cantidad de polvo. Lo cata como si fuera de una añada en barrica, después se dirige al mueble bar y se sirve un brandy. Un cristal cóncavo refleja su rostro mientras prepara la copa. Bam Bam rechaza la invitación cuando le pregunta si quiere que le sirva otra.

—No me gusta beber, Braulio.

—Por supuesto.

—Quita alerta y precisión —dice Bam Bam—. Son muy importantes en mi trabajo.

—Por supuesto… Sabias palabras. Tu ojo derecho no tiene buen aspecto.

—Con él estoy viendo las cosas más claras que nunca.

Braulio cierra el mueble, vuelve a sentarse, gira el fardo y comprueba que falta la V que estampa casi toda la heroína de Madrid. Un rompecabezas sencillo. Así que prepara el papel que declamará sobre su escenario favorito. Se esfuerza en creer lo que dice y por eso los que lo escuchan también lo terminan creyendo, pero ha llegado hasta ahí a base de mentir.

—Que vengas tú con esto explica por qué se están metiendo tantos en las drogas —dice Braulio—. ¿No pagan bien los asesinatos los del norte de la ciudad?

—Intento aprender de los que mandan en el sur.

—¿Conciencia de clase, como dicen ahora?

—No sé qué es eso.

—Tampoco te confundas conmigo. —Braulio parece halagado con

la referencia al sur—. A través de las putas toco un porcentaje de todo, quizá también de la porquería que traes, y nunca termino en una celda. Son terreno seguro, Bam Bam. Esto de traficar, terreno minado. Conoces cómo funciona, que rondabas por aquí cuando eras un chaval. Una mañana jugabas en los campos de Usera y de repente un obús de la Guerra Civil estallaba bajo tus pies y todo se acababa.

Bam Bam ni se sorprende porque acabe de referirse a su sueño.

—No vale cualquiera para manejar a tantas mujeres —dice después.

—Valgo yo. —Braulio parece aún más halagado tras su propia frase—. Y no cometo ningún delito siendo un chulo, aunque te aseguro que es una profesión exigente.

—Eso no me importa para lo que quiero ofrecerte.

—Conoces las reglas —dice Braulio—. En mi casa hay que aparentar que mis historias importan, porque esconden las posibilidades del trato.

Bam Bam se retrepa en la silla.

—Tienes un par de minutos.

—Convencer a una chica para que te dé parte de su dinero no resulta fácil cuando ya tiene clientes fijos —sigue Braulio—. La habilidad fundamental de mi negocio es que seas un buen ojeador. Hay mujeres guapas que no se adaptan; por este agujero no, por este tampoco, no me ates, no me azotes… Con que primero las invito a tomar un helado y distingo a las que no están limitadas aquí arriba. —Se toca la sien—. Luego he de llevarlas a cenar, al teatro, a la costa. Pasar tiempo con ellas y que entiendan que, en fin, algún cabrón puede rajarles la cara en una mala noche y que la policía no

llegará a tiempo. Y a veces hay problemas con eso. Cada una piensa que es la especial y especial no es ninguna, pero debo actuar como si lo fuesen. De bajar la guardia, la nueva le cuenta a la vieja que estuvo conmigo en Benidorm y la vieja se larga a dar el porcentaje a otro chulo o, incluso, te intenta rajar la garganta. A alguien como tú, con la cara hecha un mapa, no le impresionará. —Braulio separa el pañuelo que lleva al cuello y muestra una marca en la yugular—. Casi me matan el año pasado.

Bam Bam observa la cicatriz.

—Faltó un centímetro y medio.

—Ahora ella duerme en el fondo del pantano de San Juan. —Braulio vuelve a subirse el pañuelo—. Con que, en lo mío, la ruina te la trae cualquiera si no estás con la cabeza dedicada al negocio, pero eso es suficiente para llenarte los bolsillos. Antes hablábamos de los obuses que entierra la ciudad. Pues así de desprevenido acaban contigo cuando manejas drogas. Solo por pisar donde no debes y sin darte cuenta, ¿comprendes, Bam Bam?

—¿Te interesa mi producto?

—Quizá —contesta Braulio—. ¿Has atendido a mi historia?, ¿has pisado donde no debes y hasta quizá dándote cuenta? Venga, no engañas a nadie. Tú eres un pedazo de profesional en lo tuyo, capaz de estar veinte horas seguidas apuntando por una mira telescópica desde una azotea, pero no eres un comerciante.

Bam Bam coloca el fardo sobre el regazo.

—¿Te interesa o no?

Mueve las manos igual que en un truco de magia.

Braulio se pregunta por qué le ha contado cómo seducir a una decena de prostitutas a alguien que no habrá conseguido una cita en

su vida. Y otro tanto sobre robar a la persona equivocada.

—¿Cuántos hay, Bam Bam?

—Los suficientes para hacerte rico.

—Primero querría saber a quién se los has robado.

—Esto es como el dinero, en realidad no tiene dueño. ¿Ves un nombre encima?

—Me extraña mucho no verlo.

—O continúas haciéndote el sorprendido o te llevas treinta kilos de heroína por la mitad del precio de mercado —dice Bam Bam—. Calcula los millones de pesetas que sacarías moviéndolos después en gramos.

—Unos cuarenta millones —contesta Braulio.

Si ha tomado aire para respirar, Bam Bam no lo ha notado.

—Eso sin contar el corte que le meterás a la droga para doblar la cantidad. Y, Braulio, me daría igual que luego tramases algo para conseguir aún más beneficio. Mientras no sea antes de que me largue de la ciudad, todo seguirá bien entre nosotros. Si no, descolgaré por tu tráquea esa lengua que usas tanto. Conocí a un colombiano que me enseñó la técnica y tendrías que ver la cara con la que quedan los muertos. —Bam Bam hace la mímica de sacarse un objeto por la garganta—. No es bonita ni para mí, pero como imaginarás desapareceré de Madrid cuando me pagues.

Braulio entrecierra los ojos hasta reducirlos a dos líneas.

—¿Te irás ese mismo día?

—Para siempre —contesta Bam Bam—. ¿Tengo otra opción?

—No, y esa es mi garantía.

Braulio frota pulgares con anulares.

Ya ha decidido.

—¿Y bien? —pregunta Bam Bam.

—Al final, para ser un asesino a sueldo has hablado igual que De la Torre.

—Trato hecho, Braulio.

Ahora sí se dan la mano.

—Menos mal que no todo el mundo es como tú.

—Como nosotros —dice Bam Bam, señalando alternativamente a ambos—. Como nosotros, chulo.

Al cabo de un rato, salen del reservado tras acordar los hitos de pago y entrega. Braulio ordena que escolten al legionario hasta la puerta trasera y hace pasar a su segundo para darle los detalles estrictamente necesarios, como siempre. Nada tan importante que le permita saber lo suficiente como para pensar qué tal quedaría su culo más joven en aquel sillón naranja.

—Venderemos heroína en el número 133 de las Delicias —dice Braulio—. Por la tarde cogemos la mercancía, así que corre la voz por el barrio a partir de mañana.

—¿Y en el 127? —pregunta su segundo—. Allí van más clientes.

—Nunca fue buena idea ensuciar dos negocios a la vez.

—Pondré al cargo a mis hombres más fiables si lo consideras necesario.

—Complicaría nuestra relación con la policía —dice Braulio—. Lo harán las chicas y les pagaremos el extra con dosis. Tengo a la mitad enganchándose a esa mierda, pero al menos lo reinvertirán en la empresa. Y consígueme una reunión urgente con Jaime Rodrigo.

—¿Yo?, ¿con Jairo?

Braulio mira alrededor, como si debiera aclarar que solo hay un

oyente.

—Habla con Metralla, porque no puedo mendigar personalmente la atención del capo. Dile que tengo algo que contarle de su hermano.

—¿La mercancía que venderemos no…?

—¡Te prohíbo que lo pienses como para que lo digas en voz alta! —Braulio pega un puñetazo sobre el escritorio—. Pero coméntale que puedo averiguar quién estuvo detrás de la muerte de Toni.

—Su puta madre, ¿Bam Bam?

—No hablaría de él hasta que lo viera dentro de un ataúd, aunque conozco quién lo contrata. Una historia de cojones… Me encanta el nuevo y democrático Madrid. —Braulio coge la copa con brandy por el tallo, feliz de no ser una persona que no bebe alcohol porque cada segundo está disponible para matar o para que lo maten—. Y ahora hasta cobraré dos veces por la misma información.

1996

Madrugada en el distrito de Chamartín.

Suena el busca de Cañas sobre la mesita de noche.

Su mujer, con antifaz y tapones de espuma, se gira en la cama y le pega un codazo. Por respuesta, un ronquido de Cañas, que se sube la manta hasta la barbilla y se acurruca en la esquina del colchón. Acostumbra a dormir profundamente para ser un hombre que gestiona tantos problemas durante el día.

—Lo tuyo es increíble —dice ella.

Su mujer estira la mano hacia el pastillero de la otra mesita de noche. Ningún somnífero la duerme como debería desde 1979, aquel año tan intenso en el que por fin se casó y se mudó con su marido. Luna de miel en Lisboa, fados y vino caliente, de donde volvió embarazada. Poco después expulsó el feto entre un torrente de sangre. Luego, en verano, otro aborto confirmó que no tendría hijos y que Cañas, obsesionado con un caso irresuelto, quizá era tan poco fértil como ella. Todo resultaba ya bastante triste y en Navidades le diagnosticaron un cáncer de útero y tuvieron que vaciarla. Algunas risas, algunos buenos momentos, pero nada de lo que ambos habían querido para su relación.

Ella coge un Trankimazin de un miligramo y se lo traga, colocándose de nuevo el antifaz y volteando la cabeza. Regusto amargo sobre el paladar. Aquellos tapones continúan comprimidos en los oídos. Logra detener una batería de pensamientos inconexos,

se concentra en el presente como le aconseja el psicólogo y el busca de Cañas suena otra vez con sus pitidos, cae al suelo y aquel dichoso loquero que no sabe qué aconsejarle para esas situaciones.

—¡Por favor, Alfredo! —grita su mujer—. ¡Lo atiendes o lo apagas, porque si no lo tiro por la ventana!

—Eh, nena. —Él se despierta—. ¿Suena?

—Eres de lo que no hay. ¡A todo volumen!

—Perdona. —Se incorpora—. Tranquila. —Recoge el busca del suelo laminado—. Juraría que no me han contactado de madrugada desde que me hicieron inspector jefe. Será… será importante.

—Sabes lo que hacer. —Su mujer se tapa la cara con la almohada —. Devolver la llamada en la cocina y luego volver a la habitación como un ninja.

Cañas se calza unas pantuflas, se abrocha la parte superior del pijama y se mete las mangas de un batín al vuelo. Identifica aquel número que sale en pantalla: el subinspector del distrito de Usera. Conoce las cifras de memoria porque antes eran las suyas. Hace seis meses lo ascendieron con honores a inspector jefe de una unidad de la policía judicial en Madrid. A Cañas, su precoz carrera profesional y algunos estudios de Derecho aún le suelen permitir despejar las incoherencias de cada caso, quién miente y por qué. Y continúa disfrutando con el teatrillo de traer las pruebas a los detenidos y ver cómo se borra la arrogancia en esas caras, que de alguna manera siempre han sido las mismas. Por eso las emergencias de madrugada se esconden en los rincones oscuros de su memoria, junto a tantos compañeros, delincuentes, gente sin suerte y otra con demasiada, anécdotas absurdas y el empuje de su juventud ya gastada. Una llamada profesional a semejantes horas le transmite

sensaciones de una época que para él no fue mejor, solo igual de complicada.

Cañas arrastra los pies por el pasillo y llega al salón, donde cuelgan fotos con su mujer y una vieja serigrafía del escudo del Real Madrid. Coge el teléfono inalámbrico, revisa las pilas y se marcha a la cocina. Abre la nevera, se sirve un vaso de leche semidesnatada, lo mete un minuto en el microondas y se sienta en un taburete.

Ring del microondas.

Agarra el cristal con tiento.

Quema, mucho, la hostia. Lo sujeta por el borde con dos dedos y, sentado otra vez, marca el número del subinspector. Pega un sorbo a la leche mientras aquel teléfono da tono y maldice que el vaso esté siempre tan caliente y el líquido tan frío.

Contestan:

—¿Estás sentado, Cañas?

—Estaba dormido y ahora sentado. ¿Qué pasa?

—Lo tenemos.

—Necesito que seas más concreto a estas horas de la madrugada. He abierto treinta investigaciones este año y, que yo sepa, no colaboro contigo en ninguna.

—Ha vuelto, Cañas —dice el subinspector—. Ha vuelto a Madrid dieciocho años después.

A Cañas se le cae el vaso al suelo. Su mujer chilla desde la habitación y él, como un autómata, empuja con su pantufla los cristales rotos bajo la nevera.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta después.

—Lo detuvieron en un bar de Usera tras liarse a tiros y puñaladas con dos macarras, de los chungos, además. Estaba borracho cuando

llegó la patrulla y se fue de la lengua camino a comisaría. Aún no puedo demostrarlo, pero seguro que es él.

—¿Irse de la lengua? Entonces no puede ser él.

—Es como si quisiese que lo detuviéramos y que supiéramos de quién se trata. Preguntó por ti al llegar aquí. «¿Sigue Alfredo Cañas buscando a su fantasma?», eso dijo. Luego no ha vuelto a abrir la boca. Parece que se le pasó la borrachera desde que entró en los calabozos, caería en la cuenta de que estaba encerrado y se ha convertido en el hombre que siempre fue según tu investigación.

—Que nadie le ponga la mano encima hasta que yo llegue.

—Tranquilo, lo tengo durmiendo.

—¿Lo has colocado solo en la celda?

—Casi mata al dominicano que entró con él. Se metieron los compañeros del turno de noche a separarlos y el otro mide dos metros, así que está solo en la celda… Cañas, consigue hacerle esa prueba y lo tienes.

—¿No le tomaste las huellas?

—Acabo de contarte que estuvo cerca de cargarse a un tipejo enorme. Era imposible controlarlo en aquel momento. Esperamos a que llegues, le damos los buenos días y procedemos con las huellas. Como si tengo que colocar a diez policías a tu lado en la salita de interrogatorios, es tu caso y te mereces cerrarlo en persona.

—Eres un jodido optimista —dice Cañas, que suele preferir el pesimismo—. Me pones el corazón a doscientos y seguramente te equivocas. ¿Sabes cuántas veces he escuchado que lo teníamos?

—No se trata de otro estúpido de los que detenemos a diario, de esos que firman cualquier declaración para salvar su culo cuando, en realidad, solo admiten nuevos delitos. Se trata de alguien muy

diferente. Además, ha envejecido mal y tendrá un par de retoques en la cara, pero diría que se parece a las fotos. La mirada, el gesto torcido… De verdad que creo que lo tenemos.

—Llamaré a los de la científica. —Cañas vuelve al salón—. Quizá cotejen los resultados con los del registro antes de media mañana.

—Los tendrán a tiempo de ser tú el que hable con ellos.

—Vete con cuidado ahí mientras —dice Cañas—. Aún no eras policía cuando sucedió aquello y no sabes de lo que es capaz.

—Lo he leído muchas veces.

—Pero yo lo viví. —Cañas cuelga—. Mientras otros morían.

Pronto para concluir nada, pero el subinspector es un profesional fiable y le ha relatado algo que, aunque siempre pareció posible, ahora habrá que resignarse a que también será contradictorio. A los cuarenta y seis años, Alfredo Cañas ya no se empeña en intentar controlar las incertidumbres. Y eso le servía hasta aquella llamada. Se mete en el lavabo, abre el grifo y se echa el agua fría por la cara que lo sitúa en el día que queda por delante. Aquel gran bigote mojado a salpicones. De vuelta al dormitorio, observa a su mujer apoyada en el cabecero de la cama. Su rostro alargado, ojos negros y profundos, labios voluminosos. Es evidente que todavía es guapa y que gimoteaba, aunque quiere disimularlo.

—He escuchado el final de la conversación —dice ella—. ¿Es él?

—Puede que sí, o quizá solo es alguien que sabe algo… —Cañas suspira—. Tal vez el subinspector se equivoca.

Ella monta el labio superior sobre el inferior. Escucha a Cañas atenuado por los tapones en las orejas, pero la noticia grita en su cabeza. Se lleva las uñas a la boca y empieza a roerlas. Al contrario que su marido, deseaba que nunca se reabriese el caso.

—Si no es él, todo volverá a la normalidad enseguida —dice Cañas—. Te juro que me había olvidado de este asunto.

—No lo has olvidado ni un segundo desde que ocurrió.

—Cariño…

—Te pedí cientos de veces que esperásemos a que todo aquello pasase antes de intentar tener hijos. Me casé con la sombra del hombre del que me enamoré, porque solo existía esa investigación en tu cabeza. Cuando estabas en Madrid, hacías jornadas de dieciocho horas. Cuando te mandaban por medio mundo buscándolo, apenas recibía una llamada a la semana. Hasta interrumpimos nuestra luna de miel.

—Ese reproche otra vez no.

—Ese reproche sí, que hace mucho que no lo escuchas. —Se quita los tapones—. Interrumpimos nuestra luna de miel porque te dieron una pista falsa, una tontería sobre que alguien había invertido dinero en una plantación de yuca en… Ni sabíamos dónde era en un mapa. Luego estaba embarazada de cinco meses y ni te veía. A continuación vino el cáncer y, por mucho que anduvieses resignado por casa, gané esa lucha sin ti.

Cañas le hace una carantoña en el muslo. Discrepa del concepto de cáncer como lucha. Solo faltaba que su mujer, entonces calva, sin cejas, vomitando a todas horas, se representase como una perdedora por no superar la enfermedad. En el resto, Cañas acepta que tiene razón. Fue un egoísta metiendo a alguien en su vida cuando solo pensaba en el caso de Toni Vargas y ella, siempre fiel, también pagó las consecuencias.

—Se solucionará rápido. —A Cañas no le queda más remedio que recuperar su voz acostumbrada a mandar, se incorpora y abre el

armario de la habitación—. Te prometo que de hoy no pasa.

Descuelga su traje de felpa, la corbata verde de la buena suerte y le engancha el escudo policial que pertenecía a su mentor, Jiménez. Se quita el pijama, lo dobla bajo la almohada y se viste con unos pantalones caqui y una camisa blanca. La americana y la corbata las lleva en la mano para ponérselas frente al espejo del salón. Entonces parece que las prendas pesan demasiado. Lo invade un repentino cansancio, tal que, asimilada la noticia, se desparramara sobre él la angustia de dieciocho años. Aún aturdido por lo que cree su destino de policía, por una esperanza maldita, cadavérica. Pero lo disimula. Lo disimula como le ha enseñado su rango. A comisaría irá aquel que adquirió hechuras de ídolo en esa persecución, el profesional irónico y distante con los que lo rodeaban, como si desde que entró en el cuerpo de policía no acabase de creer que andaba en buena compañía y que muchos finales nunca son, por supuesto, el final de nada.

—Se lo debo a dos personas —dice Cañas a su mujer—. Bueno, a tres.

Odiado Madrid:

Me llena de orgullo y satisfacción que me hayan declarado el enemigo número uno de la policía. Los agentes que han prometido no vestir más la armadura de la dictadura ahora se quejan de que son incapaces de detenerme sin ella. Deberían agradecer el alcance de mi obra, porque por primera vez los critican por otros motivos de los habituales. Todavía no comprenden que el Ángel Azul tiene la legitimidad de una turba enfurecida. ¿Y cuándo la han tenido ellos? Pueden inventarse su pasado a conveniencia, pero les aseguro que la buscarán como sea para sobrevivir en el futuro. Si no la consiguen, estos funcionarios aún guardan sus toallas sucias en las taquillas de comisaría, dispuestos a extenderlas en una tira sobre las gargantas de los detenidos y a saltar sobre ellas por turnos.

Derechos, libertades, justicia… ¿y la buena tortura?

Aunque su incompetencia como investigadores es la que da sentido a esta nueva carta, les recuerdo también aquí que continúo cumpliendo mi misión.

Se equivocan representándome en las noticias como un profeta loco, declamando desde lo alto de cualquier montaña y proyectando una sombra de pesadilla. ¿No comprenden la ironía de mi nombre? Creen en Dios los que menos motivos tienen. Los parias están convencidos de que, por mucho que hayan sufrido, aún puede ocurrirles algo peor si no rezan frente a una cruz. En España, los militares mantuvieron a los curas sobre sus púlpitos para que se encargasen del adoctrinamiento, para que hoy consolaran a los padres con que, si mato a una de sus dos hijas, también podría haber matado a la otra.

Gracias, muñecos de cera, por evitarles un mal mayor.

María,

Cristina,

Eva,

Isabel,

Elena,

Carmen,

Mercedes.

Ayer visité la tumba de una de mis chicas preferidas.

Quería saber si sentiría algo al enfrentarme a ella otra vez. Una semana más tarde, el santuario ofrecía una imagen diferente a la original con las flores mustias, las velas consumidas, los muñecos de trapo hechos jirones, la lápida embarrada, en la que ni podía leerse su apellido. Una muestra de los efectos del tiempo inmediato. En eso nos convertimos días después de las lágrimas, del homenaje de un féretro, del discurso sobre el más allá que viola todas las leyes naturales. Así que debo descarnar todavía más su sufrimiento para que dejen de buscar un refugio que no existe.

Aunque en los últimos días me duelen las críticas de este periódico.

¿Por qué solo mujeres?

¿Por qué no mato a los que ocupan los altos cargos?

Esta elección nunca fue una muestra de cobardía y soy el primero en sufrir los problemas prácticos de mis circunstancias. No tengo familia, no tengo amigos, no puedo trabajar, porque a todas horas buscan encerrarme para siempre. Lo fácil sería amenazar a esos señores del gobierno y convertirme en otra pieza sobre su tablero. Entonces, unirme a su juego, a sus reglas, a sus trampas.

Pero soy el asesino que merecen y no el que les interesa.

Jamás me presenté como otro criminal pidiendo el cariño perdido en la infancia, igual que los caníbales que en los últimos tiempos reivindican el derecho a vivir a su modo. Si estuvieron enamorados, reconozcan que en algún momento tendrían que pensar en acabar con la persona que les

provocaba esa angustia. Un asesinato es la muestra más elevada de pasión y por eso para el Ángel Azul cada mujer es eterna.

Las amo como nadie las ha amado.

Muertas, muertas, muertas.

¿Los oyen? Ya vienen esos lobos aulladores. Miro al horizonte y los encuentro sentados sobre sus cuartos traseros en aquellas rocas, piedras talladas con espirales, ruinas de civilizaciones, huesos y polvo. ¿Los oyen o no?

Yo los oigo.

No hay otro destino que mi estilete.

A A

1978

6/12 18:15

«Que aquella tarde Marta Electra levitó».

Marta contempla el bajo Fender.

Brillante, clavijas impecables, cuerdas a estrenar.

Todavía está aturdida por lo que sucedió ayer en comisaría y que, por mucho que le pese, no piensa contarle a Pitu. ¿Confesar que firmó una declaración contra el hombre que vieron con los ultras del campus y que, aún más, tropezó con ella la noche del concierto, dejándole una prueba de ser el autor del tiroteo de Malasaña? Repite la pregunta en su cabeza y piensa que, si llega a ser Pitu el que apareciese con esa locura, le gritaría hasta perder la voz.

Y luego lo ayudaría.

Aunque Pitu será muchas cosas, algunas mejores que otras, pero no un chivato que tiene escoltas a tiempo completo, como esos cargos políticos en una emergencia nacional que a ella le causa el mismo asco que sus protagonistas. A Marta solo le consuela que la otra situación era objetivamente peor. Por ejemplo, la cárcel le hubiera impedido contemplar el bajo resplandeciente, tirado boca arriba en la cama. A saber de dónde y a cambio de qué lo habrán sacado, pero nada del trueque importa viendo en ese momento cómo brillan las cuerdas, la pintura y la tornillería.

La secuencia anterior fue así.

Pitu recogió a Marta en su casa con el ciclomotor. Le dijo que tenía una sorpresa y le rogó que se levantase de la cama para vencer la, también extraña, resistencia de su madre a que saliese a la calle. Al final, tras mucho insistir, consiguió que se montase en el Vespino. Por el camino casi atropellan a una pareja que empujaba un carrito en aquel boom de la natalidad, de vuelta a una de las viviendas de protección oficial que se asignan en un Madrid de repente lleno de oportunidades y destinos, recién nacidos y modernos traficantes de heroína. Marta pidió a Pitu que, por favor, dejase de conducir como si acabaran de dar un palo. Entonces las farolas de hierro comenzaron a titilar. Poco a poco, iluminaron las aceras mientras los seguía un coche con policías de paisano, que dejaba otro vehículo entre medias para que nadie lo considerase sospechoso. La pareja llegó sin inconvenientes a la calle de la Ballesta, a la buhardilla de cuarenta metros cuadrados que Pitu comparte con el guitarrista y el batería del grupo, que ya tiene, en palabras de Manu, a una bajista increíble.

Ahora, el instrumento continúa sobre la cama de la habitación.

Marta aún no se atreve a tocarlo.

Endurece los párpados, intentando discernir qué parte de esa historia no se ha resuelto y qué parte será un mero trámite. Pitu coge el bajo y le pasa la cinta por el cuello. Queda a medida de sus brazos fibrosos. Marta toca varias notas al aire con la tercera cuerda y, de un arranque, sus dedos pisan los primeros trastes a toda velocidad. Pitu le pide calma con las manos y rompe aquel clímax. Necesita más volumen, mucho más. Corre a la habitación del

guitarrista para traer un amplificador Marshall y lo conecta al bajo mediante un cable de metro y medio, así que Marta vuelve a marcar el ritmo a la vez que gira el selector del bajo.

Un acople del amplificador.

Marta separa el cable con el pie y deja de pitar.

Su melodía ya truena a noventa decibelios.

Los otros dos integrantes de Histeria llegan a la buhardilla con latas de cerveza. Las meten en el congelador, creyendo que esta vez se acordarán de sacarlas antes de que exploten, cogen una pipa de marihuana de la salita y se encaminan al dormitorio, guiados por el sonido. En la habitación, encuentran a Pitu sentado con las piernas dobladas sobre el suelo. El guitarrista y el batería también se sientan así, qué otra cosa hacer, no hay sillas. Encienden la pipa y aspiran el humo de la poca yerba que queda. Pitu oye aquel ruido incluso por encima del bajo de Marta y la carga con otro pellizco de marihuana. La enciende de nuevo, aspira la sativa, guarda esa calada en los pulmones durante un minuto y la exhala proyectando anillos de humo. Dobla la lengua y dice que le sale un triángulo isósceles. Los demás le preguntan cómo está tan loco. Él cubre el pitorro de la pipa para observar las volutas en el interior. Cambian de forma igual que un caleidoscopio. Un triángulo, ahora sí, seguro.

Pitu teatraliza aquello como su venganza contra la jornada laboral de cincuenta horas, de lunes a viernes, cada día lo mismo. El trabajo que odia organizado en torno al castigo de que cualquiera es prescindible y de que así cualquiera trata de volverse necesario, aunque sea llegando puntual. Cree que las personas gobernadas por su sueldo son las mismas gobernadas por la fe cristiana en la que fueron educadas.

Y en la que él escupe a cambio de otra calada.

Dum-dum-dum.

Marta progresa al tercer traste con el pulgar en la última cuerda, logrando que suene como un contrabajo de orquesta, mientras el índice y el corazón bailan en las dos primeras a una velocidad imposible. Pitu sube el volumen del amplificador y la rueda marca el segmento de los tímpanos rotos. Caen desconchones de la pared a la vez que el instrumento retumba en sus cuerpos con ciento cuarenta decibelios. Los chicos se ponen en pie y comienzan a botar, chocando las espaldas a cada salto.

Sus bocas abiertas, sus pupilas dilatadas.

S A T I V A Z O.

Cuando se sucede un duelo de bailes.

El guitarrista mueve los brazos como un pollo y el batería representa una balanza con las manos, entreabriendo la boca porque el aire de la izquierda pesa más. Pitu toca una lira imaginaria mientras agita su cresta, después simula un desmayo y repta por la moqueta con los brazos pegados al tronco.

Y entonces Marta levita.

Lo que siempre jurarán los otros miembros del grupo.

Que aquella tarde Marta Electra levitó.

6/12 17:23

«Ayer nadie recordaba mi nombre».

Cañas repasa mil quinientas fichas de delincuentes madrileños.

Cuánta cara torcida encuentra, cuánta atrocidad consignada. Los cajetines azules que las guardan llenan una habitación en bloques apilados. Sobre la mesa, un café doble, un paquete de Ducados y un cenicero de cristal donde ya hay ocho colillas.

Cañas se encerró en esa oficina desde que Marta firmó la declaración contra el hombre de la furgoneta. Busca un parecido razonable a los trazos que dibujó el que tiene mejor mano en la brigada: cara con limaduras, nariz ganchuda, ojo derecho algo cerrado y pelo a cepillo. La pista que despeja más dudas al investigador es su relación con los ultras del campus. En cuanto coteje las fotos, Jiménez ha ordenado a Cañas que acuda con otro compañero a formularles las preguntas adecuadas a esos chicos. Otro compañero que no será Germán, cuyo rol queda relegado a simples labores administrativas en el asunto de los turcos. El inspector separó a la pareja cuando leyó «ultras» en la declaración de Marta, pero la noticia no ha sido comunicada en su totalidad, como es costumbre en el mando. Jiménez optó por una política de hechos y silencios, evidencias y sobreentendidos. Está ante su oportunidad de solucionar varios problemas a la vez: si siguiendo a Germán llega a los que corrompen a la policía, limpiará parte de su brigada y de su futuro.

El problema es que Cañas, su nuevo investigador preferido, admita que un compañero al que aprecia sea sospechoso de todo; de soplón, de mamporrero, de deshonesto, de creer que sigue en un tiempo y lugar pasado, de encubrir la mezquindad como ideología y justificarlo en fines mayores que el bolsillo. «¿Cuánta lealtad crees que le debes?» fue la pregunta más tramposa del inspector. Y, después de repasar cuatrocientas fichas, Cañas aún no sabe qué contestar sobre su amigo. La palabra también es amigo y no otra. Germán tiene su amistad, aunque sea deficitaria, con taras, a punto de ser descambiada a la fuerza. La tiene.

Llaman a la puerta de la oficina.

—Pasa —dice Cañas, leyendo la ficha 406—. Quien coño seas, puedes pasar.

Entra otro investigador de la unidad. Ni de los mejores ni de los peores, simplemente un hombre que requiere que se pongan a su nivel y le rían algunas gracias. Flemático y con un concepto poco elevado de la justicia, salvo por la paga extra de Navidad. En definitiva, soportable para sus superiores como muchos de los policías convencidos de que, a esas horas, sus vecinos solo quieren llegar a casa sin que los atraquen y comprobar que la televisión continúa en el salón.

—Me envían para ayudarte.

—Por fin. —Cañas empuja varios cajetines de fichas por la mesa —. A buen ritmo, no te llevará más de tres horas.

—¿Has estudiado todas las apiladas en el suelo?

—Dos veces.

El otro investigador corre una silla y se sienta.

—Con que es cierto lo que cuentan de ti.

—No sé qué cuentan —dice Cañas—. Pero ayer nadie recordaba mi nombre.

—Y hoy seguro que notas el murmullo de admiración cuando pasas.

—La verdad es que no.

—Mucho mejor. —Ese investigador le coge un cigarro de la cajetilla y lo enciende con un Zippo—. El truco para que te respeten en este equipo es que no se te suban los humos. —Exhala los suyos —. Y tranquilo, enseguida me pongo a mirar fotos de tipos feos contigo.

Jiménez suele animar a su brigada con que dentro de poco aquellas fichas se almacenarán en computadoras. Y no serán armatostes gigantescos y llenos de cableados, de los que muestra Telefónica en su publicidad, sino unidades pequeñas, provistas de pantalla y teclado, con información extraíble en cachivaches semejantes a los vinilos de música. A sus hombres les parece que el inspector delira cuando los alecciona sobre el futuro y, en ocasiones, sobre el presente. Piensan que un mando que camina por delante de su época siempre acaba frustrado y más si los subordinados prefieren vivir día a día.

El otro investigador descarta su cuarta ficha.

—¿En serio alguien puede ganarse la vida en Madrid como asesino profesional?

—En este Madrid todo parece posible —contesta Cañas—. Es lo que nos prometen los nuevos políticos, ¿no?

—Antes debías dedicarte a otras cosas para ganarte un buen dinero a final de mes. Robos a bancos, drogas, extorsiones, lotería ilegal…, negocios así.

—Nuestra investigación implica mucho de eso. —Cañas agita la ficha que tiene entre manos tras leer que el asesino fue ejecutado en 1971—. Pero lo que temo es que ahora haya muchos aficionados que se vuelvan de gatillo rápido y a los profesionales solo los llamen para trabajos de altura.

—Los muertos de Malasaña o los turcos de Ciudad Lineal.

—Lo de los turcos da miedo. Bombas de humo, armas automáticas y aquel cadáver dando vueltas en un gancho de carne… Parecía obra de las fuerzas especiales de un ejército y, sin embargo, estoy convencido de que se relaciona con el caso del tiroteo en Malasaña.

El otro investigador se queda embobado en un trozo de cartón con anotaciones, tan antiguo como una fotografía en sepia. Arriba, la foto de un bigotudo que se dedicaba a los timos, el buen trilero y dónde está la bolita. Mientras, Cañas le advierte de que, por el código de la calle, la solución para acabar con personas tan malas es contratar a personas todavía más malas. Y que esas se llevan por delante a cualquiera.

—Un psicópata como el Ángel Azul siempre será inevitable —dice Cañas como resumen—. Lo que sucede con el asunto de Toni Vargas es evitable y tenemos que pararlo cuanto antes.

—Te veo preocupado.

—Estoy preocupado.

—¿Por qué tanto, Cañas? Quiero decir, de momento solo hay algunos cadáveres de chusma y un par de recortes de prensa. ¿Piensas que ocurrirá algo mucho peor si no conseguimos pararlo?

—Me encantaría consultárselo a Jairo.

Transcurren veinte minutos.

El reloj marca las seis de la tarde y el otro investigador ya repiquetea los dedos sobre la mesa. Después extiende el brazo en el respaldo de la silla. No parece agobiado por las urgencias del caso ni por archivar el pasado para mirarlo unos segundos con cara de asco. Tararea una melodía con fingida abstracción. Es su forma de molestar a la gente que lo desespera y que supone que por lo mismo debe ser molestada.

—Tengo hambre, Cañas. —Buscaba la mejor forma de introducir su frase—. Llevo desde el mediodía con una macedonia en el estómago.

—Bien.

—Voy a por un bocadillo de jamón al bar de enfrente.

—Bien…

—Te ponen el pan con tomate y aceite, como los catalanes. Una virguería.

—Me hago una idea.

El otro investigador se levanta con los brazos en jarra.

—¿Entiendes el idioma de los que trabajamos aquí? —pregunta—. Lo que te pido es que me cubras un rato si aparece Jiménez. Esta tontería de mirar fichas y comparar caras con un dibujo… Que nos deje salir a la calle a hacer lo nuestro y verá los resultados.

Cañas ni le contesta sobre los resultados, como los que no han estado ni cerca de conseguir. Piensa lo significativo de que aquel investigador no se comprometa con los demás y vuelve a coger los cajetines que le había dado. Los estudiará él mientras ese bocadillo se estira con un chupito de sol y sombra, quizá dos, y apúntame el resto en la cuenta. Estas situaciones en la unidad a veces le dan

ganas de mandar su empleo a la mierda, con que intenta imaginar qué haría Germán si trabajase con un compañero que pone semejantes excusas, bocatas de jamón y macedonias mediante. Está seguro de que no armaría ningún escándalo, sacaría el trámite por sí mismo, se olvidaría del otro mientras no hablase mal de Ava Gardner y no apuntaría cuentas pendientes.

—¿Este es uno de esos silencios incómodos?

Cañas continúa sin contestarle.

—¿Qué sucede? —sigue el otro investigador—. ¿Tú no harías lo mismo con el estómago vacío?

Y al fin Cañas contesta:

—No exactamente.

Los investigadores del turno de día se marchan cuando los de la noche los sustituyen en las sillas calientes. Cañas acude al despacho de Jiménez con la mayoría de los cajetines repasados y, por tanto, malas noticias. La persona que busca no está en un trozo de cartón con fotos de frente y de perfil. Tampoco ha encontrado al otro muerto de la casucha de Malasaña, el que tenía aspecto de militar y dos balas alojadas en la frente. Corre la misma mala suerte con los ejecutados por la espalda y el merchero, aunque eso era más previsible.

—Me faltan unos cuantos cajetines por repasar —dice Cañas al inspector Jiménez— y ya no tengo muchas esperanzas. Hay personas con rasgos semejantes, pero sus historiales delictivos no encajan. He encontrado algunos ultras de perfil bajo, de esos que van por Madrid como si fueran soldados, aunque pocos anotados para los problemas que crean. Separé sus fichas por si acaban

siendo útiles.

—No esperaba que esto resultase tan fácil —contesta Jiménez sin ademán de frustración—. Solo es el protocolo que hemos de seguir.

—Lo cumplo a rajatabla, inspector.

—¿Qué tal la ayuda que te envié?

—Digamos que aún le quedan algunos cajetines pendientes.

—Irá mañana contigo al campus en busca de los ultras.

—¿Cuando dice mañana se refiere a dentro de siete horas?

—Eso es.

Cañas suspira con contención.

—¿Podría acudir solo? —pregunta después.

—Desde este año mis órdenes son trabajar siempre en pareja —contesta Jiménez, mirándolo de medio lado porque ha notado el suspirito—. Hoy en día cualquier situación se puede complicar. Acuérdate del agente encubierto al que mataron unos guerrilleros de Cristo Rey con una bola de pinchos, de esas medievales.

—Los ultras del campus deben de ser los menos peligrosos de la ciudad y dos policías alertarán al entorno, aunque vayamos de paisano. Los propios estudiantes nos harán el vacío. Recuerde cómo se comportó de inicio Marta Beltrán conmigo, y eso que soy el más joven de la brigada y todavía tengo poco bigote. —Cañas se acaricia el labio superior, aún en barbecho—. Quizá pase por un universitario cualquiera yendo solo.

Jiménez se regala unos segundos para justificar su cambio de postura.

—No te falta razón.

—¿Y me dejará hacer el resto a mi manera?

—Siempre que me informes y no entre en contradicción con la

mía.

—Gracias, inspector. Supongo que sin novedades de la testigo protegida.

—Ha ido al piso del novio en un ciclomotor. Después, el chaval, que tiene una cresta de indio mohicano, la ha llevado de vuelta al suyo sin incidentes. Al menos sabemos dónde vive el tal Pitu que no le gusta al padre. Desde luego, a mí tampoco me gustaría para mis hijas. Coloqué a dos buenos policías como escoltas, así que el único problema de nuestra testigo protegida sería que se cayese de la moto.

—Pero sus buenos policías están detrás del Ángel Azul.

Al segundo, Cañas se arrepiente de haber soltado aquella frase.

—¿Qué es lo que se comenta entre tus compañeros de esa investigación?

—Perdón si le he molestado, inspector. Ha sido… ha sido sin pensar.

—¿Qué es lo que se comenta, Cañas? A veces los mandos somos los últimos en enterarnos de los cuchicheos.

—Nada en particular.

—Cañas…

—Bueno —Cañas titubea y luego acepta la pregunta como una orden—, se comenta que la investigación la coordinan varios funcionarios de carrera, de los viejos y con métodos antiguos, pero nadie sabe quién la dirige. Todos los compañeros que conozco en el caso realizan diligencias secundarias, lo de patrullar esquinas, apretar a confidentes y vigilar a prostitutas. No puedo contarle más, porque no lo sé. ¿Le preocupa, inspector?

—Relativamente.

—En cuanto hay una investigación mediática, aquí cualquiera especula con lo bien o lo mal que se lleva sin tener ni idea de los detalles.

—Llegó el momento de enseñarte algo —dice Jiménez.

Indica a Cañas que se acerque al armario a su derecha. Luego, el inspector lo abre con el llavín que lleva colgado de la muñeca. Del interior saca un tubo de plástico, como los que contienen orlas de trescientos alumnos. Le quita la tapa mediante un pop audible y extiende sobre el escritorio un gigantesco mapa de Madrid, dibujado con puntos, ángulos, vectores, anotaciones al margen y asteriscos a seguir por la cara trasera. Cañas le ayuda a desplegar las esquinas y localiza Chamartín en la inmensidad de calles. Solo hay apostillas secundarias sobre esa franja. No había visto nada parecido, ni siquiera había oído hablar de algo parecido.

—El Ángel Azul caerá enseguida —dice Jiménez—. Es la primera vez que se hace un mapeo criminal en España. Ubicar las zonas rojas de delincuencia y el esquema geográfico de los asesinatos me ha ofrecido un patrón de cómo actúa el psicópata. Además, analicé su idiolecto en las cartas que envía a los periódicos, con lo que tengo su nivel probable de estudios y determinados usos lingüísticos en el Madrid de los sesenta. También conozco la marca de carrete que emplea y que la tecla S de su máquina se le queda pegada al rollo de tinta.

—Un trabajo increíble, inspector

—El Ángel Azul caerá enseguida —repite Jiménez—. No habrá una próxima víctima, porque sé dónde y cuándo irá a buscarla. —Pone el dedo índice sobre el mapa—. El fin de semana en la zona norte de Malasaña. Le daremos estas calles acotadas de margen y, después

de impedírselo, lo seguiremos a su casa, que también se sitúa cerca por estos recorridos circulares, pegaremos una patada en la puerta y recogeremos las pruebas para que no vuelva a ver la luz del sol. La máquina Underwood con la que redacta sus delirios será mi preferida. ¿Has visto cómo termina la última carta en el periódico?

—«No hay otro destino que mi estilete».

—Su destino está entre rejas y dentro de poco llevaré el estilete al juez.

—Lo tiene, inspector… Lo tiene.

—Y yo soy el único que dirige la investigación, así que te exijo total confidencialidad. Porque, además, desde hoy trabajas en otro caso paralelo al del ultra que escapó del tiroteo de Malasaña.

Cañas se repliega sobre sí mismo.

Lo único que quiere es que no mencione su nombre.

—En el caso contra Germán Moreda —dice Jiménez, mencionándolo—. Pero tranquilo, él no es el Ángel Azul.

7/12 12:08

«Todo ha sido personal».

El sol se eleva sobre la casa de Jairo.

Los primeros rayos del día atraviesan una sala de la planta baja, donde el capo tiene un gimnasio con mancuernas y bancos; dos sacos de boxeo, uno corto para puños, otro largo para patadas; una silla romana de abdominales y unas espalderas.

Jairo permanece colgado boca abajo de una barra de metal, luego invierte la posición y comienza sus dominadas por encima de la barbilla. Hace tiempo que compra la violencia de los demás, pero le gusta mantener la forma física. Recuerda cuánto le ayudó el boxeo en las peleas en el reformatorio, donde lo encerraron por robos de poca monta. Quinientos días que le cambiaron la vida, tal y como le decían los curas, porque dentro hizo contactos y al salir organizó atracos hasta que entendió que el negocio del futuro eran las drogas, con sus enormes márgenes de beneficio, demanda inelástica y una dictadura sin policía especializada en narcóticos. Jairo se convirtió en una celebridad que manejaba cifras con seis ceros cuando los viejos atracadores se arruinaban cada pocas semanas. Casi necesitaban una franquicia para robar sucursales con tanta competencia, pero ¿cómo de malo seguía siendo atracar un banco en comparación con fundarlo? En cambio, las drogas se podían menudear donde hubiera demanda y a partir de ahí suministrarlas a los traficantes importantes de la zona.

Años después, Jairo volvió a la choza de su padre y se llevó a Toni para que no repitiese sus errores. El nuevo filón de la heroína era la mejor oportunidad. Detenerlos conllevaría una investigación trabajosa, fuera de las persecuciones en coche y tiroteos a los que estaban acostumbrados los agentes. Los policías no sabían pasar su jornada haciendo vigilancias remotas, comprobando registros de la propiedad o interceptando llamadas con un programa reservado para las intrigas del CNI, los militares y su jefe, el Rey. Ni polis buenos ni polis malos. Se requería de otra clase de polis.

Sí, era la mejor oportunidad.

Y gracias a eso ahora Toni está muerto.

Fue rico, engreído y conducía un coche con llantas de aleación, pero está muerto. Jairo no puede discutir con el destino: es lo que le sucedió a su hermano por salvaje, por salir cada noche a ver qué caía y con lo caído aguantar solo hasta la siguiente, como uno de esos viejos atracadores de bancos de los que se reían.

Jairo se descuelga de la barra. Coge unos guantes de boxeo, catorce onzas, cuero repujado. Todavía no se ha atado el primero cuando su asistente le pide permiso para entrar en la sala y se lo concede.

—Braulio da Costa ha llegado —dice el asistente, frotándose las manos llenas de sabañones—. Solo, como exigió.

—Y puntual como siempre —contesta Jairo.

—Incluso cinco minutos antes.

—Lo haremos esperar diez. —Jairo termina de atarse el guante derecho con los dientes—. Llévalo a la sala frente a la finca, donde montamos el velatorio.

—¿Será necesario todo lo demás?

—Está por ver.

—¿Me aceptaría un consejo?

—No —contesta Jairo.

Ya a solas, el capo encara un saco de boxeo y golpea suave con la mano desnuda, la izquierda, hasta que engancha dos golpes fuertes con la derecha. Lleva vendas compresoras en las muñecas para el síndrome del túnel carpiano.

No recuerda lo que es pegar sin dolor.

Directo, croché, directo.

Repite la misma combinación, pero esta vez el puño izquierdo es fuerte y oblicuo. Acompaña la respiración con un bufido a cada golpe. Baila sobre las puntas de los pies, uno, dos, hasta tres pasos atrás para volver al inicial de un salto. Cambia de guardia y tira otra serie idéntica, aunque al final impacta enloquecido con la zurda. En las últimas semanas todo lo que consiguió Jairo a veces también le deprime. Se pregunta si sus ambiciones se desenfocaron, si se convirtieron en un simple simulacro. Cuántas noches soñó con conseguir la corona y ya no puede dormir con ella puesta.

Directo, gancho, directo.

A Jairo le empiezan a escocer los nudillos. Su piel se cuartea a la altura del hueso y mancha el saco de sangre. Entonces aparece otra vez esa imagen que sugirió Tío Luis: un burro amarillo rebuznando en un descampado. Agita la cabeza para volver a aquella sala. Luego se desata el guante de la mano derecha, se pasa una toalla por el torso perlado de sudor y sube a la planta superior mientras deshace los enormes vendajes de las muñecas.

No recuerda lo que es pegar sin dolor.

Braulio espera a Jairo frente al cristal que da a la finca. Cuatro torretas con luces iluminan su perímetro como si fuera una cárcel, aunque aquí para que nadie pueda entrar sin ser acribillado. El proxeneta otea la jaula del puma, al que supone dentro de la caseta, porque no ha asomado el hocico en esos minutos. Está más nervioso de lo que le gustaría. El de las historietas que esconden tratos, el que siempre balancea activo y pasivo en sus cuentas y cuyo único compromiso es con el dinero, está nervioso. Necesita su habitual discurso, a veces lección, a veces charlatanería, para seducir a un oyente tan duro. Presentará a Jairo su mejor combinación de ropa, las botas de tacón cubano y ese aspecto de levantarse cada mañana encantado de conocerse. Pero, maldita sea, muy nervioso.

—¿Dónde tienes al puma? —pregunta Braulio cuando nota una presencia a la espalda—. ¿Dentro de la caseta?

—Podemos decir que está en su lugar —contesta Jairo—. Como todos mis animales… Cada uno en su lugar.

Braulio le ofrece la mano y Jairo la ignora.

—Cuánta intriga le has dado a tu visita.

—No es una visita cualquiera, Jairo.

—Entonces salgamos a dar un paseo.

—¿Podríamos hablar aquí? —Una inclinación de tronco—. Es diciembre.

—Salgamos, Braulio. Has dicho que no se trata de una visita cualquiera.

Jairo cruza el porche y el puma surge de la caseta. La secuencia trae malos recuerdos al proxeneta, aún puede escuchar el crujido de las costillas de Javi el Rojo. El animal estira las patas delanteras y maúlla, luego cabecea hacia el dueño en un gesto de colegas, de

esos que son muchos gestos en uno.

Braulio se tira del pañuelo que lleva anudado al cuello.

—Traigo novedades del asesinato de tu hermano —dice, tomando aire—. Sé quién está detrás de su muerte.

Jairo trisca los dedos de la mano derecha.

—No hagas estas pausas al contármelo.

—Implica a personas importantes.

—Vaya. —Jairo se da la vuelta y se queda de espaldas a la jaula —. ¿Qué soy yo, poco importante?

—No, perdona —contesta Braulio—. Me refiero a personas que no pertenecen a nuestro mundo.

—Ah, eso, nuestro mundo… Metralla también insiste en que mis negocios no toquen a las familias de dinero, a los políticos o a los funcionarios de aduanas. No acaba de creerse que esto de la democracia es una oportunidad para todos y que mi dinero sí es parte de cualquier mundo. Pero tú eres listo, tú lo crees y por eso vienes aquí para continuar creciendo.

—He venido porque te respeto, Jairo.

—¿No porque quieras subir otro peldaño en tu trabajo?

—Me gusta mi negocio y cómo lo llevo. —Braulio controla de reojo al puma—. Es malo subir tan alto si quieres durar.

—Y a mí me ves como a un pistolero escandaloso al que devolverán sus balas.

—No juzgo a nadie. —Sonrisa de oreja a oreja—. Solo conservo mi estilo.

—Reconozco que es muy tuyo. ¿Quién fue, Braulio? He apretado a todos los criminales de la ciudad para enterarme, de Alcobendas a Parla, y nadie ha respondido esa pregunta.

Braulio observa cómo aparece Metralla bajo el porche.

—Yo la responderé —dice luego, casi cantando—. Fue Miguel de la Torre.

—Ajá. —Jairo mueve la cabeza—. ¿Y quién demonios es ese?

—Un hombre del régimen y con muchos contactos.

—No tiene sentido, Braulio. La época de esa gente se termina en las calles.

—De la Torre es alguien distinto, mucho más inteligente que los demás. Viene de una buena familia y a día de hoy sigue poniendo los dedos encima de cualquier tarta.

—¿Por qué no lo conozco entonces?

—Sus tartas estaban en fiestas que no eran las tuyas. Yo le tuve que pagar varias veces para traer extranjeras a mis burdeles, sobre todo guineanas de las colonias, y que pasaran los controles como servicio doméstico.

—Esto es muy raro. —Jairo parece confundido con lo que escucha —. ¿Qué tendría un personaje así en contra de mí?

—Sospecho que nada personal.

—Todo ha sido personal.

—Incluso De la Torre está perdiendo poder con los cambios políticos y busca continuar siendo importante al precio que sea. Por esa razón aún compra a ciertos policías de Madrid, igual que yo.

Jairo entorna los ojos y muestra un mayor interés.

—No me digas que también tendré que buscar a un policía corrupto.

—A Germán Moreda, un matón de la antigua Brigada Político-Social que frecuenta mis burdeles desde hace décadas. Lo he sobornado de todas las maneras posibles y te aseguro que consigue

un sobresueldo señalando objetivos a De la Torre. Gracias a él ha reventado muchos sindicatos y sus despachos de abogados.

—Mira alrededor, Braulio, aquí no somos comunistas.

—¡Ni sé en qué se diferencian de los otros! —grita Metralla desde el porche.

—En realidad, a De la Torre nunca le fue tanto perseguir a comunistas como hacer dinero —dice Braulio, salivando de nuevo la boca—. Germán le asegura que la casa abandonada de Malasaña es un almacén custodiado por unos cualquieras. Negocia su comisión en un golpe sencillo y que nadie denunciará, en la peor de las situaciones él se encarga de joder la investigación policial. De la Torre le paga su parte y envía a sus hombres a robar la mercancía. Llegan allí y para sorpresa de todos, también tuya, está Toni a punto de vender una cantidad de droga mucho mayor. El resto…

—El resto solo es el resto, Braulio.

Como si no importase lo que sucedió a continuación, quién apretó el gatillo o dónde fue a parar la droga, Jairo deja esas palabras colgando y se gira hacia la jaula del puma. El animal atiende al diálogo apoyado en las patas traseras. Su dueño agita las llaves de la cancela y Braulio se afloja de nuevo su pañuelo al cuello.

—Te ahorraré que me expliques cómo has conseguido la información —dice Jairo.

—No tengo secretos para ti —contesta Braulio—. Bien lo vale la plaza de tu hermano que ofreciste aquel día.

—¿Cuando Javi el Rojo quiso ser más listo que nosotros?

—Ambos sabemos que aquel gañán merecía morir varias veces. No puedes ir por ahí con ese sombrerito de ala y ese pistolón si solo eres un tramposo. Bueno, tengo varias propuestas en Carabanchel

respecto a la plaza que me darás. Y sé que una palabra de un Vargas no es una promesa, es una…

—Conozco el final de la frase —lo interrumpe Jairo mientras entra en la jaula del puma—. También que no tienes secretos para mí y cómo seguiría tu explicación.

Braulio vuelve a mirar a Metralla.

—No te comprendo, Jairo.

—Palabra de un Vargas, te daré la plaza de Legazpi.

—¿Bromeas? Esa plaza es y será mía. —Braulio frunce el ceño—. Me la gané en los años sesenta cuando tú aún estabas en pañales.

—Pero en ella venderás mi droga a través de tus pobres putas. ¿O me equivoco?

Braulio da un paso a la derecha y se horroriza con la imagen de ese animal relamiéndose. Jairo lo ha burlado en su propio juego, lo ha descubierto mientras quedaba como un borracho de sobremesa, de los que cuentan chistes entre carajillos y codazos y luego no pagan la cuenta. Se ganó Legazpi a punta de navaja hace mucho, aunque al capo aquello siempre le ha sonado a una entrañable historieta de bandoleros. Para él ya no es tiempo de bandoleros, es tiempo de gángsteres.

—Quiero el triple del porcentaje que le cobro a los demás, Braulio.

—Tendrás mucho más si dejas que me vaya, por favor.

—¿Le dejamos? —pregunta Jairo al puma.

—No debes matarme. A mí no, a mí no… —Braulio hace ademán de enumerar las razones con los dedos—. Puedo serte muy útil. Conseguiré todas las direcciones de Germán Moreda y de Miguel de la Torre. Cualquier… cualquier cosa que me pidas para joderlos.

—Las conseguirás y hoy dejaré que te vayas. —Jairo le rasca la

oreja a su mascota—. ¿Entiendes cuál es la diferencia entre tú y este bicho?

Luego hace saltar al animal contra la jaula.

Sus colmillos quedan a un metro de Braulio, que no consigue moverse.

—Un puma, incluso uno manso, siempre sabe que es un puma —dice Jairo.

Espera a que la última afirmación haga efecto y permite que Braulio se largue a la carrera de la finca, haciendo aspavientos de agradecimiento. Entretanto, el animal ruge en la jaula y Metralla ríe en el porche.

7/12 19:53

«¿Cómo lo sabe De la Torre?».

Bam Bam cierra sus dos mochilas cuando aporrean la puerta de la habitación.

Continúa a lo suyo, ordenando billetes y armas, pero insisten con más golpes y le queda claro que alguien sabe que está dentro. Se acerca a la puerta por un lateral, fuera de la trayectoria de un tiro, y pregunta qué sucede a media voz, como si en verdad no pretendiera escuchar a nadie. Al otro lado, la encargada de la pensión le contesta que ha llegado un médico para verlo. Bam Bam observa la mochila con sus pocas prendas de ropa y sus pistolas. A continuación, la otra mochila, la de los treinta millones de pesetas que le pagó Braulio cuando recogieron la heroína. A Bam Bam le quedaba desaparecer y, a punto de rematar el plan, abre la puerta a un joven con barbita de recién licenciado, conjunto de popelina y maleta de cuero. La primera reacción del médico es negar con la cabeza por el aspecto del ojo. La de Bam Bam, ordenar a la encargada de la pensión que se largue.

—Está peor de lo que me habían contado. —El médico se pone unos guantes de látex—. Déjame examinarlo.

Bam Bam acaricia su puñal escondido en la bota.

—¿Tardarás mucho?

—¿Vas a algún lado? Porque no llegarás muy lejos a no ser que te dirijas a un hospital. Y si De la Torre me ha llamado, lo último que

quieres es un hospital. Había quedado contigo en que vendría a verte, ¿no?

—Algo así —contesta Bam Bam—. Hace unos días.

Después piensa que quizá el médico es otra de tantas personas por las que hay que pasar. No debe aparentar prisa, con casi dos mochilas a la espalda, cuando además el contorno del ojo se le ha quedado morado. Se sienta y el médico le masajea el párpado con dos dedos y dibuja una mueca de mal pronóstico. Luego pulsa los abridores de su maletín: apósitos, jeringuillas, botecitos e instrumentos cortantes en bolsas esterilizadas. Coge un fonendoscopio con luz y lo oscila encima del ojo infectado. Definitivamente es algo semejante a un médico para Bam Bam.

—Síguela.

Derecha, izquierda.

Bam Bam la sigue, ahora arriba, ahora abajo, con dificultades. El médico le presiona el lagrimal con una pequeña maza y saca el pus que recoge con un clínex. Lo desecha en una de las bolsitas esterilizadas. Repite la operación varias veces hasta que baja la inflamación.

—Chapa y pintura para empezar —dice—. Hay un par de úlceras, como si se te hubiese incrustado arena bajo el párpado y terminara por rasgar la esclera. ¿Quizá mucho tiempo en la playa?

Bam Bam, aliviado tras la cura, no le contesta.

Solo se pregunta si De la Torre ha descubierto la verdad.

—Te pondré una inyección antibiótica en el párpado —dice el médico—, después un calmante. También te dejaré unas gotas que debes echarte por la mañana y por la noche. En tres días verás bien, pero a partir de ahí, si la úlcera más grande no se corrige, tal vez

debas someterte a una cirugía.

Bam Bam observa cómo el médico prepara la jeringa.

—Te va a doler un poco. —La aguja en el aire—. ¿Listo?

—Inténtalo —contesta Bam Bam, que ha visto suficiente.

El médico lo mira, un tanto extrañado por la respuesta, y aguijonea un bote de sustancia incolora y densa. Llena el dosificador. La lengua descolgada de la boca, tal que desarrollara un gran esfuerzo. El líquido colma la barra métrica de mililitros y Bam Bam desvía la mirada al ventanuco de la habitación, tapado con un saco de cordel. Tiene una panorámica a un patio lleno de herrumbre.

—¿Cuánto llevas trabajando para De la Torre?

—Mi padre ya servía a su padre —contesta el médico—. Serró muchas piernas a sus órdenes en la guerra. Con lo del Alcázar… Fue de los primeros en entrar en Toledo cuando los republicanos huyeron. Después ejerció como médico militar y pasó consulta con su familia. Yo continúo sus pasos, pero sin colaborar con el ejército. No pagan igual que antes. Llevo tres años extirpando balas, cosiendo navajazos y drenando hemorragias. Y es la primera vez que hago de oftalmólogo para De la Torre. Los encargos suelen ser…, en fin, te imaginas.

—Diferentes.

—Muy diferentes. —El médico duda un instante sobre si seguir o no con la conversación—. No nos habíamos visto antes, ¿verdad?

—Llevaba años fuera de Madrid.

—Nunca olvido la cara de un paciente.

Se acerca con la jeringuilla.

A Bam Bam no le importaría tener una mano con pocos dedos, una oreja cortada, un ojo tumefacto para siempre como aquel. Son

las cosas que ha encontrado alrededor desde niño, cuando no había espejo en casa porque tampoco había vanidad, pero ahora, con la excusa del pinchazo, no dejará de mirarse en uno para considerar su deducción. Se levanta hasta el cristal encima del lavabo y corre la cortinilla que lo separa del catre.

—Atenderías a los del atraco al banco de Gran Vía —dice Bam Bam—. Lo comandó Eulogio en el verano del 76. Era la operación del año para De la Torre y acabó en una carnicería.

—A veces me bailan las fechas con tantos atracos —contesta el médico—. Menos mal que estamos dejando eso, ¿eh?

—Uno de los nuestros recibió un disparo en la cadera y otro en el hombro.

Bam Bam tira del visillo y comprueba la reacción del médico.

—Ya caigo. —Es su reacción cara a cara—. Extirpé ambas balas y recuerdo que la del hombro se llevó por delante la clavícula.

—Eulogio tuvo un mal día en la oficina.

El médico persigue a Bam Bam por la habitación.

—Estate quieto para la primera inyección, por favor.

Bam Bam se gira con una expresión más relajada. Se limita a darse por satisfecho con el diálogo. Sabe que alguien inocente nunca dispone de coartadas, porque tampoco piensa que un día pueda necesitarlas.

—Ese banco lo atraqué yo en el año 74 —dice—. La sucursal cerró meses más tarde y los heridos fueron detenidos allí mismo por la policía. Aún están en la cárcel.

—Me he debido de equivocar de año. —El médico enarca las cejas —. ¿No hubo otro igual en el 72?

—Eulogio me esperaba con el coche en marcha.

—Eran… eran tiempos de mucho trabajo para todos.

—Y ni te conocía a pesar de eso. En fin, tenías que haber hablado un poco menos y tal vez hubieras estado más cerca de conseguirlo.

Bam Bam le retuerce el brazo y hace que se caiga la jeringa con un crujido del codo. Tira al falso médico en la cama, coge la inyección y se la pone al cuello. Aquel hombre palpita de miedo. Su problema ha sido que fingía con tanta convicción que ha acabado sintiendo lo que fingía; de ahí vienen los descuidos, los cabos sueltos.

—¿Cuánto tiempo vivirás si te pincho esto? —pregunta Bam Bam, encima de él.

—Estás loco…

—La primera vez que dices la verdad. —Bam Bam le hace sangre en la barbilla con la jeringa—. Solo saldrás de aquí si me cuentas qué hay en la inyección y qué órdenes te dio De la Torre.

—Espera, Bam Bam.

—Una posibilidad siempre ha sido mejor que ninguna.

—Espera, joder. —Cuando nota el pinchazo en la nuez—. Me dijeron que fuiste tú el que se cargó a Toni Vargas.

—¿Cómo lo sabe De la Torre?

—Solo soy un mandado que acaba de llegar a la organización.

—¡Que cómo lo sabe!

—Se lo filtró la policía, como siempre —sigue el hombre, cada vez más asustado—. Una chica firmó una declaración contra ti y le han asignado escolta policial. Es toda la información que tengo.

—¿Una chica?

—Muy joven.

Bam Bam aparta la inyección y se pone en pie.

Se acaba de dar cuenta de que perdió aquel pendiente cuando pinchó la rueda.

—¿Y te has sacado la carrera de Medicina? —pregunta luego, como si no hubiera sucedido nada muy grave entre ellos—. Porque lo parece.

—Trabajo para De la Torre en cosas como las que te he contado. —El hombre intenta cuadrar su respiración sobre la cama—. Soy veterinario.

—Veterinario.

—De animales pequeños.

—Reconozco que con De la Torre se pueden aprender muchas cosas, a mentir también. ¿Qué había en esta inyección?

—Lo de que quizá necesites cirugía no es cierto.

Bam Bam mueve el brazo con la aguja.

—¿Prefieres volver a lo de antes?

—Vale, vale. —Con una inclinación de cabeza—. Había una toxina botulínica.

—¿Botu… qué? —Bam Bam chasquea la lengua—. Tengo que aprender algo sobre venenos si quiero continuar trabajando de lo mío en el futuro. ¿Cuánto tiempo me hubiera quedado?

—Es un concentrado de laboratorio, así que alguien de ochenta kilos muere en un minuto. Pero juro que es indoloro.

—Y que solo cumplías órdenes.

—Al fin y al cabo, tú hacías lo mismo, ¿no?

—Y siempre acepté los riesgos. —Bam Bam presiona el émbolo de la jeringa y salen dos gotitas de la aguja—. A ver cuánto te queda a ti según esos cálculos.

Se lanza encima de él y le clava la jeringuilla en la garganta.

—Me lo habías jurado —dice el hombre, intentando sacarse la aguja—. Me lo habías jurado, cabrón.

Bam Bam observa cómo aquellas extremidades empiezan a convulsionar.

—¿Y qué? —pregunta al cuerpo cuando deja de moverse en veinte segundos.

Esta vez no ha dicho la media verdad, en consecuencia, tampoco la verdad a fin de cuentas, pero el primer embustero fue el muerto. Ya no tiene forma de deshacerse del cadáver y De la Torre habrá apostado a sus hombres fuera de la pensión. Matarlo en público continúa siendo mucho mejor que no matarlo. Bam Bam saca la cabeza por el ventanuco y vuelve a comprobar que el patio comunica con el edificio de al lado. Una escalada por las tuberías y saldrá a pocas manzanas de allí con sus dos mochilas, con todo por delante. Imagina que el agente corrupto será Germán Moreda o cualquier otro de la lista que maneja su jefe, y que entorpecerá la investigación tanto como pueda, pero él no se quiere marchar de Madrid con una orden internacional de detención. Acepta que lo busque De la Torre durante un tiempo, acepta que lo busque Jairo durante más tiempo si Braulio se comporta como espera. No aceptará que la policía lo persiga durante décadas y que no le permita disfrutar de su dinero a miles de kilómetros de distancia, como los paranoicos a los que Puño Patriota ingresa unas pesetillas para que se los coman los mosquitos en las selvas. Ni siquiera intuye cómo es vivir sin cumplir órdenes y no renunciará a probarlo por una testigo entrometida.

La deducción es tal que así.

Si se escapa con la chica viva, será un fugitivo.

Si se escapa con la chica muerta, será un millonario.

8/12 10:17

«¡Gallo de pelea!, ¡gallo de pelea!».

—Tienes que hacerlo, Marta.

—Pero ¿por qué de repente?

—Quiero que nos vaya mejor.

—Ahora no nos va mal y a mí me encanta.

—El problema lo tendremos con las personas a las que no les encanta.

—Pedro Lafuente no te ha podido decir eso.

—Con esas palabras no —Pitu se libra del abrazo de Marta y se sienta en un taburete—, aunque me echó un rollo sobre la cultura que significaba, básicamente, que así no iba a ninguna parte.

—¿Cultura?

—La que trabajará para el gobierno y entonces el gobierno le dejará vender discos.

—No entiendo nada, Pitu.

—Si coges una manzana con la mano y la comes a mordiscos, a nadie le importa tu aspecto porque no es cultura, pero si esa misma manzana la troceas, la salteas…

—¿Saltear una manzana?

—… y le echas hierbas antes de ponerla en un plato de colorines, es cultura y no puedo aparecer con una cresta así la tarde que nos cita para grabar en su estudio. Venga, Marta, eres la única que no me dejará trasquilones en esta casa.

El batería sigue la conversación desde la puerta del baño.

—Veamos —dice—, somos una manzana y…

—Un momento —lo interrumpe Marta, que comprende la cultura como lo que se sitúa más allá de una necesidad básica—. Pitu, se trata de lo que quieras hacer tú y no el resto. ¿Recuerdas las letras de tus canciones? Eres la única autoridad sobre ti mismo.

—Te he repetido varias veces lo que quiero.

Marta nota la contrariedad en su voz y pulsa, resignada, el botón de la afeitadora eléctrica. A Pitu cada día de carpintería, de rutina, de ser lo que en el fondo desprecia le borronea el sueño de grabar un disco y gritar consignas sobre los escenarios. Sospecha que la suerte permite tener éxito una vez, pero no dos, así que debe hacer caso a Pedro Lafuente para que deje de ser una variable tan importante en el futuro.

—Allá voy —dice Marta—. ¿Preparado?

Pitu cierra los ojos. No lo está, aunque contesta que sí. La afeitadora le sube desde el occipital y sus mechones caen en la toalla anudada al cuello. Marta le rapa la parte posterior de la cabeza para terminar sobre la frente, con un movimiento a la remanguillé en el flequillo. No ha tardado ni medio minuto en liquidar el peinado. Apaga la afeitadora, cesa el zumbido, ambos salivan las bocas.

—Listo, Pitu. Me acabo de cargar tres años de cresta.

—Lo que te vas a ahorrar en laca —dice el batería.

Pitu abre el ojo izquierdo, se mira en el espejo y no responde. Un pequeño duelo por esa nueva imagen, que le ofrece aspecto malcarado y similar a algunos ultras que comienzan a raparse el pelo. A continuación pisotea los mechones rojos, agarra una escoba

y los barre al recogedor. Luego se pone unos pantalones desteñidos y una cazadora *bomber* para liderar el grupo en la primera grabación de su historia.

Y ahí su virtud.

Y también, claro, siempre, su castigo.

—En cuanto se encienda la luz roja —dice Pedro Lafuente por un altavoz desde la mesa de mezclas—. Nunca antes.

Marta y Pitu asienten dentro de la sala de grabación.

El productor se ha convencido de que Marta Beltrán cumple lo que, todavía sin saberlo, le prometió en aquel concierto de Malasaña. Hoy vuelve a apreciar las proporciones simétricas de su cara y la naturalidad de sus gestos, tanto que temió que, cuando hablase más allá del *small talk*, fuese igual de aburrida que muchos artistas que desfilan por su oficina. No obstante, las respuestas de Marta le han recordado que la comodidad económica y la mirada adulta son convenientes para producir música y no para crearla, que el reto de esa chica será mantener la coherencia entre lo que dice y lo que vive cuando llegue el éxito, y que él deberá repasar los mejores discos que ha grabado en su estudio porque lo mejor siempre resulta difícil.

Pedro Lafuente piensa que Marta podría ser el descubrimiento del año en la industria musical, del 1978 que pronto termina y que también pega bandazos en los escenarios. El productor continúa con su pronóstico sobre lo que triunfará entre los jóvenes de los ochenta cuando abren garitos en Madrid que, poco a poco, dejan a los *rockers* y a los *mods* como algo que no trascenderá a las calles. Cree que los modernos asaltarán las listas de discos más vendidos, las

radiofórmulas, los conciertos abarrotados en las Ventas y después en el resto de España. Y ahí estará él para recoger el dinero de la música como mercadotecnia, de las revistas con desplegables y de los fans enloquecidos. En su opinión ese debería ser, precisamente, el trabajo de cualquier productor. Para aspirantes a artistas están aquellos cuatro jóvenes que en ese momento lo miran igual que corderitos.

—Veamos qué sale de Histeria —dice.

Pedro Lafuente pulsa el botón rojo.

Grabando.

Su socio se coloca unos auriculares y observa con expresión distante a aquel grupo en el cual no confía, aunque reconoce que el talento siempre lo descubre Pedro. Por eso aguanta su soberbia, porque sus actos la respaldan. Los integrantes de Histeria observan la luz parpadeante al otro lado del cristal. El batería pega dos toques a los platillos para comenzar la canción y arranca con *Gallo de pelea.* El inicio suena a cristalería rota, a cachivaches cayendo desde una estantería, pero enseguida logran acompasar los instrumentos.

—«Te ponen la capucha, te calzan la espuela» —canta Pitu.

—«¡Gallo de pelea!, ¡gallo de pelea!» —el resto hace los coros.

—«Te sueltan en la arena, te golpean en la cresta».

—«¡Gallo de pelea!, ¡gallo de pelea!».

—«Las apuestas van tres a uno contra ti».

Destaca el ritmo sincopado del bajo de Marta. Sus cuerdas son la posibilidad de salvar la distancia entre ricos y poderosos, pobres y pobrecitos, y estar en una cárcel o en un juicio como testigo protegida. Toca igual de bien que siempre, recorriendo el mástil para ofrecer color a lo que en teoría musical apenas debería servir de

acompañamiento.

—Nunca hemos grabado un bajo así, Pedro —dice el socio con un exagerado acento madrileño, separando las sílabas a golpecitos de aire—. Mira cómo usa Marta el pulgar en la última cuerda.

—Te avisé de que esta chica tiene algo diferente.

—La canción tampoco es mala, van a toda leche. —El socio tararea—: «Gallo de pelea, gallo de pelea».

—A Pitu parece que le dará una embolia.

—Ese desayuna cuatro tazas de café con speed.

El socio de Pedro se reclina en la silla y mete una moneda de quinientas pesetas en una papelina de cocaína, rasca el polvo con el canto y lo aspira hasta que le fríe el cerebro. Al contrario, cree que ya hay que tener poca consideración por uno mismo para aspirar speed. Luego prepara tres rayas para los siguientes tres minutos. Pedro Lafuente declina su invitación, harto de que las drogas corran en ese negocio, observando la escena como síntesis del capitalismo que quiere abrazar: una sustancia de aspecto farmacológico, dispuesta en forma de gráficas con la ayuda de una tarjeta de crédito y esnifada a través de un billete. Después señala el canal del bajo para que su socio lo suba de volumen.

—¿Y lo bien que quedará en las entrevistas que Marta haya empezado en un grupo de punk?

—Te conozco, Pedro. —El socio también ajusta los agudos de la mesa de mezclas—. Quieres a alguien que sea respetado por el público independiente.

—¿Mientras?

—Se lo vendes al gran público.

—Me conoces, sí. Entonces no vuelvas a ofrecerme esa basura y

compórtate como un profesional durante la grabación.

Pedro Lafuente toma los mandos, aísla el canal de Marta y se acerca otros auriculares de diadema a la oreja. Aunque sea gritando «gallo de pelea», también distingue su tono preciso. Un rango vocal entre el desgarro y lo sensual. El productor fue al concierto de Malasaña buscando cobre y encontró oro.

Pedro Lafuente se quita la diadema y la deja suspendida sobre un dedo.

—Imagínatela en un grupo que use teclados y sintetizadores —dice a su socio—, gente guapa con pantalones de cuero, camisas abiertas, cardado en los pelos y una letra que no hable de quemar el mundo. En un mes, vende las veinte mil copias para hacer su primer disco de oro y el próximo, disco de platino, lo firmamos con Hispavox y nos retiramos. Llámame soñador.

—¿Ajusto los medios, soñador?

—Al mínimo. Solo quiero oír el bajo en la grabación.

—Es que Pitu desafina varios tonos.

—Suena como un burro enfermo —dice Pedro Lafuente—, pero se ha quitado la cresta y tiene cierta fotogenia. Aguantará un disco, unos cuantos conciertos y quizá también pueda hacer de chico malo en las próximas fiestas de la industria.

—La del fin de semana sería una buena oportunidad.

—En esa discoteca estarán todos los meapilas que hoy se creen los grandes bohemios de Madrid. —Pedro Lafuente se pega al cristal —. Todavía necesito más energía, así que voy a encenderles el minuto que les queda de canción.

Luego agita la cabeza como si acabase de volverse loco. Al otro lado interpretan que el arrebato es sincero, cada uno prende su

propia actuación y tiemblan las paredes del estudio. Con el redoble final, el batería pierde una baqueta y sale disparada para astillar el cristal frente a un Pedro Lafuente que bate palmas, pasados los segundos en los que calcula la factura del arreglo. Es oficial, Histeria se ha ganado la oportunidad de promocionar a su bajista. Marta y Pitu intuyen que ha ido bien, se abrazan y forman una piña con el guitarra y el batería.

El productor se queda analizándolos con su mirada de tasador. Reconoce que Pitu ha desbrozado tanto las palabras de esas canciones que cada letra pesa una tonelada. También se plantea cuánto mejor quedaría la grabación por fases instrumentales, primero los bombos, caja y platillos, luego la guitarra, después la voz del cantante y por último el bajo de Marta. Así ajustarían el tempo rítmico como un metrónomo. Nadie sospechará de semejante truco en un grupo de punk, pero el que compre el disco notará algo diferente.

Pedro Lafuente entra en la sala de grabación, pensando que Marta lo va a pasar mal en el futuro: no encontrará muchas personas a su altura y eso, a la larga, la comerá por dentro.

—Incluiremos el golpe al cristal en la canción —dice.

—Lo siento —contesta el batería, haciendo virguerías con la otra baqueta—. Se me complicó el último redoble.

—Quedará muy auténtico —sigue Pedro Lafuente—, pero suelta la baqueta izquierda de una vez o te cobro la reparación del cristal. Podremos sacar un maxi con *Gallo de pelea, Asfalto* y la otra…

—*Más merengue y menos policía* —dice el guitarrista.

—Esa, aunque habrá que darle una vuelta al nombre. —Pedro Lafuente mira a Marta—. Y también debemos pensar los vuestros

para la contra.

—El mío, Pitu, no se toca.

—No tengo nada que decir sobre los nombres masculinos.

Pedro Lafuente sujeta de los hombros a Marta, que le devuelve una sonrisa algo desconfiada. ¿Cómo saber ya que aquel discurso hipnotizante requiere firmar un disco con Histeria y luego apropiarse de su bajista? De momento, le basta con intuirlo.

—Pero ella debería llamarse Marta Electra. ¿Te gusta?

Marta se muerde el labio. La gracia nunca es gratuita y aquella que la recibe todavía no sabe si darlas. No piensa promocionar nada que no sea un grupo de cuatro personas, aunque Marta Electra le gusta, quiere hacer honor al nombre, que cualquiera toque la portada del disco y reciba una descarga de mil voltios. Hace unos días tocaba en su habitación con un bajo roto y hoy quieren convertirla en una estrella y, bueno, también matar.

Pedro Lafuente percibe cierta tensión y siempre tiene anécdotas de productor para aflojarla.

—¿Sabíais que Frank Sinatra estuvo a punto de llamarse Frank Satin por culpa de su primer mánager? Si se hubiera quedado semejante nombre, sería un cantante de cruceros.

—Electra —repite Marta.

—Lo tomo como un sí. —Pedro Lafuente le pellizca la mejilla—. Como un sí quiero.

—¿A quiénes les apetece unos canapés? —pregunta el socio, que entra en la sala con el tono que usa con su gatito—. ¿A quiénes?, ¿eh?

—¿Gratis?

—A partir de ahora todo gratis, Pitu de Pitufo.

Pitu se saca por fuera las costuras de sus bolsillos vacíos.

—Llevaba toda la semana comiendo macarrones con sal.

El grupo pasa a la sala de juntas de la oficina. En el centro, la mesa de nogal de cuatro por dos metros en la que se firman los contratos, se riegan y se espolvorean. Marta se mantiene rezagada, tanteando al productor cuando su socio comienza a dibujar más rayas de cocaína, ahora tan largas como la Gran Muralla china.

—Pitu te comentó que el grupo es indivisible —dice Marta.

—Como un puño —contesta Pedro Lafuente mientras junta las manos en uno—. Así de indivisible.

—Quería que también lo escucharas de mi boca, Pedro.

El productor sonríe y señala a Marta la actitud de sus compañeros: engullen los canapés de ibéricos a pares, mezclan el foiegras con la olivada y derraman las copas de champán sobre sus cabezas.

—A medio plazo —dice Pedro Lafuente—, la carrera de Histeria será un avión en llamas que se estrella contra un barco que ya se hundía.

—Jamás los dejaré. ¿Comprendes eso?

—Marta Beltrán no los dejará. ¿Por qué no comienzas a portarte como Marta Electra, te vas haciendo cargo de las implicaciones del sobrenombre y luego disfrutas del momento? Aunque mantente alejada de la cocaína de mi socio. Salvo a los de Fleetwood Mac, nunca hizo bien a ningún artista que tenga talento.

—Soy…

—No, no vayas por ahí —la interrumpe Pedro Lafuente—. Sabrás lo que eres cuando cortes los vínculos que hoy te sostienen. Tu familia, tus amigos, tu barrio, tu Pitu. Mientras, cuidaré de ti, porque

hace años sufrí el mismo proceso. —Le pone una mano sobre el hombro—. Ahora enséñales algo de protocolo a tus compañeros. Aquí estamos en confianza y sé que nunca habrán visto unos aperitivos, pero cuando el fin de semana conozcas a los que mandan en el negocio entenderás que esos mercadean con sensibilidad y buen gusto.

—¿Y con actitud para cambiar las cosas?

Pedro Lafuente tose y se dobla por la cintura, después recupera la vertical. ¿Actitud de qué? Recuerda sus analíticas llenas de asteriscos, las transaminasas disparadas, el colesterol alto. No es que el productor se considere un cínico, sino que, cuando se le carguen más aún las espaldas, su pellejo se arrugue y el armazón de huesos lo aguante entre dolores, no querrá que le quiten nada de lo que ganó desde que lo trataban como a un degenerado por acostarse con otros hombres. Hasta quizá dentro de poco tenga una enfermedad incurable comiéndole por dentro. Ese tipo de problemas le quitarán un tiempo que ya no le sobra. Por eso habitúa a ofrecer lo que cumple, más de lo que puede decir la mayoría de la competencia.

—Actitud y aptitud es lo que quiero para ti —contesta—. Debes creerme, Marta.

—Será Elektra con k.

Pedro Lafuente se cruza de brazos.

—Quizá todavía no…

—No es negociable, Pedro. —Ahora lo interrumpe Marta—. Elektra.

Durante la firma, Marta se sienta en una silla algo apartada del

resto. Proyectada hacia delante, los codos apoyados en los muslos, las palmas sosteniendo las mejillas, la mirada perdida en el ventanal. Arriba, un retazo de cielo satinado y luminoso; abajo, sobre el asfalto, el coche con policías de paisano que la sigue a todos lados.

Pedro Lafuente le acerca el contrato con una estilográfica.

—Falta tu firma, Marta Elektra. —Agita la hoja con el sello de Lafuente Recording—. Cuatro sencillas cláusulas para grabar vuestro primer disco.

—Parece un formulario —contesta Marta.

—Es un formulario como el que tienen muchos artistas de nuestro sello. Y en cuanto esté firmado, preparamos la sesión de fotos, las entradas a la fiesta del fin de semana y todo lo demás.

Marta observa a Pitu, que cabecea en dirección a la hoja con la expresión más radiante que ha tenido. Una versión aún más intensa de su persona, si es que eso resulta posible. Marta no está convencida y busca aparentar que lo está. Dudando, dudando, toquetea la estilográfica que el batería casi ha doblado al rubricar una X. A ella le encantaría firmar con el cerdo que les dibujó a esos dos investigadores.

8/12 21:33

«Todavía eres un novato».

Cañas recoge la cena del viernes en el bar de enfrente.

Sus dotes de cocina se limitan a estrellar un huevo y a ponerlo encima de algunas patatas. A veces, bistec de hígado vuelta y vuelta. Por lo demás, calienta los tápers que le preparan su pareja y su madre cuando lo visitan. Tampoco puede decirse que sea un exquisito. Para él, comer resulta un acto funcional, como casi todo.

El menú de hoy es ensaladilla rusa, milanesa con arroz y tarta de queso casera, eso de casera lo repitió el cocinero a pesar de que parece un postre del súper. Antes Cañas veía que cada bar tenía su forma de resolver las cosas en el distrito de Chamartín. Los había con personal atento, descuidado, callado, charlatán, muy rápido o muy torpe y una gran mayoría quemado con la vida; pero fingían que trabajaban y así sus jefes también fingían que les pagaban. Con las nuevas aspiraciones sociales, para el investigador lo imprevisible del negocio se ha reducido a la cortesía forzada, a la explicación obsesiva de cualquier menú y al afán creativo de emplatar hasta un trozo de pan.

—Quédate con el cambio —dice Cañas al pagar.

—Bote.

El cocinero toca una campanilla de cobre que cuelga del techo. Hace gracia a un par de turistas extranjeras sentadas a la penúltima mesa, pose distante, cejas alzadas, complacidas por los camareros y

su inglés costumbrista de cuatro palabras.

Cañas sube a su casa, tercer piso, letra D. Coloca los envases en la mesa del comedor, se quita el traje afelpado en la habitación y se pone un pijama a rayas y unas pantuflas. Regresa al salón, enciende el televisor, se frota las manos y se las sopla como si fuera a encender más bien una chimenea. Veinte pulgadas ahora le parecen escasas: tenía razón el vendedor de los grandes almacenes. Destapa el plato de ensaladilla y la remueve con el tenedor que le han metido en la bolsa, junto al pan de barra.

Después mira su reloj de correa.

Faltan pocas horas para que empiece el dispositivo contra el Ángel Azul.

En el caso de Toni Vargas no se prevén avances durante el fin de semana y apenas cruzó dos palabras sobre eso con Germán, que entraba en el turno de noche para continuar la investigación de los turcos. El veterano buscó los ojos de Cañas para contarle algo, pero él no se los dio. Sirvieron de excusa las prisas por una cita con su pareja que, en verdad, se ha ido el fin de semana con la familia. El lunes traerá de vuelta, entre embutidos y vino del pueblo, una respuesta definitiva sobre habitar aquellas paredes a su lado.

La televisión emite un programa de entrevistas a pie de calle. Consiste en acercar un micro a personas estrambóticas y preguntarles cualquier estupidez para recibir, sorpresa, algo parecido de vuelta. Cañas reconoce la cabecera y tararea su melodía, semejante a la de las noticias, pero más festiva. Varios rótulos giran sobre un fondo azul antes de terminar la presentación con el logo de la cadena estatal. Sale una reportera con chaquetón rojo y boina al

estilo parisino, que pasea por Preciados buscando respuestas a «¿Cuáles son los trucos de los madrileños para ahorrar?». El primer entrevistado, un señor con una extraña cortinilla de pelo y cazadora vaquera.

—Hoy queremos escuchar los trucos de los madrileños para ahorrar —dice la reportera en pantalla—. Los precios están subiendo en el último año y seguro que usted tiene algún secreto que compartir con el público.

—Creo que no tengo nada que compartir —contesta el hombre.

—¿En casa usan la lavadora en el programa corto?

—En casa estoy solo y no tengo lavadora.

Una ráfaga de viento le desarbola la cortinilla de pelo.

—Aunque, bueno —dice mientras bizquea—, hago un truquito para limpiar el coche sin ir a las máquinas de aspirado que hay en las gasolineras, de esas que te comen una moneda cada minuto. Aparco en el vado de un garaje que está cerca de mi piso, subo corriendo, un sexto sin ascensor, empalmo cuatro alargadores y los descuelgo a la calle a través del balcón.

—Tremendo —murmura Cañas.

—Entonces —sigue el hombre en la televisión—, bajo por las escaleras con una aspiradora Electrolux de los años cincuenta, cuando se hacían cosas buenas y que duraban.

—No se pueden nombrar marcas en el programa —lo interrumpe la reportera.

—¿No puedo decir Electrolux?

—Continúe, por favor.

—Enchufo la Electrolux al último alargador y aspiro el coche durante el tiempo que quiera en el vado. Los cables quedan

colgando desde el balcón y mis vecinos dicen que soy muy cuco.

La reportera se gira a cámara.

—¿Y qué opinan nuestros telespectadores? —pregunta—. ¿Es o no cuco?

Corte de la imagen.

Nuevo plano de la reportera, que coloca el micro en la cara de una anciana.

—¿Cuál es el tema de hoy? —pregunta la anciana.

La reportera pone morritos a cámara.

—¿Seré yo la entrevistada?

—Que cuál es el tema de hoy.

—Trucos de los madrileños para ahorrar —dice la reportera, mordiéndose el labio—. Esas estrategias que a final de mes nos suponen unas pesetas extra en el bolsillo. ¿Tiene alguna que compartir?

—Separa un poco el micrófono.

—Disculpe, sí.

—Cuando voy a comprar el bizcocho para mis nietos, le pido a la panadera que me quite el azúcar de arriba y que lo vuelva a pesar.

La reportera arquea la ceja izquierda.

—¿De verdad?

Cañas deja de masticar.

—Sí —sigue la anciana—, la panadera raspa el bizcocho y lo vuelve a pesar. Al llegar a casa, le echo una cucharadita de mi propio paquete de azúcar.

Corte de la imagen.

Nuevo plano de la reportera junto a dos veinteañeras.

—Trucos de los madrileños para ahorrar —repite ella.

—Me ducho con el cubo de la fregona entre mis pies —contesta la más alta—. Así después uso el agua enjabonada para fregar.

—Muy lista —dice la reportera.

—Y luego aprovecho la que me sobra para el bebedero del perro.

—¡Joder! —grita Cañas en su salón—. ¡Espero que sea un *cocker*!

—No estudié Periodismo para esta mier… —dice la reportera.

Los anuncios irrumpen en pantalla antes de que estampe el micro contra el suelo. ¿Un detergente de nombre Lavaman? Cañas deja la ensaladilla rusa a medias. No le ha gustado, mucho guisante y mucha patata. Abre el envase de la milanesa y exprime el zumo de medio limón por encima. Todavía no se ha metido el primer trozo en la boca cuando suena el interfono de su casa. La llamada lo sobresalta. Nadie de su familia suele venir tan tarde, así que se levanta con un mal presagio. Descuelga el telefonillo en la cocina, aclara la garganta y pronuncia un «¿Sí?».

—Soy yo, mentalista.

—Hostia, Germán. Pensé que había sucedido algo.

—Ha sucedido algo.

—Me refería a mi familia o a mi… ¿Qué ha pasado?

—¿No me invitas a subir?

Cañas mira la pistolera vacía que cuelga del perchero. Siempre deja el arma reglamentaria en comisaría. Todavía no aprovecha su tiempo en prevenir amenazas, como la que quizá representa ahora su compañero.

—¿Sigues ahí? —pregunta Germán.

Un compañero que tal vez ya no esté del lado de nadie, porque sienta que nadie estuvo nunca del suyo. La razón por la que Germán comprende la amenaza como algo cercano, a la vuelta de la esquina

y dispuesta a recibir un puñetazo en la nariz. De tal forma, siempre lleva la pistola encima.

—Sigo aquí.

—¿Recuerdas que Jiménez nos juraba que pide permiso a los jueces para pinchar cualquier teléfono?

—Igual que en Estados Unidos con la Ley RICO. —Cañas se pone más nervioso—. Cómo olvidar esas lecciones.

—Otra de sus mentiras. En la Político-Social escuchábamos a quien queríamos y cuando queríamos. Él hace lo mismo, lo sé por el comisario.

—¿A dónde quieres llegar? Me estás asustando.

—A que necesito verte en persona.

—No tengo el teléfono pinchado —dice Cañas—. Y si tú lo tuvieras, significaría que al menos te escucha alguien. ¿Has bebido?

—Baja y nos damos una vuelta.

—Reformulo la pregunta: ¿has bebido más de lo habitual?

—Hoy no me siguen los de la brigada. Andan muy ocupados montando el dispositivo contra el Ángel Azul.

—¿Tú también…?

—Todavía eres un novato, chico. —Germán se aleja un poco del portal—. Baja de una vez, hace frío.

Cañas se acaricia el labio superior, cada vez con el bigote más marcado. Se dirige hacia el teléfono de su casa y lo descuelga: el pitido de la línea suena como de costumbre, luego un crepitar, pitido de nuevo. Desenrosca la tapa del auricular de cuernos y observa el cableado. Todo en orden, lo vuelve a montar, se viste y se dispone a encontrarse con Germán.

Lo asaltan muchas dudas, pero la más importante es si debería ir

armado.

Con un viejo cuchillo de cocina.

No tiene otra cosa.

8/12 22:03

«Atiende a mis órdenes, porque es nuestra última conversación».

Germán espera bajo un árbol desmochado.

Su gabardina roída y sus pantalones gastados. Aquellos zapatos lo sostienen ya sin suela, apenas una línea de caucho. La columna doblada hacia delante y la rodilla derecha alzada, como si le doliese una lesión de esas reumáticas.

Murmura solo y solo murmura.

Para Cañas se hace evidente que ha bebido y que no será peligroso. Pero de pronto se sorprende ante la evidencia de que su compañero ha nacido hace mucho más tiempo que él, demasiado tiempo, acumuladas todas las décadas de policía en sus cabellos ralos, en su musculatura caída y sus brazos aún fuertes. Camina hasta su posición y lo saluda con una palmada en el hombro.

—He bajado. ¿Ahora?

Germán traza una espiral con el dedo.

—¿Dónde?

—Tú mandas —contesta Cañas—. Necesitarás otra copa para aplazar la resaca.

—Antes vacía los bolsillos y quítate la cazadora.

—¿Cómo dices?

—Y te subes el jersey hasta el cuello para que vea si llevas un micro.

—Me vuelvo ahora mismo a mi casa, Germán.

Cañas se gira y Germán lo coge del brazo, muy fuerte, a modo de pinza, como solo él sabe coger.

—¿Quieres detener al que mató a Toni Vargas?

—Más que ninguna otra cosa —contesta Cañas.

—Pues enséñame tus pezones o le doy los datos del asesino al siguiente.

—¿A un investigador de nuestra brigada que quiera trabajar de verdad?

—A otro que no es un investigador.

Cañas deja caer los párpados. Luego vacía los bolsillos con las llaves, la cartera y la placa. Se quita la cazadora de piel y la aguanta entre las rodillas. Continúa observando a Germán, tal que de repente lo sintiese un impostor, una de esas personas que siempre quieren pedir fuera de carta. Al final se sube el jersey para mostrar los pezones, la incipiente barriga, la cicatriz de la apendicitis y ningún micrófono pegado con esparadrapo.

—Buen chico —dice Germán—. El cuchillo de cocina te lo puedes quedar.

Cañas observa que el mango abulta la presilla del pantalón.

—Lo siento, Germán. No sabía de qué iba esto.

—Sí lo sabías, pero no pasa nada. Yo habría traído la pistola.

—La dejo siempre en comisaría.

—A partir de mañana llévala contigo. —Germán asoma su propia arma y un dosier bajo la gabardina—. ¿Qué tal ese bar para enseñarte unos papeles?

—La ensaladilla no es muy buena, pero tiene una mesa tranquila al fondo.

—No pediré ensaladilla.

Un whisky DYC y un vaso de leche sobre esa mesa tranquila.

Germán continúa respirando como un búfalo, aunque recompone su imagen y abre el expediente de Bam Bam que guardaba entre pilas de ropa. Lo mueve de un lado a otro, descarta hojas y enseña recortes. Ha hecho tres juegos de fotocopias con separadores de colores y subrayados. Cañas achina los ojos y encuentra fotos del sospechoso, nombre completo e historial delictivo. El retrato a carboncillo se asemejaba a su aspecto real, pero se quedaba corto en los ángulos de la cara y en los ojos de tiburón. A Cañas le resulta inevitable preguntarse si, en algún momento, un hombre así se cuestiona por qué se ha convertido en un asesino profesional.

—Sé lo qué piensas —le dice Germán—. Y la respuesta es no.

Cañas contiene sus ganas de romperlo todo. ¿Por qué Germán lo lee tan bien? Desearía ser menos transparente, menos abstraído para no llevar el horror material al terror psíquico. No le deberían importar las motivaciones de los criminales. Sus atestados describen realidades objetivas, por repugnantes que sean. Lo que le piden los superiores y lo que él les tiene que dar.

—Alguien se olvidó de devolver esta ficha a los cajetines —dice Cañas.

—Todo el mundo lo conoce por el apodo de Bam Bam —contesta Germán, ignorando el reproche.

—Bien. —Cañas se cruza de brazos—. Con que tus informes no solo eran preocupantes, también eran ciertos.

—Es el mejor asesino de la ciudad —sigue Germán mientras ahora sujeta el whisky—. Y trabajaba para Miguel de la Torre.

—¿De la Torre?, ¿el medio aristócrata? Venga ya. Su padre pertenecía a veinte consejos de administración de empresas públicas

y fue conde de algo, hasta quizá con un título pontificio.

—Pero el hijo heredó deudas incómodas para un macarra que lee demasiado —dice Germán—. Recuerdo que apostaste tu placa a que esto no era cosa de ultras.

—De la Torre siempre tuvo aspiraciones políticas y Jairo no se mete en eso.

—Ni se meterá. El lío viene de un golpe que se complicó y él —Germán puntea las fotos de Bam Bam— los mató a todos, menos al que tenía pinta de militar, que se llamaba Eulogio.

Otra versión de los mismos hechos: al fin, la verdadera.

—Los balazos en la frente de ese coincidían con los casquillos del que llevaba las dos pistolas —dice Cañas mientras reproduce la secuencia—. Aquel salió del baño, agujereó la cabeza del tal Eulogio y Bam Bam lo abatió. Después disparó a las rodillas de Toni Vargas y consiguió que le contase lo que le permitió matarlo. ¿Me equivoco?

—Es lo que pensaste el primer día y tampoco te equivocabas. Iban a robar droga y a ganar dinero rápido, que no fácil. Algo que se pondrá de moda entre los narcotraficantes de Madrid. Así De la Torre se aseguraba de que no sospechasen de ellos y que la venganza se la cobrasen a los que compiten con Jairo.

—Nadie compite con Jairo.

—Los que lo pretendan. Siempre habrá un chico nuevo en el barrio, ¿no? Después los ultras desvalijarían más almacenes aprovechando el desconcierto. El entorno de Fuerza Nueva quiere conseguir un escaño en las siguientes elecciones y eso debe de pagarse caro.

—Estoy seguro de que De la Torre solo comprende la política como una extensión de sus negocios.

—¿Habrá sido un movimiento por su cuenta? —pregunta Germán.

—Quizá el primero de unos cuantos que irían a su bolsillo.

—Bueno, ya da igual que lleves razón en eso. Su informante no sabía que allí estaría Toni Vargas y lo que vino a continuación también lo conoces, ¿verdad?

Ahora Cañas lo conoce y recita:

—Bam Bam encuentra la droga, la carga con ayuda de los chicos de la furgoneta y luego los ejecuta por la espalda. —Simula una pistola con la mano y el retroceso de los tiros—. Dos balas en la nuca. ¿Por qué?

—Vamos, mentalista.

—No quería darle el tesoro a De la Torre.

—Pero qué listo eres para tus cosas.

—¿Dónde lo encontraremos? —pregunta Cañas, sacando la libreta.

—¿A Bam Bam? No te imaginas cuántos preguntan lo mismo.

—¿Y el informante qué les dice?

Germán se sorbe los dientes, juguetea con la copa y le pega unas vueltas para que los hielos se fundan. Se recuesta en la silla y sonríe como un vendedor de vehículos usados. Un gesto de bochorno, también de liberación.

—Cañas, tu única posibilidad es que se acerque a la chica.

—¿Bam Bam conoce lo que ha sucedido con Marta?

—Me temo que sí.

Cañas desorbita los ojos y guarda la libreta.

—Ya veo por qué querías la investigación y luego la frenabas a cada momento.

—No te he utilizado.

—Lo has hecho desde aquel día y debería detenerte aquí mismo.

—Inténtalo —dice Germán—. Compórtate como un policía de verdad.

—No sería difícil con lo borracho que estás.

Cañas aún no ha movido una ceja y Germán le ha pegado dos patadas oblicuas a su silla. El joven investigador cae al suelo con cara de susto, también de no ser el policía que le acaban de exigir. El cocinero sale a ver qué ocurre y Germán le enseña su placa, después hace una seña para pedirle la cuenta. Cañas le indica que todo está bien a la vez que muestra su propia placa desde el suelo.

—Tantas cenas que te he preparado y ni idea de que eras policía —dice el cocinero a Cañas—. Nunca lo hubiera adivinado con ese bigotito.

—Yo tampoco hubiera adivinado que eras cocinero con esa ensaladilla.

Germán ayuda a levantarse a Cañas en cuanto vuelven a quedarse solos.

—Todavía no ha llegado el momento de detenerme —dice después—. Se te va a enfriar la leche.

—Me gusta fría.

—Es que vienes aquí en esta situación y pides leche con azúcar.

—El azúcar le queda bien, Germán.

—El día que detuvimos al Muñón y descubrimos que escondía medio millón de pesetas, observaba cómo contabas los billetes una y otra vez para anotarlos en el acta. Intuía que eras uno de esos nuevos investigadores que creen en el bien y en el mal, aunque no pensaba que tanto. Algunos compañeros de promoción decían que te apretara, que te enseñara a falsear registros y a cubrirnos las

espaldas, pero preferí dejarte tranquilo. Parecías competente y no había remedio para nosotros desde que Jiménez comenzó a ponerte ojitos.

—Vete a tomar por culo —dice Cañas—. El de las manos sucias eres tú.

—¿Entiendes por qué no quise que manchases las tuyas?

—Nunca te daría el gusto.

—Dispuse de muchas oportunidades para ensuciarte. No lo hice, porque a tu manera fuiste valiente y yo tenía fecha de caducidad cuando aparecieron los de Asuntos Internos. A mis amigos los retiraron a cuidar archivos o les hicieron renunciar a cambio de no pasearlos esposados. Así nos pagan la jubilación a los que cumplíamos órdenes.

—Siempre te respeté, a pesar de que en el pasado tu trabajo consistiese en hacer listas y dar leña.

—Era el policía que querían que fuese. Y si los de arriba se quedaban su parte en los despachos, nosotros íbamos a quedarnos la nuestra en las calles.

—Siempre te respeté, Germán.

—Lo sé. —Germán cierra los ojos—. Y me avergüenza que no puedas respetarme más. —Los abre—. Hace tiempo que ni yo lo hago.

—Creo que llevas toda tu vida buscando que te peguen un tiro.

—He cumplido cincuenta y cuatro años. Debo de ser malo hasta para eso.

—Permíteme hablar con el inspector jefe y pactemos una salida digna.

—¿Con Jiménez?, ¿con el hombre de los mapitas de colores? Mi

error ha causado unas cuantas muertes de gentuza y lo único que quiero es que no se lleve por delante a nadie inocente. Y lo quiero por egoísmo, por remordimiento; de no ser responsabilidad mía, como si esta ciudad desaparece mañana. Nos harían un favor a los que vivimos en ella.

Cañas adelanta las palmas de las manos.

—Trabaja el atestado de los turcos y aporta las pruebas que involucran a Jairo en aquello. Sería la detención que te reconciliaría con toda la brigada. Aún estás a tiempo de salvarte, Germán.

—Salvarme. —Germán entorna los párpados hasta casi cerrar los ojos—. En fin, atiende a lo que voy a ordenarte.

—No quiero dejarte caer, Germán.

—Ya he caído. Atiende a mis órdenes, porque es nuestra última conversación.

Cañas bebe un sorbo de leche, no pestañea, le atiende.

—Dime qué hago.

—Eres un buen investigador, con que tendrás dos objetivos en cuanto salga por esa puerta y me aleje: detener a Bam Bam y, después sí, detenerme a mí.

—No me pidas que…

—Y los vas a cumplir en ese orden.

Cañas se pregunta cómo se puede ser un criminal y un policía al mismo tiempo. Luego moja los labios en la leche y le queda un rastro blanco sobre el superior, mezclado extrañamente con su bigotillo. Mientras, el cocinero se acerca para dejarles el tique de la cuenta. La única alternativa que encuentra Cañas para la decepción es la resignación. Sospecha que por eso la comisaría está llena de investigadores que ya no creen en nada tras tantos desengaños, que

han elegido seguir a rastras con sus vidas y se aseguran de que el trabajo policial no les estorbe demasiado.

Germán le pasa la cuenta.

—Invítame a una copa de una vez. —Se levanta y le estrecha la mano antes de marcharse—. Fue un honor trabajar contigo, Cañas.

Sale por la puerta, se aleja, desaparece.

Cañas termina la leche y acepta que se ha quedado sin compañero y sus dos objetivos.

9/12 9:20

«Siempre colaboro con los patriotas».

Bam Bam merodea por un parque de Ciudad Universitaria.

Los parterres secos confluyen en una fuente de metal, que tiene la pedalera partida. Alrededor, bancos de madera pintados con excrementos de palomas y, a sus pies, latas dobladas, envoltorios de preservativos y bolitas de papel. La Facultad de Sociología queda a quinientos metros y el fin de semana solo abre su biblioteca. Desde esa posición, Bam Bam observa las escaleras traseras y a una pareja sentada en el segundo desnivel. El chico se levanta con su suéter en la mano y se mira en el cristal que hay detrás. Quiere darse ánimos, vamos, no es tan difícil. Se coloca de cara a la chica y descuelga el suéter por la espalda, con una expresión que trata de comprender y seducir. Ella se acaricia el pelo, actitud nerviosa, algo evasiva.

Para cualquier espectador, será obvio lo que ocurrirá.

Para Bam Bam, allí no hay nada.

Su mirada se detiene sin pudor en las personas porque opina que, precisamente, no sirven para nada, que no responden a un canon de eficacia o necesidad. Su reproducción será tan inservible como ellas mismas, tal que, si encuentran el amor o fingen encontrarlo, ya se permiten ignorar cualquier alerta. Y el chico besa a la chica y así inician su fantasía.

Pero en cualquier fantasía acechan monstruos.

Bam Bam, acechando tras un seto, ha quedado con el ultra que siempre pide cigarros a Marta. El que también suele rondar la sede de Puño Patriota presumiendo de que su abuelo fue un importante abogado o notario o registrador de la propiedad o, en resumen, algo relacionado con leyes y trampas. El legionario sabe que el nieto representará la oveja negra de la familia hasta que cuelgue las botas y se dedique a dilapidar patrimonio. Hay muchas historias idénticas entre los muchachos que capta De la Torre. La organización simboliza luego un desvarío de juventud, una época a rememorar por cuánto se ha cambiado y lo salvaje del pasado. ¿Aunque qué decir de los otros?, ¿del de la cresta que no quiso llevarlo en el ciclomotor y de su novia la chivata? Bam Bam piensa que esos andan aún más perdidos, pero entonces recuerda las palabras de su antiguo jefe: «No has de entender a las personas para matarlas».

El ultra llega al parque con paso ligero. Bam Bam lo vigila a escondidas durante unos segundos para comprobar que no sabe que ahora él es el enemigo número uno de la organización. Y el ultra aparenta estar desinformado, como siempre. Se aproxima a la pareja de las escaleras, llevándose dos dedos a los labios. Ella le contesta que no fuma y el ultra se gira por el silbido de Bam Bam. Lo ve de pie al lado del seto y se acerca.

—Pensaba que pasarías por aquí cada quince días, como los demás.

—La organización tiene sus rutinas y yo las mías —contesta Bam Bam—. Me gusta escuchar más a menudo cómo se encuentran mis cachorros, si necesitan algo, si tienen nuevas informaciones… Tales cosas.

El ultra lo mira como, eso, un cachorrito simpático.

—Todos te lo agradecemos.

—¿Qué tal el campus? —pregunta Bam Bam—. ¿Continúa tranquilo?

—Siguen sin formarse grupos de rojos peleones en las facultades. Los miércoles por la tarde se reúnen unos cuantos a hablar de patrañas, de derechos sociales de esos, de que las embarazadas puedan matar a sus bebés y locuras contra España, pero no nos preocupan. Les pegamos para que no vayan más allá del paripé. En verdad, los debates solo sirven para ligar con chicas con minifalda.

Bam Bam señala a la pareja.

—¿Aquellos son de esos?

—No, son dos pijos. Él lleva una chupa de Chevignon y ella un plumas de Privata, así que me creo que todavía no haya dado una calada ni a un cigarro. No queda nadie digno de matar en el campus.

Bam Bam se pregunta qué sabrá de matar alguien que habla así.

—No sé si la dignidad es muy importante para eso —contesta después.

—Me gustaría participar en acciones más arriesgadas con los mayores —sigue el ultra a lo suyo—. Las cacerías en el Retiro, en el barrio de Malasaña o en cualquier sindicato de esos de obreros. Enfrentarme a tipos que quieren partirnos tanto la cara como nosotros a ellos. Esto es un coñazo.

—Así lo comunicaré. —Bam Bam pasa a lo único que le interesa —: ¿Conseguiste las señas del de la cresta roja y las de su novia?

—No tengo muchos datos del punki. Los del barrio de la Prosperidad se han juntado para buscarnos en alguna ocasión, pero Pitu parece un colgado inofensivo. No conocemos gran cosa de él,

salvo que tiene un grupo de música y un ciclomotor que nunca arranca. Tendrías que verlo ahí, frente a la facultad, dándole patadas al pedal y el Vespino que no…

—Las señas de su novia —lo interrumpe Bam Bam.

El ultra se pone en guardia.

En el fondo, siente una culpable admiración por Marta.

—Me sorprende que Puño Patriota las quiera.

—A De la Torre le preocupa la gente como ella —dice Bam Bam—. Siempre nos avisa de que las personas peligrosas no son las que se pasean con una cadena, que una inteligente y determinada es suficiente para convencer a muchas otras para coger esa cadena. El jefe sabe de lo que habla.

Luego Bam Bam piensa que por ese pragmatismo prefiere matarlo a él, borrar al autor antes que a la testigo.

—Si Marta se metiera en rollos políticos serios, ni la dejaría entrar en el campus —dice el ultra—. De las amigas sabemos que van a manifestaciones, pero también que pasan de las asociaciones de estudiantes. No son unas brujas y no me gustaría que les ocurriese nada malo. Pero bueno. —El ultra le ofrece el primer papel útil desde que se conocen—. Como me los pidió alguien como tú, conseguí los datos de la ficha de matriculación.

Bam Bam lo lee a duras penas.

—¿Esta es su dirección?

—Encima de las notas. Marta saca todo sobresalientes menos en Sociología del Trabajo. Si fuera preciso, solo le daréis un susto, ¿no?

—Pues ya estaría —dice Bam Bam, sin sospechar que ayer se produjo una situación idéntica con otro papel y sus datos—. Te dejo pidiendo cigarros.

—El administrativo que tenemos infiltrado quiere más dinero —contesta el ultra cuando Bam Bam se aleja—. Le debo cien pesetas por la ficha.

—¡No seas tacaño! ¡Ese fue el error de tu jefe!

El ultra intenta ordenar un significado para aquel adiós.

«El error de mi jefe… —No lo consigue—. El error de mi jefe… ¿Nuestro jefe?».

Su mente tiende a complicar las situaciones sencillas y a olvidar las complicadas. Regresa a la parte oeste de Ciudad Universitaria, con el deber cumplido para uno de sus referentes que seguro que le ayudará a subir en Puño Patriota. Pensando en el consejo de la tacañería y en cuánto le gustaría convertir a Marta en una mujer respetable, el ultra choca de bruces con un hombre que rondará los treinta años, acicalado de forma sutilmente distinta a cualquier estudiante y con un bigotillo en barbecho. Se diría que es el alumno más viejo o el profesor más joven, no se diría que es un investigador de la Brigada de Información.

—Mira por dónde vas —dice el ultra.

Cañas trata de ubicar la Facultad de Sociología, desesperado por encontrar algún rastro de Bam Bam en esa mañana de sábado. Delante del portal de Marta todo está tranquilo y ahí continúan los policías de paisano, vigilando el entorno y haciendo chistes malos por la emisora. «Le dice el abuelo al nieto…».

—¿Me has escuchado, payaso?

Cañas no quiere perder el tiempo con el ultra hasta que repasa su aspecto.

Debe de ser uno de la banda a la que se refirió Marta en comisaría.

—¿Perdón? —pregunta Cañas—. ¿Tengo una nariz roja?

—Lárgate si no quieres tenerla de un puñetazo.

Y Cañas le coloca la placa de policía en los morros.

—De momento, te vienes conmigo a comisaría.

—Mierda.

—Cara a la pared para que te ponga las esposas.

El ultra se voltea contra la pared de Farmacia y coloca las manos tras la nuca. Cañas se las baja a la cintura para esposarlo y repara en la forma picuda de sus nudillos. Esos puños, cuidado, abrirían un boquete a cualquiera.

—No he hecho nada.

—Lo importante será lo que escriba que has hecho.

—Eso es absurdo.

—Bastante, sí.

—Pero la policía siempre se ha llevado bien con nosotros.

—Porque somos la única banda callejera que tiene derecho a todo.

—¿Entonces?

—Entonces lo de llevarse bien se acabó por hoy.

—Ha sido un error. —El ultra patalea—. No puedes detenerme en sábado, tengo un montón de planes.

—Ni se te ocurra montarme una escena aquí, ¿eh?

—Perdón. —Y a menos volumen—: Tengo un montón de planes, tío.

Cañas deja colgando las esposas, consigue la disposición que quería y prefiere ahorrarse el balbuceo de excusas. Un sábado de aquel chico y sus planes seguro que no se encuentran más allá de lo compensable. Sabrá que lo peor de que te arresten en fin de

semana es comerse el hacinamiento de los calabozos y la cola en el juzgado de guardia. Además, como los de su banda vean la detención quizá le busquen problemas. Veinteañeros violentos, hojas y hojas de antecedentes penales, que se pasan el día bebiendo cerveza y llegan tarde a donde nadie los invita. Hacen un martes trece cualquier fecha del mes, así que Cañas remata la actuación que firmaría cualquiera de sus compañeros veteranos.

—¿Has escuchado que si quieres conocer a alguien debes mirar qué guarda en los bolsillos?

—No llevo nada, de verdad.

Cañas cachea al ultra y encuentra un puño americano.

—¿Esto es algo?

—Sí, pero tampoco es mío.

—Ayúdame a ayudarte. —Cañas manosea el puño americano—. Si me contestas unas preguntas, tal vez solo te identifique y te deje marchar con tu juguete.

—Siempre colaboro con los patriotas.

—Soy un patriota de la hostia. —Cañas le permite darse la vuelta —. Estoy buscando a una persona que rondaba hace días por aquí y voy a mostrarte sus fotos. Como me mientas, te pasas el fin de semana rodeado de yonquis y cagando de pie con ellos tras unos barrotes. ¿Comprendido?

9/12 11:01

«Una ciudad se engrandece por sus horrores».

De la Torre se mete en su ducha de costilla helicoidal.

Tras unos minutos ausente bajo el chorro de agua, coge la hoja de afeitar de la repisa, eleva la cabeza y se pasa la mano a contrapelo por la barba de un día y medio. Después se rasura al tacto, usando el jabón como espuma. Cuando termina, gira el grifo y una nube de vapor envuelve su cuerpo. Aquellas puntas del bigote caídas por la humedad. Empuja la mampara que se ha puesto de moda en la clase alta madrileña, se echa un tónico en la cara y se abriga con un albornoz. Llega a su habitación y ubica la aguja del tocadiscos en la tercera pista de su vinilo favorito. Truena la *Cabalgata de las valquirias* de Wagner por los altavoces. Adora la épica y que le corrijan si hay música más épica que la de aquel alemán contradictorio, porque en esas óperas a veces parece que no sucede nada y, sin embargo, en los márgenes, sucede algo todo el tiempo.

Hasta que se desata la tormenta.

De la Torre aparece en el salón con boca circunfleja. Su guardaespaldas apoya los codos en una barra de corian blanco, que separa la zona de bar de los otros cien metros cuadrados de la estancia. Le evita un saludo demasiado efusivo, porque teme sermones con esa música de fondo.

Pero hoy De la Torre tampoco quiere sermones.

Prefiere mirar su ático de la calle Velázquez y aferrarse a lo material como prueba de resistencia, de que ha llegado muy lejos para que un legionario y unos malditos fardos de droga lo compliquen todo. Aquellas paredes se adornan con lienzos de viejas batallas, salvo por un fresco enorme en el que aparece la Muerte a lomos de una bestia. Su galope deja una estela cadavérica que representa la peste medieval. De la Torre trajo el cuadro de la finca familiar, en Toledo, para recordarse que hasta aquel momento el mundo parecía tener sentido: rezar, conseguir comer y procrear. Si no salía bien, quedaba la otra vida que prometían los curas cuando agonizaban de la misma peste negra. En cambio, durante 1978 De la Torre debe atender a las obligaciones de su apellido, a su organización, a su trabajo ubicuo y diversificado, a especular con activos mercantiles, a encargar el arreglo de lo que a diario se estropea a su alrededor y, por supuesto, a seguir una rutina de ejercicios físicos. También a otras decenas de trámites que incluso a él le pesan. Sobre todo eso, pagar dinero, con que también tiene que ingresarlo. Y debe hacerlo a través de nuevas mañas, ya que el tiempo, aunque sea circular como en el medievo, ahora da vueltas más rápido y las divinidades dejaron de ser castigo y consuelo de nada.

—¿Qué opinas de este cuadro? —pregunta De la Torre al guardaespaldas, señalando la estela de cadáveres—. Creo que nunca hemos hablado de él. ¿Su alegoría?

—A primera hora de la mañana solo opino que está ahí.

—Yo tampoco lo apreciaba como merecía en la finca de mi padre. —De la Torre pega la nariz al lienzo—. En el campo todo te remite a la pureza del aire, a los ruiditos de los animales, a un sembrado, a

un viñedo o a casetas con aperos. Esas cosas de pastores te vuelven débil, un poeta y tal, pero aquí sí lo aprecio. Una ciudad se engrandece por sus horrores. —Apunta a la Muerte pintada—. Y nosotros dos cabalgamos Madrid como ella.

—He comprado los periódicos que te gustan —dice el guardaespaldas.

De la Torre suspira, se sienta en una silla *peacock* y echa un vistazo a los titulares de los diarios dispuestos sobre la mesa, a ver cuál miente menos. Ninguna frase altisonante en el Parlamento y ningún amaño del presidente, tampoco una triste carta firmada por el Ángel Azul. El día de ayer fue tranquilo y quizá representa la calma que precede a la tormenta wagneriana. Desiste de hojearlos, avanza hasta la terraza, corre el ventanal y apoya el pie derecho en el exterior. Una mañana fría y gris, pero no lo gélida que estará en su finca campestre, con la hierba petrificada de hielo. Repasa el pino que tiene en una maceta y le quita tres acículas a pellizcos, luego contempla las luces de los coches atascados en el asfalto y la procesión de cabecitas en la acera. Esa imagen urbana le genera la impresión de que todo sigue el orden necesario.

—Vamos a la sede del PP —dice De la Torre, regresando al salón.

—¿Qué es el PP? —pregunta el guardaespaldas.

—Las siglas de Puño Patriota, hombre —contesta De la Torre—. Hay muchas gestiones que hacer y Bam Bam no tendrá tantos huevos para acercarse por allí.

—Le volaré la cabeza como cometa semejante error.

—Varias veces. A ese hay que volársela varias veces para quedarnos tranquilos… Me pongo algo y arrancamos.

En la habitación, De la Torre se fija en una moldura del techo,

desconchada por su esquina. Niega con la cabeza y abre el vestidor, repleto de cristales en cada ángulo. Elige un traje de tantos. Beige, tela de alpaca, bolsillos con pespunte azul. Mientras, piensa en el escayolista y en que todo son gastos.

El guardaespaldas pulsa el botón retroiluminado del garaje y el ascensor desciende doce plantas. Sale al subterráneo con De la Torre para encontrarse con un coche deportivo que no es del vecindario. Al ralentí, ventanas tintadas y luces encendidas. Un BMW por la disposición de los faros redondos. El guardaespaldas se coloca delante de su protegido. Del coche se bajan dos individuos y el primero de ellos, con melena ensortijada, levanta las manos en señal de paz. Un tercero vestido con una camisa de chorreras permanece en el asiento del conductor. De la Torre nunca ha visto esas caras, pero sabe a quiénes pertenecen y las explicaciones que pedirán. Jairo habrá conseguido la misma información que él y se pregunta si el narco también compra a los policías y sus rumores. El capo se detiene junto a Metralla, a pocos metros, afianza los pies en el suelo y lo demás ya no significa nada.

—Tú también tienes que levantar las manos —dice De la Torre a su guardaespaldas—. Ahora mismo.

—Entonces no podré disparar antes que ellos.

—No vienen a disparar, porque ya lo habrían hecho. —De la Torre se adelanta unos pasos—. ¿O me equivoco, Jairo?

Jairo le da la razón con una contracción de la boca. Después le tira una especie de llave maestra, con imanes y longitudes intercambiables mediante un botoncito.

—Últimamente me convierto en sospechoso de cualquier tiroteo

—dice Jairo—. Y no me interesa.

De la Torre observa la llave que ahora sostiene sobre la mano.

—¿Un regalo? ¿Sin conocernos antes en persona?

—Tu guardaespaldas abrirá puertas como la del piso de aquel policía corrupto, aunque sin ese modelo de llave habrá otras que se le resistan. Nos lo traen desde Rusia y gracias a él estamos aquí dentro.

—Muy bien. —De la Torre se guarda la llave, sin darle mayor importancia—. Reconozco que los soviéticos siempre tuvieron artilugios interesantes, pero ahora la comunidad deberá mejorar el bombín del garaje. Y aquí, aunque seamos ricos, no nos gustan las derramas extraordinarias.

—No sé qué es una derrama.

—Al menos espero una charla entre hombres de negocios.

—Tampoco estoy seguro de eso.

El ventanal del techo del garaje se ubica en el centro de una plazoleta, filtra la claridad de la mañana y deja espacios geométricos a media luz. Entra el Bentley de la vecina del sexto y proyecta otra sombra por encima de ellos, deshaciendo el juego de reflejos. El chófer aparca junto al ascensor y ayuda a su pasajera. La señora le da la mano para salir, recoge el largo de su abrigo y saluda a De la Torre como si aún fuese el niño que vio crecer desde la posguerra. Pasea una mirada asqueada por el resto y se mete en el ascensor.

Vuelven a quedarse los cuatro a solas.

—La otra opción es que hayáis conseguido entrar aquí para amenazarme. —De la Torre se aproxima a Jairo con el guardaespaldas cubriéndole el flanco derecho—. ¿En mi propia casa, muchacho?

—Necesitaba un lugar tranquilo donde encontrarte y hablar —dice Jairo, levantando otra vez las manos—. Eres una persona con mucha protección ahí fuera y sospecho que en la sede de tu organización tampoco me hubieran dado una cita. Seguro que un escándalo en público te interesa tan poco como a mí.

—Me encontraste. —A De la Torre eso le ha sonado a negocios—. Habla.

—Dicen que tuviste algo que ver con la muerte de mi hermano.

—¿Si fuera verdad?

—Me he ganado el derecho a saberlo.

—Por lo que escuché de Toni Vargas —contesta De la Torre—, lo iban a matar cualquier noche. Le había ocurrido todo lo que podía ocurrir en la vida. ¿Y cómo llamamos a alguien así?

—¿Un hermano?

—Un fantasma.

—Cuestión de tiempo, ¿no?

—Cuestión de tiempo. Quién apretó el gatillo no es importante.

—Es cierto que a él le tocó aquella noche como podía tocarle a la siguiente —dice Jairo—. Mi venganza se debe, más bien, al apellido.

—¿Por la empresa?, ¿venganza? —De la Torre abre mucho los ojos—. La venganza es algo estúpido y que solo importa en las películas de italianos.

—Algo que además me cuesta mucho dinero.

—E imposible en cuanto a nosotros. No estás en uno de tus barrios de mierda.

Metralla y el otro guardaespaldas colocan las manos sobre las armas.

—Tranquilos —dice Jairo—. Tranquilos… Estamos hablando.

—Y para que asumas que en el centro de Madrid no tienes ningún poder —sigue De la Torre—, te contaré cómo será el resto de mi mañana. Iré a la sede de mi organización, me reuniré con alguna gente rica, daré órdenes a otra no tan rica, mantendré conferencias con Londres y Múnich en sus respectivos idiomas, me traerán perdices escabechadas con un vino más viejo que tú y todos me harán la pelota durante la sobremesa. Y ni por un segundo —marca una pulgarada con los dedos— recordaré que unos quinquis me pidieron explicaciones por la muerte de otro quinqui.

—Nada de eso te hace feliz, ¿verdad? —contesta Jairo.

De la Torre echa el cuello hacia atrás. Siente que es la frase de otro que ha subido demasiado alto y augura su caída. Entonces admitiría los puntos comunes en sus vidas, pero ambas están sufriendo tales cambios que apenas cabría preguntarse cuánta validez les queda. Imposible de responder algo así en una transición donde todo evoluciona, todo fluctúa.

—Comprendo que estos tiempos resulten excitantes para ti —dice De la Torre—. Franco no precisaba de los delincuentes y el capitalismo de mercado parte de un principio idéntico, salvo, aquí está la novedad, que los delincuentes consigan generar el suficiente dinero. Aunque al final el mismo porcentaje de pobres será innecesario. ¿Qué tal si te llevas a este melenudo, te metes en tu coche y le ordenas al otro imbécil con camisa de chorreras que acelere sin mirar atrás? Así, hasta que te maten en cualquier esquina, podrás seguir siendo la marioneta de hombres como yo. Durante la democracia te dejaremos vestirte con ropas de nuestras sastrerías, te daremos mesa en los mejores restaurantes, te pagaremos caprichos como ese coche hortera y te llevarás a tus

amantes a los hoteles de la costa de Valencia. A cambio, nunca debes mezclar tu sangre sucia con la azul, tampoco usar nuestros bancos para lavar billetes y mucho menos preguntarme por qué a tu hermano pequeño le estallaron la cabeza. —De la Torre sube los pulgares para ridiculizar a Jairo—. Una persona se mide por sus adversarios, pero tú no eres de los míos.

Jairo se queda hipnotizado en aquel movimiento de manos. Metralla observa al capo, por primera vez parece que pactará una rendición. Entonces Jairo se da la vuelta y hace un gesto al BMW para que se acerque. Tomate acelera, pega un trompo que les deja de cara el coche. El capo abre la puerta trasera e indica a Metralla que haga lo mismo con la del copiloto. Se suben al vehículo con la boca encogida en un puchero.

—Quería confirmar que estabas tú detrás del asesinato de Toni —dice Jairo mientras sube la ventanilla—. Y hablas mucho para también ser un fantasma.

—¡La próxima vez manda a alguien en tu nombre! —grita De la Torre—. ¡Pero a alguien que no quieras que vuelva!

El BMW sale a toda velocidad del garaje.

—Qué paliza le he dado. —De la Torre se estira las puntas del bigote cuando desaparecen por la rampa—. Qué gran paliza.

—Al mismísimo Jairo —dice el guardaespaldas.

—Un fantasma…

—Esta era su única oportunidad y se ha largado corriendo.

—Descargará la rabia con un cualquiera. Entre líneas, es lo que le he ordenado.

Ambos se dirigen al Saab 900 Carlsson, todavía respirando audiblemente por la boca. Un coche cabal, fiable, pintura oscura e

interiores en madera, hecho por señores para señores, sin vinilos, sin alerones, sin llantas grandes. De la Torre se acomoda en el asiento trasero y despliega el reposabrazos. Ha sido valiente. Ojalá aquella palabrería le sirviera con Bam Bam. Un rayo de luz deslumbra el vehículo y De la Torre mueve la cabeza. Otea el ventanal del techo del garaje, intuye el bullicio exterior y piensa que será mejor volver cuanto antes a comerciar con la delincuencia de cuello blanco. Se ajusta la corbata con nudo *trinity* del suyo y examina otra vez la curiosa llave que le ha tirado Jairo. Un artilugio que habrán pagado caro para esa conversación. Su mente está a punto de deducir algo cuando el guardaespaldas va a girar el contacto del vehículo. De la Torre se pregunta por qué han salido tan rápido del garaje. Decían que necesitaban un lugar tranquilo donde encontrarle y hablar. ¿Artilugios soviéticos? Lo deduce.

—¡No gires el contac…!

La bomba propulsa el coche hasta romper la cristalera superior del garaje, rebotar contra un edificio y caer en la plazoleta tras volar cincuenta metros. El amasijo de hierros se funde con la carne quemada del guardaespaldas y De la Torre. La escena es un caos con personas corriendo, gritos histéricos y ninguna víctima colateral. Una chiquilla cae de su triciclo por la onda expansiva, pero la madre la sujeta para ponerla a salvo de los cascotes. Poco a poco, se levanta una enorme polvareda.

Jairo observa el atentado a trescientos metros.

—Terminado, fantasma.

—Se perderá las perdices escabechadas —dice Metralla a su lado, con una sonrisa que parece una guirnalda—. ¿No crees que los comunistas esos se pasaron con el explosivo? Casi vuelan la

plazoleta entera.

—Le tenían ganas —contesta Jairo—. Parece que, cuando se sale de una dictadura, solo siguen organizados los que la han combatido. En el caso de España deben de ser este tipo de comunistas.

—Y trabajan bien —dice Metralla—. Se colaron en el garaje por la noche, colocaron el explosivo y desaparecieron sin dejar rastro. Ni yo conseguí ponerme luego en contacto con ellos. Tal vez tendríamos que haberlos contratado antes.

Jairo hace visera con la mano, recreándose en las llamas.

—Preferiría que nos enseñaran a preparar semejantes bombas.

—¿Te imaginas a Tomate con una carga de amonal llena de cables?

Jairo no se lo imagina y tampoco lo hará la policía.

Por una vez, no se convertirá en un sospechoso.

—Me han cobrado mucho para ser unos comunistas de mierda —dice.

9/12 16:35

«Estamos en la zona más roja del mapa».

La. Última. Noche. Del. Ángel. Azul.

En Malasaña, al atardecer de ese sábado, la plaza Dos de Mayo está abarrotada de jóvenes. Riadas de personas empiezan a bajar por las vías que confluyen en el monumento a Daoiz y Velarde. Un hippie salta la valla que protege el monolito, sube al pedestal y pellizca la nariz de la escultura. El héroe ya no carga su espada, robada tantas veces que el ayuntamiento dejó de reponerla y en su lugar aguanta dos cascos de cerveza perlados de humedad. Otro joven le coloca un tercero sobre la cabeza y le aplauden. Luego vítores contra todo, contra todos. En la muchedumbre hay una decena de agentes infiltrados que, gajes del oficio, se suman a las consignas contra ellos mismos. No es que la situación pueda ir a peor en Madrid, sino que corre el riesgo de explotar para siempre, como constata el atentado a De la Torre, que tiene a la ciudad en alerta. Dos horas después de la bomba, comenzaba el dispositivo para detener al Ángel Azul mediante una maniobra envolvente en el gentío.

Jiménez, aún sin resultados, se desgañita en su despacho junto al subinspector y al comisario. Su superior jerárquico se ha tomado cuatro cafés ante la noche en vela que se le viene encima. Alucina con el plano de Madrid desplegado sobre la mesa. Le habían hablado de él, pero quería verlo con sus propios ojos. Tiene más

anotaciones, más puntos, más vectores, asteriscos y coordenadas y la misma conclusión: hoy el psicópata volverá a matar en trescientos metros a la redonda de la plaza, no más tarde, no más lejos. Jiménez ha intentado convencer a todos de su deducción, de los fríos cálculos numéricos y la ambición científica. Ahí comprimidas, la redundancia de señales, las posibles rutas de entrada y huida, cualquier indicación que a los policías de inteligencia media les permita reducir contactos y tiempo.

—¿Y si no sale de caza? —pregunta otra vez el comisario a Jiménez—. Imagínate que ha pasado una mala mañana, le duele la barriga o discutió con su madre.

—No conocemos nada de su madre —dice el subinspector—. ¿Alguien así tiene una madre?

—Es una manera de hablar. Como si ha perdido el estilete.

—¿Dónde lo habría perdi…?

El comisario señala a Jiménez con el dedo.

—Me responde tu superior.

El subinspector se calla. No sabe cuándo hablar, pero sí cuándo no hacerlo.

—Perseguimos a un psicópata —contesta Jiménez—. Necesita matar y entonces se tomaría una aspirina o se haría con otro estilete.

El comisario se lleva la mano a la frente, tal que tuviera fiebre él.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Esos libros a mi espalda explican cómo funciona una mente así. —Jiménez se da la vuelta para repasar sus volúmenes preferidos—. El hijo de Sam, el Payaso Asesino, el del Zodiaco… Mis lecturas siguen un patrón semejante al del Ángel Azul.

—Americanadas.

—A partir de esta noche también estudiaremos a nuestros psicópatas.

—¿Aún piensas que las cartas son su forma de pedir que lo detengamos?

—Hay tanto de eso como de desafío a la policía.

—Y de momento nos gana el desafío —dice el comisario—. Con lo que le ha sucedido a De la Torre, quizá se lo piense dos veces.

—Eso sí —contesta Jiménez—, el atentado no ha sido muy oportuno.

—Salieron un montón de ultras de cacería —sigue el comisario—. La central ha pedido refuerzos en Lavapiés y Malasaña por los rumores de que la bomba la colocó un comando comunista. Lo que le faltaba a la ciudad.

—Podríamos contar unos cinco millones de candidatos a haber puesto la bomba y otros tantos motivos para hacerlo —dice Jiménez —, aunque apostaría por ETA. Se les da bien propulsar coches con kilos de amonal.

—No sé si ahora siguen siendo de alguna forma comunistas —contesta el comisario—, pero sus bombas lapa no destrozan así a los ocupantes de los vehículos. Lo hacen las llamas mientras no pueden salir del asiento, porque la explosión retuerce la estructura. Por eso hay que facilitar que la presión se disipe y yo continúo abriendo cada día la ventanilla antes de arrancar, aunque haya examinado diez veces los bajos. —Se estalla los nudillos al recordar su rutina—. En todo caso, los de la central no tienen mucha información del dispositivo que has montado.

—Sus cowboys lo estropearían todo.

—Estoy de acuerdo en eso, Jiménez. Aunque si sale mal y hemos gastado tanto dinero para nada se lo explicarás tú mismo al ministro.

—¿Como una decisión consensuada?

—Ya sabes. —El comisario acaricia sus distintivos en el pecho, recordando cuánto tiempo le ha costado conseguirlos—. Como tu decisión personal. Puedes llevarle el mapa de regalo.

Jiménez teme lo mismo que su comisario, pero no se atreve a compartirlo. Hasta un adicto a matar debería esperar a mañana si las calles reportaran tantos incidentes. Entonces el inspector jefe se retrae, comprueba el espacio de su despacho, sus tomos de criminalística y aquellas maldades descritas entre dos tapas, luego se enrosca en torno a una angustia que es solo suya. La investigación contra el Ángel Azul fue una pesadilla desde la segunda víctima y en ese instante no le pueden resultar más ajenas la muerte de Toni Vargas, la protección a Marta Beltrán o las pesquisas sobre los turcos. Está perdiendo la perspectiva, la distancia, el temple, convirtiendo el caso en algo propio.

—Se lo explicaré como mi decisión personal al ministro —dice, lo más convencido que puede—. No te preocupes por eso.

Jiménez oye el crepitar del intercomunicador y distingue una voz metálica. A continuación, chasquidos e interferencias. Lo vuelve a separar ante la mirada del comisario y el subinspector, que bailan las cejas esperando el parte.

—Las prostitutas de confianza se han desplegado por las esquinas —dice Jiménez—. Son treinta, sedientas de venganza.

El subinspector levanta un dedo para intervenir.

Su comisario le concede la palabra con una caída del mentón.

—A la Limones le coloqué yo el intercomunicador en el bolso —dice el subinspector—. Y no podíamos ni cerrarlo. Llevaba unas gafas de sol, unas gafas de ver, un pañuelo lila, otro verde, colonia de baratillo, crema de pies…

—¿De pies? —pregunta el comisario.

—Un potingue de Nivea, sí. Cinco botes distintos de maquillaje, trescientas pesetas en billetes pintarrajeados, un cepillo para el pelo y no sé cuántos tiques de paquetes de chicles, pero no tenía chicles. Bueno, en realidad tampoco tenía mucho pelo. Le avisé de que no sería fácil coger el intercomunicador entre todas esas cosas, más si mientras le quieren clavar un estilete en la nuca.

—La Limones.

—Es muy suya.

Jiménez corta la anécdota con un restallido de la lengua. Queda en el aire como lo que es, un reproche, y cita el código por el intercomunicador para que sus policías se dividan por las calles adyacentes a la plaza. Intuye que también estarán pensando en lo esotérico del mapa desplegado en la oficina. Hasta el comisario hizo acto de presencia para recelar del plan. Ese hombre se ha convertido en el vivo recuerdo de la antigua Brigada Político-Social: la piel agrietada, ojeras sobre las ojeras, pupilas enterradas en grasa y la actitud funcionarial a punto de aceptar el traslado a Mallorca y gracias por los servicios. Pero Jiménez sabe que incluso en la policía no se cambia nada sin desviarse de las normas. Cuando se suman tantas chicas asesinadas en Madrid y el culpable las festeja en los periódicos, su deber es explorar cualquier dirección. De aquello, si hay suerte, surgirá un protocolo policial; más tarde, ese protocolo se escribirá en tomos de criminalística como los que colecciona y el

comisario no seguirá allí para felicitarlo.

Porque entonces el comisario debería ser él.

Los policías de paisano vigilan a las mujeres que se adentran en los callejones de Malasaña. Todavía no saben tanto sobre el Ángel Azul, así que desde el principio se les pidió reconocer el patrón de sus víctimas, a esas chicas de aire desamparado, ropa moderna o de supervivencia según quien las mire. Un policía se fija en una muchacha con peto de pana y dos coletas. Bonita, alta, actitud resuelta con la que se cuela en un pasadizo de la calle de la Ballesta. Al momento, un chico de su edad toma la misma dirección. El policía avisa de la secuencia por el intercomunicador. Jiménez contiene la respiración en la oficina, es la primera alerta y ni han tenido tiempo a cantarle que el sospechoso es un niñato. El policía se adentra en el pasadizo y comprueba cómo el chico aborda a la de las coletas por detrás. Va a disparar al aire cuando empiezan a enrollarse. Sin querer, el policía de paisano pisa una lata vacía y la pareja se gira, gritándole que se largue de allí.

—Falsa alarma, inspector —dice el policía por el intercomunicador —. Solo son unos babosos.

—Esto pasará más veces —contesta Jiménez en el despacho—. No nos pongamos nerviosos antes de tiempo.

El comisario termina su quinto café.

—Tenemos toda la noche para ponernos nerviosos.

—Voy a traerle otro, comisario —dice el subinspector—. Deme un minuto.

Se marcha a la cocina de la planta inferior en la que hay una nevera llena de agua y cervezas, dos cafeteras, un hornillo y el

microondas, el nuevo aparato que causa furor en la comisaría. Aquel café tendrá que ir, como de costumbre, con dos cucharadas de azúcar y un chorrito de leche derramado en espirales.

—¿Siempre es tan solícito el subinspector? —pregunta Jiménez.

—Mi primer criterio para ascenderlos —contesta el comisario.

—¿Conmigo también lo fue?

—A ti te ascendí porque distingues qué es lo importante en tu profesión.

—Y este asunto me lo recuerda cada día.

—No me cabe duda —dice el comisario—. Por eso, al fin mañana un ciudadano cualquiera cogerá el metro, se sentará entre un obrero con el pantalón sucio y una señora que va a dejar flores sobre alguna tumba, encenderá el transistor y escuchará que hay un loco menos en las calles. Quizá ni se alegre, pero sabrá que la élite de Madrid seguirá disfrutando del hipódromo, del Teatro Real y de las cacerías en la sierra. Y en esta ciudad cada vez más confusa, la certeza de que los ricos continuarán haciendo cosas de ricos será un alivio para él. Eso es lo importante y lo que busca tu mapa, ¿verdad?

—Mi comisario preferido —contesta Jiménez—. Verdad de la buena.

—No seas tan duro con el subinspector.

—Ni siquiera le ordeno cafés.

—Deberías hacerlo, Jiménez. Él cumple ese papel del hombre corriente que ha de asistir a los extraordinarios. Necesitas gente así alrededor. No lo destituyas si tu plan sale bien y ocupas mi vacante.

—Lo había entendido.

—Pues ajústate la boina cuando aún quieras pasarte de listo conmigo.

De nuevo en Malasaña.

Orden dentro del caos, aquel dispositivo policial se agrupa en la calle de Valverde sin resultados. Allí las prostitutas de confianza guiñan el ojo a los agentes que les ponen las caritas de cualquier cliente. En un movimiento coreografiado, la Limones engancha a uno del brazo y con un giro sensual le muestra el orgullo marchito de su pasado.

—¿Adivinas cuánto pesa un oso polar? —pregunta al policía.

—Creo que no.

—Lo suficiente para romper el hielo.

—No está mal.

—Agárrame del ganchete y hagamos la ronda por el barrio.

—Debería continuar haciéndola con mi compañero.

—Conmigo verás cosas que con él no podrás.

—Tienes razón. —El policía la coge gentilmente del brazo—. Demos la vuelta a la manzana, señorita.

Caminan como dos enamorados sobre las baldosas. Ella lo conduce del codo y él recorre con la mirada la multitud de jóvenes con sus pintas y manías. En la calle del Barco, se fija en una mujer con pelo cardado, medias de rejilla y capote de piel. Camina cruzando sus piernas delgadas como cañas y la Limones gesticula al policía para que atienda al que la sigue. El agente de paisano suelta a la prostituta con la misma gentileza de antes y se acerca al compañero que deambulaba unos metros a la izquierda.

—Mira al que va detrás de esa —dice—. No le quita ojo.

—Juraría que es un yonqui —contesta el compañero—. Cada vez hay más de estos. Chándal de acetato y bote de yogur en la mano… Son así, sucios y golosos.

—Estamos en la zona más roja del mapa.

—¿Queremos darle una oportunidad?

El hombre del chándal tira el yogur líquido al suelo, que acaba filtrándose por una alcantarilla. Sigue detrás de la muchacha y se detiene cada vez que ella hace lo mismo, como si fuera un juego. Mueve las manos tal que tratase de desatornillar el aire, con que esconde un interés por descubrir bajo la barba que le devora la cara; sus ojos relucen, febriles y enrojecidos.

—Aviso por el intercomunicador —dice uno de los policías, colocándose con discreción su pistola junto a la pierna—. Este hará algo.

Jiménez suma el segundo palito sobre la pizarra.

Aunque el inspector jefe no cree que el Ángel Azul use ropa deportiva.

Los policías continúan detrás de la mujer y con el del chándal en medio. Se obligan a adelantarlos cuando el sospechoso se detiene a atarse sus zapatillas J'hayber con doble nudo. Rebasan la posición de la mujer del capote, que tiene manchones de maquillaje en los carrillos y aspecto de no haber dormido en días. Uno de los policías de paisano se sienta en una Vespa aparcada y tantea al sospechoso por el retrovisor. Las distancias se le distorsionan sobre el cristal. Su compañero, aún con el arma pegada a la pierna, observa cómo el del chándal empuja a la mujer a una estafeta de correos. Encima, una lámpara forma un halo amarillo.

—Refuerzos en calle del Barco —dice por el intercomunicador—. ¡Ya! ¡Ya!

Y corre hasta la estafeta de correos.

—¡No te muevas o te mato en defensa propia!

Su pistola apunta al del chándal.

—Qué exagerado. Si no le he hecho ni un rasguño.

—Ponte de rodillas con las manos en la cabeza.

—Pensé que el policía era el que se sentaba en la Vespa.

Llega el que estaba apoyado en la moto y este apunta solo con una linterna. El sospechoso tiene la cartera de la mujer en la mano izquierda y un cúter oxidado en la derecha. Aquella luz oscila de un objeto a otro, como si no le gustara lo que alumbra. Se trata de un robo de poca monta, como los cientos que se producen cada semana en el barrio.

—Ni una moneda llevaba esta tiesa —dice el atracador—. Hasta un abogado de oficio me sacará mañana en libertad.

Su víctima aprovecha para darle una patada en los testículos.

Cuatro coches de policía entran en plano por la llamada de refuerzos y los testigos comprenden que no es una reacción habitual para lo sucedido. Alcanza la misma conclusión un hombre de unos cuarenta años, pálido, pelo recio, gafas de bastantes dioptrías y aspecto introvertido bajo el gabán. Sus facciones no son dadas a mostrar furia, satisfacción o inquietud según las circunstancias, y de esas hace tiempo que le sobran.

Agarra el estilete en su bolsillo.

Buscará a la siguiente víctima en otra zona de Malasaña.

Como dijo Jiménez, lo necesita.

Lo necesita.

9/12 17:59

«Esta es la música que escuchan en el infierno».

El resol de la tarde entra por un lucernario.

Esquiva unas vigas de acero e ilumina en degradado el loft de Pedro Lafuente. Una trabajada reforma de un almacén en planta baja que reproduce las que vio en sus últimos viajes a Brooklyn. Él toma un té verde sobre la mesa de la cocina, minimalista antes de que exista el concepto para los diseñadores de interiores. Observa su tacita, hipnotizado durante un rato. Es de despertares de siesta lentos, muy lentos. Al lado, un jarrón con tulipanes que le ha enviado uno de los cantautores que detesta por conseguirle el último contrato discográfico. La nota de agradecimiento, tan olvidable que sigue sobre el entarimado de roble que delimita el salón.

«Querido Pedro…».

Antes del contrato no lo quería tanto.

Vuelve a sonar el teléfono que no piensa coger. Será su socio, de los pocos que tienen ese número, para consultarle todas las dudas que estarán surgiendo respecto a la sesión de fotos con Histeria y a la fiesta de la discoteca de la que, más o menos, se han convertido en anfitriones. No es la primera para el productor, pero espera que sea la penúltima. Pedro Lafuente admite que a veces la gente deposita demasiadas expectativas en él, como si fuera alguien más importante de quien realmente es, y mirando aquellos tulipanes, entiende que tal vez los demás son los que se sienten importantes a

su lado.

Eso le genera una leve sensación de pánico.

Remueve el té con una cucharilla y lo termina a sorbitos. Luego se bambolea hasta el frigorífico y coge dos yogures que apila junto a una botella de champán rosado, una lata de caviar y unas tabletas de chocolate que quiere siempre muy duras. Traga los yogures, espachurrando el envase, y los tira a una papelera metálica. Se limpia las gafas con el largo de su camiseta de andar por casa y se las vuelve a colocar. Lee otra vez la carátula de la cinta que ha colocado en la consola de la entrada.

«Sesión Histeria 6/12/78».

Si tiene a una estrella en esa cajita, ¿por qué hoy necesita una segunda opinión?

Instantes después, lo recoge en su barrio de Chamberí el Dodge 3700 GT rojo y con ocho plazas que alquila algunos fines de semana. Lo más parecido a una limusina que puede circular por Madrid sin llamar demasiado la atención, sin que se crucen unos estudiantes y le comiencen a tirar proclamas y huevos. Al fin y al cabo, es una versión modificada del coche en el que iba Carrero Blanco cuando lo mataron. Su radio está sintonizada en un programa donde se suceden las llamadas de los vecinos quejándose de socavones en la calzada, pasos de cebra deslizantes o la nueva política municipal de multar a vehículos aparcados en doble fila.

—Apaga la radio —dice Pedro Lafuente al chófer—. Y pon esta cinta.

El chófer suspira para el cuello almidonado de su camisa. En pocos minutos empezaba el programa sobre fenómenos

paranormales que tanto le gusta, deseoso de que cualquier misterio se acabe explicando con platillos volantes. Coge la cinta de su pasajero y la mete en la platina. Al principio se escucha una batería distante, a pocos decibelios, como si también se tratase de una psicofonía.

—¿Subo el volumen?

—Lo vas a necesitar. Quiero tu opinión sincera.

—Señor Lafuente, no tengo oído para la música.

—Pocos lo tienen y por eso mi sello es un buen negocio, pero necesito a alguien que jamás haya escuchado algo parecido.

El chófer pega un respingo cuando oye la voz gutural de Pitu y hace ademán de mover la ruedecilla para bajar el volumen, aunque por el retrovisor central percibe que su pasajero no le quita ojo. ¿Qué ruido es ese que su cliente ha llamado música? Estaba cansado de escucharle sus frustraciones con Camilo Sesto y hoy le da aquella cinta descacharrada.

—¿El volumen no…?

El chófer no se atreve a terminar la pregunta.

—Súbelo de una vez.

—Quien paga manda.

«¡Asfalto humeante y piedras volando! ¡Asfalto humeante y piedras volando!».

—¡¿Qué te parece?! —pregunta Pedro Lafuente al medio minuto de canción—. ¡Para los chicos de este grupo las formas no son tan importantes como el fondo!

El chófer tamborilea los dedos sobre el volante, luego frena y aporrea el claxon por las muchachas que han cruzado corriendo un paso de peatones. ¿Formas?, ¿fondo? Lo único que le suena algo

cercano es lo del asfalto humeante en agosto. Vuelve a acelerar con la cadencia suave que exige un vehículo tan grande.

—¡Señor Lafuente, lo que me parece es que su trabajo resulta mucho más difícil que el mío!

—¡No te escucho! ¡Ahora sí baja el volumen!

El chófer le obedece y parpadea varias veces.

—Le decía que su trabajo resulta mucho más difícil que el mío.

—Mi trabajo consiste en hacer picadillo la música de los demás, aunque sería incapaz de tocar tres arpegios, escribir una estrofa que rime o cantar sin desafinar varios tonos. Por eso yo busco el dinero, que es la paz a fin de cuentas, y ellos la gloria. Déjate de rodeos. Quiero una opinión sincera.

El chófer mueve la enorme palanca de cambios.

Aquel tráfico del centro empieza a ser desesperante de lunes a viernes.

—Esta es la música que escuchan en el infierno —dice el chófer—. Pero hay algo que me gusta entre los berridos, algo que se distingue como bueno y con estilo, no sé… Ese dum-dum-dum, ¿quizá?

Pedro Lafuente se retrepa en el asiento trasero y observa las calles de Madrid por la ventanilla. Lanzará al mercado lo que la juventud al otro lado del cristal demanda y todavía no lo sabe. Solo necesita extirpar a Marta del resto de la banda en un periodo de dos o tres años. ¿Solo? Recuerda lo íntegra que se mostró ella al respecto. Habrá de ver cómo se mueve hoy entre los personajes de la industria musical que estarán en la discoteca, cómo de fácil podría dejar sus lealtades en el ropero de la entrada.

—Sí que tienes oído para la música —dice Pedro Lafuente al chófer.

Y aprieta el puño en señal de victoria.

El Dodge recoge al socio de Pedro en su apartamento. Se sube al coche mal dormido, mal afeitado, con el aspecto general de que alguien lo ha tirado desde un sexto piso y no puede disimularlo por muchas disculpas que pida. Además, hoy parece que está viendo todo el rato algo que no comprende. Pedro Lafuente imagina que su cerebro flotará en un mar de antidepresivos, pero aprecia a aquel hombre, antiguo *roadie* de Los Sirex, Los Bravos y Lone Star. Después le vinieron mal dadas y se dedicó a montar peleas de perros en un sótano al lado de las Torres Blancas. Se movía dinero y había reglas de peso, uso de anabolizantes y hasta árbitro. Su vida se complicó aún más cuando el *rottweiler* de unos pandilleros murió de un infarto. Entonces volvió al negocio de la música por la puerta grande, la que le abrió Lafuente Recording gracias al sonido que conseguía en las grabaciones y a que Pedro presumía de que no leía las letras de lejos, pero seguía distinguiendo a los traidores a mucha más distancia.

—Te aviso de que Alain Savoir Affaire está de mala hostia —dice el socio al subirse al coche—. Cada vez que vuelve a España se pone insoportable.

—No lo llames así cuando no lo tengas delante —contesta Pedro Lafuente—. Dios mío, su nombre es Paco.

—La última vez que me escuchó lo de Paco no me cogió el teléfono en seis meses y tuvimos aquellas horribles sesiones de fotos durante su castigo. Hoy anda indignado porque los del catering han dejado en el estudio unas fuentes de melón con jamón y que eso es una aberración culinaria.

—Ya empezamos.

—Que si las fondues, los quiches de verdura y pasas y las almejas con ají en París. No podemos prescindir de él, Pedro. Le iré a comprar dos kilos de almejas a Galicia si hace falta.

—¿Es consciente de que ayer aterrizó en Madrid? Creció en esta ciudad durante la posguerra, comiendo gato rebozado.

—Después me ha venido con que, si no queremos una portada psicodélica, para qué tenemos en el estudio esas telas verdes y magentas.

—La psicodelia estaba de moda anteayer.

—Dice que lo que se lleva ahora es el hueso.

—¿Cómo?, ¿cómo?

—El hueso. Es un color en Francia. Y Pitu y los demás se han negado a ponerse el delineador de ojos hasta consultarlo contigo. Eso sí, ha dicho que Marta tiene rollo y que le recuerda a Debbie Harry.

Pedro Lafuente vuelve a apretar el puño.

—Por eso trabajamos con él —dice después.

—Te juro que lo odio y lo amo al mismo tiempo.

—¿Tienes una pupila más grande que la otra?

El estudio de fotografía se ubica en un local de los bajos de Argüelles. Lafuente Recording lo alquila por horas, como el Dodge. Al final del trimestre, el sello se ahorra mucho dinero teniendo el uso y no la propiedad de ciertas cosas en esa industria dada a aparentar. Les va bien así, tan bien que estiman que tres o cuatro ventas más de artistas como Marta Elektra a multinacionales y solo quedará por delante lo de retirarse, dar alguna entrevista para que los recuerden

como visionarios y, sobre todo, comprarse la mansión en la sierra.

Alain los espera bajo el quicio de la puerta, de brazos cruzados y vestido con un mono rojo, chaqueta de cuero blanco y zapatillas de baloncesto color hueso, sí. Mueve el pie como un percutor sobre el suelo. Se rumorea que ganó bastante dinero en los últimos años, pero que lo dilapidó en una tienda de moda conceptual en Manchester, en un caballo de carreras que al final era lentísimo y en un yate al que puso el nombre de *Attitude*. Quizá sean sus razones para volver a hacer fotos a grupos de música aún desconocidos.

Pedro Lafuente lo mira igual que a un extraterrestre.

Él sabe, incluso comprende, que en ciertos ambientes de París entran personas con sus tonterías, pero cuando salen de allí han cambiado su forma de andar, de comportarse y hasta de vivir en general. Como si el pasado les produjese una profunda vergüenza. Así sus trabajos también se escapan a la posibilidad de una definición, tratan exclusivamente de sí mismos y del tiempo que los hace más necesarios que posibles.

—Querido Alain—dice Pedro Lafuente, dándole dos besos en las mejillas—, ¿te están tratando bien? ¿Todo a tu gusto?

—¿Melón con jamón?

—Vaya sorpresa. —Pedro Lafuente señala a la maquilladora que trabaja en el rostro de Marta—. ¿Y esta belleza aquí?

—Elena fue mi mujer, luego mi ex y ahora mi novia.

—Hola, Pedro —dice ella, ataviada con pantalón pirata, top de gasa y unas estrambóticas gafas de sol que le tapan un cuarto de la cara—. Además, desde este mes cobro por horas.

Pedro Lafuente eleva las manos en señal de disculpa.

—Entiendo… Solo que no esperaba verte.

Mientras, su socio recoge las fuentes de melón con jamón y se las lleva al chófer, que espera en un aparcamiento de Gran Vía.

—Me contaron que el mes pasado estuviste en los alrededores de Marrakech fotografiando a Roger Waters —dice Pedro Lafuente a Alain, pensando en concretar enseguida cuántas horas lleva acumuladas la maquilladora—. Continúas teniendo los mejores contactos.

—Y he vuelto a este país que huele a ajo —contesta Alain—. ¿Adivinas por qué?

—Has vuelto por nuestra amistad y algo de dinero. ¿Qué tal te fue allí?

—Hay arena por todas partes. —Alain simula tirar una gran cantidad de polvo encima de sus cabezas—. Arena en tus zapatos, arena en tus bolsillos, arena en tu boca, arena en tus sándwiches y hasta en el agua embotellada.

—Aquello es un desierto, ¿no?

—Pero Roger se dejó aconsejar, a pesar de que los ingleses gestionan mal los matices. Enfoqué la sesión como si él fuera un falso profeta, un orador con chupa de cuero frente a una multitud de derviches que le valieron un dineral como figurantes. Montaron una especie de sindicato en cuestión de horas, pero eran imprescindibles. Le expliqué a Roger que quería utilizar el referente estructural de los babuinos. Esos animales se mueven en grupos de treinta miembros, ni más ni menos, porque han de ver siempre al líder en el centro. Si no, se cortan sus conexiones y empiezan comerse unos a otros. Unos bichos increíbles.

—Babuinos…

—En grupos de treinta.

Pedro Lafuente señala a los integrantes de Histeria, a varios metros de distancia, ajenos a la conversación y con cara de no poder más con aquello.

—¿Y qué te parecen esos bichos de ahí? —pregunta después.

—Casi termina la moda del postpunk y tú meterás el punk de trogloditas en España. Pues me parece bien, son majos y simples, y así quedamos los demás de eruditos. De hecho, si el batería no recibe ya una paga del Estado, está en disposición de pedirla. Les he dicho que en su trabajo primero necesitan el amor y luego la técnica, pero solo van sobrados de lo primero. Todo marchaba bien hasta lo del delineador de ojos, que les daría un aire más gótico e incluso romántico, aunque mejor que centremos la última tanda de fotos en ella y terminemos de una vez.

—Cobro por horas —dice la maquilladora.

Está dibujando un rayo azul sobre el lateral de la cara de Marta. De paso, la alecciona sobre cremas faciales, recordándole que hasta los veinticinco años tendrá la cara con la que ha nacido y luego vendrá la que ha merecido.

—Quiero tu opinión sincera sobre Marta —dice Pedro Lafuente a Alain, bajando el volumen—. Y es la segunda y última vez que la pido hoy.

—Ella es la única que te importa.

—Estoy convencido de que una chica así marcará el paso de la escena española durante la próxima década.

—Y quizá no exageres, llevo todo el rato fijándome en cada cosa que hace y dice. Marta será una prenda de colorines en una lavadora de ropa blanca.

El productor musical ya no aprieta el puño en señal de victoria, se

limita a una leve inclinación de cabeza. Hasta le parece mal haber tenido que preguntar opinión a un chófer y a un estilista pasado de vueltas por algo que creía obvio. Su nuevo fichaje le gusta a todo el mundo cuando está de buen humor. Eso, de nuevo, cómo anticiparlo, le genera otra leve sensación de pánico.

Marta fuma un porro trompetero mientras la maquilladora le termina el rayo. Ese día solo ha pensado unas cinco veces en policías con poco bigote, ultras asesinos y que quizá ella es el fraude más grande tras firmar la declaración a Cañas y luego un contrato para grabar un disco de punk. Aunque durante la sesión ha disimulado su nerviosismo. A veces, las caladas la ayudan a relativizarlo; otras, consiguen que su atención se centre en las peores previsiones.

Pedro Lafuente se aproxima con los brazos en jarra.

—¿No podías esperar a tener las últimas fotos para fumarte eso, Marta? —pregunta—. Habrá que ir a la farmacia y comprar colirio.

—No, no —dice Alain, que prefiere innovar—. Probemos algo con esos ojitos rojos, radical y chic.

Marta interroga a Pitu con el mentón por si le parece buena idea y él le marca un pulgar hacia arriba, deseando acabar la sesión. Está sentado junto al guitarra y al batería y tiene un rastro de sudor en la nariz por los focos caloríficos. Nunca se había imaginado que resultaría tan ridículo simular que actuaban en directo a la vez que un fotógrafo le pedía más energía en francés. En realidad, Alain quería transmitirles que en ese negocio había que fingir y fingir hasta que de alguna manera todo saliera de verdad. Dijo que deben acostumbrarse a esa sensación parecida a usar el playback que últimamente aparece en cualquier programa de la televisión.

Alain se aproxima a Marta con una cámara de mano, montando una lente de cincuenta milímetros. Antes ha gastado tres carretes sobre el fondo blanco de un mantel que compró en una mercería. La tela sigue colgando de alcayatas y con un tensor entre las inferiores. Marta posó sentada en una silla de madera, luego con el talón sobre el respaldo, después vuelta hacia la pared, finalmente tirada en el suelo y piernas en alto. Alain le cambió la ropa y repitió las mismas figuras. La primera tanda con el conjunto propio de la chica: falda de cuero, botas remachadas y top con estampado de leopardo. Los siguientes estilismos pensados por Alain: uno con shorts vaqueros y corsé de tela con arreglos lilas; otro, vestido de látex en azul eléctrico, del mismo color que ahora zigzaguea su sien hasta la mandíbula.

Alain acordó con Pedro Lafuente que la portada se fotografiaría el lunes en una siderurgia de Getafe. Allí, los ceños de Histeria se doblarán sobre un paisaje de ladrillo, metal oxidado y pintadas cutres. La idea es que la cubierta salga en blanco y negro, salvo el anaranjado de las rasillas y otra vez el rayo azul de la cara de Marta.

Alain chasquea los dedos con ritmo.

—Marta, necesito un «ah» para la última tanda de fotos.

—¿Ah?

—No, así no. —La corrige—: Lo importante es mantener entreabierta la boca, como si estuvieras soltando un discursito.

Marta le pasa el porro al batería, que lo recibe con las dos manos.

—Tú aprieta el botón e improvisaré lo del discursito, ¿va bien?

Alain busca a Pedro Lafuente para volverle a hacer notar con un guiño lo de la prenda de colorines.

—Pero preferiría hacer las fotos con mi bajo —sigue Marta—. Si

estoy aquí, es porque tengo algo de talento tocándolo.

—Eso es verdad —dice Pedro Lafuente—. Para modelaje ya disponemos de tus otras imágenes, Alain. Que coja el bajo y lo toque mientras terminas la sesión.

—*D'accord* —contesta Alain—. Del guitarra y el batería también hay algunas fotos con sus instrumentos.

Marta agarra el bajo Fender y se pasa la cinta por el hombro. Toca una cuerda al aire que suena igual de sostenida que el «ah» de Alain. Este pone una media encarnada sobre el objetivo de la cámara, aunque se lo piensa mejor y la retira para untarlo con grasa de caballo. Hace una seña a Marta para que, venga, improvise. Es el comportamiento que a partir de hoy esperarán de ella en esa industria, que sorprenda, llame la atención y el público se identifique con sus historias, la ame o la odie, pero siempre que la siga. Marta nunca se sintió cómoda con las etiquetas, pero puede que sean las etiquetas las que vayan a elegirla a ella.

—Histeria está aquí para incomodaros —dice Marta cuando, clic, clic, le sacan fotos desde un contrapicado—. Amamos la vida y algunos de sus pegotes, sabemos el valor de mucho y el precio de nada, y patearemos los culos de los poderosos tocando nueva música y cantando viejas proclamas.

Pisa los primeros trastes para un sonido grave y se da cuenta de que todos mueven las cabezas con su ritmo sincopado. Carcajea, feliz por la escena, y Alain gasta el resto del carrete en sus dientes bien alineados.

—Anota todo eso que ha dicho —susurra Pedro Lafuente a su socio.

9/12 21:18

«Tú dirás qué es la normalidad aquí».

Más tarde, el Dodge de ocho plazas es una fiesta en los asientos traseros.

Ni órdenes, malas caras o vanidad, porque la sesión de fotos fue un éxito.

El recorrido por Gran Vía, Alcalá y paseo del Prado enseña la falsa normalidad en esas fechas, alterada por la constante presencia de jeeps de la policía en plaza España y Callao, y de un camión militar frente a los leones cada vez más oscuros del Congreso. Salvo Pedro Lafuente, los demás van tan emocionados que el chófer ha tenido que pedir calma varias veces para que los integrantes de Histeria no saquen medio cuerpo por las ventanillas, y que Alain y su pareja tampoco imiten el comportamiento de los babuinos que vieron en la selva. Como algún policía los pare, vendrán problemas que no se arreglarán sin pasar por el calabozo. Así que el chófer suspira, aliviado, cuando enfila el callejón donde asoma la discoteca a la que se dirigen.

Hay un cordón rojo bajo el cartelón de FRENESÍ. Delante, se agolpan decenas de personas controladas por un portero con chaleco motero y pantalones de piel, recién salido de la cárcel o de un manicomio, a saber. En la parte superior del chaleco tiene las palabras en inglés que aluden a su banda y en la inferior un espacio en blanco, pendiente de grabarle el cargo tras los ritos iniciáticos.

—No puede pasar nadie sin una tarjeta de invitación grabada en oro que no existe —dice a través de un megáfono.

Alain y su pareja se apean doblados del coche, Pedro Lafuente los sigue con la cara de cualquier otro día en la oficina, su socio se toma las pulsaciones en la muñeca e Histeria presenta la actitud salvaje que les han exigido. Marta carga su bajo Fender, porque el productor le ha dicho que quizá sea bueno improvisar unas melodías o marcar el ritmo de algunas canciones que sonarán en la pista. A la gente de la industria le encanta ese tipo de cosas y que el anecdotario corra. Son casi las diez de la noche y se ha montado una pelotera tremenda en la entrada. Pedro Lafuente silba al portero. Este lo identifica, deja el megáfono y agarra un intercomunicador para susurrar al aparato que salgan a buscarlo a él y a sus acompañantes. Surgen unos moteros menos corpulentos del interior y los cuelan entre el gentío, que se queja, mucho, de aquel trato de favor.

El portero de la entrada observa a Marta como si se hubiera quedado prendado de ella. Debe de ser la chica que ha merecido las insignias del rayo que llevan unos cuantos invitados en la solapa. Abre la boca sin querer y Marta busca con la mirada a sus escoltas, tras explicarle que de momento dejará el bajo en el ropero. No encuentra a los policías, a pesar de que antes los vio comiendo unas hamburguesas al lado del estudio de fotografía.

El portero coloca el pin del rayo a cada uno donde puede.

—No os lo quitéis ahí dentro —dice—. Solo se permite estar en el piso de abajo con esto enganchado. Si no lo ven y tampoco os conocen de otras fiestas, mis hombres os sacarán a patadas.

Pedro Lafuente guiña el ojo a Marta, que continúa con el dibujo

en la cara.

—No he reparado en gastos —dice.

Todos se colocan el distintivo y luego son guiados por un pasillo iluminado con catadióptricos. El piso superior está acordonado, pendiente de remodelación, con que los llevan al inferior, de aire empañado por los cigarrillos que sujetan un centenar de asistentes. Encuentran a los primeros personajes de la industria musical madrileña, que los observan con el prejuicio de quien piensa que el negocio le pertenece en exclusiva.

Aparece el encargado de la discoteca.

—Bienvenido, Pedro. Todavía no son las diez de la noche y la que se me ha montado en la entrada.

Se dan otros dos besos como saludo.

—Quiero el reservado de siempre y mis botellas de pacharán —dice Pedro Lafuente—. Y a estos chavales trátalos como si fueran personas normales.

—Pero no lo son.

—Tú dirás qué es la normalidad aquí.

—Como escuché una vez, solo una cuestión estadística.

El encargado tenía todo eso en cuenta. Los tiempos venideros se presentan prometedores en su negocio y en el resto de las discotecas, que han terminado con las orquestas y el bailar pegados. Es un hombre con unas lentes de presbicia y que parece salido de una película de Hollywood, espaldas anchas, con el mentón pronunciado y una mata de pelo rubio peinada hacia atrás. Abraza a Alain y a su pareja antes de la ronda de presentaciones con Histeria. Se esfuerza en ser igual de amable con aquel grupo del que le han hablado y que sospecha que es del mismo palo que Atrofia Cerebral,

los otros locos que rondan la fiesta tras también firmar con Lafuente Recording.

Marta sujeta a Pedro del brazo.

—No nos deberías haber cogido un reservado en un sitio tan caro.

—Quien paga manda —contesta Pedro Lafuente.

—Pero quizá no encajemos aquí. ¿Has visto cómo de mal nos miraron esos señores al bajar?

—Hemos hablado de ese tema. —Pedro Lafuente la despeina un poco con un gesto paternal—. Sé tú misma y te prometo que todo irá bien con la vieja guardia.

Marta achina los ojos para intentar acomodarse al entorno, quien paga manda, y distingue la pista de baile todavía vacía, pero con unas luces estroboscópicas que la descolocan. Dispuestas en un semicírculo para trocear el movimiento de las personas como si fueran robots. A ambos lados, varias cortinas abren espacios rectangulares con sofás. Pedro acaba de pedir la última de aquellas esquinas para ellos. En la contigua se amontonan ejecutivos de Hispavox y Movieplay con modelos y actrices del destape. Dan la impresión de desplazarse forzados por la discoteca, como si llevaran zapatos ortopédicos. Su conversación gira en torno a los psicópatas que por fin ofrecen un toque de modernidad a Madrid, a las nuevas clínicas de rehabilitación de la zona norte, a la cantidad de enormes pechos que circulan por el local en comparación con los casi grandes y a una rubia que se ha puesto a lanzar hielos a un camarero. El único periodista acreditado busca la frase ingeniosa de la velada y todavía no la encuentra. A continuación se fija en Marta, repasa su bloc de notas, identifica de quién se trata por el maquillaje y se aproxima a ella.

—¿A qué se dedicará Marta Elektra esta noche?

—A redefinir los años setenta —contesta Marta—. Gracias.

—¿Estimulantes o relajantes? —vuelve a preguntar el periodista.

—¿Papá o mamá?

El periodista apunta la frase y se larga para molestar a un ejecutivo con qué hay de cierto en la relación entre el Opus Dei y Movieplay. Entretanto, el socio de Pedro ofrece a los integrantes de Histeria unos cartoncitos con LSD para que, bajo su particular criterio, cojan confianza con los demás. Marta estudia las diminutas impresiones de unos girasoles y se los devuelve. Pitu estaba a punto de tragarse el primero, aunque contesta que tal vez después. Entonces una mujer con kimono le arranca el tripi de los dedos y el socio de Pedro comprende que quizá será otra velada complicada para todos. El batería y el guitarra se tragan los cartoncitos y persiguen a un grupo de folclóricas que entra en otra sala más pequeña, donde proyectan una película muda, puro *slapstick,* en la pared de gotelé. El suelo se escalona sobre una moqueta roja. Los fulmina otro haz de luz desde una cabina y la película da paso a un vídeo de apareamientos animales, en su mayoría grandes mamíferos.

En la pista principal, la primera canción que suena es *Immigrant Song* de Led Zeppelin. Cruza su diagonal un chico que baila entre las luces estroboscópicas, agitando la cabeza más rápido de lo que hasta Pitu sería capaz. Marta reconoce al cantante de Atrofia Cerebral, el grupo al que telonearon la noche que lo cambió todo. Él se dirige hacia ellos, después de horas yendo y viniendo por la discoteca, dejando aquí un comentario, allá un cumplido o una broma. Viste una americana adornada con charreteras, el pelo

cortado a la taza y las orejas perforadas por imperdibles, incluso en los cartílagos.

—La gran Marta Elektra —dice con una sutil reverencia—. Sé que también estás sufriendo con los señores que tenemos alrededor, pero para hacer lo nuestro tal vez debamos acostumbrarnos a semejantes personajes. Cuando cuente en Vallecas que he venido a esta discoteca…

Pitu sospecha que esa no ha sido una alusión inocente al barrio. El éxito de Atrofia Cerebral en las radios independientes se titula *Valle del Kas*. Una oda a la violencia que narra el día de un muchacho que sale a la calle con «dos espadas en otra tarde cualquiera», «el de la esquina tiene lo que necesita, sin recetas ni esperas en urgencias» y «no se preocupa por la jubilación ni por la hipoteca», para repetir en el estribillo «¡Esto es el valle del Kas!». Pitu reconoce que de momento no hay lo mismo que contar de Malasaña y que aquel chico quizá es mejor letrista, aunque, se siente, no tiene a Marta al lado.

—¿Cómo os va con Pedro? —pregunta Pitu—. No creo que él haya pisado Vallecas en su vida.

El cantante de Atrofia Cerebral se toquetea los imperdibles.

—A nosotros nos gustan los conciertos como en el que nos hicisteis de teloneros —contesta, sin ofrecerse importancia—. El escenario es pequeño, el sonido rebota en las paredes, pero hay ilusión y estamos enchufados. En cambio, el verano pasado tocamos en Canet Rock y todo fueron problemas con los organizadores. Un día peleas por actuar feliz para cuatro gatos y el otro, cuando te acercas a los que tienen el poder, no hay más que tensiones. —Suenan los últimos gritos de Jimmy Page en *Immigrant Song*—. Así

que no sé qué nos espera con Lafuente Recording, pero esta canción, que en realidad habla de vikingos, me recuerda que el verdadero genio es el que atraviesa océanos y se juega a pares y nones a quién se come durante el camino, luego llega aquí y se sube a un andamio doce horas al día y envía la mitad del sueldo a su familia en cualquier aldea perdida. —El cantante se dirige a Marta con esa forma de explicar las cosas que le hace interesante—. Pero puede que Pedro también sea un genio en lo suyo y de momento os ha elegido a vosotros.

—Hemos firmado el mismo contrato —dice Pitu, porque Marta desvía la vista al suelo, incómoda por volver a generar tantas expectativas con la que le está cayendo—. El formulario ese.

—Te aseguro que solo nos contrató por si le falláis. ¿Le vais a fallar?

—Apuesta lo que quieras a que no —contesta Pitu.

—No os mediréis las pollas —dice Marta, volviendo en sí.

Tras cortar el amago de tensión, Marta se siente golpeada por el miedo que ya no trata de evitar, convencida de que en la discoteca no podrá hacer gran cosa por remediarlo. Para animarse va a decirle a aquel chico que, efectivamente, será un referente del punk estatal, que sus escalas musicales funcionan mejor que las suyas y que le copiará esas palabras sobre la genialidad cuando vuelva a preguntarle algo ocurrente el periodista. Pero, maldita sea, vuelve a dudar de esos días de plomo y gesticula a Pitu para marcharse al baño.

—¿Estás bien? Te veo algo pálida.

—Soy algo pálida, Pitu.

Los dos cantantes la observan mientras ella esquiva a los que

escapan de la sala donde se proyectan apareamientos.

—Como le sigas comiendo el culo con los ojos —dice Pitu—, te los pondré de un bonito color morado.

—Quieto ahí. —El cantante de Atrofia Cerebral mueve los brazos como un experto en artes marciales—. En verdad, pensaba en la suerte que tienes. Si esto de la música te sale mal, siempre podrás atravesar Europa con Marta en un coche robado y perseguir una puesta de sol. No hay nada más romántico que ser un fugitivo. Déjame a mí la cruz de corromperme y convertirme en una estrella del rock and roll.

A Pitu le empieza a gustar aquel chico y le pone el pin del rayo en la americana.

—Enseña esto en la solapa si no quieres que te larguen de la fiesta.

—¿Ahora no te largarán a ti?

—Es nuestra bajista la que lleva el rayo dibujado en la cara.

Marta busca el lavabo tras las confusas indicaciones de una persona que hace de cenicero humano, quieto en mitad del pasillo y con las manos formando un cuenco repleto de colillas y ceniza. Luego atraviesa una orgía en otra sala. Alguien la empuja a la melé, diciéndole que en la oscuridad todos son guapos, y ella se libra con un bufido. Entonces percibe que hay un hombre que la sigue. Adivina una silueta corpulenta entre el humo y las luces, se para delante de un espejo y él se esconde tras una columna. Marta piensa si los asesinos que la buscan serían capaces de entrar en aquella fiesta. Acaba de encontrar a una persona que imita un cenicero, con que tal vez el juicio del portero no sea el canónico para una discoteca. Avanza a un paso más apurado y se detiene frente al

último espejo antes del baño. Ahora no ve a nadie en el reflejo.

Una bocanada de aire: dentro, fuera.

Se mete en el lavabo de mujeres por la deducción sobre un letrero de frutas y echa el pestillo. Abre el grifo y se moja la cara, con cuidado de no desdibujar el rayo azul que le serpentea el rostro.

¿A quién quiere engañar?

No puede continuar cargando con su secreto.

Hablará con Pitu y con Pedro Lafuente tras la fiesta. No tiene sentido que a una testigo protegida le tiren fotos y preguntas para revistas de música. Es ridículo. Los investigadores la llamarán a filas en cuanto lo descubran. Quizá su productor sepa sacar algo de esa situación, pero ella no, ella está harta de que una investigación policial y un disco giren a la vez alrededor de su figura, y todos le pregunten por qué no es la misma de antes cuando apenas tiene diecinueve años. Marta Beltrán pega un golpe al cristal del baño y se saliva los dedos para intentar quitarse el contorno del rayo. Entonces alguien gira el pomo de la puerta desde fuera.

Crepita el pestillo.

Marta busca algo con lo que defenderse y desenrosca el grifo del lavabo. En el fondo se alegra de que haya llegado el momento, el precio a pagar desde que firmó el retrato a lápiz de Bam Bam en comisaría. Acertar o fallar el golpe para que todo termine de una vez.

—Vamos, cerdo —dice entre dientes—. Aquí te espero.

Marta libera el pestillo, cierra los ojos, empuja la puerta y lanza el grifo, que alguien detiene con la mano.

—Niña, a ti solo te faltaba agredir a un policía.

Marta abre los ojos y encuentra a uno de sus escoltas.

—¿Qué haces aquí?

—Soy tu escolta, ¿recuerdas? Este sitio es alucinante. De camino al lavabo acabo de ver un acople de cuerpos que ni sabía que era físicamente posible. Espera cuando lo cuente en comisaría.

—¿Y no hay más baños?

—Todos ocupados. A la gente le da por mear cuando bebe. ¿Me permites?

—Enrosca el grifo si puedes.

Marta regresa a la pista, donde es oficial que Pitu y el cantante de Atrofia Cerebral han hecho buenas migas.

—¿Podemos irnos, Pitu? —pregunta Marta, al borde del llanto.

—¿Ya? ¿Por qué? —Muy extrañado—. Se te está borrando el rayo de la cara.

—Porque te lo pido como un favor.

—Quizá tenga razón Pedro y podamos aprovechar este ambiente para que nuestro mensaje llegue a más público.

—Ellos son los que se aprovecharán de nosotros. Me quiero ir.

—¿Y qué tal si seguimos tu regla del dos cuando tienes exámenes? —pregunta Pitu, intentando reconducir la situación—. Luego, prometido que nos largamos.

—Cuéntame esa —dice el cantante de Atrofia Cerebral—. «Regla del dos» sería un buen título para un disco.

—Marta sigue una particular regla cuando hay examen de Sociología al día siguiente —contesta Pitu—. Su hora perfecta para marcharse entonces son las dos de la madrugada, con dos cervezas encima, dos porros y dos anfetas. ¿A que sí?

—Lo siento, Pitu. Hoy mi número mágico es el once.

—Once de la noche… Si ni hemos salido de casa a estas horas.

Pitu hace una seña de tiempo muerto al cantante de Atrofia Cerebral. Después, alejado unos metros, observa a Marta con una mezcla de emociones contradictorias que nunca había sentido.

—Nos vamos si quieres —dice Pitu—, pero deja de ponerme excusas con esto del disco y piensa qué quieres hacer de una vez, porque ahora eres la que tiene el poder de decisión sobre el resto del grupo y lo sabes.

—Te lo explicaré con calma.

—Y tanto que lo harás.

A lo lejos, desparramado en un sillón y con su copa de pacharán, Pedro Lafuente observa a Marta convenciendo a Pitu de marcharse por la puerta trasera, sin avisar a nadie y después de recoger el bajo en el ropero. Como si fueran, precisamente, unos fugitivos. Se pregunta por qué Marta no intenta ser una profesional en su primera noche.

Baja sus gafitas al final de la nariz y recalcula el valor de Histeria.

10/12 00:01

«Hemos mantenido una relación muy especial a tus espaldas».

Brigada Central de Información.

Cañas, insomne, en la sala común de investigadores.

Sus brazos están flexionados en una posición defensiva. Estudia la disposición de apuntes, fichas e imágenes sobre su mesa, más propia de un guionista de televisión que de un policía. Ha cambiado varias veces el orden de los involucrados. Unos cuantos insignes ya bajo tierra: Toni Vargas, Emre y De la Torre. Se le ocurre colocar la imagen malcarada de Jairo sobre el amasijo de hierros del atentado. ¿Y si el capo ha conseguido saber tanto como el propio investigador? ¿Vendería Germán su información dos veces? En cuanto comprueba los kilos de amonal, se contesta que las cosas acostumbran a ser lo que parecen, aunque las respuestas definitivas se las dará el de la foto superior.

Quizá Bam Bam tenga que acercarse lo suficiente a su testigo para cerrar el caso.

Jiménez le ha dejado el mando sobre los escoltas de Marta y sin más refuerzos aquella noche, cuando toda la brigada anda tras el Ángel Azul. Cañas acaba de preguntar otra vez a esos policías por la emisora si ven algo extraño. Para los escoltas resulta bastante extraño seguir a una pareja a un estudio de fotografía, luego a una fiesta como aquella y, finalmente, de vuelta al barrio de Malasaña dando tumbos en un ciclomotor. Cuando sus compañeros cazan al

psicópata más famoso, ellos continúan ahí, a rueda, y dejando algún vehículo en medio por una posibilidad casi imposible. Seguros de que Bam Bam no tendrá valor para atacar a una testigo protegida en mitad de una guerra en los bajos fondos. De su cabeza cuelga una etiqueta con el precio y cualquiera querrá cobrárselo a Jairo.

—¿Algo? —sigue preguntando Cañas por la emisora.

—Lo mismo que hace medio minuto —contesta, suspirando, el escolta al volante—. Ahora, si quieres que te hablemos de la fiesta en la discoteca…

—Nos reuniremos con Marta para tratar la conveniencia de que se junte con esa gente cuando Bam Bam aún anda suelto.

—Lástima que se hayan marchado tan pronto de allí.

—¿Han llegado a la casa de Marta?

—Casi, pero el tal Pitu dejará la moto en la esquina contraria.

—¿Para?

—Para que no lo vea el padre de la chica, Cañas.

—A mí Pitu me caía más simpático cuando llevaba la cresta roja —dice el otro escolta—. Era como perseguir al personaje de un cómic.

—Comunicadme cualquier novedad. Corto y cambio.

—¿Se sabe algo de Germán? —preguntan los escoltas antes de colgar.

Cañas contiene su rabia. No ha sido una duda inocente, se asemeja más a un regaño y todos saben igual de poco de momento. Germán se llevó un Seat 131 de la cochera el día que confesó su participación en los hechos, cuando todavía no tenía una orden de busca y captura. Pero su antiguo compañero piensa que tampoco ha cogido carretera y manta, que hay un sentido temporal en las dos órdenes que le dio: «Detén a Bam Bam y, entonces, detenme a mí».

Cañas observa al subinspector saliendo otra vez del despacho de Jiménez.

—¿Más café?, en serio?

—Habrías de ver cómo le tiembla el pulso al comisario.

—No sé si eso es una buena señal a su edad.

El subinspector ralentiza el paso y se masajea el mentón.

—A veces pienso que lo de mandarme a por café les sirve de excusa para poder hablar de sus cosas. Qué tontería, ¿no?

Pitu frena el ciclomotor y el padre de Marta asoma la cabeza por la ventana cuando oye el tubo de escape, más tranquilo, porque hoy, milagro, regresan antes de lo habitual. Pitu lo saluda y él vuelve a meter la cabeza sin devolverle las buenas noches. El chico camina con el bajo a la espalda y Marta lo coge de la mano, intentando localizar a los escoltas. Los encuentra a unos cincuenta metros, en su coche, recostados sobre los asientos y con las caras de aburrimiento que no tenían en la fiesta. Ahora está segura de que ha llegado el momento de quitarse la máscara tras la que quizá se oculte otro destino que no incluye el sobrenombre de Elektra. Incluso cabe la posibilidad de que, a pesar de tener respuesta para todo, ella no se diferencie del resto y no sepa bien quién es, por qué está en el mundo y a dónde va. Lo que tampoco le dejaría en posición de elegir cuál es la mejor táctica a seguir. Observa la cara de Pitu, que habla, conciliador, sobre la posibilidad de robar un coche y conducir hacia el sur si lo de la música no sale bien.

La farola frente al portal parpadea con fulgores en sepia. Pitu comprueba que las ventanas de la casa de Marta continúan encendidas y eso no le deja mucho tiempo para charlar. Le devuelve

el bajo, le muerde el lóbulo de la oreja como borrón y tal vez cuenta nueva y ella le pega un empujón cariñoso. Cosquillas, muchas cosquillas. Pitu se echa hacia atrás y pisa sin querer al hombre con aire introvertido, gafas de cristales gruesos, gabán y estilete en el bolsillo. Este se queda mirando a Marta más de lo conveniente. Similar a sus víctimas, pero con una actitud distinta, de tener por delante muchas más oportunidades que recuerdos.

—¿Pasa algo? —le pregunta Pitu.

El hombre se limita a estirar el rostro.

—¿Que si pasa algo? —repite Pitu—. Y más vale que tu respuesta me convenza.

Marta está desconcertada con aquel extraño que no tiene nada que ver con Bam Bam. El coche de los escoltas avanza unos metros y aún no distingue al nuevo personaje atornillado a la acera. El Ángel Azul niega con la cabeza y junta las manos para pedir perdón, comprendiendo que ha estado demasiado tiempo sin contestar al chico, que ahora lo empuja.

—Lárgate de aquí de una vez —dice Pitu.

—El futuro de ella ya no depende de mí —contesta el Ángel Azul.

Pitu endurece los párpados.

—¿Qué cojones dices?

—Que buscaré otra significación para autodestruirme.

El Ángel Azul tiene que olvidar su obsesión para dejar de dar tumbos. Tiene que olvidar lo que le ocurre dentro de su mente, al menos detenerla un momento, que recalcule cuánto vale que esa chica de pelo blanco acabe con él anaranjado por la sangre, bufando un ruego, satisfaciendo una parafilia que nadie detiene desde que ruega ayuda en sus cartas. Trastabilla ante otro empujón de Pitu,

dobla una rodilla al suelo y su estilete rueda por la acera.

—He oído como si se cayese algo metálico —dice el escolta que conduce.

El copiloto avisa por radio y Cañas pega un respingo en comisaría, luego el otro escolta baja la ventanilla y distingue el arma sobre el pavimento. El Ángel Azul la recoge, murmura unas disculpas y se marcha.

—¿Lo has visto? —pregunta el copiloto.

—Ese no es Bam Bam ni con su mejor disfraz —contesta el conductor.

—Lo del suelo, compañero.

—¿Te das cuenta de que voy al volante y tengo que mirar al frente?

—Era un estilete.

—Sería una navaja, como las que ahora llevan muchos en este barrio.

—Un estilete.

Frenazo de mano, salen del coche para perseguir al Ángel Azul, que se mete al trote en un parquecito con columpios. Cañas chilla en comisaría para que no lo hagan, para que se atengan a sus instrucciones y protejan a la testigo, aunque ya no hay nadie al otro lado de la emisora. Marta y Pitu contemplan la persecución desde el portal y pierden de vista a los escoltas. Ella aprieta la mano de él, le ruega que no la suelte, que a lo mejor es buena idea lo de robar un coche y huir ahora mismo. Es la primera vez que Pitu la percibe con ese miedo.

—Tengo que contarte una cosa que no te gustará —dice Marta—. Y a mí tampoco me gusta… Siento que sea hoy, pero no aguanto

más. Lo he intentado manejar hasta que se solucionase y no he podido hacerlo.

—¿Qué te sucede? —pregunta Pitu—. Estás temblando.

—¿Qué no me sucede?

—Si es por el de las gafas, no llegará muy lejos. Madrid se ha convertido en un circo.

—Lleno de payasos —dice Bam Bam, cubierto con un pasamontañas bajo la farola que parpadea—. Nada como echar a correr para que te persigan.

Pitu cree alucinar cuando el legionario lo saluda, caracoleando los dedos. Sus conexiones neuronales, chispazos, cortocircuitos, tratan de descifrar quién es el que se le aproxima con pantalones cargo, cazadora verde, botas militares con cordones blancos y pasamontañas. Bam Bam confirmó dónde vivía Marta con los datos de la universidad. Ahora, coloca un puño americano en su mano derecha, enguantada igual que la izquierda. Un asesino profesional como él ha decidido actuar como cualquier ultra tras el atentado contra De la Torre. Ha pensado que, si en vez de un disparo de francotirador, consigue aquello mediante una pelea, Madrid volverá a hablar de un altercado más en torno a los aún no tan viejos símbolos. Lo que necesita para escapar sin ser un sospechoso.

Marta sí comprende quién se esconde bajo el pasamontañas, mira hacia el coche de los escoltas, detenido y vacío en doble fila, y saca sus llaves a toda prisa para abrir el portal. Una ráfaga de aire hace entender a Pitu que esto es real, descuelga el bajo Fender del hombro de Marta y lo blande como una espada.

—¿Qué quieres de nosotros? No llevamos dinero.

Bam Bam cruje los nudillos.

—¿Ella no te ha contado nada?

Pitu observa cómo Marta gira la cerradura.

Está llorando y lo que queda de su rayo se desdibuja.

—¿Nada de qué? —pregunta Pitu.

—De que hemos mantenido una relación muy especial a tus espaldas.

—No entiendo… Te repito que no tenemos dinero.

—Pero Marta podría quitarme todo el que tengo yo.

Bam Bam corre hacia ellos, amaga un puñetazo con la zurda y esquiva el golpe que lanza Pitu con el bajo.

Demasiado lento.

El segundo golpe lo detiene con el antebrazo.

Demasiado débil.

Bam Bam incrusta el puño americano en el costado de Pitu, que se desploma. Marta empuja la puerta, pero el legionario tira de la maneta para volver a cerrarla. Quedan cara a cara y Bam Bam la sujeta del cuello. Su guante recorre aquel rostro desde lo que queda del rayo para detenerse sobre la garganta.

—Debías haber tirado el pendiente en una papelera —dice Bam Bam— y nunca te hubieras convertido en parte de mi trabajo. Mira adónde nos ha llevado esa codicia.

Agita el puño americano para romperle la cabeza y entonces Pitu le parte el bajo en la espalda. El legionario rebota contra el portal, los dedos se le quedan trabados en la puerta y se derrumba en la acera, cayéndosele el puño metálico. Lastimado, se gira para detener el siguiente golpe de lo que queda del instrumento. Lo sujeta del mástil mientras Pitu mantiene el control del puente. Los guantes de Bam Bam se rajan por el corte de las cuerdas y,

centímetro a centímetro, Pitu recupera el bajo desde sus clavijas. El legionario acaba por soltarlo y le pega una patada en la rodilla.

Un crujido, un grito ahogado.

Pitu se retuerce en el suelo con tibia y peroné partidos.

Marta se sube a la chepa de Bam Bam, le rompe el pasamontañas, le muerde el cogote y él se la quita de encima. Después la estampa contra el edificio. Coge el bajo roto por el mástil, se gira y lo hace añicos una y otra vez contra la cabeza de Pitu, que volvía a levantarse.

—No, no, no… —Este es Germán, conduciendo el Seat 131.

Enfila la calle de Marta mediante un trompo. Llevaba toda la noche dando vueltas con la emisora pinchada en la radiofrecuencia de su antigua brigada. Tras el atentado, sabía que Bam Bam solo tenía esa fecha para escaparse sin cabos sueltos y que el aviso de los escoltas significaba que Marta quedaba desprotegida.

Germán, un policía, un criminal, enciende la sirena por los viejos tiempos.

Bam Bam oye el frenazo del coche, luego un proyectil que silba sobre su cabeza. Ya no podrá hacer aquello sin mucho ruido, sin parecer un cualquiera. Suelta el bajo, repta tras un contenedor y dispara una ráfaga de vuelta a Germán, que sale a gatas por la puerta del copiloto. Bam Bam observa cómo Marta remolca lo que queda de Pitu al portal. El legionario sostiene la pistola para volarle la cabeza, otra bala de Germán impacta en el cañón de su arma y le hace fallar el disparo. El proyectil rebota en la farola y tintinea su casquillo por el asfalto.

Marta consigue poner a salvo a Pitu.

—¡Muy bien, Germán! —grita Bam Bam, dando por perdida la

oportunidad—. ¡Ganaste! ¡Tú serás un héroe y yo un fugitivo!

Enfunda la pistola, recupera el puño americano y escapa. Germán distingue su sombra avanzando entre los contenedores y se sube de nuevo al coche de policía. Lo persigue por la calle perpendicular cuando otros vehículos se tiran a la acera para no chocar contra él. Bam Bam cruza las plazas de aparcamiento y se cuelga de la parte trasera de un camión de basura, que frena en el peor momento para su huida. Salta de la plataforma y vuelve a correr mientras lo iluminan los faros de otro camión que circula en sentido contrario.

Germán lo ve en mitad de un destello y lo pone en su punto de mira.

Un poco más, un poco más. Necesita unos metros para acertarle de lleno. Apoya el cañón en el marco de la ventanilla, la otra mano al volante y ya saborea el disparo. Ambos doblan la manzana y Germán enmarca por el retrovisor la figura de Bam Bam, que hace un intento inútil levantando las manos. Quiere significar lo de que, en realidad, no son tan diferentes el uno del otro.

—Escucha, Germán —dice Bam Bam—. No me mates y te hago rico.

Cuando va a apretar el gatillo, Germán contesta:

—Antes era suficiente con dispararles por la espalda cuando huían.

Entonces el Ángel Azul atraviesa la calle a la carrera y el Seat 131 se lo lleva por delante. Pega varias vueltas en el aire, doble carpado con tirabuzón y aterriza sobre el maletero. Los escoltas de Marta se abalanzan encima de él. Lo encañonan, lo engrilletan, imaginando el acto oficial con honores y los compañeros de la brigada formándoles un pasillo. Finalmente, se aproximan al Seat 131 que les ha hecho el

trabajo sucio.

El coche está detenido en mitad de la carretera y con el parabrisas roto.

—¿Eres policía? —preguntan.

Germán apaga la sirena cuando comprueba que Bam Bam ha desaparecido.

—Lo era.

—¿Germán?

Y da marcha atrás a toda velocidad.

—¡Ayuda! —grita Marta desde su portal—. ¡Ayuda, por favor!

El escolta que estaba en la discoteca corre hacia allí. A partir de ese momento la escena discurre como si el portal fuera una sala de urgencias, salvo que nadie sabe la utilidad de sus actos. El escolta pregunta qué ha sucedido y Marta señala a Pitu, tirado boca abajo. No se mueve. El padre de Marta le toma el pulso en la carótida y la madre le limpia la sangre de la cabeza. Con mucho cuidado, le dan la vuelta por las extremidades superiores. El escolta coloca su cazadora a modo de almohada y el padre le toma el mismo pulso inestable en la muñeca. Se fijan en su cara, deformada como si le hubiera atacado un enjambre de abejas.

—No veo nada —dice Pitu—. Me he quedado ciego.

—Todo irá bien, chico —contesta el padre de Marta, a punto de llorar.

—Llama a una ambulancia por tu emisora —dice Marta al escolta.

—No puede ser…

—Me he quedado ciego.

El escolta sale del portal y solicita asistencia médica por la emisora del coche. No contesta a los gritos de Cañas en la oficina

sobre qué ha sucedido. Imagina a Pitu en la UCI durante meses, tatuado de hematomas, con catéteres que desembocan en una bolsa de plástico, escuálido, jadeante, aquel pitido del electro lo sostendrá en una vida que quizá no merecerá vivirse. En el portal se comportan como si aún no lo supiesen, o como si no hubiera diferencia entre saberlo y no saberlo.

Luego piensa que Jiménez les dirá que eso fue una consecuencia no pretendida.

El escolta enciende un cigarro, protegiendo la llama del mechero. Pega dos caladas, se recompone y vuelve a solicitar asistencia mientras observa cómo el Ángel Azul se acurruca sobre el asfalto, ensangrentado, con las manos esposadas y dándole las gracias mediante un susurro. Al fin, la voz de una sanitaria al otro lado de la radiofrecuencia. El escolta le explica la situación y a la última pregunta responde que sí, que seguro que el chico se ha quedado ciego.

1996

Siete de la mañana en la comisaría del CNP de Usera.

Alfredo Cañas observa al detenido a través de los barrotes del calabozo.

No sabe qué pensar. ¿Es él?

—Vamos a identificarlo.

A su orden, ocho policías lo flanquean y el inspector pasa las llaves de la celda por la reja. El detenido, somnoliento, echado contra una esquina, alza la vista hacia el ruido. Una aguja de luz le recorre la barba de náufrago. Su rostro no delata sorpresa al encontrar a Cañas al otro lado.

—He de llevarte a la sala de interrogatorios —dice Cañas.

El detenido pone las muñecas a su disposición.

—¿Te comportarás mientras te esposo?

—Tal y como se espera de mí.

Los ocho policías se colocan en formación, ceñudos, tensos, la sensación de que aquello es un hecho excepcional en su trabajo. Cañas les pide calma con la mirada. Si la detención fue la excusa para verlo, nada perjudicaría más a la resolución del caso que un tumulto con los agentes que lo escoltan. El inspector sabe por experiencia que hay menos problemas cuanto menos tiempo se custodie a un sospechoso. Así, el mismo Cañas abre la puerta y engrilleta al hombre que le da la espalda y que forma sendos puños en las manos.

—Tenemos que hablar.

—Nunca viene nada bueno tras esa frase, inspector.

Cañas se muerde el labio inferior.

Sala de interrogatorios.

El detenido sentado en la silla, las esposas atadas al respaldo y las manos siguen formando dos puños. Bosteza de manera exagerada, entretenido con el vuelo de una mosca que zumba de un extremo a otro de la habitación. El pelo encanecido y ralo, con virajes a ninguna parte, aquella barba descuidada, algo extraño en la nariz, algo extraño en los ojos. De aspecto cansado, casi ausente. La ropa de mercadillo podía pertenecer a un vagabundo. No es el tipo de hombre que Cañas imaginó para el reencuentro, aunque solo debe leer el informe de su detención para comprender que no se enfrenta a cualquiera. Por eso lo hace esperar: una hora atendiendo a la pared y a la mosca que se posa en ella. Esperar pone nerviosos a los sospechosos, quita precisión, alerta, el tedio se proyecta en las peores condenas imaginables. Partiendo de ahí, es más fácil manejar una declaración en la que se acabe confesando todo.

Se acerca a Cañas el subinspector que lo llamó de madrugada. Ambos fuera de la sala, mirando al detenido desde la contigua a través de un cristal templado. Los números del uno al cinco en la pared indican que antes se practicaban las ruedas de reconocimiento en esa estancia. El detenido no puede ver qué sucede al otro lado del cristal, pero sospecha que lo llevan observando un buen rato.

—¿Cómo lo notas? —pregunta el subinspector.

—Distinto —contesta Cañas.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Estoy distinto, tú estás distinto… Todos lo estamos.

—Yo era menor de edad entonces.

—¿Ni llegas a los cuarenta? Duermes poco, como mi mujer. Lo noto distinto, sí, pero pronto saldremos de dudas.

El subinspector señala el expediente que lleva Cañas bajo el brazo.

—¿Te han desclasificado el dosier?

—Guardaba dos copias en mi habitación. Esto es tan importante que incumplí la primera regla del policía, la de no llevarme el trabajo a casa.

—Has de arrancarle una confesión como sea.

—Conozco mi cometido —contesta Cañas, arisco entonces—. Voy a interrogarlo ahora mismo y no seré eficaz cuando me influyes con tus pálpitos. He venido todo el camino a comisaría dándole vueltas a si realmente era tan fuerte como para noquear a un hombre de dos metros.

—Tenemos al dominicano, a Ronald, en el hospital.

—¿Grave?

—No, pero le han puesto varias grapas en la nuca.

—¿Cómo fue la pelea?

—Quiso quitarle la mantita que damos a los detenidos por la noche y este le estampó la cabeza contra la pared.

—Un movimiento que llevaría su firma.

—Todo lo que leí sobre él y siento que al tenerlo aquí…

—¿No me has escuchado con lo de tus pálpitos? —lo interrumpe Cañas—. Se trataba de una orden.

El subinspector se rasca el mentón.

—¿Los de la científica te envían el registro de huellas?

—Lo harán en un rato —contesta Cañas—. Por lo demás, ¿adivinas lo que mejor hacía el primer subinspector al que conocí?

El actual niega con la cabeza.

—Preparar cafés —dice Cañas—. A tu próxima palabra quiero un cortado con azúcar moreno. Y quédate vigilando el interrogatorio a través del cristal.

Cañas inspira profundamente. Allá va: su ambición para resolver el caso ya no es una cualidad, sino una premisa, y en ese trabajo las grandes investigaciones han de encumbrar la ley, jamás su desobediencia y fuga. Hoy deberían terminarse tantos años dando explicaciones de por qué no había un culpable.

—Pero gracias por avisarme tan rápido —dice Cañas al subinspector antes de entrar—. Te lo agradezco de corazón.

El detenido enfoca la mirada hacia el chirrido de la puerta. Entra el inspector, que rondará su edad, unos cincuenta años, con pantalón chino, camisa blanca y corbata verde con alfiler del escudo policial. Un gran bigote cayendo sobre el labio superior y la piel constelada con manchas. Cañas ha ganado un aire de patricio desde su etapa como investigador, pero su vestimenta continúa siendo sencilla y normativa.

—Me avisaron de que preguntaste por mí —dice Cañas.

—Creo que no tengo el gusto de conocerte. —El detenido mueve las cejas para quitarle importancia—. Solo me han dicho que vendría un inspector a hablar conmigo.

—Repite eso, que ya me había parecido antes.

—A sus órdenes: no tengo el gusto de conocerte, inspector.

—No sé si es acento sudamericano o dejadez. Permíteme adivinar,

porque también te veo más moreno a pesar de tu barba. ¿Venezuela? ¿Puerto Rico? ¿O quizá Belice? No hay forma de que ese país firme un convenio de extradición.

—Estaba en el barrio de Usera con unos chinos.

—Pero seguro que te has pasado los últimos años en un sitio de esos, donde sabes el tiempo que hace antes de levantarte de la cama.

Cañas corre la otra silla con más ruido del necesario y aposenta el culo. Pulsa el botón de la grabadora atornillada a la mesa que los separa y mueve las manos como si hiciera un truco de magia.

—Debo grabar la conversación —dice Cañas cuando la cinta avanza—. Las cosas han cambiado mucho para la policía y sus métodos. La imagen y la voz perdieron la privacidad de antes y temo que, dentro de poco, será todavía peor. ¿Has oído hablar de internet?

El detenido bosteza otra vez.

—¿Seguro que no quieres un abogado? —sigue Cañas, percutiendo los dedos sobre la mesa—. Uno de oficio, al menos. Paga el Estado.

—Nos lo podemos ahorrar.

—Tampoco pretendo que admitas nuevos delitos sin darte cuenta.

—Eso no sucederá.

Cañas suelta el dosier encima de la mesa, hecho un rollo, aporreándolo con fuerza. Humedece el dedo índice y pasa las hojas mecanografiadas a toda prisa. El filo de los folios casi le corta las yemas. Le duele, aquel expediente aún le duele.

—Escribir es consecuencia de una forma de pensar única —dice—. Toda esa maraña de datos e hipótesis en tu cabeza y, de improviso,

se ordenan mágicamente en el papel. Y sabes que mi atestado sobre ti lleva escrito mucho tiempo. Con alguna actualización, pero es el original que empezó con la muerte de Toni Vargas y cuatro hombres más en una casa de Malasaña.

El detenido recorre los papeles con la mirada.

—¿Cuánto pesa? —pregunta.

—Medio kilo —contesta Cañas.

—¿Está hecho para que pese o para ser leído?

—Para ambas cosas contando tus muertos.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—Vale —dice Cañas—. Podemos comenzar a hablar de lo que seguro tendrás idea, de lo que sucedió la pasada madrugada. ¿La pelea?

—Legítima defensa, por lo que recuerdo.

—Eso deberá decirlo un juez.

—Antes lo dirán el camarero y los chinos. ¿Habéis interrogado al que cantaba?

—La pistola te asegura un delito de tenencia ilícita de armas.

—Nadie sin antecedentes entra en prisión por eso.

—Este cargo será el último de tus problemas. —Cañas planta los codos encima de la mesa—. Estuviste muy hábil con tu Astra. Cuando disparas y no tienes experiencia, la fuerza en el gatillo se mide mal, tensas la mano y las balas se desvían a la izquierda. Y añádele la adrenalina de hacerlo delante de otros dos que también iban armados. Acertaste en la pistola de uno de ellos y luego le acariciaste la oreja. Ninguno de mis policías podría hacer algo parecido.

—Eran aquellos macarras o yo. De noche… De noche las calles

son peligrosas.

—Abrirle la cabeza a tu compañero de calabozo tampoco fue buena idea.

—Para él seguro que no.

—Suma otro cargo contra ti y se te va complicando el futuro.

—El tal Ronald no pisará un juzgado para denunciarme.

—Creo que ha pisado muchos.

—Solo porque lo llevabais esposado. —Tercer bostezo—. No me denunciará.

Cañas encaja la obviedad como puede. En su opinión, siempre resulta increíble cómo los delincuentes se van de la lengua, sea en comisaria o en la calle, y luego se sorprenden cuando los cogen. Acepta que este ni se irá de la lengua ni se sorprenderá. Quizá haya llegado a creerse que aquellas muertes no fueron suyas, que su fuga tampoco le pertenece y que el cuerpo gastado que lo sujeta nunca tuvo su nombre.

—No puedes haber olvidado esa noche de 1978 —dice Cañas.

—He debido de hacerlo, inspector.

—La detención del Ángel Azul cambió el protocolo con los asesinos en serie. Mapeos criminales, dispositivos envolventes sobre el terreno, evaluaciones médicas… La psicopatía nunca más fue justificada, solo explicada. Antes de eso no se prestaba tanta atención a los problemas individuales, pero tales cosas también ocurrían en España. El inspector jefe de la operación logró cambiarlo para siempre. ¿Recuerdas al gran Jiménez?

El detenido niega con la cabeza.

—No me suena de nada.

—Le fueron bien las cosas después de aquella operación policial

—sigue Cañas—. Lo nombraron comisario a las pocas semanas y conferenció por Europa con sus métodos de investigación. —Se toca el alfiler de la corbata—. Me regaló esto en su último día de servicio.

—Me alegro por el gran Jiménez.

—Tristemente murió el año pasado. Un infarto mientras jugaba al pádel. Se había retirado unos meses antes y le esperaba una vida apacible con su familia, así que como comisario pudo con todo y como jubilado no pudo con una pelota que rebotaba en un cristal. El problema es ese, que tendemos a ignorar nuestra decadencia. No maduramos, solo envejecemos, y es la única razón que se me ocurre para que hayas regresado. Te has vuelto débil como cualquier otro.

El detenido tampoco contesta, suponiendo que se trate de una pregunta.

—Atento a mi movimiento. —Cañas pulsa el botón negro de la grabadora y detiene la cinta—. Puedes comprobar que ya no corre.

Fuera, el subinspector refunfuña delante del cristal.

Se pregunta por qué para la cinta justo en ese momento.

—No hay grabación —dice Cañas—. Date el gusto.

—Estoy cómodo así.

—Date el gusto. Sé que dijiste mi nombre por algo.

El detenido parece tensarse por primera vez.

—Todavía no ha llegado el momento del desenlace.

—Tú no marcas los momentos aquí, Bam Bam. Esta no es una de esas películas de comedia en las que uno no sube al cielo hasta que arregla su asunto pendiente.

—¿De verdad crees que en unas horas estaré dentro de una prisión?

—No saldrás de la que tengo preparada.

El detenido borra su acento sudamericano.

—Ni siquiera entraré, Cañas. Porque esta, más bien, es una de esas películas de terror en las que el monstruo aún anda suelto.

Odiado Madrid:

Dicen en los telediarios y en los periódicos que al Ángel Azul lo han encerrado en una celda y que nunca escapará de ese espacio en el que se envejece diez años por cada uno real, donde apenas le será posible fantasear con el suicidio. Palabrería, simple palabrería que busca todavía más audiencia. Esto solo es una oportunidad de conocerme aún mejor, la poca luz, el catre duro, las ropas mugrientas y la falta de higiene acabarán revelándome una versión más real de mí mismo. ¿Cuál es la lógica de pensar que Madrid ha resuelto así sus problemas?

Recuerden que estaré donde me quieran encontrar.

Hoy me separaron de los demás presos, alegando que mi aislamiento obedece a razones de seguridad. El alcaide ha reconocido que no debo mezclarme con esos hombres amontonados en las galerías, colgados de los barrotes, gritando que los tribunales cometieron un error, que siguen esperando el medicamento sin el que morirán en pocos minutos, que el abogado nunca viene a verlos, a pesar de que hayan hipotecado su casa para pagarlo. No pediré una absolución como ellos. Ni reconozco la legitimidad de sus jueces, demasiado humanos para condenarme.

Ahora el inspector Jiménez también escribirá libros como si yo fuera su trofeo de vitrina. No es un hombre mentiroso, pero tiende a omitir datos importantes, igual que si siempre declarase frente a un superior jerárquico. Reconozco su tesón, su inteligencia, tal vez un genio en lo suyo, pero del lado equivocado. Las personas que viven cerca del asesinato acaban enfermando o termina por gustarles, lo cual significa exactamente lo mismo. Y otros funcionarios como él construirán más protocolos policiales, más códigos penales, más muros, más barrotes, mientras Madrid continuará girando sobre la espiral que intenté detener. ¿Para qué tanto dolor si no han reaccionado? ¿Para apenas sobrevivir al día de mañana? En esta ciudad, «mañana» debe de significar cualquier cosa.

Lo entenderán cuando llegue el momento final, el gran desengaño.

Las personas fueron creadas para poder ser destruidas.

Si tienen un estilete, tallen esa frase en todos los árboles.

También soy consciente de que el futuro de nuestra relación precisaría que el villano fuese redimible, explicado y a veces hasta justificado. Es la única

manera de convertirlo en un fenómeno pop en novelas y películas. Los lectores de este periódico deberían preguntarse entonces si cambiaría lo que hice tras tanto tiempo en una celda. Lo siento, eso jamás sucederá y mis cartas terminan aquí, sin redención. Para buscar un final feliz a nuestra historia necesitarían de la vieja ingenuidad que el Ángel Azul les ha arrancado de cuajo.

Pronto el aire se volverá viscoso, mi lengua sabrá a ceniza y a metal y mi mano no proyectará sombra en este papel. ¿Oyen a los lobos aulladores cada vez más cerca? Formarán un corro alrededor de sus cuerpos fríos, de sus certezas destruidas, de… y también de…

Demasiado; insuficiente.

En realidad, ahora yo tampoco los oigo.

Y lo prefiero así.

A A

1978

10/12 18:41

«La última bala siempre es para uno mismo».

Burdel de Braulio.

Paseo de las Delicias 133, barrio de Legazpi.

Esta es una habitación del cuarto piso que, entre la puerta y la ventana, tiene un armario con molduras de nogalina. Las baldas, cubiertas con estraza para no manchar la lencería. Sujetadores, picardías, ligas con bolitas de poliéster, dos arneses diseñados en látex, uno rosa ya estriado, el otro negro con remaches. Al lado, el espejo refleja la cama, adosada a la pared por el cabezal y tapada con una manta lila. Encima tartamudea una bombilla de cuarenta vatios. La mesita de noche, ocupada por un quinqué de las épocas en las que se iba la electricidad, una botella de licor de caña, muchas colillas, dos vasos sucios y una placa de policía igual de sucia.

Germán retira de su muslo la mano de Clotilde. Es una mujer guapa y con clase, la que sucederá a la madame que se pasea por allí, ya veterana para esos horarios de siempre abierto. Hoy cobra por observar al viejo policía y cliente, alguna vez amigo cuando apaleaba a los que se pasaban de rosca en el burdel. Germán se levanta de la cama y abre la ventana del patio interior. Necesita aire fresco y, a cambio, una mezcla de olor a repollo y lentejas

recalentadas sube desde el primero. Escucha música radiofónica con un bolero que crepita por la mala cobertura. Alguien hace tronar una cisterna y rechinan los muelles de otro colchón, donde una chica protesta y un chico gime entre sofocados «no, no» que pasan a «sí, sí». Germán regurgita un poco de bilis, la escupe hasta un calcetín colgado de un tendal y otea el sol que se insinúa por encima del patio. Después vuelve a la cama, pero esta vez se tumba. Sus párpados se caen y Clotilde solo cobrará por observarlo.

—No puedo imaginar que algo bueno vaya a sucederme en otra parte —dice Germán—. Y ni me importa porque, en realidad, tampoco me gustaba que sucedieran muchas cosas. Estaba satisfecho con joder las de los demás.

—¿Satisfecho de no vivir las tuyas?

—Eso es.

—Y el acuerdo con Braulio te librará del resto.

—Cualquiera que sea el final, también estaré satisfecho.

—No sé si esa es la palabra, Germán.

Clotilde tira las colillas dentro de un vaso y echa una ojeada a aquella habitación, tan diferente de lo que soñaba antes de llegar a Madrid. Se resigna a la decisión de Germán, y para ella significa aceptarla.

—Me parece honesto lo que has hecho —dice después—, pero deja de pedir perdón a tu manera. Todos te respetarían más.

Germán se recuesta sobre la almohada, poco mullida. Su cabeza busca la zona donde no hay nada escondido. La encuentra y le parece el cojín más cómodo de su vida. No ha dormido en dos días, desde que perdió a Bam Bam en el último segundo y lo que vino después.

—Por eso no me voy a escapar —dice.

Clotilde sale de la habitación y forma un adiós con los labios.

Hoy, también, lo respeta más.

Braulio conduce a Jairo y a Metralla a ese cuarto piso. Los hombres del proxeneta se quedan en el nivel inferior tras los saludos. Su portalón no está hecho de una pieza, sino con tablas de un metro de ancho y unidas por herrajes para que aguante la embestida de un ariete policial. En la escalera, un tumulto de gente se aparta a su paso. El menudeo de heroína trae más clientes y aún pocos problemas. Los tres entran en el burdel y, según el plan, encuentran a Clotilde como una estatua al final del pasillo. Ella carga los vasos sucios a la cocina y atranca la puerta, se sienta en un taburete y espera con esas copas en la mano. Observa la hierbaluisa que crece en un junquillo de la ventana, le tienta olerla, pero al final mueve las colillas por el fondo del cristal. Está viendo un futuro muy negro en los posos.

Braulio guía a los invitados hasta la segunda habitación para, desde fuera, oír los ronquidos de Germán. Jairo y Metralla se colocan a ambos lados de la pared y luego asienten al chivato, que ha cumplido su parte. Le ordenan que se largue de allí y él no se lo piensa dos veces, pellizcando su sombrero.

—Entramos a mi señal —dice Jairo en bajo—. Nadie es capaz de fingir semejantes ronquidos.

—Tenía ganas de acabar con esto —contesta Metralla.

—Ni llevaremos pistola tras la muerte del poli —Jairo habla todavía a menos volumen mientras desenfunda la suya—. El otro día mi asistente me habló de un tal Paul Getty, un empresario que pedía

los trajes sin bolsillos.

—¿Y dónde metía la cartera?

—Le invitaban a todo, Metralla.

Por fin, Jairo piensa que también logrará retirarse con varios trajes así.

Metralla tira la puerta abajo.

Y Germán ya tiene un cañón en la sien y otro en el pecho.

—El famoso Germán Moreda —dice Jairo—. La última pieza de mi caza.

A Germán le cuesta concretar cuánto tiempo ha dormido. Había soñado con algo muy frío, lejano, pero tranquilo y sin cuentas pendientes. Ahora abre los ojos, el corazón le vuelve a latir con fuerza y no le queda nada más por delante que aquellas cuatro paredes.

—No tan famoso, creo —contesta, buscando su saliva—. ¿Y tú eres?

—¿Aparentaremos que no os hacéis pajas con mis fotos en comisaría? —pregunta Jairo—. Ayer te llevaste al Ángel Azul por delante, pero no sé si los tuyos te buscan para ponerte una medalla o unos grilletes.

Metralla guarda su pistola y registra la habitación. Nada que le inquiete, casi nada en verdad, aunque esos arneses de látex le generan curiosidad. La funda pistolera de Germán cuelga dentro del armario con su arma reglamentaria y la examina para comprobar que le queda una bala en el cargador.

—La última bala siempre es para uno mismo —dice Metralla—. Eso hizo mi abuelo en la Guerra Civil, volarse la cabeza con su propia munición.

—Yo solo gasté las demás y no pude pasar ni por mi casa ni por comisaría a recargar —contesta Germán—. Medallas o grilletes, me están buscando.

—No con tantas ganas si te escondes aquí —dice Jairo.

—Quizá mi inspector jefe quiera que me encontréis primero vosotros. Sería alguien incómodo para él si sobrevivo.

Jairo observa la botella de licor de caña.

—Sobrevivir para sobrebeber. —Y pregunta por—: ¿Bam Bam?

—Ese es caro de ver. Debe de estar de polizonte en algún barco.

—Lo encontraremos en cuanto gaste algo de su dinero por el mundo adelante. No parece la persona adecuada para manejar millones sin dejar rastro. Un asesino vale para lo que vale, y cuentan que también casi lo atrapaste ayer.

—Faltaba poco. —Germán tose sobre la almohada—. Pero entonces atropellé al psicópata más buscado de la historia de la ciudad.

—No mentirás, porque veo que ya no te importa nada. —Jairo separa su pistola del pecho de Germán—. ¿Le diste tú el chivatazo a De la Torre?

—Es difícil conformarse con un sueldo cuando encuentras tanto dinero en algunos registros.

—¿Nadie más te ayudaba vendiendo la información? Ibas a todas partes junto a un policía joven, uno que vive en Chamartín y que tiene una novia muy guapa.

—Cañas pide leche con azúcar en los bares. Olvídalo, el sucio era yo.

—¿Y sabías que mi hermano estaba en la casa?

—¿Tú lo sabías? —pregunta de vuelta Germán a Jairo—. De la

Torre no lo hubiera aprobado en tal caso. Era el hombre más inteligente que he conocido y, mira, recogieron lo que quedó de él con una escoba.

Jairo endurece los párpados. Sospecha que ese policía podría intentar probar que la bomba fue suya. Otro motivo para matarlo, pero disparar a Germán en el estómago, tal y como iba a hacer, no le parece justo con lo que le confiesa. Aunque prefiera métodos más originales, el capo ha comprobado que no hay muerte tan dolorosa como una bala retorciéndose en las tripas.

—Pues caso resuelto, poli —dice Jairo—. Te ahorraremos la tortura por tu sinceridad.

—Conocía algo sobre torturas —contesta Germán.

—Pero has sido honesto y queríamos terminar esto de una vez.

—¿La solución es matarme?

—Todo acto tiene su consecuencia —contesta Jairo, sorprendido porque sea posible considerar que hay otra—. Levántate y dame la espalda. Tampoco te dispararé en la cara, para que te despidan con honores.

Metralla se coloca como espectador junto al capo. Y ese descuido es su mayor error, porque Germán se yergue con un movimiento fulgurante y saca dos pistolitas de la almohada, cruza los brazos y sus cañones quedan sobre las barbillas de los que iban a matarle.

Nadie se mueve.

Nadie sabe si debe hacerlo.

—Pistolas de bolso las llaman aquí —dice Germán—. Las chicas me han cogido cariño tras tantas noches metido en el burdel.

Metralla respira audiblemente, tan arrepentido de no haber registrado el camastro. El hombre que les apunta parecía un muerto

de permiso cuando entraron y resulta que era justo lo que quería parecer. En contraste, Jairo ni se inmuta, con la pistola de su padre también apoyada en la sien de Germán. Es la primera vez que lo ponen en una situación comprometida en mucho tiempo. Le recuerda a los muertos de su cacería, a Javi el Rojo, a Emre, al muchacho que enrollaba kebabs, a De la Torre, al guardaespaldas para todo. ¿Era más listo que ellos o solo partía con ventaja? Quizá el asesino de esas personas podría no haber sido él, podría haber sido el mito en el que se convirtió para que lo teman y lo traicionen, capaz de conseguirlo todo menos retirarse a tiempo.

—Hablemos de jugador a jugador —dice entonces Jairo—. ¿Quieres negociar?

—No tengo buenas cartas —contesta Germán—. Adivina cómo me tratarían los presos en la cárcel.

—Al menos déjame lanzar una propuesta —dice Jairo—. Tú y yo guardamos nuestras armas y después te puedes marchar para siempre. Si te cogen otros policías, estarás protegido por nosotros tanto de encerrarte en Carabanchel como en cualquier otra cárcel del país. Palabra de un Vargas.

—¿Ahora es cuando viene lo de la garantía? En comisaría pensábamos que era una patraña.

—En comisaría no entendéis que, si naces pobre, lo único que tienes es tu palabra. Y con la palabra al final tienes tu nombre.

—Las dos cosas que nunca tuve —dice Germán—. ¿Y qué les pasaría luego a las chicas del burdel?

—Hay códigos en esto. Te aseguro que lo resolveremos solo con Braulio y a él no le vamos a ahorrar torturas.

—Ese pedazo de mierda siempre cae de pie —Germán ni aparenta

considerar la propuesta—, aunque en realidad me haríais un favor matándonos aquí los tres. Hasta para ti será imposible conseguir que no me rajen al entrar en cualquier cárcel.

—¿Te servirá tu nuevo nombre dentro de una caja de pino?

—No lo conseguiré vivo. Entre el Ángel Azul y Jairo y su lugarteniente… Coño, he pagado mis pecados.

—¿Aquí y ahora? —pregunta Metralla—. ¿Justo al final?

—No sé si podré hacer algo más que intentarlo, amigo —contesta Jairo, tensionando el brazo—. A este policía le sucede lo mismo que a mí.

—¿Qué nos sucede?

—Que no nos gusta la gente, Germán. Y habías tomado tu decisión antes de que entrásemos. ¿Me equivoco?

Germán empuja las dos pistolas sobre las barbillas.

Jairo debe de ser una milésima más rápido si contesta que no.

—¿Si te equivocas? —Germán contiene un instante la respuesta—. No.

En la cocina se oyen tres disparos simultáneos.

10/12 19:30

«Apréndete el nombre, es uno de nuestros mejores investigadores».

Flashes de cámaras y sonrisas amplias.

Un escuadrón de periodistas cubre la detención del Ángel Azul. Incluso en aquel año, en 1978, cuando se aprueba la Constitución, los estatutos de autonomía, el Partido Comunista celebra su primer congreso estatal, Alfredo Evangelista se proclama campeón europeo de boxeo, se despenaliza el adulterio, se receta la píldora anticonceptiva y ETA y el GRAPO colocan muchas bombas. También, aunque casi nadie lo sepa, Marta Elektra firma un contrato para sacar el primer disco de Histeria.

—Con esa respuesta finalizamos la rueda de prensa —dice el comisario—. Y ahora pido un aplauso para el orgullo de la ciudad, para la Brigada de Información y su inspector Jiménez. —Suben los decibelios—. ¡Este hombre a mi derecha es el que dirigió la operación contra el Ángel Azul con métodos científicos, ilustrados, dignos de la Europa más avanzada!, ¡de nuestro renovado cuerpo de policía que asegura a los ciudadanos que ningún crimen quedará impune!

El comisario rompe a aplaudir con su gorra bajo el hombro. La multitud de periodistas y policías lo secundan. En plano posterior, Jiménez asiente en agradecimiento. Aquello de que ningún crimen quedará impune le ha chirriado y calcula la factura de semejante eslogan. Lo rodean los investigadores de la brigada que por el

momento y con una sola detención casi se han ganado la confianza de los madrileños. Hoy la antigua Político-Social es una fotografía en blanco y negro, gastada, con los bordes dentados, de otro tiempo y lugar, pendiente de juicio por la historia, nada que ver con que en su mayoría la compusiesen los que miran a las cámaras. Para fotografías a todo color; para, como dijo antes el comisario, ser el orgullo de una ciudad que todavía conoce más de supervivencia que de vanidad.

Luego, en el despacho de Jiménez.

—Me alegro de que hayas sido tú —dice el comisario.

—¿Te han anunciado cuándo será? —pregunta Jiménez.

—Quedan los últimos trámites administrativos —contesta el comisario—. De tres semanas a tres meses en el peor de los casos. Mallorca es aburrida en invierno, pero espera que llegue la primavera y verás cómo mejora mi swing de golf. El traslado será una bendición para mi familia y en Madrid aún queda mucha tela que cortar. Lo sabes, ¿verdad? Me vine un poco arriba en la rueda de prensa.

—Lo de que ningún crimen quedará impune fue bastante optimista —dice Jiménez—. Ten cuidado con la humedad de Mallorca.

—Me estoy tratando el reuma con hojas de árnica.

—¿Sí? Yo empiezo a notarlo en las rodillas.

—Espero que te aguanten porque, a poco que los políticos mantengan la compostura, estás en disposición para aplicar tus ideas reformistas en la ciudad.

El subinspector llama a la puerta.

—Adelante —dice Jiménez.

Se cuadra al entrar.

—Disculpen, no sabía que estaban reunidos. Un investigador de la brigada se ha puesto muy pesado con ver a Jiménez, al punto de casi ganarse un parte disciplinario. Asegura que es urgente y sobre un caso confidencial.

Cañas está detrás del subinspector.

—Se llama Alfredo Cañas —dice Jiménez—. Apréndete el nombre, es uno de nuestros mejores investigadores y lo escucharé en cuanto termine con el comisario.

—Ya hemos terminado. —El comisario sonríe de oreja a oreja—. En un rato tengo la conexión en directo con el informativo de la Primera. Verás las respuestas que le doy a esa presentadora de los pendientes de perlas. No para de usar palabras esdrújulas y todos los superlativos del diccionario, como si no estuviese leyendo un guion en una pantalla.

—Te verán muchísimos espectadores.

—Cualquiera que tenga una televisión. ¿Quién coño sintoniza la Segunda?

El comisario se marcha dando palmaditas al subinspector y también a Cañas. Hace tiempo que se comporta más como un político que como un policía, la razón por la que ni intuye que el propio Jiménez es un espectador habitual de la Segunda.

—Siéntate, Cañas —dice este.

—Prefiero quedarme de pie.

—Ah, será esa clase de visita.

Los dos miran al subinspector, que no comprende cuánto sobra.

—¿Quieres un café? —pregunta Jiménez a Cañas.

—Doble, por favor.

—Yo hoy lo tomaré muy corto. *Ristretto,* dicen los italianos.

El subinspector se marcha a la cocina de la planta inferior.

—Cuidado con lo que vas a soltar por la boca —dice Jiménez en cuanto quedan a solas—. Te veo nervioso, Cañas.

—¿Por qué no ha salido su nombre en la rueda de prensa? Una simple mención… Algo.

—¿Seguro que no quieres sentarte?

—¿Por qué no ha salido?

—El investigador más corrupto de la brigada no iba a ser el héroe.

—Él no pretendía ser el héroe.

—Necesitamos uno y mejor todo el cuerpo de policía que un cadáver. Además, tiroteado en un burdel de baja estofa.

—Frecuentado por otros agentes a sus órdenes.

—Ninguno hacía negocios con el proxeneta que lo dirige.

—Pero allí se ha llevado por delante a los dos criminales más importantes de la ciudad. Tal vez Germán conocía nuestro trabajo mejor que nadie, porque ni usted ni yo seríamos capaces de algo semejante.

—Reconozco que su hoja de méritos mejoró en los últimos días.

—Entonces haga algo con su nombre.

—¿Algo más que no ensuciarlo? No deja ni familia a la que montarle un pequeño acto. Bastante que ahora sus compañeros lo admiren y presuman de haber patrullado a su lado.

—¡Todavía tiene vigente la orden de busca y captura!

—¡Ni se te ocurra levantar la voz en mi despacho y adecúate a tu rango! —grita Jiménez—. Le retiraremos la orden en cuanto se inscriba su muerte en el Registro Civil. Es el protocolo, Cañas.

—Siempre el dichoso protocolo.

—Protocolo, porque somos policías Y ojalá en unos meses tan elogiados como hoy. Monta una oficina de detectives si quieres hacer las cosas igual que en las películas. En la vida real, se dedican a encontrar mascotas perdidas y a perseguir a los que están de baja médica para el seguro. Por supuesto, deberías dejar la leche con azúcar y pasarte al whisky. También buscarte una *femme fatale.* ¿Se muda tu novia?

Cañas resopla: el inspector sabe aún más de lo que parece.

—Se muda —contesta—. Y ella no es muy fatal.

—Enhorabuena, supongo.

—¿Y lo del chico? No puedo quitármelo de la cabeza.

Jiménez tuerce el gesto al acordarse de Pitu, de Marta, de Consuelo.

—Una consecuencia no pretendida —dice—. La vida de un joven es un proyecto muy caro para tirarlo así. Pienso en todo el tiempo que le habrán dedicado tantas personas y en el que le quedaba por delante y solo puedo pensar que fue una consecuencia no pretendida. Casi lo salvas, Cañas.

—Mi investigación está llena de casis. Casi descubro a Germán, casi detengo a Bam Bam, casi salvo al chico. —Ahora Cañas mira a un punto entre sus pies—. Con su permiso, voy a despedirme de mi compañero.

Hace un saludo marcial y Jiménez se lo devuelve, reconociendo otra vez que ha encontrado un subordinado valioso. Ambos se necesitan para lo que viene y ambos creen que aquel casi se convertirá en muchas investigaciones resueltas, cuando Cañas tenga más experiencia, más recursos, más bigote, y deje de ser el hombre

que perseguía las persecuciones.

En la sala de autopsias.

El forense ha cerrado el cuerpo de Germán. Dos cortes oblicuos atraviesan el cuello, se unen bajo el esternón y descienden en una línea, muy gruesa, mal puntuada, hasta circuncidar el ombligo. El agujero de bala en la frente está tapado con maquillaje. Dentro, una cera viscosa disimula la fractura. Le han sacado todos los órganos, los han pesado y drenado, han tomado muestras de sus tejidos y han vuelto a colocárselos en el sitio de los vivos.

Cañas coge la mano del cadáver.

Frío.

No frío como el hielo, frío como una pared.

—Lo siento, Cañas.

—Gracias…

—Murió al momento, sin sufrir —dice el forense—. Igual que los otros dos.

Cañas observa las bolsas que contienen los cuerpos de Jairo y Metralla.

—¿Son ellos?

—Sí. Acabo de terminar sus autopsias.

—En bolsas de plástico como dos cualquieras.

—Todas las personas se parecen cuando las abro.

—Avisé a Germán de que llevaba toda su vida buscando que le pegasen un tiro —dice Cañas, negando con la cabeza—. Ayer por fin lo consiguió.

—Y hoy nadie reclama el cuerpo.

—No quiero que lo mandes a las fosas. Yo pagaré su incineración.

—¿Si lo enviamos a la Facultad de Medicina?

—Te repito que yo la pago. —Cañas conoce las comisiones de los forenses con la facultad—. Oye, llevo toda la tarde dándole vueltas a un asunto técnico.

—¿De lo mío? Recuerda que solo soy un hombre de ciencia.

—De lo tuyo y de este caso. ¿Cuánto le duran a un muerto las huellas dactilares? Puede que recuperemos algunas de un objeto y todavía no sé si encontraremos con vida al que las dejó.

—Para un reconocimiento de identidad, la dermis pierde sus propiedades a los cuatro días de la muerte. A partir de ahí hemos de recurrir a la dentadura, que en tu investigación creo que no serviría de mucho.

—¿Y a un vivo?

—Los patrones son permanentes, Cañas.

—Pero ¿no hay excepciones?

—Ah, claro, esto es ciencia y siempre hay excepciones. Las huellas de los dedos pueden gastarse. He visto casos de obreros o friegaplatos que se quedan sin detalles, aunque tienden a regenerarse en poco tiempo. Recuerdo que, hace unos años, un americano perdió aquí el pulgar con el motor de un barco. Te hablo de cuando el agua del Manzanares todavía no era marrón. Un vecino pescó un barbo al día siguiente y encontró el dedo en su boca. Lo trajeron aquí porque creían que habría que investigar un asesinato, pero probamos que pertenecía al americano. Aún tenía surcos de fricción y un poco de relieve. El tipo había interpuesto una demanda contra el patrón del barco. Se ve que en Estados Unidos hacen eso, demandan por cualquier cosa y a correr.

—Entonces las huellas siguen dándonos la máxima fiabilidad hoy

en día.

—Quedan muchos años para lo del ADN. Jiménez siempre trae sus revistas en inglés con ensayos médicos, eso sí será máxima fiabilidad, aunque todavía no sabemos tomar muestras ni tampoco almacenarlas. —El forense se quita los guantes y coge un fichero de la mesa—. Hay que cubrirlo, para lo de la incineración.

—Ahora lo relleno.

—Últimamente vienen bastantes familias con lo de quemar los restos. ¿Tanto creen que ocupan los muertos en un nicho? Si vieran el cadáver a la semana.

Cañas lo fulmina con la mirada.

—Por favor…

—Perdón, Cañas —dice el forense—, a veces olvido que mi rutina es el peor día de muchas personas. Te prometo que no soy un imbécil, mi actitud solo es autodefensa. Los investigadores también hacéis chistes sobre vuestros casos.

—Yo no los hago.

—La felicidad no ayuda en estos trabajos, pero el humor sí.

El forense empuja las bolsas que contienen a Jairo y a Metralla a sus archivadores metálicos, deslizándolas sobre los ruedines. Antes de cerrar la que guarda al capo, observa su rostro como si le sonara de algo. Luego apaga los plafones del techo, deja una lamparita encendida al lado del cadáver de Germán y se marcha.

—Lamento no haberte detenido antes —dice Cañas al cuerpo de Germán—, pero juro que cumpliré tu primera orden, juro que encontraré a Bam Bam. —Le pone una mano sobre el hombro—. Para mí también fue un honor trabajar contigo.

Y le deja una nueva y brillante placa de policía sobre el pecho.

Germán Moreda

2487 CNP

Cañas deambula por la calle con la mirada de nuevo fija entre los pies. Aquellas aceras pegoteadas con chicles, colillas y un perpetuo manto de polvo. A dos manzanas de su casa, alguien lo empuja desde el lado derecho. Levanta la vista y encuentra a un obrero con chaleco reflectante, flecha azul en mano y mucha prisa, que corta el paso a los peatones cuando otra decena de obreros forma un perímetro de seguridad. Acto seguido viene uno sin chaleco, que despliega una cinta roja entre los semáforos. La misma que utilizan los policías para acotar escenas de crímenes, pero más gruesa, más satinada.

—Póngase donde los demás si quiere ver la demolición —dice a Cañas.

El investigador se apiña en el extremo contrario con el resto de las personas que atravesaban la carretera. Ahora ha de dar una vuelta de quince minutos para llegar a su casa. Enfrente, un edificio de nueve alturas, paredes desconchadas y ventanales con marcos de madera. Sobre el portal, frisos con bajorrelieves de querubines y diablillos, luego un pasadizo gótico hasta las escaleras de las viviendas. En la terraza superior aún se mantiene un ángel redentor de mármol, manchado de excrementos de palomas, que desafía al cielo con su espada.

—Listo por aquí —dice un obrero a los dinamiteros.

Los que manejan los explosivos están en una cabina portátil, bajo un cartelón que anuncia neumáticos y comunicados con el exterior

mediante peones y consignas. Detrás, un coche extranjero se coloca en perpendicular para ver la demolición. Las familias que vivían en el edificio se sitúan a su izquierda. El portero, aún con mandilón laboral, charla con el sereno del distrito mientras se pasan una botella de vino atravesada por un carrizo.

Cañas se aproxima a ellos.

—¿Lo van a tirar ya? —pregunta.

—Ahora mismo —contesta el portero—. Yo no me lo perdería.

—Siempre pensé que lo acabarían reformando.

—El propietario ha llegado a un acuerdo con el ayuntamiento para construir un edificio de oficinas.

—¿Y qué harán los vecinos que vivían en esos pisos?

—Ahí los tiene. —El portero señala a las familias, algunas sentadas en sillas de playa como para contemplar un eclipse—. Les han pagado cuatro pesetas y los han reubicado al sur de la ciudad, igual que todo lo que sobra en Madrid.

—Aluminosis —dice el sereno—. Los arquitectos municipales certificaron varios rastros de aluminosis en la estructura y no se pudo hacer más para salvar el edificio.

Cañas rechaza el vino que le ofrecen.

—No bebo, gracias. Todavía se veía bastante bien.

—Apaños de los concejales que nunca han visto a la tal aluminosis —contesta el portero—. Le aseguro que fue una construcción majestuosa en su época.

—Imagino que ustedes dos habrán vivido muchas cosas ahí dentro.

—Con todos los respetos —dice el portero—, no se lo imagina.

Cañas cabecea y se aleja, esquivando a un policía con un pastor

alemán sujeto de una cadena. A los pocos segundos, el edificio se derrumba mediante un estruendo. Las cargas lineales cortan los soportes de acero, sus barreños explotan progresivamente y los pisos inferiores inician la caída controlada. Cañas sube la capucha de su trenca en cuanto nota la polvareda a la espalda. Rodeado de ese paisaje que percibe enfermo, de las construcciones apelotonadas, los solares, las grúas y el horizonte filtrándose a través del serrín. Siente rabia de que aquello sea el final. El vacío que sufre, el pisar encima de cadáveres, unido al mismo compromiso, a la misma cama, al mismo bigote ridículo que hoy se afeitará, no le deja camuflarse como le gustaría en la ciudad. Se dice que ahora tampoco debe castigarse más, que tampoco debe girarse para comprobar que todo se hunde sin que el futuro sepa quién estuvo antes, allí, en la nada. Nombres de personas que no volverán a pronunciarse como si jamás hubieran existido.

Es su historia y no queda otra que contar.

1996

Comisaría del Cuerpo Nacional de Policía en Usera.

Exterior de la sala de interrogatorios.

Cañas fuma otro cigarro frente al cristal templado, cada vez más convencido de sus conclusiones tras las palabras con el detenido. Solo le chirría aquella reyerta de primerizo, aquel encontronazo en un bar del sur de Madrid cuando Bam Bam no cometía ese error a diez mil kilómetros de distancia. Se pregunta si forma parte de algo que aún no descifra. El subinspector está a su lado junto a una decena de policías más. Leen el informe de las huellas recogidas en 1978. Lo ha enviado la científica por fax: veintidós páginas, en blanco y negro con algunas rayas a la altura del *report,* hora y el número del remitente. Aquel día, sobre el mástil del bajo, encontraron los patrones dactilares de Marta, de Pitu, del anterior dueño y de la persona que lo cogió por última vez. De Bam Bam.

No consiguieron los habituales doce puntos comparativos, pero sí ocho, suficientes según los protocolos de dactiloscopia. A pesar de eso, durante la noche de la detención del Ángel Azul unos pocos policías asumieron, callados, frustrados, que quizá el culpable jamás sería condenado con aquella prueba.

Hasta hoy.

—Entramos todos juntos —dice Cañas, con un tampón de tinta en la mano—. Se merece la puesta en escena. Tiene que ser él, pero saberlo no vale de nada. En este trabajo hemos de probarlo todo…

Espero que nunca tengáis que pasar por algo parecido. Cuando dos investigadores se enfrentan a una situación como aquella, uno se hace cargo de ciertas responsabilidades con el otro. Más viejo, más cabrón y probablemente apartado del cuerpo, Germán haría lo mismo que yo. Aunque, tal como salieron las cosas, me toca cerrarlo a mí.

Para Cañas, en otra época el mal también estaba entre los suyos. A los investigadores de su brigada les tocó aprender de sus consecuencias no pretendidas. Ahora cree que ha llegado el momento de que lo aprenda y lo pague el principal culpable.

—Cuando quieras —dice el subinspector—. Lo disfrutaremos.

Cañas comanda a los policías para entrar en la sala de interrogatorios, que de pronto se queda pequeña. Coloca el tampón de tinta sobre la mesa, al lado de la grabadora que vuelve a encender. El detenido se embota en el dispositivo, luego amplía la panorámica a los agentes que desearían apagar el casete y molerlo a golpes. Parece que ya no las tiene todas consigo, pero mantiene su pose enigmática. No ha vuelto a abrir la boca desde que dijo que el monstruo aún andaba suelto.

—¿Para qué has traído a tantos amigos? —pregunta a Cañas.

—¿Nunca has escuchado que, si tocas a un policía, los tocas a todos?

Cañas se sitúa a su derecha, de pie y apoyado en la mesa, como para contarle una confidencia. Entretanto, desclasifica unas cuantas fotos del dosier. Ahí se ve cómo quedó la cabeza de Pitu. El detenido ni se inmuta por la colección de hematomas y fracturas que le ponen delante de sus ojos.

—Al chaval le rompieron el cráneo por cuatro lados —dice Cañas

—. Hubo que colocarle una placa metálica en la frente, otra en el pómulo y estuvo muchos años con un casco ortopédico, a pesar de que ni podía caminar. Como los que usan los jugadores de rugby, pero de metal también. El segundo golpe con el bajo le trenzó el nervio óptico y se quedó ciego.

—¿Para siempre? —pregunta el detenido.

—Para siempre —contesta Cañas—. Que es mucho tiempo.

El detenido arruga la nariz, como si no contase con eso.

—Aquella noche ibas con pasamontañas y guantes —sigue Cañas —. Era tu costumbre cada vez que tenías un encargo y por esa eficiencia trabajabas para alguien como De la Torre. Los detalles que, aún hoy, diferencian a los verdaderos profesionales de los paletos con un arma y una recompensa; pero, cuando Pitu tiró del instrumento para recuperarlo, las cuerdas rasgaron tus guantes. El mástil quedó impregnado de unas cuantas huellas. Es lo que tiene agarrarlo tan fuerte como para destrozarle la cabeza a continuación.

El detenido se echa hacia atrás.

—Mis huellas en un instrumento de música.

—Desde hace dieciocho años. —Cañas tira las fotos sobre la mesa y agita el informe dactilar—. Esta es la mejor literatura sobre dactiloscopia que he leído. El bajo pasó por un montón de expertos, porque no eran capaces de recoger los ocho puntos comparativos hasta que apareció esta manchita en el segundo traste. —Cañas puntea unos surcos que redondean la mitad de un dedo índice—. Es tuya, Bam Bam, y la investigación se termina aquí.

—Soy un marchante de tela.

—¿Que ha estado tanto tiempo fugado en Sudamérica?

—Tengo documentos que prueban que Andrés García siempre ha

trabajado para la industria textil.

—Las grandes mentiras se construyen sobre pequeñas verdades.

—Muchos documentos, inspector.

—Y menuda mierda de nombre te has puesto.

Las rodillas del detenido suben y bajan compulsivamente, y las manos continúan formando dos puños.

—¿Por qué has vuelto para liarla en un antro, Bam Bam?

El detenido se acerca a la grabadora.

—No sé quién es ese —contesta al aparato.

—Supongo que te cansaste de dar tumbos por ahí —dice Cañas—. Y lo entiendo, en Madrid fuiste el mejor en lo tuyo. Nadie recuerda a Jairo, a Metralla, ni siquiera casi a De la Torre, pero en las calles y en la brigada siempre se hablaba sobre el legionario que escapó con tantos millones y que te han debido de durar poco. Vales para lo que vales, ¿no? Te vieron en Montevideo, São Paulo, Barranquilla y Tijuana. Yo estaba allí en cuanto recibía la información, pero entonces habías cambiado de escondite. En Uruguay casi te cojo, ¿lo recuerdas? Luego conseguiste desaparecer y muchos te daban por muerto.

—Si no fuera un profesional, me daría pena lo que pasará a continuación —contesta el detenido—. De verdad.

—¿Pena por mí?

Vuelve a borrar su acento sudamericano.

—Pena, inspector.

—¿Lo habéis escuchado? —pregunta Cañas a los otros policías.

—Tenía acento de Carabanchel Alto —contesta uno.

—Veinticinco años de prisión ayudarán a tu soberbia, Bam Bam —dice Cañas—. ¿Conoces cómo funciona ahora ahí dentro? Las cosas

cambiaron mucho desde que te escapaste, cuando en las prisiones mandaban los presos y no el alcaide. El primer día te pondrán en pelotas, alumbrarán todos los agujeros de tu cuerpo con una linterna, te harán toser y saltar para ver si cae algo de dentro y te darán un uniforme en el módulo de ingresos. Luego te llevarán a la enfermería, harán un chequeo de la salud de mierda que debes de tener y te meterán en una celda con cualquier tarado. Un juez decretará tu régimen de aislamiento a la semana siguiente. —Las frases de Cañas ganan ímpetu cuando se acercan al futuro—. Te enviarán a la cárcel del Puerto de Santa María, a una habitación de dos por dos, con un catre duro y una taza para cagar la comida fría que te facilitarán por una trampilla. Pasarás allí veintitrés horas al día, repasando una y otra vez los errores que te han encerrado y volviéndote loco. No loco como estás ahora, loco de los que se dan cabezazos hasta quedarse inconscientes, pero siempre te despertarás otra vez en la celda. Si no gritas mucho, dispondrás de un rato de patio que, en realidad, es un trozo de cemento donde turnan a los más malos. Y por duro que creas ser, dudo que aguantes el primer semestre como preso preventivo. Es cuando tu abogado descolgará el teléfono de fiscalía y pactará treinta años de cárcel a condición de que te permitan morir fuera del régimen de aislamiento, en la galería con los criminales jóvenes que te pasarán por encima cada noche. ¿Y sabes qué?

Si lo sabe, el detenido no contesta.

—Que aun así tu vida, reducida a esconderte mientras te hacías viejo y luego a pudrirte en una celda, no será peor que la del chico al que dejaste ciego.

Cañas ordena que le quiten las esposas al detenido. Piensa que

esa imagen confiada es la última treta y que no tardará en reconocer la derrota. Cuatro agentes lo abordan por detrás y lo liberan de las manillas. Aquel tampón de tinta corre por la mesa. Solo es protocolo, porque son policías, no detectives. Nadie logrará identificar a Bam Bam en una foto tantos años después y con los rasgos cambiados por la cirugía y la vida de furtivo. Ahora se recogen muestras de ADN, pero aquella, como dijo un forense, era ciencia ficción.

Y el detenido deshace los puños y adelanta la palma derecha para, lentamente, mostrársela a Cañas.

—He vuelto para alquilar un pisito al sur de Madrid —dice—. Y como era tan bueno en lo mío, pronto volverán a encargarme mis antiguos trabajos… Seda, lino, alpaca o cualquier cosa al por menor que me pidan. Llevas razón con que cada uno vale para lo que vale. En Sudamérica no me pagaban lo que merecía y algunos de los negocios en los que invertí tampoco salieron como esperaba.

El detenido tiene quemaduras de ácido en los dedos, manchitas blancas donde deberían estar los surcos de fricción y relieve. El corrosivo se ha comido la epidermis, la dermis y la hipodermis, que también ha limado a bisturí.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Cañas.

—Durante la pelea con Ronald no nos fijamos en… —El subinspector no sabe cómo responder—. Dios mío, nunca he visto nada igual.

—Sufrí un accidente en uno de esos lugares que decías, donde antes de levantarte de la cama ya sabes el tiempo que hace —sigue el detenido—. En la industria textil trabajamos con disolventes y hay muchos informes médicos que explican estas heridas.

Cañas es incapaz de moverse del sitio.

No, no, no…

—Desconozco cuánto sufrió ese chico de las fotos, pero yo perdí el sentido del tacto en las manos.

Cañas deja caer el folio de muestras que sostenía.

—No es justo.

—¿Ahora te das cuenta de que esto nunca ha ido de justicia, inspector?

Será Andrés García el que ponga los dedos sobre el tampón de tinta y los apriete, retuerza, en el folio de muestras que ahora sostiene otro policía desconcertado. En efecto, el detenido no siente dónde coloca las yemas. Un gesto que le vale tanto de adiós como de una nueva bienvenida a Madrid.

—Comparad mis huellas con las del informe y hemos terminado.

***

Despacho de Alfredo Cañas.

Noveno piso de un remodelado edificio de oficinas, donde la Brigada de Información dispone de las dos últimas plantas. El inspector jefe echa un último vistazo al informe dactilar emitido hace un rato y a la imposibilidad de dictamen por parte de los peritos. Saca un paquete de tabaco, corta el cierre de plástico y efectúa un malabarismo para que caiga el primer cigarro. Cuando va a encender el pitillo, se lo piensa mejor y lo deja entre los dedos. El año pasado hizo terapia hipnótica para dejar de fumar y ahora fuma igual, pero sin ganas. Desliza la vista hacia la calle y observa la cafetería a la que acuden sus investigadores. No piensa hablar demasiado a su equipo del final del caso de Bam Bam.

Hará un par de llamadas y cerrará el expediente.

La primera debería ser al comisario que sustituyó a Jiménez, aunque elige empezar por la más difícil de su carrera.

Marta Beltrán está recostada en su sofá de escay. Aquel comedor impersonal también tiene una mesa rectangular, sillas de madera y aparadores con pocos objetos. Enfrente, una televisión sobre las tablas que sostienen un reproductor de vídeo y películas en cajas azules de VHS. A la izquierda, los elementos que llamarían la atención en cualquier vivienda: un bajo Fender blanco, del año 92 y apoyado en un pie metálico, el primer disco de la carrera de Atrofia Cerebral dedicado por sus miembros y una biblioteca con cuatrocientos volúmenes en baldas de veinticinco por diez centímetros. No caben más libros en el mueble y por eso hay otros repartidos por la habitación de trabajo, por la mesita de noche y por

la mochila parcheada que carga a todas partes.

Marta trabaja como correctora de textos desde 1979, cuando dejó la música en ese tiempo que ya no le era propio y menos de Pedro Lafuente. Rompió el contrato, las fotos, el sobrenombre de Elektra y el productor tuvo la decencia de comprenderlo. El cuidado que pasó a tener de ella misma se convirtió en un medio para cuidar de Pitu. Hoy vive sin apuros gracias a que el formato del libro aún guarda el favor del público. Práctico, manejable, coleccionable, a pesar de que se proclame el futuro cambio del papel por pantallas retroiluminadas. Para Marta, cada texto que corregir significó desconectar de su rutina en el piso de un barrio, Malasaña, que tampoco abandonó. Valora su actual trabajo desde la lentitud, porque tampoco hay corrección sin pausa, sin relectura o sin echar la vista atrás.

En ese instante, repasa una traducción de Martin Amis y marca signos en las galeradas que ha de devolver cuando suena su móvil, un Nokia 3310 que apenas utiliza para jugar a la serpiente. El número pixelado en pantalla es de una centralita: quince cifras que solo pueden venir del policía con el que habla cada mes. En el pasado se odiaron lo suficiente. Nunca tiene ganas de atenderlo ni seguro que él de llamarla, pero ambos se lo deben, o eso creen.

—¡Marta! —grita Pitu desde la galería del piso—. ¡Suena el teléfono!

—¡Mi madre otra vez!

Marta sujeta el Nokia con dos dedos, como si le quemase, y se lo lleva a su habitación de trabajo. Allí descuelga con un «sí» propio de las que esperan, aunque la noticia que le darán esa tarde no es nada esperada. Le explican los detalles por encima y no pide ni uno más.

Tras un silencio incómodo, comprueba que Pitu no se haya acercado a la habitación y se enrosca la melena con un dedo.

—Todo acto tiene su consecuencia —dice Marta.

—Por favor —contesta Cañas—. No vayas por ahí.

—Me quedé ese pendiente en vez de tirarlo a una maldita papelera.

—No te hagas eso, Marta.

Marta se tumba en la cama y se queda mirando el techo que tanto conoce.

—¿Sabes, Cañas? Después de todo aquello pensé mucho en lo oscuro, pero como concepto metafísico. Venimos de la oscuridad y tras nacer nos dirigimos para siempre a esa misma oscuridad, ¿me sigues?

—Creo que te sigo.

—Pues cada día tengo la suerte de poder compartir la luz que hay entre esos dos momentos con alguien como Pitu.

Y cuelga la llamada, murmurando unas sinceras gracias.

En el salón, Marta rodea a Pitu con los brazos. Este gira su silla de ruedas y le busca la mejilla. La nota húmeda, ¿algo temblorosa?, pero ella le voltea la cara y le ofrece la otra que acaba de secarse con un pañuelo.

—¿Sucede algo? —pregunta Pitu—. ¿Lloras?

—Nada nuevo —contesta Marta, tragando saliva—. Mi madre lleva mal estar tanto tiempo sola y eso me pone triste.

—Desde que murió Alfonso no es la misma.

—Con lo que se quejaba de él en vida.

—Yo también y mira cómo lo echo de menos. Hasta recuerdo las

conversaciones que tenía tu padre con mi tío en la carpintería. —Pitu imita la voz ronca de Alfonso—: «La bautizo, la alimento, la visto, le doy una educación, todo lo que conseguí trabajando de sol a sol y un día mi hija sale a la calle y vuelve con el pelo blanco, un tatuaje en el brazo, imperdibles en las orejas y gritando como una loca por un micrófono. Pero…».

Pitu da paso a Marta con la mano.

—«Lo de tu sobrino es aún peor».

—«¡Anda por ahí con una cresta roja!» —dicen los dos.

Pitu se masajea la cabeza: le duelen las sienes cuando ríe.

—Me estoy olvidando de sus caras —dice después—. Las intento guardar en la memoria, pero ya me faltan rasgos. Veo los hoyuelos que se le marcaban a tu padre y no recuerdo de qué color eran sus ojos.

—Porque eran marrones.

—Tu madre los tenía claros. ¿Verdes?

Marta se calla para no responder que son azules.

—¿No llegarás tarde al trabajo? —sigue Pitu.

—Esta llamada me ha dejado algo preocupada.

Pitu nota una inflexión en esas palabras, como si su sentido no fuera el expresado. Mueve las pupilas hacia la izquierda y gira la silla en la misma dirección. Vuelve a pasar los dedos por los pómulos de Marta. Ella piensa que su mentira acabará liberándose de sí misma, como hace dieciocho años, antes de la pelea que pareció durar muchísimo, pero que apenas fueron segundos. Aunque quizá ese tampoco es el momento adecuado para hablarlo. Pitu todavía le resulta una persona tan transparente que su único secreto es carecer de secretos. Marta espera haber aprendido de los errores y

estar haciendo lo correcto con él, sea lo que sea eso.

—Esta tarde podría olvidarme del trabajo y quedarme a tu lado.

—Si llevas dieciocho años a mi lado.

—Eh, prometiste no volver a decir eso y ya van dos veces esta semana.

—Renunciaste a una carrera musical, a otro compañero que no fuera un lisiado, a una beca en la Complutense con lo de la interpretación sociológico-criminal de la Transición, a un…

—Todo eso no existió porque me salvaste la vida y punto —lo interrumpe Marta—. Cumple la promesa de no volver a decirlo.

—Bueno. —Pitu agita las manos, pidiendo perdón—. ¿Y la editorial, qué?

—Sin problema porque falte una tarde. —Ella le pellizca un moflete—. Mientras me limite a corregirles sus faltas de ortografía y a reírles sus chistes, todo seguirá bien con la jefa.

—¿Seguro que ha llamado tu madre?

—Tengo una idea —dice Marta para no enmendarse con la verdad —. Que hace mucho tiempo que no la tocamos.

Levanta a Pitu de la silla, lo guía de la mano y coge el bajo Fender blanco. A continuación, Marta pega varias notas al aire y los dos abren la boca. Se olvidan de cualquier problema en cuanto suena el instrumento.

—¿Voy a por el amplificador? —pregunta Marta.

—Ya prefiero su sonido sin conectar —contesta Pitu—. Estoy mayor.

—Somos mayores. —Una última nota al aire—. Vamos, gallito.

Marta arranca la melodía de *Gallo de pelea.* Continúa tocando el bajo igual de bien que en aquella época y Pitu mueve la cabeza,

muy despacio. Las placas metálicas le impiden agitarla como cuando cantaba en Histeria y siente no estar borracho para justificar un dolor de cabeza, pero hace mucho que no bebe.

Cantan a poco volumen.

—«Te ponen la capucha, te calzan la espuela».

—«Gallo de pelea, gallo de pelea».

Marta sonríe, sonríe.

—«Te sueltan en la arena, te golpean en la cresta».

«Gallo de pelea, gallo de pelea».

Pitu sonríe, sonríe.

—«Las apuestas van tres a uno contra ti».

Marta improvisa una escala ascendente y se promete que en esa casa no habrá espacio para pensar en Bam Bam, al que muchas veces creía vencido en la lejanía, en otra cárcel, bajo otro cielo, sin duda más negro. Su línea entre la melancolía y la depresión es demasiado fina para permitírselo. Cañas también solía decirle que en la vida hay buenos momentos y que aquel asesino, al contrario que ellos, siempre tendrá la desgracia de no haber disfrutado ni del primero.

El sol atraviesa el comedor hasta el rostro de Pitu.

—Gallo de pelea —le dice Marta al oído.

—A la galería, nena. Por fin asoma el sol otra vez.

Marta se cuelga el bajo a la espalda y guía a su pareja, sujetando sus pasos hasta los ventanales. Pitu pega la nariz al cristal que empieza a calentarse y tuerce la boca en un gesto de múltiples interpretaciones. El Madrid de ahí abajo a veces se le quedaba demasiado grande, se ponía a andar durante horas y, en realidad, nunca llegaba a ningún lado. Busca la silla de ruedas con las manos

y se sienta en ella como si arrastrara otros cinco cuerpos como el suyo.

—Me encantaría ver cómo está Madrid.

Marta divisa el horizonte gris con rayos encarnados.

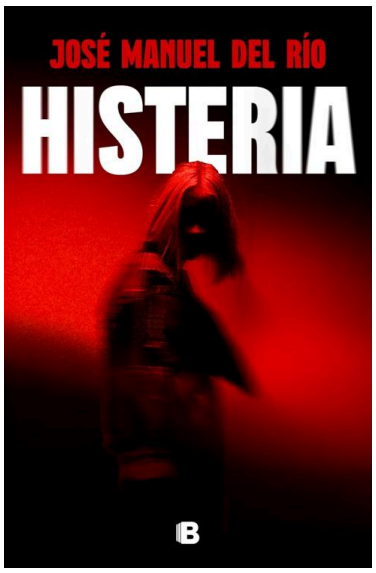
Ya no sabe si queda algo más allá de la perpendicular entre su casa y el cielo.

—La ciudad ha cambiado bastante, Pitu.

—Aunque tú y yo somos los mismos y seguiremos formando parte de ella.

—Para siempre. —Marta se muerde el labio—. Que es mucho tiempo.

Un joven en el lugar equivocado.
Unos detectives en el caso más difícil.
Una ciudad en histeria.



Madrid, diciembre de 1978. La capital se ha convertido en una ciudad nueva, donde puedes ser quien quieras. Así lo siente Marta Beltrán, una joven estudiante con aspiraciones de bajista, hasta que es testigo accidental de un ajuste de cuentas que amenaza con arrasarlo todo.

Mientras la Brigada Central se vuelca en el mediático caso de un asesino en serie, dos de sus investigadores seguirán ese rastro de sangre que solo Marta conoce y que desatará una guerra en los bajos fondos para la que nadie está preparado.

A través de un thriller vertiginoso y de un puzle de tramas excepcional, José Manuel del Río nos sitúa en el lado más oscuro de la Transición. Allí donde la violencia se escondía a

plena luz y donde tantas veces era casi imposible distinguir el bien del mal, el error del horror.

José Manuel del Río (A Coruña, 1982) reside en Barcelona y ejerce como abogado penalista y periodista cultural. Su debut con la novela sobre narcotráfico *Marea roja* (Ediciones B, 2019) supuso un éxito de crítica que continuó con *La Milicia de la Noche* (2020), con la que se confirmó como una de las voces más eclécticas del panorama editorial. Más tarde publicó *A bocajarro* (2023), una novela policiaca en la que, gracias a su extraordinaria prosa, la crueldad roza la delicadeza.

Histeria es su último libro, que, con una inteligente carga social, un ritmo anfetamínico y un estilo crudo, consigue ser tan contracultural como el punk que ama su protagonista.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, José Manuel del Río
Autor representado por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Stocksy United

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8479-8

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Histeria

1996

1978

1/12 14:04

1/12 15:52

1/12 17:48

1/12 21:56

2/12 1:26

2/12 2:09

2/12 5:30

2/12 7:45

2/12 23:17

3/12 10:20

4/12 9:19

4/12 11:24

4/12 13:07

4/12 12:23

5/12 9:04

5/12 16:40

5/12 17:20

5/12 18:29

6/12 1:51

6/12 7:57

1996

1978

6/12 18:15

6/12 17:23

7/12 12:08

7/12 19:53

8/12 10:17

8/12 21:33

8/12 22:03

9/12 9:20

9/12 11:01

9/12 16:35

9/12 17:59

9/12 21:18

10/12 00:01

1996

1978

10/12 18:41

10/12 19:30

1996

Sobre este libro

Sobre José Manuel del Río

Créditos